

# JEAN DUTOURD

## Memorias

### de Mary Watson



los archivos de baker street

Lectulandia

Mary Morstan, que consiguió sacar al elemental doctor Watson de sus habitaciones de soltero en el 221B de Baker Street para contraer matrimonio, se apropia de los útiles de escritura de su marido y nos relata cómo conoció al magistral Sherlock Holmes y a su ayudante, el atractivo Dr. Watson, durante la investigación de un misterio cuyos orígenes se remontan a la infancia de Mary: la extraña muerte de su padre, el capitán Morstan, y la desaparición del tesoro de Agra. Además de los geniales habitantes del 221B de Baker Street, desfilan por estas memorias algunos otros personajes interesantes que frecuentaban los salones de la señora Forrester (donde Mary desempeñaba el cargo de señorita de compañía): Óscar Wilde, epigramático; Wistler, pintor; Mallarmé y Verlaine, poetas, y Moriarty, profesor de matemáticas y presunto archicriminal...

**Lectulandia**

Jean Dutourd

# **Memorias de Mary Watson**

**Valdemar: Los Archivos de Baker Street - 8**

ePub r1.0

Titivillus 28.04.16

Título original: *Mémoires de Mary Watson*  
Jean Dutourd, 1980  
Traducción: Ana Isabel Gallo  
Diseño de cubierta: Cristina Belmonte Paccini

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---



3er. Aniversario



**más libros, más libres**

# PRIMERA PARTE

# CAPÍTULO PRIMERO

*El abanico de la señora Forrester*

*El señor Wilde y el señor Whistler*

*Toda Europa en un salón*

*Un muffin<sup>[1]</sup> para desayunar*

En 1888 yo era muy vieja, pero seguía siendo bonita. Hasta el año anterior había esperado un marido. ¿Cómo? ¿Por qué? Quizá por buena salud. Y además, hay destinos que nos sublevan. Uno se dice: ¡convertirme en eso, yo! Y pensaba: ¡yo, solterona, no puede ser! Solteronas veía a docenas, a cientos. Era como una corporación en Londres, un pequeño grupo bastante alegre, pero con la alegría irrisoria de la gente inconsciente de su desgracia, o que la han aceptado tan bien que ya no la sienten. Para mí esa desgracia saltaba a la vista: pasarse toda una vida completamente sola, sin conocer el amor, los celos, la maternidad, la desesperación, más que de oídas, y acabar como un niño viejo que no ha visto nada, no ha sabido nada ¡qué horror! No era posible que fuera esa mi suerte; yo, la pequeña Mary, que sentía tantos hormigueos en mi cuerpo y en mi cabeza. No, no; yo no estaba hecha para que se me arrojara con los leprosos.

Tales eran mis ideas, o mejor mis ensueños. Y mira por donde un día, una mañana, me doy cuenta, con estupor, de que he aceptado ser solterona. La mañana anterior era todavía muchacha, es decir, un ser violento y un poco loco, picoteado por toda clase de presunciones, de ambiciones, de impacencias, de revueltas. Esa mañana, ya no era lo mismo. La chica joven que había en mí se había desprendido como la piel de una serpiente. A menudo, en las novelas vemos a una mujer que vuelve en sí de un desmayo y que se pregunta: «¿dónde estoy?». Yo también habría podido decirlo: no me reconocía, no reconocía nada. No deseaba nada. Poseía la calma de una mujer mayor. Esto se pasará, pensaba yo. ¡Es demasiado triste! Estoy muerta. Duermo todavía. Dentro de un momento empezaré a vivir de nuevo, volveré a encontrar todo lo que me agita, todo lo que me hace daño, ¡y que es tan bueno! Pero los momentos se sucedían y yo seguía estando muerta.

Mi espíritu estaba absorto en el gesto de la señora Forrester cuando de un golpe seco, cierra su abanico golpeándolo en la palma de su mano izquierda. Me levanté. Fui a contemplarme en la psique para verificar si también mis rasgos habían cambiado. ¿Se me había caído el pelo? Mis cabellos seguían siendo rubios, mi piel no se había apergaminado; no había arrugas en los ojos ni en las comisuras de los labios. Tenía mejillas de joven y alma de solterona. Poco faltó para que estallase en sollozos, ya que no soy tan niña como para no saber que el alma moldea al cuerpo, que el cuerpo corre tras el alma, que se apresura en parecersele. Con esta nueva alma, que se

había moldeado durante la noche y que yo detestaba, lo aseguro, ¿qué sería de mi cuerpo dentro de seis meses? Aunque sea algo inconcebible en las buenas costumbres de la educación de una señorita, me bajé el camisón. Me examinaba con la misma angustia con que absorben nuestros ojos a la persona querida que se embarca para Australia y que presentimos que no volveremos a ver nunca más en este mundo. El abanico de la señora Forrester seguía abriéndose y cerrándose en mi cabeza. Veía de una forma curiosa estos detalles. Es un abanico de nácar, trabajado como si fuera de encaje, que representa a un hombre guapo con bigotes y perilla, calza botas, lleva un bicornio en la cabeza, va montado en un fogoso caballo y trota junto a la puerta de una victoria en la que descansa cómodamente bajo una sombrilla, una bella dama emperifollada. La dama sonríe lánguidamente. No me he atrevido nunca a preguntar a la señora Forrester si se trataba del difunto emperador de los franceses, Napoleón III, y si la dama de la sombrilla era ella, pero el parecido deja poca duda. Esta escena ha sido pintada al *guache* especialmente para la señora Forrester por Eugéne Lamy, artista famoso al que conocí cuando vivía en París. De repente encontré la clave de mi obsesión: el abanico simbolizaba mi vida. Mi vida era un abanico abierto, es decir, que a pesar de mi mísera posición en el mundo, a pesar de mi estado de subalterna, me sentía lo bastante generosa conmigo misma como para llegar a ser lo que quisiera. Estas ideas habían estado siempre en mi corazón, y no es mi autora favorita, Jane Austen, quien las había rechazado, ¡al contrario! Mi biblia se titulaba *Pride and Prejudice*. Me fascinaba que se me hubiera descrito sesenta años antes bajo los rasgos de Elisabeth. Estaba segura de que habría encontrado a mi Darcy y que gracias a mi orgullo triunfaría sobre los prejuicios de casta. Había en Londres diez, veinte Darcy que me estaban destinados, que se paseaban despreocupadamente a caballo por las mañanas en Hyde Park sin sospechar que su prometida, aunque viviera en la más noble mansión de Brook Street, no tenía ni un penique de dote.

El abanico cerrado significaba que yo era una tonta, como tantas otras, que malgastan su juventud en fabricarse cuentos de hadas y pasan el resto de su vida comiendo pan duro. Nada de atuendos, hijita. Ni criados, ni castillo, ni vida mundana. ¡Qué se le va a hacer!, ¡nada de amores! Una persona joven de mi condición, que no pertenece ni a la aristocracia ni al pueblo, y que además se ve obligada a trabajar, no puede matemáticamente encontrarlo a no ser de una forma deshonrosa. Delante del espejo, las lágrimas me brotaron de desesperación y de desprecio. Esos bonitos cabellos rubios, esa tez fresca de inglesa, esos grandes ojos azules, ese aire de franqueza y dulzor, ese bello cuerpecito sólo sería para mí, no tendría el placer de ofrecérselo a alguien. Enrojecía por mi impudor y por mis pensamientos audaces a la vez. ¡Qué desgraciada debía de ser para darme tal espectáculo a mí misma! No era Jane Austen quien había dibujado mi retrato, era un poeta francés que sin conocerme más que ella, había escrito estos versos que yo recordaba con dolor:

*Muchas joyas duermen enterradas*

*En las tinieblas del olvido  
Bien lejos de las piochas y de las sondas,  
Muchas flores esparcen a disgusto  
Su perfume dulce como un secreto  
En las soledades profundas*

Una joya, una flor, las *tinieblas del olvido*: era todo mí yo. ¿Quién lo sabía además de yo misma? Es verdad que la vida se parece a las novelas, pero no a las novelas verosímiles. Sólo se modela conforme a las novelas exaltadas, escritas por hombres de talento. Eso no lo sabemos cuando somos jóvenes porque somos demasiado razonables. Creemos en Jane Austen con los ojos cerrados. No en Balzac ni en Dickens, siendo éstos precisamente los que, con sus enormidades, dictan a la realidad lo que va a ser. Otra ilusión de la juventud: la paciencia. Pensaba que era suficiente con esperar durante trescientas páginas, como la heroína de Jane Austen, y que me sentiría colmada al final. Entonces es necesario pasar por una feroz prueba: renunciar a lo que uno desea. Pero renunciar de buena fe. Renunciar radicalmente. Renunciar a todo. Hacer tabla rasa. No ver en uno mismo más que ruinas. A los veintisiete años, una mañana, yo renuncié a todo. Sintiendo la muerte en el alma, tracé una cruz sobre mi vida. Acepté la tristeza, la mediocridad e incluso la vejez. Gravemente, tomé mis disposiciones para ese destino. Dos días más tarde, no tenía un Darcy, pero tenía algo inconmensurablemente mejor. Y esto no se parecía en nada a lo que, durante veinte años, habían sido mis pequeños encantamientos secretos.

La señora Forrester, en cuya casa yo estaba contratada como señorita de compañía o como gobernanta, era más una amiga que una patrona. Si no yo no me hubiese quedado. Habría preferido ser lavandera, modista, obrera, cualquier cosa, vivir en un desván del East End, ganar tres chelines diarios trabajando catorce horas, vestirme con ropa de segunda mano. Pero la señora Forrester poseía la deliciosa educación de las mujeres de la buena sociedad de Inglaterra, de aquel entonces, y me atrevo a decir que en ese punto yo no le era inferior. Dos personas muy bien educadas, como lo éramos nosotras, pueden vivir juntas agradablemente, incluso sin quererse. La educación ocupa el lugar de la amistad. Y en nuestro caso, la amistad se añadía a la educación. Mi única inferioridad era estar obligada a trabajar. Ni una sola vez en seis años me lo hizo notar. Era como una madre, como una tía que ha recogido a una sobrina huérfana, y sin duda más delicada que una tía.

Otro atractivo de la señora Forrester: estaba rodeada de misterio. No de ese misterio inútil del que se rodea la gente mediocre para darse importancia. Ella era todo sencillez, todo transparencia, no andaba con tapujos ni mentiras. Pero su vida hacía pensar en un cuadro de Rembrandt, en el que no se percibe más que una frente, un mentón, una mano, algo dorado en un vestido, y en el que todo lo demás queda en la oscuridad. En 1888 tenía sesenta y cinco años. Debido a su talla fina, y por su bella sonrisa se le habrían podido echar quince menos. Me asombraba cada vez que yo le

hablaba de algún personaje célebre del último medio siglo: ella lo había conocido, o por lo menos lo había encontrado; se podía creer que toda Europa había desfilado por su salón. Al principio me mostraba escéptica. Tomaba esto por esnobismo o por alguna manía. Yo que no conocía a nadie, no me imaginaba que alguien tan cercano a mí pudiera haberse relacionado con tanta gente de la buena sociedad. Le decía maliciosamente: «*Madame*, invite el jueves próximo a Gladstone, o a Ruskin, o al general Gordon, o al príncipe de Gales, o a Clemenceau, o a Degas, o a Whistler, o a Brahms, o a Verdi...».

—¿De verdad le haría ilusión? —decía ella.

¿Y quién se quedaba con la boca abierta, el jueves siguiente, o al mes siguiente, al contemplar a lord Gladstone y a Degas en casa, con una taza de té en la mano? La pequeña Mary con la que esos hombres importantes hablaban como con una gran dama.

He encontrado a tantas personas famosas en casa de la señora Forrester, dirigiéndose a mí no sólo como si yo fuera de su mundo, sino también de su familia espiritual, que me sentía mareada. Ninguna chica joven ha experimentado un estado de embriaguez intelectual como el que yo sentía. Esto se transformaba en vanidad. ¿Y cómo no ser vanidosa cuando Whistler le dibuja a una? Decía que yo era bella. Le gustaba una sombra sobre mi mejilla, una luz en mis ojos. Una tarde, me tuvo dos horas posando y me dio su dibujo, que no me gustó en aquel momento, me pareció que no se me parecía en absoluto, por no decir que era feo, pero hoy me parece una maravilla de verdad y de arte. Whistler me había visto mucho mejor de lo que yo me veía. Mejor dicho, él me había visto dentro de mi verdad interior, mientras que yo me veía a través de mis fantasías. Creo que ninguna mujer, ni siquiera la Gioconda, ha vivido dos horas de pose parecidas. Aquel jueves, la señora Forrester recibía a una decena de sus amigos de más alto copete: Meredith, Samuel Butler, el general Boulanger, Mme. Réjane, la actriz, una dama alemana con un nombre raro: Lou Andreas Salomé, que no paró de hablar de un filósofo o de un poeta llamado Frédéric, cuyo apellido no me atreví a preguntar para no parecer una provinciana.

Whistler me había llevado a una esquina del salón, cerca de una ventana; yo no oía más que fragmentos de conversaciones y risas. La conversación, sin llegar a herir los oídos de una chica joven, era bastante libre y las risas estruendosas. Pude cazar, no obstante, una palabra de Mme. Réjane, que encantó particularmente al auditorio. Según ella, la definición de adulterio era: «*The wrong man in the right place*».

Guardo todavía en los oídos la voz pretenciosa de Mme. Réjane, que tenía cara de perro bonito, con unos ojos muy inquietos, al acecho de todo y que podían reflejar lo que ella quisiera.

—Espero que usted no haya comprendido —me dijo Whistler.

Esta reflexión me hizo enrojecer, porque yo no había comprendido más que algo cómico que me sugería otra cosa. Mi sonrojo no engañó a Whistler, que me dirigió una sonrisa medio burlona medio indulgente. De vez en cuando, Wilde venía a dar

una vuelta alrededor de nosotros, y yo veía que esto irritaba a Whistler, sobre todo porque Wilde tenía una forma desconcertante de decir las cosas. Echaba una ojeada periódicamente sobre el dibujo y exclamaba que ésa no era yo, que cada vez se me parecía menos, que con un pequeño esfuerzo suplementario no me parecía en nada y que al final conseguiría la obra maestra.

—Qué aburrido es usted, Oscar —decía Whistler—. Su talento me cansa; tiene usted demasiado talento para llegar a ser un gran escritor. Cuando alguien tiene tanto talento, no es nunca desgraciado y no produce nada.

—¡Pesimista! —replicó Wilde con esa risa ruidosa y entrecortada que es la imperiosa distinción en Inglaterra—. ¿Por qué no puedo ser desgraciado, por favor? Tengo todas las razones para serlo, y más que cualquier otro. Justamente porque tengo talento, como usted señala amablemente. Un imbécil sabría salir mejor que yo de lo que me acecha. Las bromas conducen al presidio. Bromear es muy peligroso. Más vale ser un asesino. Como lo trágico me horroriza, excepto en el arte, seguro que tendré un destino trágico, y sus deducciones se vendrán abajo. Perdón, señorita —dijo volviéndose hacia mí—. Los pintores son muy tontos en general, salvo Whistler; esto me ha hecho dudar de su talento durante mucho tiempo. Sin embargo, he pensado en Delacroix, que era muy inteligente, y en Degas, que todavía lo era más, y lo he absuelto. En fin, a pesar de todo, no hay que pedir demasiado a un pintor. Este se empeña ingenuamente en reproducir su cabeza sobre un papel. Gracias a Dios, cuanto más trabaja, más se aleja de la naturaleza. Si su dibujo es bueno, usted se le parecerá dentro de seis meses. El arte no imita a la naturaleza. Es la naturaleza la que copia al arte.

—¡Ah!, ¡ya está con su vieja teoría! —exclamó Whistler—. Después de todo, quizá sea cierta. Pero no debería divulgarla a los cuatro vientos. Les conviene demasiado a los malos pintores.

Considero muy presuntuoso, yo que lo soy tan poco, el transmitir en estilo directo palabras de hombres excepcionales con el pretexto de que estaba entre ellos dos cuando las pronunciaron. La modestia habría sido escribir: Wilde declaró que...; Whistler respondió que... Mi excusa es que el estilo directo es más fácil que el indirecto. Seguramente he desvirtuado sus propósitos (los habría desvirtuado de todas formas), pero juro que no los he desnaturalizado. Por lo demás, ¿cómo desvirtuarlos? ¿Cómo plasmar sus caras exorbitadas por la energía que salía de ellas? ¿Cómo conseguir sus voces sumamente distinguidas? Sólo en Inglaterra podemos encontrar esa mezcla de manierismo y de furor. Había en Whistler algo seco, sarcástico, que no impedía la simpatía, pero que la detenía a un cierto límite. Eso me desconcertaba. No encajaba con la idea que yo me hacía de un artista, que para mí debía ser un hombre muy fuerte, muy por encima de nuestros pequeños sentimientos, de nuestras pequeñas precauciones, pues era capaz de pintarlas, una especie de ángel que nos acogía en un alma abierta como un museo que acoge a todos los *amateurs*. El alma de Whistler no estaba muy abierta. Entreabierta solamente. Raras veces permitía que se le echara una

mirada. En resumen, aunque fuera un admirable artista, era un extranjero, en el que yo adivinaba movimientos, deseos, secretos, pequeñeces quizá, como en un individuo ordinario, un marqués o un empleado, y que no quería que se los sorprendiesen.

Los amigos de la señora Forrester, y ella misma, se habrían divertido si yo les hubiera dicho que el ángel para mí era Wilde. No veían en él más que a un *dandy* quizá demasiado elegante para ser de buen gusto. A mí, esta elegancia exagerada me enternecía. Me parecía una prueba suplementaria de energía. Wilde era un «niño» oscuro de la pequeña burguesía, que se había lanzado a las buenas costumbres, como se había lanzado a la poesía. Era lo contrario de Beau Brummell, que frotaba sus costumbres con papel de lija para darles un aspecto de gastadas. Todo era nuevo en Wilde, todo era resplandeciente, las cadenas de oro, los alfileres de corbata, las paradojas, y hasta los raros grilletes verdes que se clavaba en la solapa. Sus palabras eran destellos que cegaban. A mí, esos destellos me encantaban. No me ocultaban nada de él. Eran destellos de evidencia, fulguraciones de sinceridad. Incluso cuando mentía, su alma era tan poderosa, tan visible, que seguía siendo verdadera. Esta alma era extraordinariamente buena, extraordinariamente generosa e imprudente. Cualquiera podía apoderarse de ella. De hecho, un buen día, ese cualquiera la tomó, y él la entregó, sin retener nada, como se entregan las almas de los ángeles.

Conocí a todo Londres en la casa de la señora Forrester, mejor que todo Londres: conocí a toda Europa. Allí hice las relaciones más brillantes que una joven pudiera desear, y que he conservado. Pero no son sólo las relaciones. En lo que concierne a Wilde, me hice un amigo, rápidamente, a la primera mirada, para siempre. Él sintió lo mismo. ¿Es amigo la palabra adecuada? Toda mi vida he sentido más que amistad por Wilde, y juraría que por su parte ha sido lo mismo. Supe que se trataba de una de esas personas tan valiosas, con las que uno no está obligado a cuidarse y para las que nada tiene importancia. Un padre, por ejemplo. Yo no diría que ha reemplazado a mi padre, primero porque sería una tontería, después porque nadie podría reemplazar a mi pobre papá, y por último porque él era demasiado joven para desempeñar ese papel: sin embargo, con él sentía una dulzura, una seguridad de niña pequeña. Aun siendo un hombre de talento, me parecía conocer todo en él. Estaba segura de sus sentimientos, segura de su lealtad, segura de su protección. Él era, tal como yo imaginaba a un gran artista: alguien que es enorme y amable.

Volviendo a esa mañana del abanico, en la que vi acabada mi juventud, sellado mi destino, una cosa, por lo menos, aprendí en mi angustia: que no se avanza en edad con un movimiento igual y continuo, tal como yo lo pensaba. Nos quedamos mucho tiempo en el mismo lugar. Después hay un minuto, un segundo de aceleración, y nos damos cuenta de que acabamos de envejecer quince años. Lo que la víspera no tenía importancia, empieza a hacernos daño. Para mí, era ese título de señorita de compañía, que hasta entonces me pesaba tan poco, que no era más que una etiqueta, pues es necesario que cada persona tenga una etiqueta. Señorita de compañía, ¿no es bastante ridículo? Se es señorita de compañía cuando no se sirve para nada. La señora

Forrester, eso es cierto, no me presentaba jamás como tal. Me colocaba en un pie de igualdad escrupulosa con sus visitantes. No me llamaba más que *ma chérie* o *mon enfant* en francés, *my dear* o *Mary dear* en inglés, pero en el fondo, todo eso, que yo tomaba por afecto, no era más que una forma muy elevada de educación. Ni siquiera eso: no era más que una costumbre del lenguaje. Lo sabía desde hacía tiempo.

Lo que me dolía especialmente es una fantasía que yo alimentaba de vez en cuando. Después de los bellos jueves de la señora Forrester, cuando me encontraba en mi bonita habitación del segundo piso, después de haber estado parlotando con tal o cual personaje famoso, que me había estado mirando tiernamente durante dos horas, me decía a mí misma, con complacencia, que yo era, por qué no, una réplica inglesa de Mlle. de Lespinasse, y la señora Forrester, en su estilo, una reencarnación de *Madame* du Deffand. Mlle. de Lespinasse, yo, Mary Morstan, hija de un pequeño capitán de la armada de la India, ¿podría imaginarse algo más gracioso? Aunque sólo fuera porque las costumbres son incomparablemente más rígidas en el Londres del siglo XIX que en el París del XVIII. Era muy improbable que yo encontrara un D'Alembert que me visitara todos los días a escondidas y a un De Guibert para enamorarse de él. Además yo era demasiado tímida para robarle a mi señora sus amigos, como la brillante Julia se los robaba a la suya. Ni siquiera era digna, como ella, de morir de amor. Yo era una persona insignificante, parecida a los millones de personas insignificantes que pueblan el imperio británico. No había razón para que mi condición cambiara, ya que no había en mí la energía o la imaginación, o incluso la locura, por medio de la cual uno transforma su existencia. Dentro de veinte años, la señora Forrester tendrá ochenta y cinco. A menos que no estuviera muerta, después de haberme legado en su testamento una pensión de doscientas libras. Yo tendría cuarenta y ocho años, cabello gris y manías.

Lo agradable de ser inglesa y con buena educación es que os han enseñado que es de mal gusto mostrar las alegrías o las tristezas. Cuando no se está sola, se las mete en un cajón, se cierra el cajón y se las olvida. Me atrevo a halagarme de que, el día de mi gran revolución sentimental, la señora Forrester no me encontró diferente a los otros días. En verdad, esto me hizo mucho bien. Es menos duro ser desgraciado en Inglaterra que en otra parte. Nada más ver a otra gente, nos fabricamos una actitud, sin mencionar esa maravillosa costumbre, tan civilizada, que consiste en hablar con optimismo e insipidez de la temperatura. Aun habiendo tocado el fondo del horror una hora antes y volviendo con el alma devastada, todo se borra. Es como si se saliese de una pesadilla. Nada da una mayor impresión de realidad que las personas que os confían que llueve, pero que pronto dejará de llover. La verdad de la vida está ahí. En esas palabras inútiles, en ese tiempo perdido en hablar de pequeñeces con un aire apasionado. Nuestras penas son cosas fugaces, minúsculas peripecias individuales. La eternidad es el sol que se ha puesto, que volverá a lucir, el paraguas que vamos a coger o que no vamos a coger, las botas de nieve, el *breakfast*, la necrología del *Times*, en donde hay casi siempre un muerto divertido. ¡Qué lección os

dan las personas que os entretienen con estas cosas desde el despertar! Es la cumbre de la filosofía, jamás ha inventado algo más eficaz para calmar las angustias del hombre. En este campo, la señora Forrester era perfecta. Nunca decía nada serio antes de las cuatro de la tarde. Si a alguien hay que atribuir el nombre de gran dama, es a ella. Como yo lo esperaba, con sólo verla desaparecieron mis negras ideas.

—Mi alma tiene su secreto, mi vida su misterio —dice ella en francés después de un buen cuarto de hora de insignificancias. Estábamos en el comedor, en salto de cama, bebiendo nuestro té, pellizcando un *muffin*. Ese era nuestro desayuno. La señora Forrester, cuando vivía en París, había tomado la costumbre de comer poco por la mañana y me había contagiado este gusto. Yo no podía ya ingerir ese montón de comida que los ingleses llaman *breakfast*. Jenkins, el *maître* de hotel, nos contemplaba con tristeza. La mañana era para él una ocupación desagradable. Sufría por no tener platos ni cubiertos que cambiar, ni bandejas que mantener calientes. Le habría gustado atiborrarnos de salchichas, de huevos revueltos, de costillas de cordero, de riñones, de arenques ahumados, de copos de avena. A falta de esto, se quedaba sombríamente detrás de la señora Forrester quien ni siquiera tomaba el tipo de té que él habría aprobado, es decir, un té de Ceilán bien oscuro, con leche. Ella prefería un té chino llamado «Lapsang Souchong» que es claro y perfumado, y en el que no ponía ni leche ni limón, ni siquiera azúcar. El *muffin* era otra historia. Como todos sabemos, el *muffin* es un pastel para la merienda. Para Jenkins era un sacrilegio consumirlo a las nueve de la mañana, era como si viese a Inglaterra girando en una rueda. La cocinera debía hacer ella misma estos *muffins* incongruentes, ya que ningún pastelero en cien leguas a la redonda los habría vendido antes de las tres de la tarde.

¿Por qué me gusta tanto escribir estos pequeños detalles? Pasé seis años felices en Brook Street. No por ser hoy feliz como mujer voy a olvidar o a negar la dicha de mi juventud. Al contrario: aquella dicha tiene un matiz muy diferente a la de ahora; cuando retrocedo, me parece muy romántico. Es la dicha de la espera. Cuando estaba en Brook Street esperaba algo y no sabía lo que era. Lo adivinaba solamente un poco, sin creer en ello. Esperaba mi vida que podría muy bien no venir nunca. Durante todos esos años, tomé mi desayuno a solas con la señora Forrester, en su bonito comedor que tenía en las paredes damas antiguas de *sir* Peter Lely y otras más recientes de Winterhalter. Recuerdo, no sin ternura, las sillas Chippendale y las mesas Regence, y la de veces que me golpeé las rodillas con sus patas. Todavía me siento deslumbrada por la plata de sus vitrinas. Mi mano ha guardado la caricia áspera de los manteles y de las servilletas adamascadas, bordadas con una «F» gótica. Sobre todo veo la cara de entierro que ponía el pobre Jenkins. Los criados, en general, adoptan las costumbres de sus señores, y acaban por imitarles. No se discute lo que hace el patrón, como no se discuten los fenómenos naturales. No ocurría lo mismo con Jenkins. La señora Forrester lo había contratado en 1851. Estaba pues a su servicio desde hacía treinta y siete años. La había acompañado a todas sus residencias, comprendido París, en donde se había negado a aprender una sola

palabra de francés. No aprobó sus modales ni una sola vez. De ahí su actitud constantemente reprobadora y gruñona, típica de un viejo sirviente. Hasta nuestra ropa le chocaba. Un desayuno no se toma en salto de cama. Hay que estar lavada, empolvada, ataviada, lista para correr el mundo. Exageraba sus gestos de respeto, hacía su servicio con ademanes regios a modo de lección. Todo tenía aire de ceremonia, con Jenkins. Y de forma singular la llegada del correo y del *Times*. Se lo traía a la señora Forrester en una pequeña bandeja de plata, sin olvidar el abrecartas para abrir los sobres y cortar la cinta del periódico. Ofrecía todo esto doblándose por la cintura como si fuera el sirviente de S. M. la reina Victoria, emperatriz de las Indias.

—Aquí tiene una carta para usted, Mary querida —dijo la señora Forrester—. ¿Será de su admirador?

—Un admirador que admira desde hace seis años no tiene mucha prisa —contesté yo—. Pero sí —dije, después de haber leído las cinco líneas de la tarjeta—, es él.

—¿Por fin se declara? —preguntó la señora Forrester con un tono tan lánguido, con una sonrisa tan vaga que le contesté que tendríamos tiempo de hablar de ello más tarde, a la hora del café, después del almuerzo, si la cosa le interesaba mínimamente.

—Todo lo que le concierne me interesa, querida mía —dijo ella con la misma ligereza, que no significaba en absoluto que le fuera indiferente, pero éste era su personaje de antes del mediodía, su tono matutino.

Uno de los encantos de la señora Forrester al que yo era muy sensible, era justamente que ella tenía dos, tres, diez caras según las horas. A medianoche era un monstruo de actividad, un volcán de cosas extrañas, con los ojos en todo. En esos momentos, Jenkins se habría arrojado al fuego por ella. Decía en francés que «perteneía a la noche». Pero a mí me gustaba mucho también por la mañana, toda adormilada bajo sus encajes, incapaz de hablar de otra cosa que de las nubes y de la dirección del viento. Después del desayuno, nos íbamos a su habitación. Ella se volvía a acostar. Yo le leía hasta las once o más. Es así como he conseguido un buen francés. Hablo sin rasgos de acento inglés y, lo que aún es más difícil, sin marcar en ningún sitio el acento tónico. En efecto, la señora Forrester tenía predilección por la literatura francesa. Me hacía leer cinco libros franceses por cada uno inglés. Había sido gran amiga de la princesa Mathilde, en casa de la cual cenaba frecuentemente. Allí encontró a Merimée, a Flaubert, a Théophile Gautier, a George Sand, a Carpeaux y a otros veinte igual de famosos cuyos nombres no recuerdo ahora mismo. Si creemos en el retrato que hace de ella Henner, era deslumbrante, de tez nacarada, hombros aterciopelados, grandes ojos azul oscuro de expresión ambigua, y cabellos pelirrojos, que daban un algo de cálidamente animal a ese conjunto angelical. Todo ello realzado (en el cuadro, quiero decir), de forma casi lasciva por una piel de marta cibelina. Creo que todos esos señores estaban un poco enamorados de ella. Me dijo más de cien veces que para ella la vida había acabado en 1870, con la guerra franco-prusiana. Se había quedado en París durante la ocupación y la Comuna, sin saber muy

bien por qué. Por fidelidad, por amor a esta ciudad donde se había sentido más en su propia casa que en ningún otro lugar. Sobre todo, creo yo, que por un sentido del deber o de compensación típicamente inglés. Pensaba que si había disfrutado de París durante su época triunfante, era justo que compartiera su miseria. Si hubiera huido el 4 de septiembre, como tantos de sus amigos bonapartistas o como la emperatriz, habría tenido el sentimiento de ser ingrata. Por supuesto, ella no me había dicho nada semejante: era demasiado «*gentleman*» para eso. Soy yo quien lo reconstruye, de acuerdo con su carácter, que llegué a conocer después de seis años de intimidad.

Cuando estaba en forma y me hablaba de las fiestas, de los salones, de las conversaciones, de las operetas, de los teatros parisinos, la comprendía tan bien que faltaba poco para que yo me uniera a su nostalgia. Me convencía de que me había perdido algo único en la historia de la humanidad: una alegría y un esplendor tales que no volverán jamás. Y también esa ligereza francesa que, al recordarla, me parecía encantadora y muy poética. ¡Qué adorable país, Francia bajo el Segundo Imperio! Había sido demasiado feliz. Misteriosamente había vuelto a encontrar algo del tiempo de Luis XV, y lo copiaba en sus muebles y en su arquitectura. Toda Europa la detestaba y miraba burlescamente cómo los prusianos de Bismarck la devastaban. Toda Europa excepto Meredith, que en aquel entonces escribía su famosa *Ode à la France*. Por eso se le invitaba a menudo. Creo que la Francia que él amaba no era exactamente la misma que la de la señora Forrester, pero eso importa poco. No era el recuerdo de los bailes de Compiègne, de Mabilly, de *Froufrou*, ni las veladas de la princesa de Metternich, ni las comedias de Labiche, ni los uniformes de los Cent Gardes, lo que a él le partía el corazón. Y, sin embargo, el patriotismo francés se parecía en el fondo. La señora Forrester me pedía que le leyera a poetas por los que Meredith sentía tanto afecto como ella: Charles Baudelaire, por ejemplo, o Alphonse de Lamartine, e incluso Victor Hugo, por el que ella sentía una viva antipatía, pero le había perdonado un poco, por su *L'Année terrible*.

No era la única aquejada de francomanía. En los años ochenta, aparte de algunos viejos terratenientes de la nobleza inglesa, salidos directamente de las novelas de Fielding, casi toda la sociedad victoriana era también adicta, sin por ello tener el mínimo gusto por Francia. Era elegante: se hacía. Una de cada dos palabras que la señora Forrester pronunciaba, era francesa, cuando no eran pasajes enteros de la conversación. Ese lenguaje bilingüe era muy bien acogido en los salones de Belgravia y en el Holland Park, donde se hablaba corrientemente. Empezar una frase en inglés y acabarla en francés o viceversa, era una condición de gran chic. Dicho de otro modo, parecía común. Esto tenía su encanto: el inglés y el francés son dos lenguas tan diferentes, tan antinómicas diría yo, que cuando las mezclamos tenemos la impresión de desdoblarnos, de tener dos voces. Este estilo se atrapa con suma facilidad. A fuerza de oír esta manera de expresarse de la señora Forrester y de sus amigos, lo he adoptado completamente. Mi inglés está lleno de galicismos que agradan a la persona que me es más querida en el mundo. Esta persona, divinamente indulgente, ve un

exotismo en esto, cuando no es más que futilidad.

## CAPÍTULO SEGUNDO

*Tempestad sobre el Gloria Scott*

*Calcuta*

*Muerte de mi madre*

*Mi padre virrey de la India*

*Edimburgo*

*Separación desgarradora*

*El pensionado McLamuir*

La principal razón por la que la señora Forrester me contrató en 1882, era porque yo hablaba muy bien francés, pues había ido varias veces al continente; era algo que mi padre adoraba como «la niña de sus ojos», como dicen en Francia, y que casi era una obsesión para él. Creo que estaba un poco loco. Y yo no estoy censurándole. Al contrario, a los niños les gustan mucho los padres un poco locos; les da la impresión de ser mayores que ellos, de tomar todas sus responsabilidades, de tener la obligación de ser doblemente buenos y prudentes. Así era yo con mi padre. Esto había empezado a la muerte de mi madre. Yo tenía siete años. Vivíamos en Calcuta. Mamá estaba tísica. Los médicos decían que quizá el calor de la India la curaría; hicieron todo lo posible y aún más para que se reuniera con su marido allí, donde acababa de ser nombrado.

Para empezar, el viaje la dejó agotada. Lo hicimos ella y yo, en la peor época del año, durante las tormentas del equinoccio. Después, el clima de la India, al contrario de lo que se preveía, aceleró su enfermedad. Llegó a Calcuta extenuada. Para recibirnos, papá había dispuesto una casa que, en mi memoria, tiene unas proporciones fabulosas. Era inmensa, suntuosa, llena de madera tallada, columnas esculpidas, balcones interiores, estatuas de piedra que sonreían, pies de elefante disecados, transformados en paragüeros, un extraño mobiliario con incrustaciones de nácar. Todo este lujo daba a una callejuela pavimentada con excrementos de vaca.

Creo que por lo menos teníamos veinticinco sirvientes hindúes. Se comprende que los jóvenes tenientes removieran cielo y tierra para ir al ejército de la India: allí llevan un tren de vida que no tienen los generales de la metrópoli. Dos ghurkas, asignados a mi servicio, se ocupaban de mí como si fueran doncellas. Cuando salía de paseo me seguían por la calle a cuatro pasos de distancia, girando los ojos terriblemente.

A mamá, al llegar a nuestro palacio de Calcuta, sólo le quedaron fuerzas para acostarse. Tres meses después estaba muerta. Yo me sentía aliviada, ya que una moribunda nos sumerge en un mundo inhumano del que tenemos prisa en alejarnos, pero a la vez, la idea de que no vería más a mi querida mamá, me hacía estallar en un

llanto repentino. Es duro, a los siete años, darse cuenta del verdadero significado de la palabra «jamás». A veces, mi tristeza me parecía tan grande que me hacía pensar que era debida a mi imaginación. Me repetía mentalmente: «¡Basta!» y pensaba en otra cosa. El espectáculo de mi padre me ayudaba; era vulnerable como todas las personas mayores y tenía además un carácter furioso que le arrojaba con frenesí a la desesperación o al placer. Mi pena era en cierto modo racional: yo la administraba, la repartía, mientras que él no tenía defensa contra la suya. Esta constatación me apartó del egoísmo de la gente que sufre y que se complace en saborear su sufrimiento. Tenía que ocuparme de alguien más débil que yo, y por ello más desgraciado. Yo poseía una pequeña alma de hierro, calculaba, era astuta, previsora. Sabía que un día me consolaría. Había que llevar a mi padre de la mano hacia el final de su rebelión pueril contra su destino. Nadie más que yo era capaz de hacerlo. Era mi deber. Cómo lo hice, ya no me acuerdo, pero lo hice. A los siete años, reemplacé a mamá. Daba órdenes a los criados. De nuevo, puse la casa en marcha. Papá habría dejado todo a la buena de Dios.

Durante el viaje, en medio de la tempestad, yo estaba obsesionada por la idea del naufragio. Estaba segura de que era algo inevitable, algo fatal, que estaba escrito, habría un naufragio en mi vida. Los niños tienen premoniciones de este tipo, y no les engañan. Yo he tenido mi naufragio, pero después de haber pisado tierra. Me habrían sorprendido mucho si me hubieran dicho que sería yo el capitán del navío, el que impediría que se fuera a pique.

Esperaba a papá por la noche, cuando volvía del regimiento. La mitad de las veces borracho. Me veía de pie, en camión, toda de blanco, como un fantasma en la entrada. Rompía en lágrimas. Yo sabía exactamente lo que significaban esas lágrimas: eran lágrimas de alivio. Su pena, que le había ahogado durante toda la jornada, se transformaba en ternura, en gratitud, remordimientos de dejarme llevar todo el peso de nuestra vida. Todo aquello duró ocho meses. Después papá volvió a ser el mismo. Lo que había cambiado eran nuestras relaciones. Durante estos ocho meses, yo había empezado a quererlo como nunca lo había querido, y él también, recíprocamente. Habíamos descubierto cada uno en el otro un ser inesperado: yo a un niño pequeño, él a una mujer, a una madre. De hecho, yo le hablaba como una madre habla a su hijo. Era algo que venía por sí sólo. Me oía hablar así, es decir, con dulzura, con autoridad, con sensatez; y este tono, esta voz que salía de mí, me llenaba de asombro. Era natural. Yo no jugaba a hacer de mamá. Era una verdadera mamá. En cuanto a él, era dócil, obedecía, me miraba con ojos infantiles, en los que yo leía la incertidumbre, la confianza, la buena voluntad.

Algo más inexplicable, y que siento sin encontrarle explicación: volví a ser niña cuando mi padre dejó de ser niño, como si el buen Dios me hubiera prestado temporalmente un alma por encima de mi edad, para quitármela cuando ya no la necesitase. La última decisión de esta alma prestada, fue la decisión que tomé de separarnos. Papá quería quedarse siempre conmigo. Me describía nuestra existencia

en la India, viviendo casi como una pareja. ¡Qué difícil era resistir a tales proyectos, que respondían tan bien a lo que yo deseaba! Me contaba como, teniéndome a su lado y ardiendo en deseos de honrarme, se cubría de gloria en el Khyber Pass, o en Bengala, o yo no sé dónde; conseguiría montones de medallas, sería coronel a los cuarenta años, después brigadier y después se haría noble. El pobrecito mío se veía virrey de las Indias para complacerme. Yo me lo creía todo, como una madre. Una evocación, entre otras, me seducía: el baile que papá daría a mis dieciocho años. Él se acercaba a la cincuentena. Gracias a sus grandes hazañas, sería gobernador de Bombay. Viviríamos en un palacio cien veces mejor que nuestra casa de Calcuta, con lanceros uniformados montando guardia en todas las puertas. Yo sería a la vez la heroína del día y la señora de la casa. No habría ni un sólo teniente en todo el ejército de la India que no me hiciera la corte, pero yo, como se debe hacer, sería impasible como una princesa.

¿Se puede creer que yo no sucumbía ante esas visiones deliciosas? El entusiasmo me sublevaba. A los siete años, a los ocho años, me había sucedido lo que nunca les sucede a las niñas: había realizado una obra. La contemplaba en la persona de mi padre, al que yo había sacado del infierno con mi sola energía. La obra quedaría incompleta si no me iba. Papá ya no tenía necesidad de mí. Había que dejar libertad a sus movimientos, para que hiciera esa deslumbrante carrera de la que yo no dudaba ni un segundo, ya que él me lo había prometido. Separarme de papá por su bien era el mayor de todos los sacrificios que podía hacer: así pues, tenía que imponérmelo. Así funcionaba mi cabeza entonces. A pesar de la existencia tan extraña que llevaba y de los sentimientos excesivos que me agitaban, me persuadía valientemente, tontamente, de que el lugar de una huerfanita inglesa no estaba en Calcuta, lo cual es, ¡por desgracia!, un razonamiento de persona mayor.

Mi padre, viendo mi determinación, y que, seguro de mi valentía, había tomado la costumbre de seguirme en todo, me obedeció una vez más. Esta vez era demasiado. Sin mí, no hizo nada con su libertad. Más bien la utilizó contra sí mismo. Era un hombre para el que la soledad no valía nada. No tenía ambiciones para él solo. Necesitaba otro ser, una mujer a la que entregarle todo cotidianamente, que le diera razones para superarse. Yo, que comprendía tantas cosas a los ocho años, no comprendí aquello. Era demasiado sutil para mi pequeño intelecto o para mi corazoncito. Me excitaba la idea de ir a encerrarme en un pensionado de Escocia durante diez años, como si dijera diez siglos, y de volver a encontrar a mi padre cubierto de gloria, esperándome en Bombay con su uniforme dorado, en medio de sus lanceros de Bengala.

Los últimos recuerdos de verdadera felicidad infantil se remontan al viaje que hicimos cuando él me llevó a Inglaterra. Lo que el viaje precedente había tenido de horrible y triste, lo tenía éste de encantador. Y, sin embargo, habíamos embarcado en el mismo paquebote, el *Gloria Scott*, en el que todo me hacía recordar a mamá que estaba tan enferma, yo cuidándola como podía, el mar furioso, la angustia de los

pasajeros y de los marineros. Pero, esta vez yo no tenía que cuidar a nadie y el tiempo era bueno. Había pasado un año. Un año es eterno para una niña. Estaba nueva. No era ciertamente que yo hubiese olvidado, sino que nada me hacía daño. Que fuese huérfana, que ya no tuviera madre, era una desgracia contra la que no se podía hacer nada, formaba parte de los dones del mundo. Los niños son muy pragmáticos: yo era huérfana por las mismas razones misteriosas e indiscutibles por las que era rubia, tenía los ojos azules, era inglesa y no alemana, y por lo que la vida era lo que es y no otra cosa.

Papá también estaba recuperado. Haber dejado la India, estar en un barco, balanceándose sobre el agua como están los ingleses desde el abismo de los tiempos, le había borrado su tristeza en cuestión de una hora. Estaba contento, fumaba puros. Jugaba a las cartas cada noche y ganaba, lo cual aumentaba su buen humor. Estábamos en un mismo compartimento. Él se acostaba muy tarde. Yo ya no le esperaba con el corazón palpitante como hacía seis meses. Cuando volvía a medianoche de sus partidas de *poker* yo dormía profundamente en mi litera. Cuando desembarcamos en Portsmouth, casi se había hecho rico. Antes de llevarme a Edimburgo, donde estaba el colegio en el que había decidido hacer mis estudios, mi padre dispuso que pasaríamos unos días en Londres, lo cual no estaba previsto y me dio una alegría enorme. Nos quedamos en un hotel de gran lujo cerca de Piccadilly. Creo que esa fue la semana más bella de mi vida. Cada vez que lo pienso ahora, me maravillo todavía. Yo descubría todo. Papá me llevaba a los grandes almacenes en los que comprábamos vestidos, zapatos, sombreros, maletas de cuero llenas de correas para meter todo esto, e incluso pequeñas joyas. Nos desplazábamos en cabriolé, que nos esperaba a cada momento. Comíamos en restaurantes de fama, como el Simpson y el Delmonico, donde los *maîtres* de hotel se doblaban por la cintura para proponerme el menú. Por la tarde visitábamos el Albert Memorial, el Parlamento, el Palacio de Cristal. Por la noche íbamos al teatro Aldwych, a Drury Lane, o incluso a la Opera de Covent Garden a escuchar *La Traviata*, de la que yo no entendía ni jota, ya que estaba cantada en italiano; papá me explicaba el libreto con mucha fantasía, haciendo de Violeta, la esposa legítima de Alfredo, el cual se veía obligado a ausentarse con mucha frecuencia a causa de su oficio de capitán de alto rango. Me prestaba unos gemelos de nácar y me mostraba las personas famosas de la sala. Madre mía, ¡lo que me divertí y lo feliz que fui durante esos ocho días!

Por el contrario, Edimburgo, destripado por la vía férrea, ennegrecido por el carbón de las locomotoras, como un leño con una parte demasiado quemada, me pareció siniestro. En el momento de separarnos, yo que había sido tan fuerte hasta entonces, tan razonable, me comporté como una bestia a la que encierran en una jaula, o como una loca a la que encierran en el manicomio. De repente comprendí que no volvería a ver a mi querido papá antes de dos interminables años, que estaríamos muy solos, cada uno por su lado, con la mitad del mundo entre nosotros. Palpaba con horror lo que era el exilio y no sabía decirlo. Me abrazaba con fuerza a mi padre, lo

apretaba con mis brazos, llorando como no había llorado por la muerte de mi madre. Lo más curioso, de lo que me doy cuenta ahora, es de que las palabras que salían de mi boca eran verdaderas y justas; yo predecía el porvenir, como si la crisis de nervios en la que me encontraba me diera el don de la doble visión: «Papá —decía yo con una voz entrecortada—, no me dejes aquí, te lo pido por favor. ¿Qué va a ser de ti sin mí? Si yo no estoy allí, ¿quién se ocupará de todas las cosas que te aburren y que tú no harás? Porque tú no soportas aburrirte, ¿quién te impedirá que juegues al *poker*? ¿Quién te impedirá que bebas coñac, quién te dará valor? Si no me ves todos los días, te olvidarás de que es por mí por quien quieres llegar a ser general, y nunca lo serás, te dará lo mismo, pensarás que no merece la pena... Volvamos a Calcuta. No nos separemos más». ¡Cómo no había experimentado yo esos sentimientos dos meses antes, cuando estábamos todavía en la India, en lugar de meterme en la cabeza un sacrificio estúpido! Por lo demás, yo no creía realmente en lo que decía. Eran propósitos incoherentes de un alma dolorida. No comprendía que el dolor hiciera salir la verdad como una bala de cañón. Quizá papá lo sintiera un poco. Me ahogaba contra su pecho. Mis lágrimas corrían por sus mejillas. Estaba dispuesto a hacer una vez más lo que yo le pedía. «Pues claro que sí, querida mía, vamos a marcharnos —decía él—, no quiero que tú llores, me hace demasiado daño. En Calcuta no faltan escuelas. Vamos a volver a coger el barco. Vamos a volvernos allá. Tú tienes razón, no puedo vivir sin mi pequeña Mary. Nada nos separará nunca, te lo juro. Yo tampoco quiero separarme de ti. ¡Quedémonos siempre uno cerca del otro...!».

Supongo que esta espectacular escena de una hija con su padre debía formar un cuadro bastante desgarrador. Desgraciadamente para nosotros, esto pasaba delante de una persona que no era sensible a ello. La señora McLamuir, la directora del pensionado, no se inmutaba ni lo más mínimo ante nuestras demostraciones. Nos observaba con el mismo aire de tranquilidad y experiencia con el que un médico hace gala de sus opiniones ante un síntoma de enfermedad. En medio de mis lágrimas, intercepté una de sus miradas, que me calmó. A pesar de sus papadas, sus quevedos, su rigidez, su voz extremadamente distinguida, tenía una naturaleza sana y eso se notaba. Se veía que a ella le gustaba hacer bien al prójimo, justamente a la manera de un médico, es decir, estaba convencida de saber mejor que los interesados lo que era bueno para ellos, y si era necesario, les obligaba a tomarse las medicinas. Con unas pocas palabras, nos despertó de nuestro exaltado sueño, y nos colocó de nuevo en lo cotidiano de la vida. Si yo hubiera sido menos joven, y mi padre menos influenciado, habríamos salido corriendo, ya que era nuestro amor lo bueno para nosotros, y no lo que la señora McLamuir nos exponía; por ejemplo: lo poco conveniente que era para una joven vivir en medio de soldados y lejos de la madre patria, la necesidad de que fuera educada en Gran Bretaña y de adquirir allí las maneras adecuadas bajo pena de muerte social. ¿Cómo podía mi padre reemplazar a mi madre? Yo necesitaba mujeres a mi alrededor. En cuanto a mi padre, una vez pasada la tristeza inevitable de la separación, se sentiría muy aliviado. Un teniente del ejército de la India, no sabría

ocuparse de una niña: tiene sus amigos, sus clubs, su carrera, sus diversiones. La señora McLamuir poseía en su grado máximo el aspecto competente de la gente mediocre con la que uno no se atreve a discutir porque están repletos de argumentos. Su discurso nos intimidó. Reproducía de forma didáctica y grave las ideas que yo misma había tenido no hace mucho y que había inculcado a papá. No se guarda rencor por un falso diagnóstico a un médico, ya que sabemos que por lo menos ha intentado curarnos. La señora McLamuir creía sinceramente que abusábamos de nuestra emoción. Estaba completamente persuadida de que ella era mi salvadora, de que la Providencia la había puesto en mi camino para impedir que yo cayera en indecibles errores. A su juicio, en Calcuta me habría convertido, sin duda alguna, en una salvaje, en un marimacho; capaz de casarme, como mucho con un sargento de carrera; habría adquirido un acento detestable y no me habrían recibido nunca en ninguna parte, lo cual es el colmo del infortunio para un ser humano.

Pasé nueve años en el pensionado de McLamuir y no fui en absoluto infeliz, como me pensaba. Al cabo de algunas semanas, de algunos días quizá, me acostumbré, me sentía completamente en mi casa. La señora McLamuir gobernaba con majestad y autoridad, tenía una especie de ingenuidad que la ayudaba mucho. Allí aprendí lo que es el placer de un mundo ordenado, en el que no hay lugar para la responsabilidad, para el imprevisto, la sublevación, el sacrificio, el romanticismo. Después de las experiencias tan por encima de mi edad que había tenido, y durante las cuales no encontraba a nadie que me ayudara, conocí las delicias de la disciplina. Ya no tenía que tomar decisiones ni cargar pesos sobre mis pequeñas espaldas, que a veces pensaba que no los podrían soportar hasta el final. Por fin estaba rodeada de verdaderas personas mayores, que actuaban como tales, es decir, que me daban órdenes y que me castigaban cuando no obedecía. ¡Qué calma! Enseguida empecé a pensar que las cosas, a fin de cuentas, estaban muy bien así. Quería a papá igual, pero desde lejos, sin pena, pues yo sabía que había salido adelante y que estaba dispuesto a hacer grandes trabajos; le quería sin inquietud porque yo no era testigo de los detalles de sus sentimientos y de su vida. Me dejaba envolver por la dulzura de ser una verdadera niña. Mis únicos dramas eran los propios de mi edad: lección mal aprendida, deberes mal hechos, pelea con mi mejor amiga, insolencia con una profesora. Escribía a papá todos los domingos. Le contaba extensamente cosas insignificantes. Recibía de él cartas amables y alegres. La señora McLamuir era muy indulgente conmigo porque yo era huérfana y eso le llegaba a su buen corazón.

Me gustaría detenerme en mis años de pensionado, las amigas que tuve allí, describir Edimburgo, que es una ciudad magnífica a pesar de la línea de ferrocarril que la divide en dos; hablar de nuestros paseos a Holyrood cuando llegaba la primavera y salíamos en fila para respirar el aire puro, conducidas por una vieja, la señorita Tannahill, que no cesaba de contarnos por temor a que una de nosotras se perdiera; evocar a la reina María Estuardo, cuyo culto celebrábamos. Estos recuerdos monótonos e insulsos, son recuerdos enteramente felices, pero me temo que esto no

tiene mucho interés. ¿Cuántas antiguas colegialas no han hecho libros insípidos con recuerdos similares?

Sin embargo, anotaré esto: que papá, si hubiera tenido un hijo en lugar de una hija, habría deseado sobre todo que fuera campeón de *cricket*, de boxeo, de tenis, de esgrima, que le gustaran los caballos, que entrara en Sandhurst. Teniendo una hija, se empeñaba en que poseyera el equivalente femenino, es decir, las cuatro virtudes de la señorita de sociedad: piano, canto, acuarela y francés. A pesar de su pasión por el juego, que a veces le ponía en situaciones difíciles, encontraba siempre las treinta o cuarenta guineas indispensables para esto, que era, en suma, algo superfluo. Pero tenía razón, porque gracias a ese superfluo y no a mis estudios serios, pude ganarme la vida cuando me hizo falta. Uno de los lados encantadores de su carácter es que se burlara por completo de que yo aprendiese los poemas de Robert Burns y de lord Tennyson, y de que fuese buena o mala en cálculo. Cuando venía de permiso, quería contemplar enseguida los paisajes y las naturalezas muertas que yo había pintarrajeado, me hacía sentar al piano, tocar a Chopin y a Liszt, cantar *Lucia di Lamermoor*. Fuera cual fuera la época del año, incluso en pleno trimestre y a pesar de los gritos horrorizados de la señora McLamuir ante la idea de que yo perdiese las asignaturas esenciales, él me llevaba consigo. No me daba tiempo ni para hacer la maleta. «Deja ahí todas esas antiguallas. Ya te reharemos un vestuario completo. Vente tal como estás. Quiero que vistas a la moda de París». Corríamos hacia Douvres. Embarcábamos en el paquebote de Calais. Llegábamos a París, y eran tres meses de fiestas, o quince días, según la fortuna que papá traía de la India. Nos alojábamos en el hotel Lotti, en la calle Castiglioni, donde teníamos habitaciones espléndidas, tapizadas en rojo y dorado. Nos íbamos a la nueva Opera de Gardier, a la Opera Cómica, al Vaudeville, al café-concierto, a la revista del 14 de julio, al museo del Louvre. Comíamos en el Brébant, cenábamos en el Café de París. Comprábamos mis vestidos en Worth. ¿Cómo no iba yo a estar loca por un padre que me ofrecía así, inesperadamente, tales vacaciones? Y que me las ofrecía a su manera impulsiva, es decir, que siempre había un poco demasiado de todo. Iba tan deprisa y tan violentamente en la vida que era incapaz de detenerse a tiempo.

Otro aspecto encantador de él: me daba la impresión de que envejecía al mismo tiempo que yo. De unas vacaciones a otras su actitud cambiaba. Mientras yo era una niña, y a pesar de su carácter arrebatador, mostraba una sumisión y una amabilidad tales que me reafirmaban la impresión de que, de nosotros dos, era yo la persona mayor y razonable; desde que fui una adolescente, o el esbozo de una adolescente, dejó de ser un niño pequeño, se convirtió en un hombre que escolta a una dama, que la protege, que complace sus deseos, que se interpone entre el mundo y ella, para que ella viva solamente los aspectos agradables y dulces de esta vida. Me daba cuenta de esas transformaciones que se sumaban a mi felicidad; las sentía como una forma extremadamente delicada de hacerme comprender que yo misma me transformaba, y que debía comportarme en consecuencia.

La única contrariedad era que mi padre no hacía la bella carrera que me había prometido. En nueve años ascendió solamente a capitán, lo cual estaba muy lejos de mis esperanzas. Su último destino me disgustó particularmente: era uno de los oficiales de guarnición de la isla Andamán. Me escribió sin decirme en qué consistían sus funciones. Pero yo lo sabía muy bien. Las islas Andamán son un pequeño archipiélago montañoso del golfo de Bengala. Hay cuatro islas principales. Es uno de esos lugares desolados, siniestros, casi desérticos, en donde no se puede construir más que una prisión. Y en efecto, desde hacía una veintena de años era una prisión. Los prisioneros eran criminales, soldados condenados por un consejo de guerra, indígenas que habían escapado de la horca, algunos rebeldes afganos o cipayos. ¡Mi padre guardián de galeotes, qué cosa más triste! No había soñado eso ni para él ni para mí. Yo esperaba que lo mandarían a la base naval de Andamán, que se llama Port Blair, como todos sabemos, pero ¿qué podría hacer él allí? Él no era marinero, ¡no, por desgracia! Lo que era, es carcelero, oficio sin gloria, y yo que en mis fantasías de niña me lo había imaginado a caballo, con su casco blanco y sus botas amarillas, su revólver humeante en la mano, apaciguando a los sublevados, pacificando territorios, tan bueno y clemente después de la victoria como indomable había sido en la batalla, ¡pobre papá! Me he quedado con esta imagen suya de carcelero, tan poco compatible con su carácter tierno, ligero, excesivo, juvenil. No lo he vuelto a ver más. Yo tenía diecisiete años. La señora McLamuir, que con el tiempo se había acostumbrado a sus caprichos y ya no se molestaba en oponerle resistencia, me había acompañado ella misma al tren. Tenía que reunirme inmediatamente con papá en Londres, en el hotel Langham. Me había mandado un telegrama de diez líneas, magnífico y costoso como un ramo de rosas, repleto de palabras de amor a tres peniques cada una. Era el 3 de diciembre de 1878.

¡Qué cosa más extraña es el destino! Extraña y dolorosa. La pena y el misterio entraron juntos en mi vida aquel día. En la habitación de mi padre, en el Langham, no había más que su equipaje, que contenía ropa, sus libros, una cantidad de menudencias y de pequeñas obras de arte hindúes. Una de las maletas me estaba visiblemente destinada; estaba llena de regalos en los que yo reconocía la desmesura y el gusto de papá: eran saris hechos de sedas suntuosas, verdaderos saris de maharaní; pulseras y collares de plata muy pesados; colmillos de elefante en los que habían cincelado veinte, treinta, cincuenta pequeños personajes en la caza del tigre, o bien una escena de la vida de Indra.

Me extrañaba que se hubiera instalado en el Langham, hotel de segunda categoría, no era en absoluto su estilo. Cada vez que venía a Londres, necesitaba al menos el Claridge. Tuve tiempo para hacerme ese tipo de preguntas, ya que pasaba todo el día esperándole. La habitación del Langham se grabó en mi memoria. Mi padre había exigido por lo menos la más bonita del hotel y, aunque él apenas se había quedado allí, su original personalidad ya la había impregnado. Sólo pequeños detalles: un abrigo encima de un sofá, una estatua de bailarina medio desnuda y

sonriente colocada sobre un rincón de la chimenea, tres volúmenes en sentido oblicuo encima de la mesilla de noche, las cortinas corridas de forma desigual, pero yo reconocía su mano, casi me atrevería a decir su corazón. La camarera, que había pasado después de su partida para ordenar la habitación y hacer la cama, no habría conseguido borrar las huellas que yo habría reconocido entre mil. Me queda el recuerdo de una espera interminable. Había llegado en el tren de las ocho y siete minutos. Había cogido un cabriolé en la estación de Saint-Pancras para volar más rápido a los brazos de papá. Traía un permiso de doce meses. Estar todo un año a su lado, poder verle constantemente (debía acabar mis estudios en junio, dejaría el pensionado y me vendría a vivir a Londres con él), era el regalo más bonito con el que yo habría podido soñar, el único. Yo también, a mi manera, le llevaba un regalo: mis diecisiete años. Los había cumplido el 24 de septiembre. Cuando nos habíamos separado, dos años antes, yo no era más que la adolescente o el esbozo de adolescente mencionado antes. Me encantaba la idea de que mi padre vería aparecer a una mujer a la que no conocía, que seguramente no lo preveía, y esta mujer era yo. Había saboreado de antemano sus exclamaciones de admiración y de sorpresa. Entreveía un periodo infinito de felicidad y también de lujo, ya que papá, medio en serio medio en broma, en sus últimas cartas había hecho alusión a una fortuna que, por así decirlo, le caería del cielo y con la que pronto iba a volver. Me pidió que no hablara de ello a nadie, pero no podía impedirse a sí mismo mencionármelo un poco, casi entre líneas, para hacerme la boca agua, para que yo gozara con él. Por lo que había podido comprender, se trataba de una fortuna fabulosa, un tesoro que había encontrado en la India, que había sido transportado secretamente a Londres y que nos aseguraría a los dos para siempre el lujo que a él le gustaba tanto y con el que soñaba cubrirme, a mí, su hija querida. Por eso me intrigaba todavía más esa habitación mediocre del hotel Langham. ¿Qué significaba eso? ¿Por qué papá, para quien «a pesar de estar siempre a dos velas», como dicen en francés, nada era demasiado bueno mientras viviese, se había alojado en ese lugar ahora que era rico?

Cuando entré en el hotel tuve un siniestro presentimiento que me apresuré a desechar. Mi padre había avisado al conserje de mi llegada; por eso no me pusieron dificultades para acompañarme a su habitación. Pero el director, o el gerente, me dijo que no había vuelto a ver al capitán Morstan desde la tarde del día anterior. Se había ido hacia las siete, antes de cenar. Por lo demás, yo podía constatarlo: su cama no estaba deshecha. La habitación tenía el aspecto muerto de los lugares en los que se hace la limpieza después de la partida de sus ocupantes. Me afectó. Por más que me exhortara, por más que me dijera a mí misma que papá se había ido a buscar su famoso tesoro a Surrey o a Kent, donde debía estar depositado, que había pasado la noche allí, que iba a venir de un momento a otro, que pronto me reiría de mis temores, no podía evitar estar triste, oír mi corazón latir, sentir en mis miembros esa especie de languidez impaciente que es el lenguaje oscuro del cuerpo, mediante el cual intenta advertir a nuestro espíritu que una desgracia se acerca a nosotros. Era

algo inconcebible que mi padre, después de haberme telegrafiado para que corriera a Londres a reunirme con él, no estuviera allí para recibirme, para estrecharme en sus brazos, para entregarme a cien felices locuras.

## CAPÍTULO TERCERO

*El Hotel Langham  
Pondichery Lodge  
«Ella no tiene pata de palo  
El mayor tiene ojos de langosta y su sirviente es un lagarto  
Presencia del diablo  
Llegada de un ángel»*

Esto sucedía el 3 de diciembre de 1878. Me veo sentada en la habitación del Langham. Intentaba leer uno de los libros que estaban encima de la mesilla de noche. Era una obra francesa titulada: *La Verdad sobre la campaña de 1870, examen razonado de las causas de la guerra y de nuestro infortunio*, por Fernand Giraudeau, exjefe de división del Ministerio del Interior. He conservado ese volumen como una joya y lo leí poco después, pero ese día era incapaz de fijar mi atención. Mis ojos se deslizaban sobre las líneas impresas y llegaban al final de las páginas sin haber comprendido una palabra. Cada vez que oía el paso de un coche en el macadán, me precipitaba a la ventana. Hacía frío, el tiempo era oscuro, la calle estaba invadida por la niebla. La habitación estaba caldeada por una llama de gas en la chimenea que se apagaba periódicamente, y que sólo se volvía a encender si se depositaba una moneda de tres peniques en un contador. De vez en cuando la camarera de aquel piso, o bien el director, llamaban a la puerta. Echaban una ojeada, me preguntaban si no tenía necesidad de nada. Me traían té, galletas. Por la noche, el director me aconsejó que me dirigiera a la policía. Otro recuerdo imborrable: yo en medio de la niebla, tiritando de frío y de inquietud, y sin embargo con un poco de esperanza aún, caminando hacia la comisaría.

Gracias a Dios, tenía unas cuantas guineas, pues papá no había pagado nada por adelantado en el hotel y no había dinero en su equipaje. Presumo que su plan era quedarse allí una o dos noches, y después, en cuanto dispusiera de los medios, alojarse en algún lugar suntuoso. Por lo menos, ésta es la única explicación que yo encuentro al pequeño misterio del Langham. A no ser que el cielo, sabiendo que iba a desaparecer, lo hubiera llevado allí. Su pequeña huérfana, con sus pobres recursos, no habría podido mantenerse mucho tiempo en el Claridge. Seguramente papá había jugado fuerte en el barco y perdido todo lo que tenía. En lugar de entristecerme, esta idea me enterneció. Primero porque sus debilidades me enternecían siempre, y también porque no había escatimado en nada en los regalos que me había destinado. Todo eso era él; era toda su ligereza y todo su amor: había rehusado rehacerse antes que no poder ofrecerme regalos ruinosos e inútiles.

Mi peculio me permitió quedarme en el Langham. Por superstición, quería

conservar la habitación que mi padre había elegido, en lugar de un cuarto pequeño que me habían propuesto para que pudiera hacer economías y que estaba en el piso del servicio. ¡Qué pesadilla durante esa estancia! Iba a la comisaría, donde unos policías estupendos me recibían amablemente, me servían té y me decían que no había nada nuevo. Ponía anuncios en los periódicos que quedaban desesperadamente sin respuesta. El único amigo que mi padre tuvo en Londres, a casa del cual me dirigí, ignoraba incluso que estuviera en Inglaterra. Creo que fue con esa visita con la que culminaron mi angustia y mi pena. Conseguí una explicación mucho más tarde. Se trataba de un hombre bastante mayor que papá, que me inspiró una extremada repulsión desde que lo vi. Creí estar en presencia del mayor Bagstock, horrible personaje de Dickens, enorme, todo rojo, que se vuelve azul cuando se encoleriza y que tiene ojos de langosta. Aquel también era mayor. Se llamaba Sholto. Papá había estado algún tiempo bajo sus órdenes en el 34 de infantería de Bombay. Se había retirado hacía unos meses y vivía en Upper Norwood, en una de esas villas neogóticas, recargadas, llenas de esculturas industriales, con ventanas en ojiva, capiteles, todo ello mitad de ladrillo mitad de piedra pómez, como les gusta a los oficiales del Ejército de la India, sin duda porque ven en eso todo el encanto de la vieja Inglaterra de la que se han visto privados durante mucho tiempo. El mayor Sholto había bautizado aquello con el nombre de «Pondichery Lodge», lo cual tenía el mérito de ser insólito, ya que la propiedad, no sólo no tenía nada de asiático en su apariencia, sino que además, con su estilo ridículo, era testigo de una civilización todo lo alejada posible del hinduismo. Era exactamente el tipo de casas llamadas «*The Old Manor House*». Lo feo y lo vulgar es ordinariamente tranquilizador, aunque sólo sea porque eso hace reír. Sin embargo, cuando llamé a la verja tuve miedo. Esta grotesca villa tenía algo maléfico, como la mansión Usher de Edgar Allan Poe. Estaba guardada por dos individuos con la nariz rota, con las orejas despegadas, con los puños ásperos, y con unos bíceps muy gruesos que hacían estallar las mangas de sus chaquetas. Más que como porteros, estaban vestidos como gamberros del Soho: trajes y gorras a grandes cuadros, sin abrigos, a pesar del frío. Me miraron fijamente. Uno de ellos se dirigió al otro con estas palabras sibilinas:

—¿Tú qué crees Williams? Podemos dejarla pasar ¿eh? No tiene pata de palo. Y además el patrón no nos ha dado órdenes respecto a las niñas.

El hombre que se llamaba Williams me acompañó hasta la casa por un sendero que hacía curva. De repente me encontré ante una gran estatua de piedra gris de la sangrante diosa Kali, cuya horrible expresión estaba reforzada por el paisaje británico, como si hubieran instalado allí una forma desconocida del Mal, para aclimatarla a nuestro país. Un bosquecillo de árboles y de arbustos me la había ocultado. Esta aparición me hizo pensar en un tren de fantasmas de las ferias, cuando un esqueleto surge de las tinieblas. Quizá hice un pequeño movimiento de retroceso, pues Williams se rió burlescamente.

—No se lo espera uno, ¿eh? —dijo—. El patrón ha traído el espantajo ese de sus

viajes, es lo que le gusta a ese hombre. ¡Eh, macaco! —gritó al ver a un sirviente hindú en la escalinata de la villa—; hay una visita para el general. Vete a decírselo.

—¡No generará! —respondió el hindú con una voz chillona, entrecortada, distribuyendo curiosamente las eres y comiéndose las eles—. No generará. Mayó. Mayó Shoto. 34 de infantería. Bombay. Es muy injusto, muy injusto.

—Me importa un rábano —respondió Williams, riéndose a carcajadas—. Me paga como un general. Le llamaría incluso Vuestra Gracia. ¡Venga macaco, circula! Díselo al general, que hay una bella moza que quiere hablar con él. A lo mejor eso le distrae, no estaría mal.

El sirviente hindú todavía me hizo peor efecto que Williams. Este no era más que un *cockney* bruto sin misterio, una especie de perrazo de guardia, mientras que el otro era un reptil. No una serpiente. Más bien un lagarto, como los que se ven sobre los muros y que corren como relámpagos. En él todo era huidizo, mirada y gestos. Estaba vestido a la manera hindú, con una levita blanca abotonada hasta arriba, un pantalón blanco estrecho y con un pequeño turbante, también blanco. Me he dado cuenta de que ese tipo de ropa, que podría ser tan elegante, parece siempre arrugada y sucia, aunque se lave y se planche cada día. Quizá sea debido a la tez de los que la llevan, que no es exactamente negra, sino de un color plomizo y enfermizo, que resalta mucho en nuestros climas.

—La *mensahib* espera aquí —dijo el hombre, con la cabeza medio inclinada—. La *mensahib* da su nombre a Lal Chowder y Lal Chowder anuncia la *mensahib* al mayo.

Cuando le dije que yo era la señorita Morstan, me miró de frente un segundo, lo cual me permitió ver sus ojos: el blanco tiraba mucho a amarillo. Me dirigió una sonrisa que a mí me pareció extraordinariamente fea.

—¡Ah! —dijo—, ¡señorita Morstan! Lal Chowder conoce bien a capitán Morstan. Lal Chowder muy amigo con el *khitmutgar* del capitán Morstan, como mayó Shoto muy amigo con capitán Morstan. Los señores son amigos, los *khitmutgars* también, es mejor así, ¿no?

Después de esto desapareció, como un lagarto. Me quedé unos diez minutos sola en la sala a la que me había hecho pasar y que respondía perfectamente al aspecto exterior de la villa. Estaba construida sobre el modelo de las salas de guardia que se pueden ver en los viejos castillos de Escocia y de Irlanda, con la diferencia de que era más reducida. En la chimenea no se habría podido asar un buey: dos pollos como máximo. El techo no tenía ocho metros de alto, sino tres y medio. Las cristaleras de la ventana representaban caballeros evanescentes y damas con trenzas rubias, tan excesivamente prerrafaelistas que el más obtuso pueblerino se habría dado cuenta de que no tenían más de diez años. El suelo, pavimentado de losas de piedra, estaba sembrado, como era de esperar, de pieles de tigre. En cuanto al mobiliario, era un amontonamiento heteróclito de sillones de cuero acolchado, mesas de juego, canapés Luis XVI recubiertos de brocatel, péndulos de elefante o de montgolfiera. Dos

grandes colmillos de marfil, cruzados como si fueran sables, ocupaban una pared. Esta mezcla de bonitos muebles, recuerdos de la India y de falso estilo Edad Media era tan curiosa que no me di cuenta de que el tiempo pasaba y no oí al mayor Sholto cuando entraba, si bien es verdad que tenía la ligereza de los hombres gordos. Me sobresalté cuando me habló. Tenía la voz breve, roncona, catarrosa que, no sé por qué, adoptan tan gustosamente los militares de carrera, pero que a mi padre, gracias a Dios, no le gustaba nada.

—¡Hum! —dijo, con un estruendo de pulmones—. Me presento. Sholto, mayor del 34, del acuartelamiento de Bombay. Condecorado en Balaclava. Cruz de San Miguel y de San Jorge, y la Cruz Victoria. La señorita Morstan, presumo. ¿Cómo está usted? ¿Tiene alguna noticia de su padre? Hombre encantador, sin lugar a dudas, encantador. Muy buen oficial. Excelente camarada. Siempre dispuesto a un *poker* y a un tazón de ponche. Encantado de conocerla. ¿A qué debo el placer...?

El mayor Sholto aparentaba los sesenta, aunque no debía ser tan viejo. ¿Cómo había podido mi padre establecer amistad con un hombre tan diferente a él? Sin duda alguna, no había ni una idea, ni un sentimiento común entre los dos. Era evidente que el mayor Sholto era lo contrario del capitán Morstan. Todo lo que éste tenía de delicado, de amable, de generoso, confiado, natural, el otro lo tenía de insensible, falso, rapaz. Eso se leía en toda su persona, y era algo interesante de observar, ya que el mayor tenía la apariencia de hombre regalón, de uno de esos militares de pies a cabeza, con ideas cortas, que se hacen matar en duelo o en guerra por lo intrépidos que son. Pero sus ojos de langosta desmentían todo esto. Un personaje así, atiborrado de rosbif y de costillas, anegado de Burdeos, que había fumado tanto que se ahogaba después de pronunciar tres palabras, no cabía en el pantalón, y tenía las mejillas encendidas, la nuca con el espesor del antebrazo, un bigote gris erizado como un viejo cepillo de dientes; ese viejo pilar del imperio británico, para decirlo todo, no tiene la mirada inhumana que de vez en cuando se posaba sobre mí. Tiene ojos azules, ingenuos, pálidos, parpadeantes, acuosos, que expresan una verdadera estupidez. Sin embargo, los ojos del mayor Sholto eran negros, apagados, muy redondos, tan lejos de la nariz que se podría decir que podía ver lo que había al lado sin girar la cabeza. Desgraciadamente yo no tenía más que diecisiete años, y aunque fuera una mujer, desconfiaba de mi instinto y no me atrevía a creer en mis intuiciones. Una pequeña voz en el fondo de mi ser me advertía que en ese hombre todo era mentira, pero era una voz dubitativa y débil, un tímido murmullo. La gran voz de la razón no tenía ninguna dificultad para anularla. El mayor Sholto era la única persona en todo Londres de la que podía esperar algo. No era el momento de andarse con finezas. Le conté la llegada de mi padre, su apresurado telegrama, su desaparición, su equipaje en la habitación del Langham, mi espera, mi búsqueda.

—Bien, bien —dijo, expectorando y lanzándome su mirada de crustáceo—. Muy bien. Completamente de acuerdo. Pero, permítame una pregunta, señorita Morstan. ¿Por qué a mí? ¿Por qué una visita a mí? ¿Ha visto usted un papel que me

mencionase en el equipaje del amigo Morstan? ¿Eh? ¿Qué? Dígame eso. Y dígame lo que decía el papel. No, no lo sabe, ¿eh? Esto puede ayudar. Estimo mucho al amigo Morstan. Mucho. Pero hay que contarle todo al buen mayor Sholto. Todo. Sin tapujos.

Me pareció que sentía una especie de alivio cuando yo le afirmaba que no había encontrado ningún documento que le concerniera, y que había venido a verle porque mi padre había hablado de él en otras ocasiones.

—Perfecto, perfecto —dijo en un acceso de tos—. ¡Pobre chica! Lo encontrará, al pobre Morstan, seguro. Nadie se evapora así en Londres, en pleno siglo XIX. Se lo dice Sholto, y Sholto no habla en coña. ¡Hum!, perdón por lo de «coña», un poco atrevido para la señorita. Lenguaje de un viejo militar que no dice las cosas como son. Papá Morstan es más refinado, ¿eh? ¡Ah!, un detalle más, querida señorita Morstan. ¿Mi dirección? ¿Cómo la ha conseguido? Nadie sabe que me he establecido aquí. No es un secreto, ¡no, no! Sholto no tiene nada que esconder. Podría vivir en una casa de cristal. Pero Sholto quiere estar tranquilo, eso es. Conteste.

Una vez más, la mirada de langosta se fijó sobre mí y me molestó de una forma especial. Le dije al mayor que simplemente había conseguido su dirección por Scotland Yard.

—¡Ah, bueno! —exclamó con una risa áspera que acabó con un resoplido—. Bastaba con decirlo. La policía sabe todo. ¡La buena vieja policía! Pero hay una cosa que no le han dicho, ¿eh? ¿Qué es? Pero he visto que usted se quedaba pasmada, ¡hum!, pasmada, esa palabra tampoco figura en el vocabulario de las personas jóvenes, en fin, ¡sigamos con esta palabra...! Sí, pasmada por mi mobiliario, me he dado cuenta de eso. Otra cosa más de fácil explicación. Todo es fácil de explicar cuando no hay nada que esconder. Lo he heredado de un tío. Algunas veces, los tíos se mueren. ¡Ja, ja! El mío me ha dejado un montón de muebles y de relojes de pared. Y mis pieles de tigre, ¿eh? Usted no verá muy a menudo otras parecidas. Animales soberbios, tigres de Kanah y de Madhapur, por favor. El mayor Sholto los mató todos. Esa en el 62, ésa en el 65, ésa en el 68, y la última en el 72. ¡Ah!, la caza del tigre, señorita Morstan, ¡es preciso haber conocido eso! Y bien, me ha gustado mucho conocerla. Mucho. Ya verá usted, todo irá bien. Papá aparecerá mañana o pasado mañana. Es un hombre joven. Diez años menos que yo, me parece. Un hombre joven en Londres hace diabluras, sobre todo cuando vuelve de un país perdido como las islas Andamán. Papá está lanzado. ¡Oh, perdón! —exclamó al verme enrojecer—. No tenía que haber dicho eso. Sholto es incorregible. Las chicas piensan siempre que sus papás son unos ángeles. Adiós señorita Morstan. No nos desmoralicemos. Es el consejo del mayor, y el mayor siempre da un buen consejo.

Dio unas palmadas y el *Khitmutgar* entró enseguida con su paso de lagarto. Durante mucho tiempo me ha desconcertado esta manera de llamar a los sirvientes hindúes. Cuando era pequeña, en Calcuta, no lograba acostumbrarme. Por más que tiraba del cordón de la campanilla, no venía nadie. Después, yo también empecé a dar

palmas, y mis dos *ghurkas* aparecían como si hubiera frotado la lámpara de Aladino. Las grandes mansiones de la India cuentan con una multitud de sirvientes que son perezosos en proporción a su número. Cada cual tiene su pequeña función, que no le ocupa más que unas horas al día, o a veces unos minutos. El resto del tiempo se lo pasan de brazos cruzados. Dos o tres criados, a veces más, se dedican al cuidado exclusivo de un solo señor. Lo siguen a todas partes. Se quedan detrás de la puerta, lo cual les va muy bien, ya que son la curiosidad y la indiscreción personificada. Existe una forma de dar palmadas que siempre comprenden.

—La *memsahib*, sigue Lal Chowder —dijo el *khitmutgar* haciéndome una reverencia exagerada—. Lal Chowder lleva la *memsahib* a la verja para marchar. La visita ha terminado. ¡Adelante, camine!

Yo que no soy melancólica por naturaleza me sentía abatida. ¿Qué había esperado al ir a Norwood? No lo sé exactamente, pero había esperado algo. Quizá que el mayor hubiera recibido una carta de mi padre, que aportase una pista al enigma que me oprimía. Aunque no era una niña, me quedaban rasgos infantiles: a pesar de haber visto morir a mi madre, de haberme separado de mi padre, mi espíritu se resistía a imaginar desgracias irrevocables y ahora mi corazón se oprimía ante el presentimiento de una tragedia. Como los niños, creía que el tiempo podía volver atrás. Papá había desaparecido sin dejar rastro; era algo absurdo y lo absurdo no dura mucho: no es más que una apariencia incomprensible que oculta los hechos y que uno o dos días después nos damos cuenta de que eran muy simples y naturales. El absurdo se disipa como el humo, salimos de él como de una pesadilla, somos los primeros en reírnos del miedo que hemos pasado. Sin embargo, el absurdo que yo vivía no se disipaba. Más bien crecía. Decir que el mayor Sholto me había decepcionado es poco, me había causado una impresión atroz de la que no me daba cuenta muy bien, y que combatía en nombre de la razón. Pero el abatimiento, la desesperación en que me encontraba al salir de su casa, eran de lo más fuerte. Tenía la impresión de estar sucia, no sucia epidérmicamente como se está por el barro, sino en profundidad. Durante media hora había estado en presencia del Mal, y el Mal había entrado en mí. Lo sentía como un objeto, como un microbio que me hubiera saltado encima. Mi espíritu se había sublevado. Era parecido a los caballos que dan coces en las tablas cuando el diablo ronda el establo. Mi espíritu crítico, que no me había abandonado, alimentaba esa especie de furia: consideraba que la desconfianza hacia la gente que habla de sí misma en tercera persona nunca sería suficiente. No lo hacen solamente por vanidad, por presunción, sino también por el deseo de desdoblarse, de mostrar una imagen tranquilizadora de sí mismos. Era revelador que el mayor y su *khitmutgar* la utilizaran con este fin. El amo había desteñido sobre su sirviente. Se parecían. A veces sospechaba que me había encontrado con dos malhechores singularmente ligados el uno al otro.

—Lal Chowder os desea los buenos días, *memsahib* —dijo el lagarto abriendo una fina boca de pequeño saurio—. Lal Chowder le desea buen viaje. Adiós,

*memsahib.*

Los dos porteros con gorra accionaron la verja. Después de haberla franqueado, la cerraron cuidadosamente y la rodearon con una cadena acabada en un gran candado, haciendo bromas de *cockneys* sobre el patrón, que tenía un miedo tremendo a los ladrones. Estas precauciones me parecieron extrañas, pero cuando se es joven se comprende todo, se comprende demasiado, ¡por desgracia! Pensaba que no significaban nada, que el mayor Sholto, habiendo hecho la guerra en Crimea, habiendo vivido en la India durante épocas de disturbios, y habiendo sido guardián en la prisión de las islas Andamán, habría conservado un gusto excesivo por la seguridad y por las cerraduras.

De Pondichery Lodge a la estación de ferrocarril había una media milla. A pesar del intenso frío del mes de diciembre, esta caminata me puso las ideas en su sitio. Los caballos que pataleaban furiosamente en mi cabeza se calmaron; el mal salió de mí tan subrepticamente como había entrado. Era el efecto habitual y bienhechor de la naturaleza. Ahuyentaba de mi memoria al hombre de los ojos de langosta, a su criado reptante, a su cuerpo de guardia, a su horrible villa, a sus misterios. No era posible que papá hubiese tenido un individuo así por amigo. Papá era la luz. El mayor Sholto era la sombra. Había perdido un día. Era evidente que papá no había venido nunca a Norwood.

A fuerza de hacer economías, alimentándome con tres panecillos diarios, aceptando dejar la bonita habitación de papá, y subir al piso del servicio, tal como el director del Langham me lo había amablemente propuesto, lavándome yo misma mi ropa en la palangana del cuarto de baño, prolongué tres semanas mi estancia en Londres. Estas tres semanas, ocupadas en correr a todas partes, a llegar a ningún sitio, a deliberar en la oscuridad, me han dejado un recuerdo tan duro que todavía tiemblo al evocarlas. Aprendí en esta ocasión lo que verdaderamente es el sufrimiento. Mis pruebas de otras veces no eran casi nada en comparación con la incertidumbre en la que me encontraba. Cada día que pasaba me hundía un grado más en el desánimo. Mi cuerpo y mis miembros estaban huecos. Por la mañana, me despertaba llorando. De repente recordaba mi situación, tan diferente de mis sueños felices de la noche, y durante cinco minutos experimentaba una aguda desesperación. Después de esto, me levantaba y comenzaba las idas y venidas habituales: mi visita a Fleet Street para verificar en los periódicos si habían contestado a alguno de mis anuncios, mi visita a Scotland Yard y, para acabar, las horas de inactividad. Volvía al hotel diez veces durante el día, esperando encontrar allí una carta, un telegrama, un mensaje, papá en persona esperándome con los brazos abiertos. Imaginaba mi explosión de alegría. Conjuraba al señor para que hiciera ese milagro. Para matar el tiempo, iba a todos los lugares donde se puede entrar gratis: al museo británico, a la abadía de Westminster, a Saint Paul, a los jardines de Kensington. Contemplaba el relevo de la guardia en el palacio de Buckingham como un provinciano curioso. Escuchaba a los profetas de Hyde Park sin comprender ni una palabra de sus vaticinios, absorta, como estaba, en

mi ansiedad. Hubiera querido estar en todas partes a la vez, hacer cien cosas al mismo tiempo, y me sentía indignada por mi impotencia. Para hacer durar más mi dinero, ni siquiera tomaba el autobús. Cuando llegaba la noche, había recorrido docenas de millas. Las piernas se me metían en el cuerpo, estaba reventada. Me arrojaba en mi pequeña cama de servicio con somier metálico, que sonaba como un carillón cada vez que me daba la vuelta, y me dormía como una salvaje.

El único milagro que Dios consintió hacer por mí fue que, al cabo de tres semanas, cuando ya no me quedaba ni un céntimo, y cuando me preguntaba cómo me las arreglaría para pagar mi billete de tren a Edimburgo, vi plantarse en el hotel a la buena señora McLamuir. Cuando viajaba era todo un espectáculo. Estaba toda envuelta en velos como una momia vendada, pero una momia obesa. Llevaba un sombrero que tenía más de medio metro de diámetro y un *carrick* amplio como una tienda de campaña. Ese pavo majestuoso y gigantesco, al bajar del cabriolé, tenía una expresión tan bondadosa, tan maternal, que estallé en lágrimas. Me cobijé en su regazo, lo cual la desconcertó ya que este tipo de demostraciones no pertenecían en absoluto a su concepción del mundo y de la moral. Sin embargo, el gesto que yo pedía al Señor que hiciera mi padre al aparecer, fue ella quien lo hizo: apretó sus brazos sobre mis hombros y me estrechó. Creo que, por primera vez en su vida, estaba emocionada. A través del hipo de mi llorona, oía su voz distinguida que me decía dulcemente: «Mi pequeña Mary, hijita mía... La tía Margaret está aquí. Ya no hay que tener miedo. Yo me ocuparé de todo. Vamos, mi pequeña, calmémonos. No lloremos más. No es conveniente. ¡Vuelve a ser la pequeña Mary de la que estamos tan orgullosos...!».

Qué cosa tan curiosa es el espíritu crítico. En medio de los peores dramas no me abandona. A veces me fastidia, como si hubiera por mi parte una falta de corazón. Por más que inundara con mis lágrimas la pechera de la señora McLamuir, esto no era un impedimento para que yo observara que ella se dirigía a mí hablando de «nosotros», como si ella y yo no fuéramos más que una, y esta forma amablemente pedante me conmovía, veía en ella tanto afecto y abnegación como había visto falsedad en la manía del señor Sholto cuando hablaba de sí mismo en tercera persona. La señora McLamuir era, ella también, uno de los pilares del imperio británico.

Insistió en subir a mi habitación para ayudarme con mi petate. Y esto fue un motivo más de exclamaciones. ¡Pobre chiquilla que había estado viviendo con tan pocas comodidades! Una habitación de los criados para una alumna de McLamuir de Edimburgo, ¿quién lo habría imaginado jamás? La señora McLamuir no se perdonaba el haberme dejado durante tanto tiempo tan desamparada. Una chica de diecisiete años, completamente sola por las calles de Londres durante tres largas semanas, era algo nunca visto. Pero nos íbamos a marchar las dos juntas. Yo iba a volver a la calma del pensionado donde la vida es tan sencilla como los problemas de los grifos que inundan las bañeras, y los sentimientos tan claros como la pintura de los pasillos. Era eso lo que yo necesitaba después de tantas tribulaciones y procurarían dármelo.

Enfrentada a esta persona buena que descendía del cielo como un *Deus ex machina*, y en la que yo descubriría tesoros de amor maternal, comencé de nuevo a llorar con unas cálidas lágrimas. Una vez más, la señora McLamuir me desconcertó. Me dijo con un tono seco, con un verdadero tono de madre, que ya habíamos tenido suficiente, que «ya nos habíamos conmovido bastante con nosotras mismas», y que era urgente que «nos serenáramos». Era justamente el tipo de amonestación que yo necesitaba, sin la cual creo que habría sollozado sin parar durante dos días. Ella lo había adivinado, lo había sentido detrás de sus quevedos. Yo me frotaba frecuentemente los ojos, como hacen los niños cuando deciden que su pena debe acabarse, y me esforzaba en sonreír.

—¡Y bien! —dijo sonriendo también—, ¡ya ves que no es tan difícil! Querer es poder. Tenemos que ser valientes y lo seremos, ¿no es verdad? ¡Vamos, Mary, ánimo! Tenemos un tren dentro de una hora y media. No es cuestión de perderlo. Cuanto antes nos vayamos de este horrible lugar, tan poco conveniente para una persona joven, mejor. Dobla un poco mejor esa falda, por favor. No porque estemos tristes vamos a hacer las cosas de cualquier manera. ¿Qué significan esas manos que tiemblan? Deja eso. ¿Cómo se puede pensar en hacer una maleta de esa forma?

La presencia de la señora McLamuir me había quitado toda mi energía. No me quedaba ni la necesaria para empaquetar mis cosas. Yo que durante tres semanas había sido infatigable, había removido cielo y tierra, y lo habría hecho indefinidamente, estoy segura, pero de repente me había vuelto blanda como un trapo, ya no me quedaba ningún resorte. Ahora que alguien tomaba mi destino en sus manos y que yo no tenía más que obedecer, me sentía molida como un cargador al que liberan de un saco que le ha aplastado la columna durante horas. Tenía ganas de tumbarme en el suelo, de no moverme más, de convertirme yo también en un paquete. La señora McLamuir se daba cuenta de eso perfectamente, pero hacía como si no lo viera, lo cual era una delicadeza tal que, a pesar de mi entorpecimiento, sentí una vez más que mis ojos se humedecían. El mundo, que durante tres semanas no había sido más que desorden, oscuridad, hostilidad, incomodidad, volvía a ser familiar y dulce. Yo volvía a la vida. Todo se aclaraba en mí. Tenía sueño. Emanaba de la señora McLamuir un perfume de violetas que yo conocía bien, por haberlo respirado casi diariamente durante nueve años. Ese perfume llenaba mi pequeña habitación. Me decía elocuentemente que mis tribulaciones llegaban a su final, que a partir de entonces ya no estaba sola para debatirme contra los misterios trágicos, que alguien competente me sustituiría. Otro efecto bienhechor de la señora McLamuir: el hecho de que ella estuviera allí, positiva, práctica, material, tranquilizante, que me consolara, que me riñera, que pusiera de nuevo la existencia en marcha, me hacía aceptar la idea, intolerable la víspera, de que quizá no volvería a ver nunca más a mi padre; esto no me causaba otra cosa que tristeza, y calculaba, como los niños, que digeriría esa tristeza con el tiempo, que disminuiría, que se transformaría un día en un dulce recuerdo. Durante mi estancia en Londres, me parecía que tenía una espada

clavada en mí, y una gran llaga que sangraba sin parar. Había llegado la señora McLamuir y había retirado la espada. La herida era todavía dolorosa, pero ya no sangraba.

Efectivamente, no he vuelto a ver a mi padre. Desapareció de mi vida el 3 de diciembre de 1878 y, como yo preveía, acabé acostumbrándome a esta ausencia. Era como si estuviera en la India y no me hubiera escrito nunca. A veces imaginaba con ternura que esta manera de morir entraba bien en su carácter, sin prevenir a nadie, ni siquiera a mí, irse de este mundo de puntillas, con la última quimera, la del tesoro fabuloso, él que se había pasado el tiempo cabalgando en quimeras. Mi pena, que al principio era egoísta y salvaje, se alivió con estas reflexiones. Papá era un ser aéreo y alegre, que caminaba quizá demasiado deprisa sobre la tierra. Un día, fue tan rápido que se libró de todo el mundo. Ni yo misma le he vuelto a ver. El pobre no ha realizado ninguna de sus ambiciones; no ha sido coronel, ni brigadier, ni virrey, pero ¿habría sobrepasado el grado de mayor si hubiera vivido? Cuando se es antojadizo como él, no se asciende mucho en la jerarquía de los hombres. Después de todo, lo que él quería lo ha tenido: el juego, el lujo, el amor de su hija, pues yo le he querido apasionadamente, él lo sabía y me correspondía en la misma medida. Hizo por mí las locuras que hacen los hombres por las mujeres de las que están enamorados. Nos esperábamos durante años a cada lado del océano, nos veíamos durante algunas semanas, algunos meses, y me colmaba como a una novia, como a una cortesana. Me llamaba su tesoro, su adorada, sus castañuelas, porque cuando estaba con él, reventaba de risa de la mañana a la noche, su pequeña sultana, su *rani*. Ha hecho de mí una chica perfecta, como él lo deseaba tanto, y con una cosa más, que he heredado de él, de su forma de ser que yo observaba con avidez, me ha dado un poco de lo que poseía en su más alto grado: la inteligencia de la vida o, si se prefiere, el uso, esa mezcla tan particular de respeto por el convencionalismo y de amplitud de espíritu, esa facultad de comprender antes de saber. Lo único que no me ha legado es dinero. Y no es tan evidente: las gruesas perlas que recibí por correo durante seis años, de 1882 a 1888, representaban una pequeña fortuna. ¿No era él quien, por vía indirecta, me las enviaba para demostrar que el gran tesoro existía de verdad y que yo me había equivocado al no creer en mi papá por última vez?

La señora McLamuir no me había tratado nunca de forma diferente que a las demás pensionistas. Después de su expedición de rescate, empezó a quererme. Ciertamente no lo manifestaba: eso no era compatible con su persona, ni con su lenguaje, ni con su distinción, ni con su sentido británico de la igualdad. Le habría parecido escandaloso y de mal gusto favorecer a alguien. Pero yo la conocía como conocen los niños a las personas mayores, es decir, que ni uno solo de sus movimientos, por muy profundamente escondidos que estuvieran, se me escapaba. Veía perfectamente sus miradas que se posaban en mí y que eran muy diferentes de las del año precedente. Al principio no lo creía, no me imaginaba que ese monumento de la pedagogía pudiera cambiar, y sobre todo cambiar respecto a mí. Al contrario: el

aspecto extravagante de mi vida, mis relaciones apasionadas con mi padre, mis aventuras, eran razones de más para alejarla de mí. En el pensionado yo era una rareza. Mis compañeras eran niñas o chicas cuya dignidad no se había reducido por ningún drama, no habían experimentado más que sentimientos cálidos de los que no tenían en absoluto que avergonzarse; procedían de familias ricas y decentes, estaban todas cortadas por el mismo patrón. No eran como yo, que tenía un pasado, lo cual era a la vez ridículo y vagamente repugnante, con maletas llenas de vestidos y de encajes y hasta un joyero en el que guardaba mis pulseras y mis sortijas. Es evidente que la señora McLamuir tuvo predilección por mí porque yo era diferente de las demás. Yo he sido su oveja descarriada y su hija pródiga. Ella realizó la acción nunca oída de ir a buscar su oveja hasta Londres, como si dijéramos hasta Babilonia, y llevarla toda temblorosa en sus brazos hasta el redil, después de esto echó la casa por la ventana en mi honor. Por primera vez en su vida, alguien se había estrechado contra ella para ser protegido, para ser salvado. Alguien la había elegido. No solamente no rechazó esta elección, sino que además la aceptó como un deber y una bendición. Yo era un pobre y pequeño ser al que no le quedaba más que ella. Lo veía, se maravillaba de ello. Era una maestra de pensionado como todas las demás, formalista, egoísta, farisea. Juraría que nunca había sacrificado ninguna consideración personal ante los intereses de su establecimiento, que por otro lado era el modelo de las instituciones de educación para las chicas de la buena sociedad. Por amor a mí habría ofrecido en holocausto al Señor su fariseísmo y su egoísmo.

Echar la casa por la ventana era tenerme gratis en el pensionado, permitirme terminar mis estudios, prodigarme, en lo posible, todavía más atenciones y cuidados que a las demás alumnas, quedarse conmigo, dándome un puesto al acabar mis estudios y colocarme después en algún lugar en el que yo no tuviera el sentimiento de haber venido a menos. Sobre esto sólo tuvimos una conversación, y además fui yo quien la provocó, ya que, si de ella hubiera dependido, todo se habría realizado sin una palabra. Aproximadamente quince días después de nuestra vuelta a Edimburgo le pedí una audiencia. Yo tenía menos pudor que ella. Sufría por no haber podido expresar mi gratitud más que de forma muda, al azar de los encuentros. No era en absoluto una adepta del sobrentendido o *understatement* que gobierna las relaciones de los anglosajones entre sí. Tenía necesidad de palabras, de desahogarme, como una pequeña latina. Mi padre y yo siempre nos decíamos lo suficiente. Aparte de él, ¿quién me había testimoniado tanta devoción y afecto como la señora McLamuir? ¿Quién debido a su porte majestuoso, a su actitud, a sus manías, a sus quevedos que movía en su gran nariz, a sus cabellos arreglados en la cabeza como un *brioche* grande, a su pechera de pavo, me había inspirado, durante todos mis años de estudio, otra cosa que las burlas habituales de los niños hacia sus maestros? Me sentía avergonzada de haberla menospreciado tanto. Quería que ella supiera también que yo no era menos generosa de lo que ella había sido.

No me acuerdo muy bien de lo que le dije durante la audiencia. Es de ella de

quien me acuerdo sobre todo. Puedo volver a verla, erguida detrás de su mesa de despacho, dirigiéndome una bella sonrisa por encima de sus quevedos. No hacía el más mínimo movimiento de manos o de cuerpo, lo cual era una de sus características, o más bien un ejemplo que insistía en darnos constantemente, ya que consideraba que nada era más ordinario que gesticular, y que a las personas bien educadas se las reconoce por su grado de inmovilidad. Yo estaba emocionada. ¿Lloraba? En todo caso, no era por autocompasión, sino por remordimiento, por nostalgia, por afecto. Me he dado cuenta de que lo que hace un nudo en mi garganta y llena mis ojos de lágrimas son las acciones nobles o los buenos libros, mucho más que la tristeza. Mi orgullo estaba a prueba: no quedándome ni un penique, quería vender todo lo que tenía, no conservar más que dos vestidos y mis delantales. Creo que me ofrecí para todo tipo de tareas, que proponía pagar mi pensión limpiando los suelos, ayudando en la cocina y en la lavandería, haciendo de vigilante de las niñas pequeñas.

—¡Quiere hacer el favor de callarse, Morstan! —dijo la señora McLamuir—. Todo lo que me está contando no es más que un montón de tonterías. Usted es una alumna excelente. No puede interrumpir sus estudios. ¡Cocinar, fregar el suelo! ¿Es que se ha vuelto loca? ¿Qué opinión tiene usted de nuestra casa? Ya que su padre parece tener impedimentos para arreglar su pensión durante esta época, esperaremos sencillamente a que pueda hacerlo de nuevo.

—¿Y si no puede hacerlo nunca? —dije yo con una voz que intentaba que me saliera lo más indiferente posible.

—Pues bien, es un riesgo que hay que correr, Morstan —contestó la señora McLamuir con tranquilidad—. Haga sus exámenes, apruébelos. Continúe con su canto, con su piano y con su pintura. No se ocupe de nada más. Ha tenido suficientes responsabilidades inadecuadas para su edad hasta ahora. Vamos, hija mía —añadió amablemente—, hágame caso. Déjeme que decida en su lugar. Obedecer es muy confortador. Usted tiene necesidad de ese tipo de descanso, yo lo sé. No es conveniente para una chica de diecisiete años tener la madurez que usted tiene. A partir de hoy hará exactamente lo que yo le diga, hasta el día en que tengamos la alegría de recibir noticias de su querido padre, y le doy mi palabra de que no se sentirá mal así. Y que no se vuelva a hablar de todo esto. Puede usted retirarse.

—Ah, señora —dije yo violentamente conmovida—. ¿Me permite que la abrace?

—¿De verdad? —dijo la señora McLamuir.

—Sí, señora, de verdad. Es todo lo que puedo darle, y me sentiría muy triste si lo rechazara.

La señora McLamuir dio la vuelta a la mesa, se plantó delante de mí, enorme, formidable, los quevedos colgando de su cordón negro, me abrió sus brazos y una vez más tuve la impresión de encontrarme al abrigo del mundo, de refugiarme en el regazo de una madre, de una tía o de una abuela.

—Mi pequeña Mary —murmuró la señora McLamuir—. Hija mía. No te abandonaré nunca.

No podía evitar pensar en las palabras que mi padre me había dicho hacía nueve años en este mismo despacho de dirección. La señora McLamuir casi las volvía a encontrar. ¿Y hay algo más diferente, más opuesto que mi padre y ella? Nada podía llenarme más de paz que sus palabras, que para mí eran el lenguaje mismo del corazón. John también me llamaba a veces su hija o su niña, y eso me enternece siempre.

## CAPÍTULO CUARTO

*Los cuadernos de la señorita Gallagher*

*No se le escapaba ni un detalle*

*Los regalos también son sacrificios*

*El emperador era poético*

*Empiezo a ser optimista*

Me marché del pensionado de McLamuir en 1882, a los veintiún años. La señora McLamuir no había aceptado separarse de mí hasta que tuve esa edad. Había sido tan discreta sobre mi situación que nadie, alumna o maestra, durante todo el tiempo que yo estudiaba, sospechó que se me estaba haciendo una obra de caridad. Incluso se me instruyó más y mejor que a mis amigas, pues la señora McLamuir había planeado quedarse conmigo en la escuela en calidad de profesora. Me lo propuso durante las vacaciones de 1880. Yo sabía todo lo que se podía aprender en el pensionado. No me quedaba ni el más mínimo examen por aprobar. Una vez más me preguntaba lo que iba a ser de mí. De todas las alumnas, yo era la única que se veía obligada a ganarse su pan. Ignoraba por completo cómo iba a hacerlo y, por supuesto, nadie a mi alrededor tenía idea sobre esto. Con su tono distinguido, que ocultaba tan bien su bondad, la señora McLamuir me informó de que la señorita Gallagher, una de nuestras maestras, tenía que jubilarse y que su puesto era para mí por poco que me gustara. Estábamos a finales de junio. Las clases volvían a empezar en septiembre. De esta forma, añadió ella, teniendo un empleo asegurado, podría disfrutar de las vacaciones sin preocupaciones. Tendría el mismo sueldo que la señorita Gallagher y su misma habitación, pintada de nuevo.

Todo es fácil cuando no se ha previsto. Uno es el primer maravillado por estar a la altura de las circunstancias. Plantamos cara a las dificultades que la vida, sin avisar, nos pone por delante, las combatimos heroicamente, las hacemos huir. Así era en todo caso mi experiencia. Pero dos meses de reflexión, es horrible. Una de mis compañeras de clase, Pamela Saint-Clair que era, como dicen las niñas, «mi mejor amiga» desde hacía varios años, y que como yo había finalizado sus estudios me había invitado a pasar unas semanas en su casa. Fueron unas vacaciones encantadoras, en una villa de Cornualles, con un montón de distracciones y de diversiones, de jóvenes que me hacían la corte y a los que yo ganaba jugando al tenis, paseos, comidas campestres, baños en el mar. Me trataban como si fuera hija de la casa. Sin embargo, no pasaba ni un solo día en el que no me atormentara ante la idea de lo que me esperaba. ¿Cómo iba a pasar de repente del estado de alumna al de maestra? Después de haber obedecido tanto, ¿sabría yo mandar? ¿Sabría acostumbrarme a ser yo la que tenía que hablar después de haber tenido durante tanto

tiempo necesidad de escuchar? A medida que se acercaba el principio de curso me asustaba más, lo cual tampoco me impedía estar contenta, pues quedarme en el pensionado, donde estaba protegida contra todo, bajo las alas de una persona que se preocupaba por mí como una tía, me procuraba una sensación de seguridad casi angustiosa. A los diecinueve años era mucho menos fuerte que doce años antes. No estaba preparada para afrontar la vida y la soledad. Ya no poseía mi alma de hierro de niña.

Gracias a Dios, la señorita Gallagher era la encargada del curso medio, es decir, de las pequeñas de diez a doce años; lo que yo tenía que enseñar no era difícil: inglés, historia de Inglaterra, geografía, aritmética, gramática y francés elemental; todas estas asignaturas me las conocía al dedillo, aunque hubiese olvidado un poco las fechas y a veces me hiciese un lío con los verbos irregulares. Otra buena sorpresa: la excelente señorita Gallagher había apuntado sus clases en cuadernos, y me las cedió. ¡Regalo inestimable! De esta forma tenía el plan de mis clases para todo el año, que era algo que me inquietaba mucho. Quedaba la gran prueba de la autoridad. Yo misma no había sido una alumna ejemplar en el capítulo del comportamiento. Conocía muy bien las diferentes formas de acosar a un profesor que no se hacía respetar. Pero es presumible que las pihuelas de mi estilo, justamente porque han hecho muchas tonterías, no se dejen embarullar. Desde mi primera clase, desde mis primeras palabras, comprendí por el silencio que se establecía en el aula que no tendría dificultades en cuanto a disciplina.

El único detalle que no había previsto cuando me atormentaba en los temores, es que no tenía vocación para la pedagogía. Creemos haber pensado en todo, nos hacemos una montaña de todo, y nos olvidamos de lo esencial. Yo hablaba con facilidad, mandaba todavía mejor, pero enseñar me agobiaba. No tenía paciencia. Estaba cansada de repetir diez veces la misma cosa para que pudiera entrar en los pequeños cerebros obtusos. Los cuadernos de la señorita Gallagher, que me habían tranquilizado tanto cuando me los había dado, eran una razón suplementaria de desánimo. ¿Estaba condenada a comentar perpetuamente esas tonterías elementales? Las niñas, viendo que yo no les hacía mucho caso, me querían todavía más. Se esforzaban en complacerme sacando buenas notas, rivalizando entre ellas para conseguir de mí una aprobación o una sonrisa.

La señora McLamuir, con la que tenía ocasión de verme más a menudo desde que había cambiado de situación, se daba cuenta perfectamente de que yo estaba dividida entre mi agradecimiento hacia ella y el profundo aburrimiento que me causaba el trabajo que me había ofrecido. Me apostaría el cuello a que ni el más ligero detalle se le escapaba. Evidentemente, ni una palabra sobre esto por su parte. De todas formas, estoy segura de que le preocupaba, pobre mujer, no por su casa, que no sufría ni sufriría aunque yo hubiera enseñado allí durante medio siglo, sino por mí, que me debilitaba sin quejarme. Uno de los aspectos más agradables de los pensionados para chicas es que no se dice nada o prácticamente nada y jamás existen malentendidos.

Supongo que pasa lo mismo en los conventos y en general en los lugares donde muchas personas viven juntas, sin lo cual la coexistencia sería imposible. Cada uno se reserva sus estados de ánimo. Se aprende a leer en las miradas, en la fisonomía, como en un libro. Quizá resida ahí la mejor enseñanza que se pueda recibir, sufrir al verse abandonado a uno mismo, sin que aparentemente nadie se interese por nuestros problemas íntimos. Esto enseña el orgullo, y además tiene la ventaja de minimizar todo. Me he dado cuenta muy a menudo de que muchas de las penas habrían desaparecido rápidamente si los charlatanes bien intencionados no nos hubieran compadecido. Exageramos las desgracias por culpa de los demás. Las palabras alimentan las pasiones. La lección de los conventos y de los pensionados ingleses es que hay que dejar a las pasiones morir de hambre.

Desempeñé el papel de maestra de escuela hasta los veintiún años. El último día del año escolar 1882, la señora McLamuir me mandó llamar de una manera un poco protocolaria. En uno de los sillones de su despacho estaba sentada una dama demasiado elegante para ser la madre de una alumna. Tampoco se comportaba como tal. Las madres de las alumnas tienen a la vez un aire autoritario e intimidado. Se mantienen tiasas en su asiento. Ésta estaba enroscada como lo haría un gato. Aunque desde hacía mucho tiempo no había vuelto al continente, no pudo pasármeme por alto que estaba vestida a la última moda de París. Hacía un hermoso día, como los que hay en Escocia más de lo que se cree. La elegante dama llevaba la ropa más encantadoramente estival con que se pudiera soñar. Es curioso: era sobre todo su sombrilla lo que me fascinaba. Tema un mango cincelado como el marfil del Renacimiento. Venía directamente de la calle de la Paix o del faubourg Saint-Honoré. Sólo un artesano parisino había podido realizar esa pequeña obra de arte.

—Querida —dijo la señora McLamuir con su manera brusca y didáctica—, le presento a la señora Forrester. De las personas que conozco, y me temo que conozco a muchas, la señora Forrester es sin duda alguna con la que se entenderá mejor.

—Deja, pues, de hablar como un sargento que dirige la maniobra, Margot —suspiró la señora Forrester en un francés al que una pizca de acento le daba un tono sin duda alguna encantador—. Dile a la señorita que yo estaría muy contenta de que viniera a vivir conmigo. Ya que tú dices que es la octava maravilla del mundo, la adopto.

—No hace falta que digas la palabra adoptar, no es la palabra adecuada —contestó la señora McLamuir también en francés, pero con un acento horrible—. Yo tampoco decía la octava maravilla. Decía que la señorita Morstan es una persona muy valiente e instruida, que es muy buena compañía para ti.

—Mi pobre Maggy —dijo la señora Forrester riéndose un poco—, ¿no haces muchos progresos en francés después de nuestra época de juventud! Espero que la señorita se desenvolverá mejor que tú.

Yo estaba cautivada por la señora Forrester quien, aunque debía tener la misma edad que la señora McLamuir, parecía tener diez o quince años menos. Poseía en el

más alto grado la desenvoltura de las mujeres bellas, de mundo, que conservan siempre y las hace seductoras hasta en su vejez. Era necesario mirarla muy de cerca para darse cuenta de que pasaba de los cincuenta, por lo lisa que era su cara bajo su redecilla, el talle bien proporcionado en su corsé, pequeñas manos blancas saliendo de los guantes de piel vuelta en el puño, pies estrechos dentro de los botines. Tenía un aspecto tan parisino que experimenté una oleada de nostalgia. Era París que estaba allí, inopinadamente, delante de mis ojos. París, es decir: los momentos más felices de mi infancia y de mi juventud: el hotel Lotti en la calle Castiglioni, el Brébant, los Boulevares, la señorita Hortensia Schneider en *La Périchole*, en las Variétés, papá que organizaba sus fiestas como si fuera un mago.

—Muchacha, diga algo en francés —dijo la señora McLamuir—. Quiero que la señora Forrester constate que domina esa lengua perfectamente.

—*Madame* —dije dirigiéndome a la señora Forrester—, veo que usted ha vivido mucho tiempo en París. Incluso he creído al entrar que era francesa. Yo también he ido a París, cuando era pequeña, con mi padre. Desafortunadamente temo que mi francés no sea comparable al suyo. Me doy cuenta de que todavía me queda un poco de acento, y a veces pongo los adjetivos delante de los nombres. Si lo desea, puedo recitarle el sueño de Athalie o una de las fábulas de La Fontaine.

—¡Bravo! —respondió la señora Forrester—. ¡No, no! ¡Ni fábulas ni sueños, se lo pido por favor! Está muy bien así. ¿Tiene usted mucho equipaje? Edimburgo me parece aburrido a muerte, a pesar de mi buena Margot. Tengo prisa por volver a Londres. Hace falta quererte mucho —dijo volviéndose a la señora McLamuir—, para haber venido a este país de salvajes.

—Creo que ha comprendido todo, Morstan —dijo la señora McLamuir en inglés—. La señora Forrester es mi antigua amiga. Nos conocimos de niñas. A pesar de que la señora Forrester haya tenido una vida muy diferente a la mía, nunca nos hemos perdido de vista.

—Y nunca hemos dejado de escribirnos, lo cual tiene más mérito, ¿no es verdad. Margot? —interrumpió la señora Forrester con una amable sonrisa—. La señora McLamuir es el ideal de la correspondencia. Se le envía una postal y ella contesta con seis páginas. No se mueve. Siempre ha vivido en el mismo lugar y nunca ha cambiado de sentimientos por nada ni por nadie. ¿No es prodigioso que haya seguido siendo su amiga, yo que soy la fugacidad hecha mujer, que he pasado los mejores años de mi vida en París, donde ella se quedaría espantada si pusiera los pies, y que no tengo dos días seguidos la misma opinión sobre cualquier cosa?

—Cállate, pues, Cecilia —dijo la señora McLamuir—. Me horroriza esa forma que tienes de desprestigiarte. Si es ese el tono de tus salones, estoy muy contenta de que no se me invite allí. Volviendo a usted, mi querida Mary, la he observado. No quiero más que su bien. Usted no está hecha para ser profesora. Su querido papá le ha metido en la cabeza unos gustos y unas aspiraciones que jamás serían satisfechas aquí. Que haya tenido razón o no, no es la cuestión. De todas las personas que

conozco, la señora Forrester es la que se parece más a su padre. Se lo acaba de decir ahora: yo le he hablado a menudo de usted, sea directamente, o por carta. Sabe la clase de persona que es usted. Está dispuesta a llevarle con ella a Londres y a contratarla como señorita de compañía, ocupación que comporta necesariamente algunos servicios, pero que le divertirá, supongo, dada la personalidad de la señora Forrester. A pesar de su afectación y de su extraño vestuario, es una verdadera inglesa. Puede tener con ella la misma confianza que conmigo. Piense que yo no la habría confiado a cualquiera. No es necesario decir que, si usted lo desea, puede quedarse aquí.

¿A cuántas personas he amado, quiero decir amado de corazón, amado más que a mí misma? Cuatro, cinco. La señora McLamuir era una de ellas. ¿Quién lo habría dicho en la época en que mi padre me dejaba en sus manos? ¿Quién habría previsto que esta buena mujer, a la que durante tantos años yo había juzgado más bien de corto entendimiento, sin otro horizonte que el de su rutina pedagógica, un poco ridícula como todos los profesores, aprisionada dentro de una picota de prejuicios británicos, llegaría a serme tan querida? Se representa a los ángeles bajo unos rasgos de bellas muchachas rubias, provistas de grandes alas blancas. Yo los veo de otra forma: tienen la cara de Wilde o de una maestra de pensionado escocesa.

Poseen un alma irradiante de luminosidad escondida detrás de demasiada mejilla, demasiado vientre, demasiada carne, pero en ciertos momentos su luz atraviesa su cuerpo y nos deslumbra. Así descendía a veces la señora McLamuir en mi vida para salvarme. Al oír de sus propios labios que «yo podía quedarme aquí», sentí un verdadero sufrimiento. Separarme de ella me parecía una gran desgracia. Peor: una ingratitud. Dudaba en aceptar ese regalo tan imprevisto, tan ajustado a mí, del que ella había tenido la idea. Puerilmente, yo quería rivalizar en generosidad. Por una nadería, habría sacrificado mi porvenir. Se lo habría ofrecido como una chuchería sin valor. Por su amor, habría comentado los cuadernos de la señorita Gallagher hasta mi último aliento. Después pensé con valentía que no hay que rechazar los regalos, que eso entristece al que los ofrece, pues los regalos son también sacrificios. La señora McLamuir me quería como se debe querer: sin egoísmo. No es fácil querer así. Había pensado tanto en mí que yo le debía el pensar en ello también. La juventud, la impaciencia, el placer de ver cosas nuevas, la curiosidad de convertirme en compañera de la señora Forrester que tenía, era completamente cierto, algo de mi padre, me encantaba. Sin duda dejaba a la señora McLamuir, pero no estaría más que a un día y una noche de tren de ella, y podría venir a la más mínima llamada. Le hice jurar que me acogería en alguna época del año en la que no estorbara; en Pascuas, por ejemplo, o en Navidades. Le suplicaba que siguiera siendo eternamente lo que era para mí, pues yo seguiría siendo eternamente lo que era para ella: una hija adoptiva, una criatura que nunca dejaría de estar unida a ella.

—¡Pero qué conmovedor es todo esto! —dijo la señora Forrester con un tono burlón—. La señorita Morstan, sin elogiarme, yo también soy tan buena persona

como la tía Maggy. Y, sin embargo, le aseguro que si algún día me hace una escena de este estilo le obligaré a leer las obras completas de Carlyle, hombre atroz, aferrado a los prusianos y que no para de cantar sus alabanzas.

Brook Street va de Park Lane a Hanover Square. En mi opinión no sólo es la calle más elegante de Londres, sino también una de las más bonitas. La mansión de la señora Forrester se encontraba en la esquina de Park Street. Me parece que era la única que tenía jardín, e incluso bastante grande, en el que había algunos árboles. La casa era una agradable vivienda georgiana, con un frontón, con columnas y ventanas al estilo francés; parecía pequeña por fuera e inmensa desde dentro, como sucede a menudo con este tipo de construcciones.

Un decorado revela tantos secretos como una cara, sino más, pues unos ojos o una boca pueden sentir más fácilmente que el color de una pared, o una mesa de caoba de Macassar. Dado el carácter particular de la señora Forrester, era previsible que su casa se le pareciese. Yo tenía curiosidad por entrar en ella. Tenía la profusión y el desorden artístico de lo que en Francia se llama el estilo Segundo Imperio, que es una mezcla agradable de todos los estilos, predominando el de Luis XV. El acierto de los tapiceros franceses de hacia 1855 ha sido el convertir en agradables, casi íntimas, las habitaciones grandes, tapizándolas de tela, cubriendo sus parkés de moqueta espesa, colocando gran cantidad de sillones y sofás almohadillados, instalando gruesos cortinajes en las ventanas. Sobre un fondo así, se puede poner cualquier cosa, todo queda bonito, y cuantos más muebles u objetos haya, más refinado y rico parece.

El gran salón de la señora Forrester era un modelo de exotismo. No hay en Inglaterra ninguno que se le pueda igualar, salvo el de Famborough, quizá, donde se retiró la emperatriz Eugenia. Se podría creer que estábamos en Compiègne en casa del emperador o en casa de los Rothschild, en Ferrières. La comparación no era creación mía: la señora Forrester, divertida por mi desconcierto, me confesó que había arreglado una sala imitando esos dos palacios, en los que había estado a menudo y donde se había sentido «tan feliz». El canapé redondo, de terciopelo rojo, en el centro, coronado con una jardinera de plantas verdes, me pareció el sùmmun de la opulencia. Los grandes sillones acolchados y los sofás recubiertos de brocados persas estaban mezclados con asientos rococó en madera lacada, los veladores adornados con flores pintadas e incrustaciones de nácar. Había dos largas y pesadas consolas Luis XVI de marquetería coronadas, una por el emperador Napoleón III en bronce, a caballo, y la otra por el príncipe regente, a pie, en porcelana. Alrededor de esos majestuosos personajes se aglomeraban gran cantidad de fotografías en marcos labrados. ¡Es dudoso que en seis años tuviera tiempo de examinarlos! He soñado siempre con una de ellas, de la que emanaba una singular impresión de placer. Representaba un grupo de personas, en los peldaños de una escalinata, entre las cuales se encontraba mi señora, vestida con una chambra y una falda escocesa, en compañía de otra media docena de mujeres de su estilo y de señores que sostenían bajo el brazo sombreros grises de copa. Uno de ellos era el emperador, personaje que

yo siempre he encontrado poético, no por las anécdotas que me ha contado de él la señora Forrester, quien lo evocaba con una especie de nostalgia, sino más bien por su mirada melancólica, por sus párpados cansados y por su destino, del que se dijo que tenía presencia. Las demás fotografías eran sobre todo retratos, en la mayoría de los cuales había escritas algunas líneas por sus modelos: Merimée, que tenía la nariz cuadrada; el duque de Morny, cuyo bigote era todavía más puntiagudo que el del emperador; Cora Pearl, fea y delgada; la pobre emperatriz Carlota; de Gramont-Caderousse, guapo como un ángel; Offenbach con su famosa pelliza; Halévy; Flaubert y sus bigotes de foca; la princesa Mathilde, y así todos. No acabaría de enumerarlos. Toda Francia de 1850 a 1870 estaba allí.

La alfombra del salón era una Aubusson multicolor y gigantesca, sobrecargada de ramos de rosas, matas de peonía, follajes, arabescos, que se hundía cuando se pisaba sobre ella, e incluso cuando no se pisaba. En el techo predominaban sobre todo desnudos femeninos jugando con bebés rollizos en un cielo ligeramente nuboso. Las paredes, revestidas de madera, estaban pintadas con motivos del siglo XVIII y realzadas con dorados; desaparecían bajo los cuadros apretujados los unos contra los otros como en los museos, lo cual daba un efecto magnífico. Eran paisajes de Italia de Corot; aguadas de Constantin Guys, que representaban damas con vestidos de crinolina o coches, con su cochero todo tieso bajo su sombrero en el que llevaban la escarapela con los colores nacionales, montados sobre caballos con patas de araña; acuarelas muy alegres de Eugène Lamy; un grupo, de James Tissot y, encima de una de las cómodas, un retrato de tamaño natural de la dueña de la casa, sonriente, sonrosada, rechoncha, con un tocado de plumas en la cabeza, cuyo autor yo no podía identificar y que me disgustó por la dureza del dibujo, la excesiva vivacidad del color, el modernismo a ultranza. ¿Puse mala cara? En cualquier caso la señora Forrester se dio cuenta de mi repugnancia y me dijo riendo que yo era muy difícil. El cuadro era de Manet, el pintor más grande de nuestra época, según ella. Necesité varios meses para habituarme a Manet, que posee un talento original, lo admito, pero una violencia que no concuerda con la idea que yo tengo del arte. Wilde, durante sus visitas, no dejaba nunca de quedarse extasiado delante de ese trozo de pintura. Se quedaba cinco minutos, diez minutos, contemplándolo en silencio y pretendía que eso era más fuerte que Goya, dentro del mismo estilo. Estoy convencida de que su famosa novela *El retrato de Dorian Gray*, procede de sus contemplaciones, de que la primera idea que tuvo fue la comparación entre la Cecilia joven y esplendente del lienzo de Manet, y la Cecilia sexagenaria. Me cuidé muy bien de no comunicar esa suposición a la señora Forrester. No se habría sentido muy halagada, a pesar de no tener nada en común con el siniestro Dorian Gray. Sin duda Wilde tenía razón al admirar el Manet, y yo no la tenía al preferir el retrato de la señora Forrester hecho por Henner; además, el tiempo ha confirmado su opinión, pues Manet es actualmente muy conocido aquí, y Henner parece que ha ido a menos, pero, en fin, cuando alguien escribe sus memorias tiene que ser sincero.

Para terminar con el salón, su parte de gruta repleta de tesoros, su parte de caverna a lo Alí-Babá destacaba sobre todo por una gran cantidad de objetos artísticos de malaquita o de mármol, estatuas de bronce, colecciones en terracota de Clodion, copas de ónix, pequeños cofres de madera de sándalo, tabaqueras, jarrones de Sèvres, porcelanas de Wedgwood. Una enorme mesa de cierre corredero que había pertenecido a no sé qué ministro de Luis XVI llenaba el espacio entre las dos ventanas. Sobre la chimenea se podía ver, una vez más, una escultura de la señora Forrester realizada por Carpeaux. Por una vez, he aquí una obra que me ha maravillado desde el primer vistazo. Se podría haber dicho que no estaba tallada en mármol sino en el viento. Necesitaría cien páginas para poder describir con detalle esta prodigiosa sala, y con todo no diría lo esencial: por ejemplo, el encanto que tenía. A pesar de su inmensidad, de su suntuosidad, de su profusión, destacaba por su intimidad y su armonía. ¿A qué se debía? En primer lugar a tres o cuatro ramos de flores encima de la jardinera de plantas verdes, que daban vida, que hacían que la naturaleza entrase en ese hipogeo de una faraona del Segundo Imperio y, todavía más, a la mano que lo había arreglado, que era en cierta manera una mano de artista.

El resto de la casa, que me hizo visitar la señora Forrester, armonizaba con el salón. Estaba encantada con la habitación que me había destinado. Nunca había tenido una que me gustara tanto, incluyendo las de los palacios en los que me había alojado en otros tiempos, y ésta poseía lo que las habitaciones de los palacios no tienen: sería para mí durante mucho tiempo, se impregnaría de mí.

¡Uf! ¡Qué descripción tan larga! Creo que necesitaba hacerla. La señora Forrester, en el pensionado y en el tren, me había parecido una amable excéntrica, una mujer a la moda, que había vivido mucho, que había conocido a mucha gente. Su casa me demostró, además, que era algo así como una gran dama. No una de esas sosas y aburridas *ladies* de las que Inglaterra está poblada, sino una verdadera gran dama, cosmopolita, amiga de todo lo que había sido importante en Europa en los últimos treinta años, en política y en arte. Otra sensación curiosa que tuve: esa gran mansión, esos bonitos muebles, esos bellos objetos, ese elevado tren de vida, era algo que pesaba mucho; me di cuenta de que eran necesarias unas espaldas de gran dama para llevarlo adelante.

La imaginación no es mi fuerte. No había previsto que un criado y un cochero de librea nos esperarían a medianoche en la estación de Saint-Pancras, que llevarían mi equipaje y nos acomodarían en una confortable berlina amarilla y negra. El trayecto de Saint-Pancras a Myfair no es muy largo. Llegamos hacia la una de la mañana. Una vez allí tuve una sorpresa más: la casa estaba iluminada, en todas las habitaciones ardía el gas. Nos recibieron dos doncellas sentadas en el vestíbulo. Estaban más elegantes que yo, con sus trajes negros, sus cofias blancas y sus delantales. La señora Forrester les dio las buenas noches. Supe así que se llamaban Collins y Pigott. También supe que esta última estaría destinada a mi servicio. De hecho, iba a empezar enseguida a deshacer mis maletas.

—¿No es un poco tarde? —le dije yo—. Quizá se podría esperar a mañana.

Reflexión de pobre, que chocó a la señorita Pigott. No me habría dado cuenta si la señora Forrester no me lo hubiera dicho con delicadeza.

—Mary querida, hay que dejar que la gente haga su servicio como ellos lo estimen conveniente. Si no se encontrarían perdidos.

—Pero —insistí tontamente—, Pigott tendrá que levantarse temprano mañana por la mañana.

—Y bien —dijo la señora Forrester—, mañana por la noche se acostará más temprano, ¿verdad, Pigott?

—Sí, señora —dijo Pigott con el alivio feliz de alguien que oye hablar en su lengua—. Estoy acostumbrada.

Lección a recordar, pensé yo. Y me la dan la primera noche. Londres no es Edimburgo. De nuevo en la India, podríamos decir.

Me hice cargo de mis funciones de señorita de compañía al día siguiente de nuestra llegada, el 16 de junio de 1882. Estaba llena de curiosidad y de interés, como se está a la edad que yo tenía. Lo que había podido ver de la señora Forrester me seducía por completo. Y, aunque no me sedujera, habría sido lo mismo. Ardía en deseos de agradar, y habría hecho mil concesiones para lograrlo. Una característica de mi nueva señora era no decir nunca nada, dejar adivinar todo, y probablemente era un sistema excelente, pues ella estaba muy bien servida. Bajé a las ocho de la mañana, vestida, con lo que yo consideraba que sería el uniforme de mi estado, es decir mi vestidillo austero de profesora. La casa estaba invadida por una nube de criados de los dos sexos que abrían las persianas, barrían, limpiaban el polvo, sacudían las alfombras, limpiaban los objetos, sacaban brillo a las piezas de plata y de cobre. Un hombre de aspecto severo, con las mejillas encuadradas en unas patillas grises, y con un aire tan de *mayordomo* que nadie podía equivocarse, se me presentó, me confió que sin duda alguna tendríamos un hermoso día y se ofreció para llevarme el desayuno al comedor. Era Jenkins, evidentemente, a quien, olvidándome de Pigott y de su lección de la víspera, declaré con demasiadas sonrisas que estaba encantada de conocerle y él me dio las gracias con un silencio altanero.

—¿No cree usted que debería esperar a la señora Forrester? —le pregunté.

—No se lo aconsejo, señorita —respondió el mayordomo.

En efecto, la señora Forrester no apareció hasta bien dadas las diez, me sonrió para darme los buenos días y bebió su té. Esto duró un cuarto de hora. Después bostezó, se estiró graciosamente, abrió el *Times*, lo leyó durante tres o cuatro minutos, lo volvió a doblar y por fin oí su voz de la mañana, para lo cual no encuentro otro calificativo que moribunda.

—Mi querida Mary —dijo suspirando—, ¿cree que hará bueno hoy? Jenkins cree que sí. Estaría muy contenta si hiciera bueno en su primer día en Londres. El cielo se lo debe.

Pasó otro cuarto de hora durante el cual vi a la señora Forrester emerger poco a

poco hacia las zonas más claras de la consciencia.

—Espero que no se aburrirá demasiado —dijo ella—. Su vestido negro no me encanta. ¿Puedo sugerirle que en lo sucesivo venga a tomar el té en salto de cama?, ya verá: tiene mejor gusto. ¿Pero sólo tiene un salto de cama? ¿Se usa salto de cama en los pensionados escoceses? Margot McLamuir nunca ha tenido ninguno. Me pregunto si le iría bien. Perdóneme por mi indiscreción: me siento muy intrigada por el número de sus maletas. ¿Tendría la amabilidad de enseñarme lo que tiene para ponerse? Naturalmente, si eso le molesta lo más mínimo, no hablemos más del asunto.

—Al contrario, *madame* —respondí—. Ahora mismo si usted quiere.

—¿De verdad, ahora mismo? —dijo la señora Forrester—. Es usted un prodigio de energía. Hay que subir dos pisos. Yo no tenía tanta prisa, esperemos todavía un poco. Dígame, ¿por qué tiene tanto equipaje?

Nunca había contado a la señora McLamuir ni a nadie mis estancias con papá en Londres y en París, nuestras locuras, su ilusión de cubrirme de aderezos como a un ídolo. Ignoro por qué de repente tuve ganas de que la señora Forrester lo conociese. Era el tipo de mujer que podría comprenderlo. Deseaba también que supiera que yo era un poco de su raza. Me escuchaba con un aire de indiferencia y de distracción que no consiguió desanimarme.

—Bueno, subamos —dijo al fin—. ¡Dos pisos, qué horror!

Le enseñé mi ropa, mis recuerdos, mis joyas. Ella les echó una ojeada negligente.

—Su padre tenía un gusto encantador —dijo—. He ahí un hombre que me habría gustado. Qué pena que todo eso sea demasiado pequeño para usted ahora. Esta tarde, cuando esté completamente despierta, iremos a las tiendas. Quiero que usted esté tan elegante a los veinte años como lo estaba a los trece.

Ir con papá a las tiendas era una fiesta, un sueño. Salía de ellas metamorfoseada. Respiraba el olor de la ropa nueva de la tela que no había estado nunca en la tintorería o en la lavandería. Todo estaba un poco arrugado, un poco tieso. Me sentía como un animal que ha cambiado de piel. No pensaba que conocería eso de nuevo. Lo conocí con la señora Forrester, que tenía el mismo frenesí para gastar que papá y que, en las tiendas, husmeaba como un perro de caza. El día, tal como Jenkins lo había previsto, era caluroso, el cielo azul. La señora Forrester había hecho enjaezar los caballos de su calesa. Tenía unos preciosos caballos alazanes, en cuyas orejas había colocado una rosa. El cochero y el criado que nos habían recogido la víspera por la noche en la estación, estaban tan rígidos en el asiento como una acuarela de Guys. Pasearme en un carruaje tan bonito me aturdía. Por la tarde, el coche se hundía bajo el peso de los paquetes, de las cajas de sombreros, botines, e incluso estuches, pues la señora Forrester se había empeñado en regalarme gemelos para mis blusas, así como un reloj de oro con cadena y todo.

¿Qué mujer no es frívola? Yo que creo serlo tan poco, estaba loca de alegría, lo cual no me impedía sentirme melancólica. Esta locura de compras, me recordaba

demasiadas expediciones parecidas.

Papá, supersticioso como un jugador, creía que algunas personas traen suerte, pero que otras, por muy buenas que sean, por mucha amistad y devoción que nos prodiguen, no traen más que disgustos. Su avidez en buscar a las primeras, y su miedo ante las segundas, era cómico. Me temo que desafortunadamente su instinto en la materia no ha sido excelente. Le había oído tan a menudo exponer esta teoría que había acabado por creérmela yo también. Con la señora Forrester, experimenté al instante la intuición de que de ella sólo me podía venir algo beneficioso. ¿A qué se debía? A su opulencia, quizá, ya que resultaba evidente que ella era rica, a la forma despreocupada de utilizar esa fortuna, el aire de felicidad, o más exactamente de tranquilidad en la felicidad. Se veía que era una mujer para la que todo había sido fácil, todo le había salido bien. Se podría decir que existen algunos seres a los que la naturaleza ama, que no encuentran jamás dificultades ni pesares. Pasan por la vida con ligereza. No pesan más sobre el mundo que el mundo sobre ellos. Esto da lugar algunas veces a viejos niños egoístas, pero también puede dar lugar a personas buenas. La señora Forrester pertenecía indiscutiblemente a esta última categoría. La felicidad le había enseñado su filosofía. Por supuesto yo no veía eso a los veintiún años, no le encontraba una explicación como lo hago aquí; de todas formas, lo sentía con mucha fuerza y notaba que mi agradecimiento hacia la señora McLamuir aumentaba, pues me había confiado a alguien que me inspiraba tanta seguridad. Cambio curioso y revelador; pocos días después de instalarme en Brook Street, empecé a ser optimista. Hasta entonces había vivido en medio de tragedias, angustias, esperas. En todo momento temía una desgracia inesperada. La señora Forrester, con sus bostezos matinales, sus saltos de cama de satén, sus caballos con rosas en las orejas, sus quince criados, su indolencia, su manera de hacer comprender que nada era grave, que todo podía esperar siempre, me modificó el corazón. Por la mañana, me levantaba con las mismas disposiciones que el buen Micawber, de *David Copperfield*, quien, a pesar de sus deberes y su pobreza, espera cada día que el ciclo le envíe el regalo de su vida.

## CAPÍTULO QUINTO

*Un feliz misterio*

*Historia del cofrecillo de Fabergé y de las noventa y dos cartas*

*Primera aparición de un hombre flaco*

*Robo en el Elíseo*

No estaba equivocada, los acontecimientos me lo confirmaron antes de lo que yo creía. No llevaba más de quince días como señorita de compañía cuando el destino, que se había burlado de mí durante tanto tiempo, me dirigió al fin una sonrisa. Estábamos tomando el té y el *muffin* en el comedor Chippendale. La señora Forrester tenía un salto de cama azul pálido cubierto de encajes de Malinas. El mío era rosa y tenía menos encajes, pero era muy bonito de todas formas. Mi señora hojeaba lánguidamente el *Times*. Yo miraba pensativamente (es decir, sin pensar en nada) un retrato de la señora Fitzherbert hecho por Gainsborough que estaba colgado en la pared de enfrente.

—Vaya, ahora la tenemos a usted en los periódicos —dijo la señora Forrester con una mezcla extraordinariamente artística de curiosidad e indiferencia.

—¿Yo en los periódicos, *madame*? —exclamé—. No veo muy bien qué podría hacer allí.

—¡Y bien!, de todas formas aquí está —dijo ella pasándome suavemente la primera página del *Times* que, como se sabe, está destinada a los anuncios.

—No comprendo nada —dije—. «La señorita Mary Morstan, hija del capitán Morstan», no puede ser nadie más que yo. —Me invadió una esperanza tan violenta que mi mano tembló y enrojecí—. ¿Lo cree usted *madame*...? —dije con una voz temblorosa.

—No —contestó la señora Forrester, que de repente pareció tan despierta como si fueran las cinco de la tarde—. Yo no creo nada y le aconsejo que no crea nada en absoluto.

—Y sin embargo... —repliqué temblando todavía.

—Mary querida —dijo la señora Forrester—, perdón por hacerle un poco de daño, pero usted se haría aún más. Si fuera su padre el que hubiera puesto ese anuncio, estaría redactado de otra forma y lo habría firmado. Y, antes de buscarla por medio de los anuncios, habría ido a Edimburgo.

—Es verdad que no está firmado —dije—. Y no es su estilo. «La señorita Morstan, hija del capitán Morstan, sería de su interés darse a conocer y comunicar su dirección». Papá no me hablaba nunca de mi interés. ¿De qué puede tratarse?

—Hay que responder —dijo la señora Forrester—. Dé su dirección, ya que se la piden. Jenkins enviará a alguien que la lleve al *Times*. ¡Dios mío, qué divertido es!

Estoy segura de que va a recibir una buena sorpresa. Lo intuyo. Tengo un sexto sentido para esas cosas.

Al día siguiente, en el correo de la tarde, llegó un pequeño paquete certificado, compuesto de una caja de cartón muy ligera. La destrocé al abrirla. Estaba llena de guata en la que reposaba una enorme perla, como un huevo en un nido. Ni una palabra de explicación.

—Y bien —dijo la señora Forrester, a quien corrí para enseñársela—, ¿qué le había dicho? El anuncio en el *Times* me había producido muy buen efecto. Debo de ser un poco pitonisa: había adivinado algo feliz para usted. ¿Sabe que esa perla vale una fortuna? Nunca había visto una igual. Quizá reciba otra mañana, ¿quién sabe? Y a finales de mes tendrá un collar como ni la propia reina tiene. Hay en Londres un caballero que quiere hacerle bien. Me gusta su manera de enviar perlas sublimes en cajas de cartón. Creo que es un buen procedimiento. Dese a conocer. Usted es muy bonita. No veo que exista ninguna razón por la que no haya podido inspirar una pasión a un nabab. No ponga esa cara de incredulidad. No caiga en el defecto burgués de pensar que lo imprevisto sólo puede ser malo. No sólo es falso, además es imprudente. La mayoría de la gente ve el porvenir como los marineros que esperan un vendaval. Están verdaderamente tan absortos en su pesimismo que, cuando les sucede algo agradable, no lo ven. No he parado de encontrar gente que ha perdido la felicidad o el placer porque no entraba en sus previsiones. La vida es una bestia salvaje, una pantera. Si quiere domesticarla, es necesario que ella no pueda creer que puede morder, si no la morderá. ¿Sabe que yo he tenido una aventura parecida a la suya en otra época? Una mañana recibí un diamante. A la mañana siguiente, otro diamante, y así siguió durante un mes. Esto me enojaba bastante. Removí cielo y tierra para descubrir quién se permitía hacerme regalos de un precio parecido. Era tratarme como a una ramera. Nunca pude saberlo —dijo después de un momento—, pero lo he adivinado. De hecho, al tercer diamante ya estaba segura. Sólo un personaje en Francia era capaz de una prodigalidad tal.

—¿De Morny? —dije con aturdimiento, para demostrar que me conocía París.

—Puede ser —dijo la señora Forrester dirigiéndome una mirada burlona—. Pedí a Chaumet que me hiciera un collar con los diamantes, y realizó un rápido y espléndido trabajo. Estaba muy interesada en llevarlo en el próximo baile de las Tullerías. No se puede imaginar, Mary, hasta qué punto en esa época el emperador era adorable. Parece ser que yo tenía unos bonitos hombros y un cuello bien curvado. Me las compuse para mostrarme en todas las posturas. Me sonrió, me miró tiernamente con sus bonitos ojos grises, pero ni una palabra sobre los diamantes.

—Discúlpeme, señora —dije yo, estoy un poco desorientada—. ¿Por qué el emperador le habría hablado especialmente de los diamantes?

—Es usted un verdadero cielo —me dijo la señora Forrester con una sonrisa maliciosa—. Sí, ¿por qué? ¡Gracias por haber escuchado tan amablemente las chocheces de una vieja coqueta!

La señora Forrester, con su sexto sentido, sus predicciones, su teoría sobre la felicidad que hay que prever tanto como la desgracia, me inspiraba una confianza tal que me quedé casi decepcionada, al día siguiente, al ver que no llegaba una segunda perla. Y también al siguiente. La idea de un magnífico enamorado con el que me habría cruzado en la calle, adulaba mis fantasías románticas salidas de las novelas de Jane Austen. Y sin embargo, era verdad que yo era bonita, y la señora Forrester me había vestido tan elegantemente que podía pasar por una señorita de la alta sociedad. ¿Habría encontrado a mi Darcy? Me preocupaba un detalle: ¿cómo se había enterado Darcy de mi nombre y, si lo sabía, cómo no conocía también mi dirección?

Nadie, por muy sensato que sea, puede enseñarnos más que lo que comprendemos. Existe todo un saber que no se revela más que con el tiempo, con la vida. Por muy sensata que fuera la señora Forrester, y lo era tanto como Sócrates, ¿cómo habría podido hacer entrar en mi cabeza de veintiún años la idea de que el destino es complicado, que las buenas sorpresas que nos depara son raras veces inmediatas, que las prepara minuciosamente, que llegan por vías indirectas, y que cuando están allí, todavía más sabrosas y sutiles de lo que habíamos soñado, es cuando podemos reconstruir nuestro extraño caminar? La perla que recibí el 8 de julio de 1882 me anunciaba sin duda el amor, pero de una forma alegórica y sibilina. Entre esta perla y el amor había una serie de causas y efectos imposibles de adivinar.

Debo hacer notar sin embargo, que al ver lo que contenía la pequeña caja de cartón, pensé de repente en papá y en su tesoro mítico, al que había renunciado desde hacía tiempo, si es que alguna vez había creído en él, pero que a pesar de todo me procuraba de vez en cuando un pequeño ensueño pueril. Esta perla solitaria en su nido de guata parecía haber sido sacada de un cofre de piratas lleno de otras joyas, zafiros, montones de rubíes, soberanos de oro, doblones de España. ¡Imaginación todavía más novelesca que la del enamorado invisible! Era tan consciente de ello y estaba tan confusa que dudé durante varios días antes de contárselo a la señora Forrester.

—Ya no quedan tesoros, querida —me dijo—, salvo en las novelas de Stevenson. Deje de hacerse preguntas. No sirve para nada. Un día u otro las cosas se aclararan por sí solas. Sé muy bien que es ridículo hacer el papel de mujer experimentada, pero he visto enigmas que se resolvían solos al cabo de un mes o de un año. Torturarse el cerebro no sirve para nada. Incluso es peligroso. Creemos ser muy listos y no hacemos más que tonterías. Quédemonos con el enamorado. Después de todo, quizá sea eso. ¿Quién sabe? El príncipe de Gales la ha visto. No se atreve a declararse. Es un hombre muy agradable, que no aparenta cuarenta años.

Aceptamos tan bien el personaje del enamorado que lo hicimos durar seis años, y se convirtió en una especie de juego entre nosotras. De ahí el famoso verso del soneto de Arvers que la señora Forrester me recitó el 8 de julio de 1888 entre dos sorbos de té, cuando me tendió una carta dirigida a mí. En esta época, después de haber vivido en su intimidad durante seis años, habiéndome convertido en la amiga de todos sus

amigos, habiéndola acompañado varias veces a París, a Biarritz, a Venecia, a Florencia, a Viena e incluso a San Petersburgo, había adoptado por completo sus costumbres y su filosofía. A pesar de que la carta tenía motivos para inflamar mi curiosidad y mi impaciencia, le respondí en su lenguaje matutino. La conocía perfectamente, sabía que a través de su embotamiento había visto algo importante, que quizá había adivinado que el enigma de las perlas iba a tener por fin una explicación, y que me agradecería que no le hablara de ello enseguida como un papagayo, como una pequeña burguesa incapaz de guardarse para sí sola una noticia más de cinco minutos.

Digo las perlas. En efecto, había recibido seis. Una cada año, cada vez en el mismo día, es decir el 8 de julio, en la misma caja de cartón, llena de la misma guata. Periódicamente, tenía veleidades por romper este misterio, por otro lado, sin saber en absoluto cómo hacerlo, pero la señora Forrester me disuadía. Según ella, nunca hay que intentar comprender un misterio cuando se trata de un misterio feliz. Ejemplo: la octava mujer de Barba-Azul, que no puede aguantar sin abrir la habitación prohibida y en la que se encuentra con los cadáveres de las otras siete esposas. La señora Forrester sostenía que Barba-Azul era un hombre encantador, pródigo, lleno de atenciones, como lo son tan a menudo los asesinos, que después de todo sólo tenía que reprocharse siete momentos de mal humor, y que si la pequeña curiosa, a la que sin embargo se le había recomendado mucho que no metiera sus narices en la habitación verde, no hubiera ido allí, habría sido la más feliz de las mujeres.

—Quizá haya cosas horribles detrás de esas perlas —decía ella—. El buen Dios no quiere que usted las conozca.

La señora Forrester poseía algo más que un poder de seducción; sus palabras actuaban sobre mí como los efluvios de la adormidera y me paralizaban la voluntad. Resistir los misterios no va en absoluto con mi temperamento. No me gusta más que la claridad y la lógica; sin embargo, bajo su influencia, a causa de su perfume, de su tranquilidad, de su espíritu, de sus veladas en las que yo me encontraba en compañía de la Europa más distinguida, he vivido durante seis años con un misterio del que casi nunca me preocupaba, porque era, según las palabras de mi señora, un misterio feliz.

Siguiendo nuestra costumbre, subimos al primer piso, a la habitación de la señora Forrester. Se metió en la cama. Yo me senté en una silla pequeña con un libro que estábamos leyendo entonces y que era el primer tomo de Henry James: *La Princesa Casamassima*. James no es lo que se dice un escritor fácil; aquella novela, sobre el feminismo, como *Las Bostonianas*, no me gustaba nada. Creo que tampoco le gustaba a la señora Forrester, pero ella ponía su pundonor en comprar todas las producciones de su autor, tan pronto como aparecían en la librería, pretendiendo que era necesario haber leído «todo James», incluso si era aburrido, dado que contenía una mayor cantidad de tonificantes que otros y que era bueno para la salud tomarse una cucharada cada mañana. La carta me había revolucionado el espíritu. En cada línea, mi pensamiento se echaba a volar. No comprendía nada de lo que leía. Yo, que

ordinariamente hacía tan bien las entonaciones, que interpretaba el texto artísticamente como una partitura de violín, me paraba en las comas como un caballo ante una sombra, dejaba caer mi voz como una aprendiz, en fin, me consumía. Era inconcebible que la señora Forrester no se diera cuenta de ello y, sin duda, se daba cuenta, pero por una mezcla de gran educación y de malicia no lo demostraba. Medio sentada sobre la almohada, con la cabeza un poco entornada, miraba el cielo gris y los árboles del jardín que se veían a través de la ventana abierta. Tenía una bonita cama francesa labrada, en forma de góndola, cuyos extremos acababan en dos cabezas de cisne. Exageraría si dijera que yo me encontraba en un suplicio. Sin embargo, a cada minuto me preguntaba cuánto tiempo tendría que sufrir todavía con las frases de Henry James que nunca habían sido tan largas.

—Mary, querida —dijo la señora Forrester al cabo de dos siglos—, no está usted muy en forma esta mañana. ¿Y si en lugar de leer la prosa de James, nos leyera la de su enamorado? Sería más rápido, y creo que le interesaría más.

—Es usted muy indulgente —respondí muy aliviada y con un poco de perversidad—. Lleguemos hasta el final del capítulo. Voy a intentar hacerlo mejor. Y no hemos tomado la dosis completa.

—¡Qué buena idea, Mary querida! —respondió la señora Forrester con una voz tan extenuada que comprendí que tenía tantas ganas como yo de plantar a la princesa Casamassima.

Todo mi talento de lectora volvió de nuevo. Me atrevo a decir que interpreté las dos páginas restantes con un virtuosismo y unas modulaciones dignas del maestro Eugène Ysaïe.

—Es usted un verdadero demonio, querida —dijo la señora Forrester riéndose, después de haberse apagado las vibraciones de mis últimos acordes—. Pero yo tampoco soy un ángel. Estamos en paz. Dios, ¡qué tostón ha sido para mí esta mañana James! Todavía más que para usted. ¿Y esa carta, pues?

—Aquí está, señora —dije sacándola del bolsillo de mi bata.

—Léala, pillina. Ve muy bien que no tengo mis anteojos.

—Dice esto, señora: «Es usted víctima de una injusticia que será reparada. Vaya esta tarde a las siete al Teatro del Liceo, al lado de la tercera columna, saliendo a mano izquierda. Si tiene usted miedo, que la acompañen dos amigos, pero no lleve a la policía, si no todo fracasará. Su amigo desconocido».

—Y bien —dijo la señora Forrester—, puede que, después de todo, el tesoro de su papá exista, y que estén dispuestos a repartirlo con usted. Esa palabra de injusticia me parece muy prometedora. Es usted una verdadera heroína de novela. ¡Cuando pienso que hemos perdido más de media hora con la princesa no sé qué, mientras que usted era portadora de una intriga tan realmente cautivadora! ¿Imagino que irá esta tarde al Teatro del Liceo? No debe ir sola. No creo que sea arriesgado en absoluto, pero no sería conveniente. Hay que encontrar a alguien para que vaya con usted.

Yo sugerí a Jenkins, que era la responsabilidad hecha hombre, a quien era

inconcebible que le pudiera ocurrir la mínima aventura, era una especie de garantía contra lo ridículo o lo trágico.

—¿Jenkins? —dijo ella—. ¿Le parece a usted? No creo que sea una buena idea. Es demasiado viejo y demasiado refunfuñón para una expedición de ese tipo. No le gustaría hacer de carabina. Además, lo necesito yo esta tarde. Ya sabe que tenemos para cenar a dos poetas franceses, Verlaine y Mallarmé. Verlaine es un original que se pone ebrio fácilmente. Jenkins es extraordinario con los borrachos. No, no, Jenkins no. Tengo a alguien mejor que proponerle.

Me pidió que le pasara un cofrecito de malaquita y oro que estaba encima de su tocador; cofrecito que yo veía normalmente pero que nunca había mirado de cerca, por discreción. Admiraba la riqueza del cincelado y el ingenio con que el oro bordeaba las placas de malaquita. En la tapa, un águila con dos cabezas, en coral rosa y diamantes, desplegaba sus alas. Una de las cuatro patas, en forma de garras, estaba torcida. Era un trabajo del famoso Fabergé, del que no se conocía ningún cofre, aparte de éste. Lo había hecho para una gran duquesa quien, finalmente, lo había rechazado, ya sea porque se le había pasado el antojo o porque el precio era demasiado alto. En resumen, dijo la señora Forrester, esa gran duquesa era una idiota: por una cosa así uno lleva su reloj al monte de piedad o arruina a su vieja madre. El cofrecillo llegó a Francia, donde alguien que disponía de los medios para comprarlo, lo encontró a su gusto y se lo ofreció a la señora Forrester para que guardara allí las cartas que él le escribía.

—Los deseos de esta persona eran órdenes para mí —dijo ella—, pero órdenes adorables, órdenes deseadas, a las que obedecía con una felicidad que deseo que conozca.

Había recibido de la persona en cuestión noventa y dos cartas, que eran lo más valioso que poseía. El cofrecillo tenía una cerradura tan perfecta que habría sido necesario romperlo a martillazos para poderlo abrir. En cuanto a la llave, nunca se separaba de la señora Forrester. Abrió su bata y me enseñó una pequeña llave de oro con una esmeralda engarzada, que pendía de su cuello por una cadenita. Me dijo que yo era, junto con el que se la había entregado, la única que la había visto. Cada mañana, al despertarse, su primera mirada era hacia la caja de Fabergé, único testimonio de los dos años más adorables que había vivido, recuerdo de un mundo delicioso que no volvería a ver. Pero sucedió que una mañana el cofrecillo ya no estaba. Ella lo había visto la víspera por la noche, antes de apagar su lámpara. Incluso lo había acariciado. «Yo también tengo mis pequeños misterios, como usted puede constatar», dijo con un poco de guasa, para atenuar sus palabras melancólicas.

Yo ardía en curiosidad por preguntarle quién era el hombre cuyo amor le había proporcionado dos años «adorables». Pero ¿se pueden hacer preguntas? Y, sobre todo, ¿ese tipo de preguntas? Eso sería el colmo de la grosería viniendo de un subalterno a un superior. El adjetivo «adorable» despertaba en mí una vieja reminiscencia. ¿No lo había oído en otra conversación? ¿A propósito de qué o de

quién lo había empleado la señora Forrester? ¿Y cuál era el tema de esta conversación, que se remontaba a Dios sabe cuándo? La atención con la que yo la escuchaba me impedía aplicar seriamente mis facultades en esta búsqueda, pero, muy bien puede ser obra del diablo, pensé yo, si más tarde y con un poco de reflexión no hubiese descubierto lo que había sido tan adorable en la existencia de Cecilia.

Naturalmente empezó por sospechar de alguien de la casa. Llamó a Jenkins, al que pidió que hiciera una investigación con todos los criados y las sirvientas. ¡Nada! Todos eran desesperadamente honestos. Ella era horriblemente desgraciada. Habría dado lo que fuera, sus cuadros, su fortuna entera, por encontrar el cofrecillo. No habían robado ninguna otra cosa. ¿Quién podría codiciar sus pobres cartas, que no tenían valor más que para ella? Y es aquí cuando apareció el personaje en el que ella había pensado para que me acompañara esa tarde.

Me hizo un recuerdo de sus trámites: denuncia a la policía, visita al superintendente de Scotland Yard, conciliábulo con un inspector encargado de su asunto. Todo eso no llevaba a nada, recurrió a la *ultima ratio*, es decir, a un anuncio en el *Times* prometiendo cien guineas, la discreción y la gratitud eterna al ladrón arrepentido. La misma tarde, un individuo llegó en un cabriolé. Lo recibió en el gran salón. Vestía un traje de lana de espiguilla y una de esas ridículas gorras con orejeras anudadas encima del casquete. Apeataba a tabaco. Boca fina, sin labios, nariz larga, pómulos hundidos.

—Increíble —exclamé yo—, ¡lo ha retratado!

—Es un personaje curioso, sabe usted. Yo diría que estaba hecho de contrastes. Quizá por eso lo haya mirado más de lo que normalmente miro a la gente. Pero tenía una mirada bastante amable, incluso soñadora, medio escondida bajo los párpados rojos de insomnio. Esa mirada me complacía totalmente.

Uno de los encantos de la señora Forrester consistía en expresar abruptamente las ideas incongruentes que le pasaban por la mente. Declaró a su visitante que él no tenía los ojos de un ladrón. Ese rostro más bien huraño, o en todo caso austero, que, de no haber sido por la vestimenta y la gorra, se habría podido perfectamente tomar por el de un eclesiástico, de un nuevo vicario que venía a presentarse a una parroquiana; se inclinó en todas direcciones y esbozó una gran sonrisa silenciosa.

—¡Excelente intuición! —dijo el hombre—. ¿Qué más sabe usted?

La señora Forrester lo inspeccionó como un *amateur* que escruta un cuadro.

—Fuma usted un tabaco horrible —dijo ella—. Duerme mal. Es usted soltero, pues su ropa está arrugada; falta un botón en su gabán. Una mujer no le dejaría salir así. No es usted muy rico. Considera que por veinte guineas merece la pena actuar. Puesto que usted no es un ladrón, viene a ofrecerse a encontrar mi cofrecillo. Entonces es usted un detective.

El aire estupefacto del otro era tan gracioso que la señora Forrester se echó a reír.

—*Madame* —dijo él—, la felicito. Pocas mujeres poseen tales dones de deducción.

—Me halaga usted, señor. Todo eso no es nada extraordinario.

—Ahora me toca a mí —dijo el hombre con presunción—. Veamos si yo también la sorprendo.

La señora Forrester no había intercambiado en su vida una palabra con un detective. Pero era una mujer demasiado hábil para no darse cuenta de que aquella persona se disponía a hacerle su número.

—Usted ha vivido en París —dijo—. Allí ha conocido a la flor y nata de la sociedad. Ha sido íntima amiga de un personaje muy importante del Imperio. Ese personaje le ha escrito cartas. Esas cartas estaban en el cofrecillo que ha desaparecido. El criado que me ha introducido aquí está a su servicio desde hace mucho tiempo. Usted ha obligado a ese pobre hombre a vivir en París durante... espere... ¿diecinueve años? No, veinte, ya que usted no ha vuelto a Londres hasta 1871. El hombre se llama Jenkins. Aborrecía París. Cazaba ratas durante la ocupación y hacía cola en el Jardín de las Plantas a fin de obtener un trozo de elefante para su querida señora. Este hombre se dejaría hacer picadillo por usted. Veo, *madame*, que le sorprende que yo conozca estos pequeños detalles. Cuando le haya explicado el modesto trabajo de deducción por el que los he encontrado, estará de acuerdo conmigo en que son la evidencia misma.

—Pues claro que son la evidencia misma, querido señor —contestó la señora Forrester, divertida por el tono de superioridad del personaje—. Le aseguro que no me ha sorprendido en modo alguno. Cualquiera puede deducir lo que usted ha deducido. Este salón está lleno de fotografías, de cuadros y de objetos que cuentan mi vida tan claramente como si la hubiera escrito. He llamado a Jenkins por su nombre hace un momento y usted lo ha oído. El viejo Jenkins tiene realmente un aspecto tan de mueble que no es difícil adivinar que está a mi servicio desde hace una eternidad, y que me ha seguido a todas partes. Además, tiene un aire tan inglés que uno no se puede imaginar que se pudiera encontrar a gusto en otro lugar que no fuera Inglaterra.

—En fin, *madame* —dijo el hombre flaco con desprecio—, usted no puede negar que he descubierto que estuvo en París durante la ocupación y la Comuna.

—¡Ah, sí, bravo! —replicó la señora Forrester irónicamente—. Ha visto ese pequeño trozo de piedra calcinada debajo del pequeño fanal. Se dijo a sí mismo que eso provenía del incendio de las Tullerías, y que yo lo había recogido devotamente. Realmente, es verdad. Lo demás se podía deducir de esto, Jenkins cazando ratas, etcétera.

—*Madame* —dijo el otro riéndose—, ¡me rindo! Es usted una mujer extraordinaria. ¡Qué facultades! Sólo conozco a un hombre que se le parezca. Quizá lo haya encontrado en los salones. Se llama profesor Moriarty.

—Pues claro —dijo la señora Forrester—. Lo he visto dos o tres veces.

—Y dígame —preguntó el detective con un repentino interés—. ¿Qué impresión le ha producido? Verdaderamente me interesaría la opinión de una mujer como usted.

—Sobre todo, me ha dado la impresión de que era un *snob* —dijo la señora

Forrester—. Perdóneme si es uno de sus amigos. Lo clasificaría dentro de la categoría de los *snobs* frívolos y lisonjeros, género particularmente cómico.

—¡Un *snoob*! —exclamó el detective con admiración—. Ah, *madame*, ¡qué bien lo ha visto usted y qué bien he hecho al interrogarla sobre el profesor Moriarty! ¡Un *snoob*! ¡He ahí la pieza que le faltaba a mi *puzzle*! No se relacione nunca con el profesor Moriarty.

La señora Forrester le tranquilizó sobre ese punto. Ese Moriarty no solamente era un *snoob*, sino también un pedante, y ella huía de los pelmazos como de la peste. El detective sonrió enigmáticamente. Su sonrisa era agradable, a pesar de su boca sin labios. La forma convencional con que había aceptado su derrota había acabado por conquistar su simpatía. A la señora Forrester le gustaba también su suficiencia. Aquel hombre era vanidoso, y de los vanidosos puede esperarse todo. Se desviven porque les admiren. Prometió que devolvería el cofrecillo antes de tres días, lo cual la señora Forrester tomó como una presunción suplementaria. Inútil revelarle el nombre del autor de las cartas: lo sabía. Lo pronunció, añadiendo orgullosamente: «¿Me equivoco?».

—¿Me lo dirá también a mí? —pregunté yo.

—Creía que lo había adivinado, querida.

Pues no, no lo había adivinado, pero no me atrevía a insistir, mitad por convencimiento, mitad por temor a quedar como una boba. Para acabar con el detective flaco, tres días más tarde volvía efectivamente con el cofrecillo, intacto, aparte de un pie torcido. Las cartas estaban dentro; no faltaba ni una. La señora Forrester reconocía que había realizado proezas de razonamiento y de deducción. Además, él se las detalló con su complacencia habitual. Por supuesto, lo que querían era las cartas, y no la caja. Así pues, el asunto era político. Había en Francia, en esos momentos, una agitación bonapartista que molestaba al gobierno, el cual buscaba cualquier medio para desacreditarla. Se sabía que una dama inglesa tenía unas cartas que, si se publicaban en la prensa, harían recordar a los ciudadanos la torpeza del execrable régimen de antes. Pronto se identificó a esa dama. ¿Cómo robarle las cartas? Un comisario de policía francés vino a Londres y se puso de acuerdo con un hombre de mundo, o que se pretendía como tal, y que tenía unas misteriosas relaciones con el hampa. «¿Qué hombre de mundo?» —preguntó la señora Forrester. «Usted lo conoce —dijo el detective—. ¡Desgraciadamente no tengo pruebas contra él!». «¿No será su Moriarty?» —dijo la señora Forrester. «No poseo ninguna prueba, *madame*» —repitió el detective. Éste había reconstruido la forma en que el cofre había volado. La primavera era cálida; la señora Forrester dormía con la ventana abierta. Un individuo se había introducido en el jardín durante la noche. Había escalado un castaño que se encontraba a unos treinta pies de la ventana. Ese individuo era uno de esos bandidos americanos cuya cabeza tiene puesto un precio en el Oeste, y que emigran a Inglaterra para escapar de los *sheriffs*. En el transcurso de su vida de vaquero y de fuera de la ley había aprendido dos cosas: ver en la oscuridad y manejar

el lazo. Fue así como atrapó el cofre. Su lazo, lanzado con una mano infalible, lo había atrapado sin ruido, delicadamente, como un terrón de azúcar en el azucarero, pero el cofrecillo había chocado con el tronco del castaño, de ahí su pie torcido. El detective flaco había inspeccionado el lugar. Un rasguño en la corteza y una rama rota habían esclarecido los hechos.

En París no había tenido ninguna dificultad en saber qué comisario había venido a Londres y se había ido llevándose el cofrecillo de Fabergé. A esto seguía otra cadena de deducciones que la señora Forrester había olvidado. Resumiendo, el cofrecillo se encontraba en el Palacio del Elíseo, en casa del señor Wilson, yerno de Grévy, Presidente de la República Francesa, quien había tenido la idea de esta complicada maquinación y, según mi opinión, bastante descabellada. No quedaba más que recuperar el objeto, que fue lo que hizo el detective. Había obtenido una audiencia del señor Wilson, famoso concesionario cuya industria consistía en vender condecoraciones. Le había informado que una sociedad de lores ingleses deseaba la Legión de Honor, y que eso podría muy bien, entre unas cosas y otras, proporcionar cuarenta mil libras esterlinas. Wilson, seducido por la idea, le recibió en el mismo Elíseo, en su apartamento. Para su desgracia, lo llamaron para un asunto y abandonó la sala durante un cuarto de hora. Ese tiempo bastó al detective para forzar la caja fuerte. El Fabergé estaba allí. Lo cogió, volvió a cerrar la caja fuerte, y el pobre Wilson no tuvo jamás las cuarenta mil libras.

—¡Qué historia más rocambolesca! —dije yo.

—¿Verdad que sí? —dijo la señora Forrester—. Admita que el hombre que ha ido a buscar mis cartas hasta la residencia del Presidente de la República Francesa será una dama de compañía mejor que Jenkins para su salida de esta noche.

Estuve de acuerdo, aunque me pareció un poco exagerado movilizar a un auténtico detective para un asunto tan pequeño. La señora Forrester me regañó por esta observación que revelaba, según ella, una deplorable falta de imaginación, resultado de una modestia mal orientada. Reconocía en eso la funesta educación burguesa que reciben las señoritas inglesas en los pensionados de hoy; bajo pretexto de hacer de ellas unas personas bien educadas, matan las virtudes por las que se distinguían antes las chicas de clase: orgullo, altanería, audacia, conciencia de lo que se les debe, e incluso espíritu crítico. Yo no había escapado a esta maldición, lo cual era normal, habiendo estado bajo la tutela de Maggy McLamuir, excelente mujer a la que ella quería con cariño, pero que era la encarnación del siniestro espíritu Victoriano que nos ahogaba con su beatería e hipocresía desde que el pobre príncipe Alberto había muerto, y cuyo ideal era el de fabricar ovejas incapaces de balar; por dignidad, por lo menos, deberían degollarlas. En fin, ¿era yo la única que no había sido víctima del romanticismo en mi vida? ¿De qué había servido el haber pasado por donde había pasado para acabar razonando como una cabeza de chorlito de Bloomsbury? La cita en el Teatro del Liceo era un romanticismo más. Hacerme acompañar por un detective era una precaución tan natural como hacerse asistir por

un abogado en una transacción comercial. Llamó para ordenar que engancharan el *buggy* después del almuerzo y que se me condujera a casa del señor Holmes, al 221 de Baker Street. Estos eran el nombre y la dirección del hombre que había encontrado el cofrecillo de Fabergé.

Cuando subía a mi habitación para vestirme, encontré a Pigott, que me esperaba, dado la lentitud y el perfeccionismo inusitado que ponía en sus tareas. Me miró con una mezcla de curiosidad, de ironía y de consideración.

—Entonces —dijo ella—, ¿*Mademoiselle* va a recibir su herencia? Todo el mundo, abajo, está muy contento por *Mademoiselle*.

La salida de la señora Forrester me había humillado, pues había puesto el dedo en una de mis debilidades. Estaba irritada también por lo que había dicho de mi buena tía Maggy, que era muy exagerado. Estuve contenta de encontrar a alguien sobre quien descargar mi mal humor.

—Gracias, Pigott —respondí secamente—, pero creo que no le he pedido su opinión ni la del personal.

—Excúseme, *Mademoiselle* —dijo la doncella con un respeto que hasta entonces nunca me había testimoniado—. No quería ser indiscreta.

—Me haría usted un favor volviendo a sus ocupaciones —añadí.

—Enseguida, *Mademoiselle* —dijo ella con apresuramiento—. Cuando *Mademoiselle* me necesite para atar su corsé, no tiene más que llamar. Quizá *Mademoiselle* desee también que la peine.

—Muy bien —dije yo con un tono ligero que me gustó mucho.

## SEGUNDA PARTE

# CAPÍTULO PRIMERO

*Se me caen los dientes de leche  
Dios lee las novelas  
Un caballo de doscientas guineas  
El sombrero cronstdat  
A través de Londres con un cochero ebrio*

Es cierto que no tengo imaginación ni instinto. Ningún presentimiento me vino cuando estaba delante de Baker Street. Vi una casa parecida a las otras de la calle. De no haber sido por Pigott, que se había empeñado en que me pusiera especialmente elegante, pues estaba segura de que yo iba al encuentro del dinero, y que me había elegido un bonito vestido de paseo color *beige*, con un turbante a juego, adornado con una pequeña pluma blanca a un lado, me habría puesto el primer vestido que hubiera encontrado en el armario. Pigott me había engalanado como a una princesa, es decir, con una lujosa simplicidad. Me había obligado a que mirara su obra en el espejo. Reconozco que estaba bastante bien. Me parecía demasiado superfluo arreglarse tanto para visitar al hombre flaco que apestaba a tabaco. ¡Querida Pigott! La bendije en el momento en que entraba en la caverna del famoso Sherlock Holmes.

Una mujer gorda de mediana edad me abrió la puerta, me introdujo en el recibidor, me dijo que me iba a anunciar, y subió una escalera de madera cubierta con una alfombra de bordes rojos, que llegaba hasta el primer piso. Me di cuenta de que nunca había estado en el interior de una casa inglesa de la pequeña burguesía y que tenía la suerte de contemplar una en toda su pureza: ventanas de guillotina, una planta verde en el jarrón de cerámica que remataba la barandilla de la escalera, grabados que representaban a Nelson y el capitán Cook, reproducciones de paisajes de Constable, un pequeño cuadro de tela con cristal en el que había bordada una inscripción proclamando que nada vale lo que el propio hogar. A través de una puerta abierta, pude ver el apartamento de la patrona, empapelado con motivos campestres, amueblado con poltronas de seda con los brazos deslucidos, un canapé descolorido, una mesa costurero abierta de la que salían madejas de lana multicolores. Todo era feo, sin gusto, mezquino, pero daba la impresión de confort, de una pequeña vida bien organizada y agradable. Un olor de encausto y de cocina impregnaba la casa. Habría jurado que la buena señora que me había recibido no alquilaba su apartamento más que a señores, a quienes les gustaba mimar.

—¡Suba! —me gritó desde lo alto de las escaleras—. Él está aquí.

Había en su voz un tono tan marcado de respeto y de devoción que no pude evitar sonreír. Sonreía aún cuando atravesé el umbral del santuario, el cual, debo admitir, no se parecía en nada a la planta baja. Era un salón bastante espacioso, con dos grandes

ventanas que dejaban penetrar la luz; reinaba allí una agradable mezcla de elegancia masculina y de abandono. Los sillones y los canapés de cuero, por su profundidad y su blandura, eran dignos del Atheneum Club. La moqueta era gruesa y nueva, pero manchada aquí y allá de cenizas de tabaco sobre las que habían pasado sin tener ningún cuidado. Encima de la chimenea había una media docena de pipas colocadas al lado de un gran revólver de tambor de ordenanza. En medio de la sala había un pupitre de hierro regulable, cubierto de partituras. Me intrigaron una serie de agujeros en la pared que formaban de manera imprecisa las letras V. R. Poco más tarde conseguí la explicación: el patrón, un día que se aburría, lo cual le sucedía a menudo, había invertido su tiempo en dibujar a balazos las iniciales de nuestra soberana. Disparar dentro de un apartamento, cuando se es capaz de trazar VR a una distancia de cuatro metros, me parece el colmo del rebuscamiento.

No sé por qué el salón del señor Holmes se ha grabado de esta forma en mi memoria. Sólo entré allí una vez, pero vi todo de una ojeada, como un relámpago. Me acuerdo incluso del olor a tabaco y a farmacia que flotaba en la sala. Puedo ver a la patrona, la señora Hudson, que sujetaba la puerta y se apartaba para que yo pasara. Al fondo de la estancia, medio acostado en el canapé se encontraba un hombre delgado con los párpados rojos, que correspondía a la descripción de la señora Forrester, en mangas de camisa, una de las cuales estaba remangada hasta encima del codo. Encima de un velador, cerca de él, pude ver una jeringa. Estas impresiones diferentes desfilaron tan rápidamente que apenas tuve tiempo para pensar que esta forma de recibir a una visita era extraña. Inmediatamente fueron recubiertas por la aparición ante mis ojos de otro hombre que se levantó para recibirme. ¿Cómo explicar el efecto que me produjo? Me veo obligada a recurrir al viejo cliché de la «sonrisa luminosa». La sonrisa de este hombre era tan bondadosa, tan inteligente, que me hizo pensar en los rayos de sol que atraviesan las hojas de los árboles. Realmente, yo sentí una alegría parecida. Este joven, ya que no tenía más de treinta años, me causó la misma felicidad que encuentro dentro de la naturaleza, y que ya había experimentado durante mi visita al mayor Sholto, en diciembre de 1878. Olvidaba decir que era muy guapo, infinitamente más seductor que Darcy, ya que no tenía ni arrogancia ni firmeza. Todo era agradable en él. Ingenuo, adorable, para servirme de un adjetivo que la señora Forrester empleaba mucho y que comprendí de pronto que no era una simple hipérbole y que significaba algo muy preciso. Un fenómeno extraordinario y que yo aceptaba como algo natural, lo cual todavía era más extraordinario: el recuerdo de mi padre, la imagen de mi padre, que habitaba en mí desde mi infancia, que brillaba en mí como un icono en una iglesia rusa, palideció. La imagen del hombre joven se le superpuso. Tenía el rostro atezado, las manos grandes, las espaldas anchas de un *Coldstream Guard*, cojeaba un poco. No sabría decir hasta qué punto esta cojera me enterneció. Nadie, ni siquiera Wilde, me había mirado nunca como él. Me sentía envuelta por algo cálido, bueno, fuerte, totalmente amigable.

—Permítame que me presente, señorita —dijo él—: Doctor John Watson.

Era médico. ¡Qué decepción! Me miraba como un médico, como un hombre acostumbrado a reconfortar a la gente que tiene miedo. Su sonrisa sólo era una sonrisa profesional, y no ese mensaje en el que yo había leído cosas tan dulces. ¿Estaba enfermo el señor Holmes? Se podría pensar por la jeringa del velador, pero el señor Watson me tranquilizó. Vivía aquí con el señor Holmes. Cada uno en su habitación. Era lo que se llama una pareja de solteros. En cuanto a la jeringa, el señor Holmes, en sus ratos de ocio, tenía la manía de inyectarse en el brazo pequeñas dosis de una solución que le procuraba una excitación intelectual que únicamente, aparte de esta mezcla, podían producirle los acontecimientos trágicos y misteriosos y que él, Watson, no aprobaba en absoluto. Precisamente acababa de inyectarse. Esto explicaba que estuviera tendido sobre el diván sin dar señales de vida. A cada dosis seguían siempre unos momentos de adormecimiento. Por lo demás, me di cuenta de que el adormecimiento se disipaba. Holmes se movió, se sentó, bajó la manga de su camisa, se puso la chaqueta. Fue a echar una ojeada por la ventana y después volvió y me observó de pies a cabeza. Le informé que venía de parte de la señora Forrester, con quien trabajaba, y a quien había impresionado mucho su talento.

—Trabajar es una gran palabra —dijo él—. Usted no tiene el aspecto de ser alguien que trabaja. Esas manitas están demasiado cuidadas (yo me había quitado uno de mis guantes). Las mujeres que trabajan no llevan una pluma en el turbante. Tampoco llevan turbante. No vienen a ver a los detectives en un *buggy* tirado por un caballo de doscientas guineas y conducido por un cochero con sombrero con escarapela. Usted es la pupila de la señora Forrester o como mucho su lectora.

La expresión del doctor Watson durante ese breve discurso era tan conmovedora que me enterneció: se comía con los ojos a su amigo como una madre que exhibe a su bebé, lanzándome unas miradas que significaban: «¿Es fuerte, eh?». Al otro, por lo que yo observé, no le molestaba esta admiración de la que era cómplice con una imperceptible complacencia.

—¿Le ha impresionado mi talento a la señora Forrester? —continuó él en un tono pensativo—. En efecto, creo haberle hecho un pequeño servicio. Era, sin embargo, si lo recuerdo bien, un asunto muy simple.

Picada por esta ostentación de modestia, le respondí que yo deseaba que juzgara el mío igual de sencillo. El encantador doctor Watson, quien, además de sus cualidades, estaba hecho de delicadeza, se levantó diciendo: «Podría usted disculparme...». La perspectiva de quedarme a solas con el hombre flaco me desesperó. ¿Por qué me atraía tan poco? Me lo reprochaba, pero era algo invencible. Conozco, hoy que escribo esto, la razón de mi antipatía por este hombre realmente superior. Casi no me atrevo a revelarla, de lo común que es. Era su intimidad con el doctor Watson. Me sentía celosa de una forma tonta, como lo son las mujeres con los amigos de sus maridos. Conocía al doctor Watson hacía sólo unos minutos, pero bastaban para que yo deseara cambiar todo por él y que él sacrificara todo lo que le había gustado antes de conocerme. Era evidente que una gran amistad le unía al señor

Holmes. Tampoco dejaba de sentirme irritada por la admiración que le testimoniaba. Esta admiración me parecía indebida. El espíritu de las mujeres funciona de una forma curiosa. ¿Será quizá por esos impulsos, esa violencia irracional a la que llaman intuición femenina? Estaba segura, sin que la más mínima cosa me autorizara a poder pensarlo, que de los dos, el gran hombre era Watson y no Holmes, que había una impostura en el reparto de los papeles.

—No, por favor —exclamé yo haciendo un gesto con la mano para retener al doctor Watson—. ¡Si su amigo tuviera la amabilidad de quedarse —dije al señor Holmes—, me haría un gran favor...!

El doctor Watson, que era realmente modesto, no se imaginaba en absoluto, posiblemente, que pudiera ser la persona idónea para hacer favores a nadie aparte de los de su profesión. Vi dibujarse una sorpresa, con todos sus detalles, si se me permite decirlo, en su rostro, tan expresivo como cerrado era el de Holmes. Pero era una sorpresa de felicidad, como la de alguien que se alegra de que echen mano de él. Me dirigió la bondadosa sonrisa que tanto me había emocionado hacía un momento, y que debía tranquilizar tanto a los enfermos que tenían la suerte de que él les curara.

¿Qué gran favor esperaba yo de él? Me habría costado mucho trabajo poder precisarlo. Pero lo que no tiene un sentido inmediato, y se pronuncia creyendo una tontería, tiene un sentido oculto. El favor que el señor Watson me podía hacer con su sola presencia era el mayor de todos los favores: me reanimaba el alma, me hacía nacer de nuevo. Antes de entrar en el número 221 de Baker Street no sabía lo que era ser una mujer, y mira por donde en un segundo lo había aprendido. Una mujer es un ser incompleto hasta que no encuentra al hombre al que desea dar todo su ser, que la acepta y que a cambio la metamorfosea. Una extraña imagen me recorrió el espíritu: se me estaban cayendo los dientes de leche. ¡Ya era hora, a los veintisiete años! Miraba al adorable (decididamente esta palabra viene a cada momento a mi pluma) doctor Watson, que me sonreía como a una niñita enferma de escarlatina.

—Exponga su asunto —dijo Holmes bruscamente.

Eso me llevó un buen cuarto de hora. Había traído conmigo las seis perlas y la carta que había recibido por la mañana. El señor Holmes me escuchaba con los ojos cerrados, como imagino que hacen los curas católicos cuando escuchan la confesión de un penitente. A pesar de su impasibilidad, notaba en él una especie de júbilo. Era realmente el júbilo de un eclesiástico al que le confían un complejo caso de conciencia. Una vez hube acabado, dijo que yo le aportaba «un bonito pequeño misterio» y me preguntó qué era lo que yo tenía intención de hacer. Esto me desconcertó, pues era exactamente el consejo que estaba esperando de él. Entonces, iremos al Teatro del Liceo, decidió; él, yo y, añadió después de un momento, el doctor Watson.

¿Aceptaría? El corazón me dio un vuelco en el pecho. Con él era con quien yo quería afrontar el bonito pequeño misterio, mucho más que con el señor Holmes. Estando él presente, esto se convertía en una partida de amor romántico. Si conseguía

que viniera, él se ataría un poco a mí, pensaba yo; cálculo muy femenino. ¿Era solamente un cálculo? La señora Forrester me había enviado a Baker Street para que el señor Holmes me protegiera, pero a mí me gustaba ser protegida por el doctor Watson. Con esa presencia a mi lado, estaba segura de que no tendría nada que temer, de estar absolutamente en lugar seguro, como lo había estado en otra época cuando caminaba por las calles con mi padre. ¡Qué pena tener veintisiete años en lugar de diez, de ser una mujer en lugar de una niña, para poder poner mi manecita en esa gran mano tan dulce! Levanté mis ojos hacia el doctor Watson con un aire de tanta ansiedad, tan implorantes, que vino enseguida a socorrerme.

—¿Me acepta usted, señorita? —dijo.

—¿Usted lo desea? —exclamé con alegría.

—No me alejaré de usted ni un paso —dijo con su bondadosa sonrisa de la que emanaba una tranquilidad que me hacía sentirme fortificada como por osmosis—. Me ha encantado su descripción del mayor Sholto. Pero no es el único tipo que tiene ojos de langosta. Me parece que yo he encontrado otro.

—Lo hemos encontrado los dos —dije yo, contenta de que leyéramos las mismas cosas—. Es el mayor Bagstock, de Dickens.

—¡Naturalmente! —exclamó—. ¿No es extraordinario? Dickens describió a Sholto treinta años antes de que usted lo encontrara. Los grandes escritores son profetas. Cuentan una historia, inventan un personaje y, medio siglo después su historia se hace realidad, su personaje existe de verdad. Se podría pensar que el buen Dios lee las novelas y se divierte en reproducirlas en la vida.

Casi no sería exagerado si dijera que me quedé patidifusa. Era, con otras palabras, la misma teoría de Wilde, que yo le había oído desarrollar tan a menudo. El doctor Watson, en su entresuelo de Baker Street, no teniendo otra compañía que la de un detective que se ocupaba deteniendo a los malhechores y la de una patrona que hacía unos guisados para chicos viejos, había reconstruido él solo uno de los más originales hallazgos estéticos del más sutil poeta de nuestros tiempos. Eso era lo extraordinario, y no que el mayor Sholto tuviera los ojos de langosta a la manera del mayor Bagstock. Me sentía estupefacta y orgullosa de poder ver en el doctor Watson una inteligencia literaria con la que yo tenía tantas afinidades. ¡Era de mi familia! No me lo esperaba. Lo había tomado tal como era, adivinando o sintiendo en él una sustancia tan fuerte, viendo un carácter tan atractivo que poco importaba que fuera perspicaz o de poco entendimiento. No esperaba que el hombre que, junto con Wilde y de una forma muy diferente, más me habría seducido, poseyera un espíritu que marchaba a la par con el suyo. Poco faltó para que no viese en esto, supersticiosamente, una indicación del destino. ¿Era el doctor Watson un genio desconocido? ¿Era también él, como lo había pensado de mí misma desesperadamente, aquella misma mañana, una de esas flores que esparcen a disgusto su perfume dulce como un secreto en las soledades profundas? ¡Dios mío, qué imprevisible es la vida, y qué divertida! ¡Y qué agradable es, sin ánimo de disgustar a la señora Forrester, no tener instinto! ¡A veces

tenemos sorpresas desagradables, pero también las tenemos encantadoras! Estos pensamientos de mi cabeza, en la que nacían casi simultáneamente, eran tan violentos que me ruboricé.

—¿Conoce usted a Oscar Wilde? —pregunté a Watson—. Es un escritor. Dice que el arte no imita a la naturaleza, sino que por el contrario, es la naturaleza la que imita al arte.

¡Exquisito doctor! Creo que se entristeció. ¡Ah!, ciertamente no, él no era corto de talento: sabía que, cuando una mujer no puede evitar pronunciar el nombre de un hombre en una conversación, es que lo ama o que le profesa algún interés afectivo. Nunca había oído hablar de Wilde y no parecía en absoluto interesado cuando le propuse que podía conocerlo.

—¿No podríamos discutir de eso en otra ocasión? —dijo Holmes—. Son las tres y media. Tengo unas cuantas cosas que hacer. Esté aquí esta tarde a las seis como mucho, señorita. Adiós.

Al subirme al *buggy*, miré hacia el apartamento del señor Holmes y tuve el placer de ver al doctor Watson detrás de la ventana, observando cómo me iba. Le dije adiós con la mano y él me respondió con el mismo gesto. Cuando el cochero chasqueó con la lengua y el caballo de doscientas guineas arrancó, me volví de nuevo. Watson permanecía en la ventana, pero yo me alejaba demasiado deprisa para poder ver si me sonreía.

La señora Forrester me pidió mi opinión sobre Sherlock Holmes. Yo le hablé del doctor Watson, lo cual dibujó en sus labios una sonrisa como la del cuadro de Henner. Puesto que ese señor me había agradado, dijo ella, habrá que invitarlo a una de nuestras reuniones. No sé por qué esta idea, que debía haberme sido agradable, no lo fue. No quería compartir al doctor Watson con nadie. Quizá temía también que no tuviera la desenvoltura de los amigos de mi señora.

—Me parece, cariño —dijo la señora Forrester—, que está usted más bonita que hace un rato. Conozco muy bien ese fenómeno. ¿Es por lo menos un hombre guapo, el doctor Watson?

—¡Ah, *madame*! —exclamé con fervor—, ¡mucho más que yo!

—Usted no está tan mal. No le faltan más que quince mil libras para ser desgraciada toda la vida con el hijo de un lord. Un médico debe ser menos exigente.

—¡Bueno! —dije con vivacidad—. ¡Ya me ha casado! No sé nada del doctor Watson. Ni siquiera sé si le gusto.

—No me tome por una vieja tonta, cariño —dijo la señora Forrester—. Usted sabe todo sobre su doctor Watson y en especial que está loco por usted. Además, yo nunca me equivoco en esa clase de cosas. El doctor Watson y usted han tenido lo que en francés se llama un flechazo. Antes de que se case con él, es necesario que yo lo vea. Me dice que es sublime, que es un Adonis, pero no puede esperar que lo crea al pie de la letra. Una mujer enamorada dice cualquier cosa. Puede muy bien ser tonto como un pingüino y feo como un oso. Me cuesta imaginar al señor Holmes viviendo

con la octava maravilla del mundo.

Esas palabras me irritaron enormemente. A pesar de sus esfuerzos por no demostrarlo, la señora Forrester se dio cuenta de ello y se me rió en las narices, lo cual me irritó todavía más. Me propuso, como lo hacía siempre que yo iba a la ciudad, los servicios de su cochero y del coche apropiado para mi expedición. Yo estaba tan picada que le respondí que había abusado demasiado de su bondad y que, si ella me lo permitía, me contentaría con un coche de alquiler, lo cual le hizo reírse todavía más.

El coche apestaba a cuero viejo, a fieltro viejo, a mugre vieja, olores, que no había olido desde hacía mucho tiempo y que ahora aspiraba con cierto placer. El lujo y la facilidad en los que vivía desde hacía diez años habían acabado por formar una pantalla entre la realidad y yo. En este coche que chirriaba, arrastrado por un caballo proletario con el pelo mojado, conducido por un cochero que me llamaba «mi señorita», experimenté un sentimiento análogo al que debía experimentar el gigante Anteo cuando tocaba tierra: recobré el dominio de mí misma. Y en mi corazón entró un poco de humor. ¿Por qué nos enrabiamos cuando alguien adivina que estamos enamorados? El amor no es ningún defecto del que tengamos que sonrojarnos. Los enamorados se parecen a los avaros, se espantan ante la sospecha de que algún indiscreto haya podido echar una ojeada a su tesoro. Si la señora Forrester se había burlado, la culpa no era más que mía. Me lo había merecido bien. ¿Por qué me había ido de la lengua y le había revelado mi pequeño secreto? Tanto más cuanto que ese secreto no era importante, seguramente me había engañado a mí misma. Cuando llegaba a Baker Street, me di cuenta de que el corazón me palpitaba muy fuerte y que no era la aventura a la que me convidaba la misteriosa carta la que me hacía latir.

Watson y Holmes me esperaban en la acera, lo cual, con el tiempo que hacía, no dejaba de tener su mérito. Holmes llevaba un amplio abrigo de loden y la gorra con orejeras que tanto había divertido a la señora Forrester. Watson estaba mucho más elegante con su gabán *beige* que resaltaba su figura atlética. Llevaba un pequeño *cronstdat*, ligeramente inclinado, que le daba un aspecto muy alegre. Tenía en la mano un pesado bastón. Creo que yo estaba bastante pálida, en el fondo del coche, y que mi timidez estaba realzada por el gran abrigo negro de nutria que Pigott me había obligado a poner casi a la fuerza. Watson me acogió con una atención ansiosa y me preguntó, cogiéndome la mano entre las suyas, si todo iba bien.

—Pues claro que todo va bien, Watson —dijo Holmes con impaciencia—. Cochero, al Liceo, por favor.

—Allá vamos, burgueses —dijo el cochero con un chasquido de látigo más teatral que útil—. ¡Arre!

Londres en primavera o verano, cuando el cielo es azul y el sol rebota desde el Támesis a la cúpula de San Pablo, es tan bonito que se podría comparar a una vista de Venecia pintada por Canaletto. En ciertos días de otoño y de invierno puede ser horrible. Y éste era uno de ellos. Llovía desde hacía dos días. Había cesado la lluvia,

pero la niebla la había reemplazado. No se podía ver a más de tres metros. Todo era marrón: el barro, las casas, la atmósfera, el pavimento de las calles, el cielo. El coche avanzaba al paso. Rodamos a lo largo del Strand en el que los escaparates daban la impresión de ser pequeños oasis de luz y donde las farolas de gas, a lo largo del trayecto, emergían como pequeñas lunas mojadas. Nos cruzábamos con otros coches, podíamos oír el ruido de sus ruedas sobre la calzada y el paso de sus caballos, pero no podíamos ver más que las linternas. Holmes, acurrucado en el fondo del coche, tenía la frente arrugada y la vista perdida. Watson, con el que yo había hablado un poco al principio de nuestro viaje, se había callado. Al contrario que Holmes, al que nada podía emocionar, pensaba que era un hombre con una gran sensibilidad, a pesar de su gran talla y su musculatura, que podía notar de forma extraordinaria las circunstancias y los detalles, y cuya alma pasaba continuamente por estados diferentes. Esta idea me hizo sentirme fuerte y alegre: no me había equivocado al descubrir en él, un momento antes, algo de literario. Este médico era un artista. Me preguntaba si él lo sabía. Estábamos apretados en el coche. Su espalda, su brazo, su cadera pegados a mí, me comunicaban su dulzura. Su mano enguantada se había posado en su rodilla.

En el Teatro del Liceo una multitud de hombres de frac y de damas emplumadas se apretujaban en las entradas laterales. Delante del teatro, la aglomeración habitual de cabriolés y de coches particulares. Había un aire de fiesta que contrastaba con nuestras caras serias. Fuimos a colocarnos, como se había convenido, en la tercera columna de la derecha. Allí nos esperaba un hombre. Yo ya había visto aquella figura, pero ¿dónde? Esa nariz rota, ese rostro abultado, esa frente que no tenía ni una pulgada de altura, esas orejas despegadas, ese aspecto a la vez pesado y ondulado me recordaba no sé qué oscuro y humillante episodio de mi vida. El hombre estaba vestido de cochero, con un *carrick* y un sombrero de cuero lavable. Esta vestimenta me desorientaba, pero cuando habló con su voz cascada, con su acento *cockney*, el recuerdo brotó de mi mente. Volví a ver la verja de Norwood, la diosa Kali en la curva del sendero, al *khitmutgar* con la cara de lagarto.

—¡Williams! —exclamé.

—¡Qué estoy viendo! —dijo él arrojándome en la nariz un aliento cargado de vapores de cerveza—. Sólo las montañas no se encuentran. No ha cambiado desde que nos vimos en la casa del general. ¡Ya hace de eso una eternidad! ¿Así que es usted la señorita Morstan? ¡Cómo me lo iba a imaginar! Diga, esos dos clientes no serán de la bofia ¿eh? Porque si no, aquí no hay nadie. Es la consigna. Júreme por su honor que no son de la bofia o nos piramos.

—Esos dos señores son mis amigos, Williams —le dije—. Puede creerme.

—Amigos, eso no quiere decir nada —respondió el *cockney* brutalmente—. Williams no tiene confianza en nadie, ni siquiera en usted, preciosa. No tienen pinta de polis, de acuerdo, pero hay que jurar. El patrón insiste en eso.

Yo juré, ya que había de pasar por ello. Silbó con los dedos. Un chiquillo trajo un

*coupé* de dos caballos. Nos instalamos en él. Williams se encaramó en el asiento y el coche arrancó a toda velocidad. De ese viaje conservé la impresión de algo espantoso y muy feliz. Nuestro cochero conducía sin ningún cuidado, con el riesgo de atropellar a los peatones y de volcar en cada curva. Cantaba canciones de cafeticho barato al tiempo que propinaba sonoros latigazos a las pobres bestias, que enloquecidas por el ruido y la lluvia de azotes volaban por la carretera, tal como se dice en expresión típica. Nos sacudían como dados en un cubilete. De vez en cuando yo experimentaba un acceso de alegría íntimo, debido al doctor Watson que, creyendo que yo tenía miedo, hacía continuos esfuerzos para distraerme y había empezado por contarme su vida, lo cual le era tan agradable para él como para mí. ¿Me equivocaba? Esa vida, él me la ofrecía, quería que yo conociese todo de él. También obtuve la explicación de su cojera. Al finalizar sus estudios de medicina en 1878, se había enrolado en el ejército. Lo habían destinado como ayudante de médico militar. Desembarcó en Bombay durante la segunda guerra de Afganistán. El 5º regimiento de infantería de Northumberland, al que pertenecía estaba estacionado en Kandahar. Corrió a encontrarlo. En la terrible batalla de Maiwand, recibió una bala *djézaile* en la parte baja del muslo que le fracturó el hueso. Sólo un cuarto de pulgada más y le habría alcanzado la arteria femoral. Los *ghazis* rastrearon el campo de batalla y degollaron a todos los heridos. Le salvó su ordenanza al echarle encima de un caballo aparejado. Todavía estuvo a punto de morir de enteritis, ese azote de las colonias de la India, en el hospital de Peshawar. Todo esto fue narrado en un supremo estilo británico, es decir, como una novela anodina y mezclada con diversos episodios médico-guerreros: el doctor Watson arrebatando al coronel todas las provisiones de ginebra del regimiento para anestesiar a sus heridos antes de amputarles los miembros; el doctor Watson despertándose en plena noche y viendo el cañón de un fusil apuntándole, empuñando su revólver y disparando hasta que el fusil caía a tierra, volviéndose a dormir, y al día siguiente tropezando con un cadáver bigotudo a la entrada de su tienda. Hastiado de la India, volviendo a Inglaterra flaco como una araña, curtido como un viejo marino, *and so on*.

Yo le habría escuchado durante horas, boquiabierta, en éxtasis, como en otra época escuchaba las narraciones de mi padre. Uno y otro poseían el arte de reducir sus aventuras a la dimensión de anécdotas sin importancia, de mostrar el papel que habían desempeñado bajo un aspecto agradable y un poco ridículo. Los dos temían como a la peste el tipo de «antiguo combatiente». A una distancia de diez años, volvía a encontrar bajo una forma diferente al hombre que más había querido en el mundo. Me acechaba el sacrílego pensamiento de que el doctor Watson, que poseía las encantadoras cualidades de mi padre, no tenía sus defectos, que él no era ni despreocupado, ni gastador, ni quimérico, sino serio y tan sólido como frágil era mi padre.

Yo también soy muy inglesa. La aparición de Williams delante del Teatro del Liceo me había trasladado a esa siniestra estancia en Londres durante la cual buscaba

a papá como una siniestra Antígona con boina. Era un recuerdo que alejaba de mi cuanto podía, pues cada vez que me venía me parecía como si me hundieran un cuchillo en el pecho. ¿Se puede creer que sólo al cabo de un cuarto de hora revelé a mis dos compañeros quién era nuestro cochero? Sí, lo mantuve en secreto durante quince largos minutos, sabiendo muy bien que el señor Holmes, que había fruncido el ceño al constatar que Williams y yo nos conocíamos, esperaba que se lo aclarase. Pero, por primera vez, no había cuchillo en mi pecho. Hablar enseguida de Williams habría sido de mal gusto. Además, apenas nos habíamos sentado en el *coupé*, el doctor Watson se había hecho cargo de mí y estaba tan emocionada de ser el objeto de sus inquietudes que no tenía ganas de romper ese encanto.

—No me extrañaría si fuéramos a Norwood, a casa del hombre de los ojos de langosta —dije yo.

—¡No vamos a Norwood! —dijo Holmes, que no era menos inglés que yo, pues mi sensacional revelación no le inspiró el menor comentario—. Hemos pasado por Rochester Row y por Vincent Square. En estos momentos atravesamos el puente de Vauxhall. Si se asoma a la puerta verá las luces que se reflejan en el agua. Es la dirección de Surrey. No vamos a casa del mayor Sholto, por la excelente razón de que está muerto desde el 82, hace seis años.

—¡Holmes, es usted inaudito! —exclamó Watson—. La señorita Morstan nos aporta una información de primer orden, y eso le deja frío. En fin, es muy importante ¿no? ¡Saber que Williams es el hombre que cerraba las verjas de Sholto con un candado!

—Lo había adivinado —dijo Holmes—. Adivinado o deducido, como quieran. Era muy simple, además. Bastaba con escuchar y observar, lo cual usted no ha hecho, mi querido Watson, por razones personales, sin duda. ¡Ah!, ya estamos en Wandsworth Road. Ahora viene Priory Road.

El *coupé* no había reducido su velocidad. Por estas calles desiertas, inundadas de niebla, esta galopada era, si cabe, más aterradora que en el centro de la ciudad. Las ruedas del coche recubiertas de hierro sobre el pavimento o sobre el asfalto, los cascos de los caballos, los chasquidos del látigo y las canciones de Williams hacían un estruendo que, si lo hubieran visto a más de diez pasos, habría hecho salir a la gente a las ventanas. Holmes necesitaba tener una vista muy aguda para reconocer los lugares por los que pasábamos.

—Larkhall Lane —enumeraba—, Stockwell Place... Robert Street... Coldharbour Lane. Su Williams no nos lleva a los barrios elegantes.

En efecto, según lo que yo podía distinguir, estábamos llegando a la periferia de Londres, que es tan fea, con sus casitas de ladrillo con mirador y jardincillo, todas iguales, pegadas de dos en dos. Después vinieron los bloques rosa, planos, nuevos, todavía peores. En medio de un horrible chirrido de frenos, acompañado de los gritos de Williams, nos detuvimos delante del tercer edificio de una calle que acababan de levantar y que tenía aún la apariencia de una cantera. Era una casa de campo atrapada

entre dos edificios sin habitar y que tampoco parecía estar habitada. Los caballos estaban cubiertos de espuma y temblando. El coche, amarillo de barro.

—¡Final! ¡Todo el mundo abajo! —dijo Williams abriéndonos la puerta.

—Bonito lugar —dijo Holmes con un tono sarcástico—. Nos ha conducido extraordinariamente, Williams.

—Gracias, gobernador —respondió Williams con modestia—. Sabe usted, no es mi oficio ser cochero. Yo sería más bien el tipo de hombre de confianza.

—¡Hombre de confianza! —dijo Holmes—. ¡Vaya! Ésa no es la palabra que yo habría empleado. ¿No ha pasado usted unas pequeñas vacaciones en Wormwood Scrubs? A menos que no fuera en Dartmoor...

—¡Me había usted jurado que no eran de la bofia! —exclamó Williams, furioso, dirigiéndose a mí—. ¡Se puede decir que es usted una mentirosa redomada!

—¿Yo? —exclamé poniéndome roja—, pero si le he dicho la verdad...

—¿Ah, sí? —dijo Williams con una sonrisa amarga—. Entonces, explíqueme cómo sabe ése que he estado en chirona... Sólo un poli puede estar al corriente.

—Cálmese Williams —dijo Holmes secamente—. La señorita Morstan no le ha mentado. Ni el señor ni yo somos de la policía. Desde que le he visto, he sabido que había estado en la cárcel, por su manera de inclinar la cabeza y de girarla a medias cuando alguien se dirige a usted. Todos los detenidos hacen eso para oír lo que sus camaradas les susurran en la cantina o en el paseo. Y además está su colilla.

—¿Qué pasa con mi colilla? —dijo Williams.

—Cuando nos ha visto, hace un momento, en el Teatro del Liceo, la ha disimulado en su mano escondiéndola entre el índice y el pulgar, manteniendo plegados los otros tres dedos. Sólo dos categorías de ciudadanos practican este sistema de escamoteo: los militares de segunda clase y los prisioneros de derecho común. Pero, los militares utilizan su mano izquierda y dejan la derecha libre para saludar. Usted ha utilizado la mano derecha. Así pues, usted no es un antiguo militar. Usted es un antiguo presidiario, C.C.Q.D<sup>[2]</sup>.

—¡Diablos! —exclamó Williams con admiración—. Pero cuidado ¿eh? Era inocente. He sido víctima de un error judicial.

—Por supuesto —dijo Holmes plácidamente.

## CAPÍTULO SEGUNDO

*Thaddeus*

*El tesoro de Agra*

*Una gran mano sobre mis hombros*

*Las traducciones del alma*

*Mi padre bajo un macizo de agératos*

*Annabel Thompson colgada por haber envenenado con arsénico a seis personas*

La puerta de la casa tenía una aldaba. Williams la accionó. Un hindú con turbante abrió enseguida, como si estuviera allí plantado para espiarnos. Me esperaba una aparición de ese estilo, aunque nada fuera más improbable que ese turbante en aquel lugar, y casi me quedé sorprendida de no ver a Lal Chowder, el pequeño lagarto de Norwood. Éste era un hindú jovencito, con la piel suave e imberbe, con ojos de gacela y ademanes lentos y graciosos. Nos dijo que el *sahib* nos esperaba, nos condujo por un sórdido pasillo y nos introdujo en un salón tan inesperado como su presencia, rebosante de cojines, alfombras persas de hilo de oro, telas adamascadas, jarrones chinos, objetos de marfil y de jade en las estanterías de las vitrinas, budas sonrientes en sus nichos, caballos de terracota pintada, grifos de bronce. En el suelo, una alfombra de China rosa y azul, gruesa como el césped, en la que había dos pieles de tigre con las patas cruzadas, que no me resultaban desconocidas. Contrastando con todo este orientalismo, dos adolescentes blancos, coronados de pámpanos, casi obscenos, creados por el pincel voluptuoso de Gérôme, esperaban, entre dos cortinas de brocado rojo, no sé qué compañero de juego. La sala estaba sobrecaldeada. Reinaba en ella un aire espeso, a causa de un narguile posado sobre una bandeja de plata y de cuatro o cinco cazoletas en las que ardían perfumes como los que había respirado durante mi infancia en Calcuta. En el diván estaba el personaje al que la señora Forrester llamaba mi enamorado. Fumaba el narguile como un rajá o un sultán. Pero un rajá inquieto, un sultán neurótico, con los párpados agitados por tics, moviendo manos y pies, girando la cabeza sin motivo. Pensé en mi buena tía Maggy, que tanta guerra me había dado para que aprendiera a permanecer inmóvil: ¡habría tenido trabajo aquí!

El sultán se levantó tan bruscamente que estuvo a punto de volcar su narguile. Era un monigote panzudo, con una gran cabeza calva, una voz agridulce, que daba saltitos aquí y allá, y nos sacudía la mano de forma entrecortada y brusca. Nos informó con una sonrisa espasmódica que se llamaba Sholto, Thaddeus de nombre. No confundirlo con Bartholomew, su hermano, que no se le parecía en absoluto y con quien, además, no se entendía. Después de la muerte del mayor Sholto, su padre, Bartholomew se había quedado con Pondichery Lodge. Él, Thaddeus, se había

exiliado en las afueras del sur de Londres. Podíamos observar sin embargo que había transportado allí todo un arte de vivir que no tenía nada que ver con los suburbios. Llamó nuestra atención, sonriendo una media docena de veces, sobre el Gérôme, que le encantaba, y por el que según nos reveló había pagado una fortuna. Pero por una obra maestra así merecían la pena todos los sacrificios. Yo era la señorita Morstan, por supuesto. ¿Quién me acompañaba? El señor Thaddeus Sholto era un *dandy*, un refinado, un ser dotado de una sensibilidad trepidante. Ante la sola idea de qué un pitecántropo de Scotland Yard pudiera ensuciar su bombonera se descomponía. Yo se lo expliqué al presentarle a mis amigos. Al saber que uno de ellos era médico se alegró mucho. El doctor Watson tenía que examinarlo allí mismo. ¿Llevaba consigo su estetoscopio? ¿No? Qué le vamos a hacer. Con el oído sería suficiente. Thaddeus estaba muy enfermo. Su válvula mitral le desesperaba. Presenciamos entonces el espectáculo de una auscultación en regla que duró cinco minutos. El doctor Watson, doblado por la mitad sobre el esternón de Thaddeus, con más sacudidas que antes y adoptando poses de agonizante. Como era de esperar, no tenía nada de nada. La válvula estaba perfecta. Creo que Thaddeus, que debía consultar a los médicos todas las semanas, no se creyó nada, pues no manifestó el alivio que una noticia tan feliz le debería haber proporcionado. Se volvió a poner de pie y me rogó que le disculpase por la teatral escena que nos acababa de ofrecer. ¡Qué diablos! ¡Es que la salud es una cosa importante! Todos los cuidados son pocos. Si mi padre, el capitán Morstan — ¿Arthur Morstan, verdad, se llamaba Arthur?— no se hubiera abandonado a tantos excesos que le habían debilitado el organismo, si hubiera seguido exámenes médicos periódicamente, tendríamos el placer de contarle entre nosotros.

Al oír esta última frase me sentí palidecer. Mi rostro se quedó sin sangre. Más tarde, Watson me confió que mis labios se habían puesto blancos y que él se había contenido para no abofetear al desafortunado Thaddeus, que me arrojaba a la cara algo que contra todas las esperanzas y todas las razones mi corazón no se había resignado a aceptar del todo. ¡Mi pobre padre estaba muerto! Ese gnomo lo sabía. Sabía incluso cómo, mientras que yo lo había ignorado durante diez años. Esa vaga quimera, la única que yo cultivaba y que conservaba, de que mi padre aparecería algún día, que quizá no estaba todo perdido, se desvanecía definitivamente. Me sentí tan desgraciada que las lágrimas brotaron de mis ojos. Sostuve la cabeza entre mis manos para ahogar los sollozos. Mi pena, que databa de diez años atrás, la sufría como si existiera desde una hora antes. Una gran mano se posó sobre mis hombros. Una voz dulce me habló. No comprendía lo que decía, pero su música era tan afectuosa, tan tierna, que una corriente de bálsamo recorrió mis heridas y las cerró. ¿Era la mano de mi padre? ¿Era la voz de mi padre? Durante un instante lo habría jurado: ya no tenía veintisiete años, sino diez o doce. Ya no era una mujer, era una niña. Me envolvía una enorme presencia paternal que me protegía contra el mundo. Sólo deseaba una cosa: refugiarme en ese calor, envolverme en ese amor que tanto se parecía a aquel del que mi vida conservaba una huella tan profunda. Se calmaron mis

sollozos, dejaron de correr mis lágrimas. Todo ese dolor se metamorfoseó en una sonrisa. Levanté la cabeza, vi el rostro de Watson inclinado hacia mí; por fin oí sus palabras, y era muy curioso, ya que tenía la impresión de que utilizaba una lengua extranjera que yo iba interpretando. Él pronunció: «Querida señorita Morstan, cálmese, no llore más. Sea valiente, hay que serlo, incluso si es difícil. Holmes y yo estamos aquí. La ayudaremos. No la abandonaremos...», y yo lo traduje por: «Mi querida niña, no llores, alégrate, yo estoy a tu lado. No tienes nada que temer, nada que lamentar. No te abandonaré nunca. Ya que eres débil toma mi fuerza, yo te la doy». Mi traducción era exacta: me lo demostraba la alegría que entraba en mí. El doctor Watson enjugó los grandes surcos de lágrimas que descendían por mis mejillas, con un pañuelo perfumado con agua de colonia de Houbigant. Me limpió los ojos. Yo me dejaba llevar, ablandada por el dolor y la dicha. Un padre, mejor que un padre, me caía del cielo en el mismo momento en que me enteraba de que mi verdadero padre había estado allí. Había en esto, pensaba yo con una fervorosa superstición, una intervención de la Providencia, o en todo caso un signo del destino, que después de haberme maltratado tan duramente deseaba por fin hacerme bien. La fuerza que habitaba en el doctor Watson comenzó a circular en mí, como la sangre que vuelve a un miembro entumecido.

Thaddeus Sholto iba de una cosa a otra, bastante avergonzado, me parecía, por haberme conmovido tanto, lo cual se manifestaba por la multiplicación de sus tics y de sus sonrisas. Me dijo que conocía todos los detalles concernientes a la muerte del capitán Morstan, que me los iba a revelar, que era una muerte perfectamente natural, y que era necesario resignarse.

—Y bien, ¿a qué espera? —preguntó Watson violentamente—. Ve usted muy bien que está haciendo daño a esta chica. Le juro que si no estuviera en su casa...

Thaddeus tenía la intención de decirlo todo. Absolutamente todo. Nada quedaría en la oscuridad. ¿Acaso no era por eso por lo que me había escrito y nos había hecho venir a su casa? Estaríamos muy contentos. No nos esperábamos la alegría que estábamos a punto de experimentar. Era una satisfacción fabulosa, gigantesca, y que nos demostraría que él, Thaddeus Sholto, tenía el sentido de la moral tan desarrollado como el sentido artístico. Para empezar, bien podríamos beber un vaso de chianti o de tokay. ¿Nos molestaría si él le daba unas cuantas chupadas a su narguile? Era horriblemente nervioso, horriblemente sensible; nada le calmaba como esto. Tenía necesidad de oír el gluglú del humo atravesando el agua de rosas, y de sentir en su garganta el amargor del tabaco oriental. Entonces nos dijo que era hijo del mayor John Sholto, el mismo a quien yo había visitado diez años antes en Norwood. Yo lo sabía muy bien, pero me costaba trabajo creerlo. ¿Cómo un retaco así podía ser el retoño del hombre con los ojos de langosta? El pilar del Imperio había engendrado un bibelot. El bruto había dado a luz a un esteta decadente y contrahecho. ¡Qué lección! ¡Qué símbolo! ¿Asistía yo a la decadencia de la vieja Inglaterra? Me pregunté durante un segundo si no nos encontraríamos, por casualidad, en medio de dos épocas.

Deseché enseguida esa idea absurda. Thaddeus, que no se parecía nada a su padre, había salido sin duda a su madre, débil e infortunada criatura a la que el espantoso mayor había conducido apresuradamente a la tumba.

La narración que me hizo Thaddeus mientras fumaba su narguile era tan desordenada que no sé por dónde empezar. A medida que avanzaba, más me reprochaba a mí misma el haberle juzgado mal, no haber sentido más su simpatía. Por muy decadente y deforme que fuera, tenía un alma recta y buena.

—Dígame cómo ha muerto mi padre —le pedí—. Es lo único que me importa.

Enseguida, enseguida. Bien sabe Dios que no tenía ganas de hacerme sufrir. ¿Quería saber cómo había muerto mi padre? Y bien, ¿no es una bobada? ¡De una crisis cardíaca! Eso es. Ahora ya lo sabía. ¡Sí, por desgracia! El pobre tenía el corazón enfermo. Nadie estaba al corriente, excepto su viejo camarada el mayor Sholto, que le había dicho cien veces, mil veces, que se cuidara. El mayor Sholto daba consejos útiles cuando eso no le ocasionaba molestias. Él, Thaddeus, tenía algún mérito al ser equitativo con ese personaje con el que siempre había mantenido unas relaciones despreciables, pues a él era al que le caían todos los palos. Con esto se lanzó en los recuerdos de horrores infantiles, castigos con palizas, el cuarto de los ratones, las cóleras azules del mayor. Era la palabra que convenía, pues el mayor, en esos momentos pasaba del escarlata al color azul y sus ojos de langosta se le salían de las órbitas. Thaddeus temblaba durante las veinticuatro horas del día. El mayor era tan grande, tan gordo, tan rojo, tan fuerte, y el pequeño Thaddeus tan débil, tan asustadizo, que le parecía que cada mañana se le venía encima una montaña, que no podría soportar durante mucho tiempo esas avalanchas, que se moriría pronto. Se encontraba completamente solo, sin un aliado. Su madre había muerto cuando él era todavía muy pequeño. Su hermano mayor, Bartholomew, no se interesaba por él más que para perseguirle y acusarle. Recobró aliento durante los años de colegio, pero por desgracia existían las vacaciones. Con una juventud así, dijo levantando su gran cabeza calva y mirándonos con una humildad que me rompió el corazón, se podía entender que se hubiera convertido en lo que nosotros veíamos: un viejo prematuro, un enfermo. ¿Podríamos creerlo? Tenía apenas treinta años. Yo estaba tan emocionada que me levanté y le cogí la mano. Yo, por lo menos, aunque había vivido algunos dramas, había sido amada, había sido feliz. Nunca había estado oprimida por el Mal, ni me habían destruido mi cuerpo y mi espíritu. Me acordaba de la sensación de suciedad que me había invadido, diez años antes, al salir de Pondichery Lodge. Thaddeus había vivido con el diablo durante un cuarto de siglo y había conseguido escapar. No había tocado su alma. Era un gnomo, un monigote, pero había tenido la fuerza de resistir a una gran injusticia, a la que quizá yo habría sucumbido, yo que le despreciaba.

—¿Me perdona usted, señorita, por haberle dado la noticia de la muerte del capitán Morstan con tan poco tacto? —dijo con un tono que ya no era en absoluto ni chillón ni ridículo—. Estaba seguro de que después de diez años a usted no le

quedaría ninguna duda.

¡Naturalmente, yo le perdonaba! Se lo dije con convicción. Pero el momento de emoción había pasado. Las sonrisas y los tics volvieron. ¿Sabía Thaddeus lo que le había provocado a mi padre el síncope fatal? Sí, sí, él sabía todo. Era a causa del tesoro. ¿Qué tesoro? ¡Ah, claro! Un tesoro inaudito. Un tesoro de Golconda y de las Mil y una Noches. El mayor se lo había revelado a él y a su hermano en su lecho de muerte. Ni una palabra antes; había esperado hasta sus últimas horas, sus últimos minutos. Después de su regreso de la India, ya no era el mismo. Él, que daba miedo a todo el mundo, había empezado a temblar por todo. Y al mismo tiempo se había vuelto más dulce. El miedo lo hacía mejor. ¿El miedo de qué? De un peligro, de una venganza. De la muerte. La aproximación de la muerte aporta una especie de luz, una especie de bondad, a las personas que han sido feroces toda su vida. Se puede ver a menudo. Incluso con esos signos podemos darnos cuenta de que no van a tardar mucho en irse. El mayor Sholto, que había sido un lobo, una hiena, se convertía en un honesto animal asustado. Había contratado a dos antiguos boxeadores como guardaespaldas: Williams, que nos había conducido en coche hacía un momento, y otro llamado McMurdo. Pero los guardaespaldas no son suficientes para alejar el miedo, y menos la muerte. Williams y su compinche llevaban revólver. Tenían como misión disparar sobre todo hombre con pata de palo que sorprendieran merodeando alrededor de la casa. Este detalle me hizo recordar la reflexión de uno de ellos sobre el hecho de que yo no tenía pata de palo, y que en consecuencia podían dejarme entrar en la propiedad.

La muerte no viene jamás por el camino que se la espera. La del mayor Sholto llegó con una carta que recibió a comienzos de 1882 y que le produjo un efecto tal que se desmayó. Cuando volvió en sí, la quemó. A partir de ese momento empezó a amenazar ruina. Tenía un hígado enorme, probablemente con cirrosis, resultado de su afición a la bebida y de su glotonería. En resumen, al cabo de seis meses estaba en las últimas, espantado ante la muerte, pagando sus perversidades conocidas y desconocidas con unas semanas de terror que no era completamente metafísico. Por la noche, amodorrado por el láudano, se despertaba sobresaltado después de dos horas de un sueño pegajoso debido a las dosis cada vez más fuertes de cloral, veía detrás de los cristales de la ventana a una figura amarillenta que le sumía en un espanto histérico. A pesar de su debilidad, lanzaba injurias, llamaba a su *khitmutgar* Lal Chowder, muerto el año anterior de frío o de tuberculosis, acartonado como un lagarto en invierno. Se agarraba al cordón de la campanilla, alborotaba a la gente. Cuando éstos habían llegado, frotándose los ojos, a medio vestir, la figura había desaparecido. «Tiene una pata de palo, no puede correr, ¡atrápenlo, mátenlo!», gritaba el mayor; después caía agotado en la almohada y se volvía a dormir. «Pues claro que sí. No se preocupe usted, mi general, vamos a cargarnos a ese tipo, y después, se quedará usted tranquilo», decía Williams, golpeándose la sien con el dedo índice y guiñándole el ojo a McMurdo. A continuación cada cual volvía a su cama. Pero a la

mañana siguiente encontraban los jardincillos pisoteados y la huella de un pie único al lado de un agujero redondo en la tierra blanda.

Thaddeus Sholto, que siempre se había sentido aplastado por la talla y el volumen de su padre, deslumbrado por su centelleo de ogro, que temblaba cuando se le acercaba, no acababa de creerse que estaba en presencia de ese gigante acostado y descolorido. El mayor había perdido su color de rosbif. Estaba gredoso, con surcos lívidos en el cuello y en los ojos. La grasa se había derretido, sus grandes manos se habían descarnado, sus mejillas se habían hundido. No quedaba nada de ese vigor, de ese formidable bloque de carne que tanto había pesado sobre el pequeño Thaddeus. Era Thaddeus el que era ahora fuerte, el que estaba lleno de vitalidad, el que estaba de pie, se movía, caminaba, e incluso (¡cómo cambian las cosas!) se inclinaba para hablar a su padre. Ya no era el niño amedrentado sobre cuya cabeza caían las maldiciones del cielo. Su naturaleza era tan buena que sólo experimentaba asombro, y no la satisfacción de la revancha. Sólo sentía compasión por ese hombre tan malo que el tiempo y el destino habían convertido en un trapo.

La noche antes de su muerte, el mayor llamó a sus hijos a su cabecera, como el labrador en la fábula de La Fontaine. Sus ojos de langosta habían conservado el brillo apagado, pero ya no daban miedo. Estaban medio recubiertos por los párpados violeta, y granujientos. Había llegado la hora, susurraba jadeante, de que Bartholomew y Thaddeus supieran que eran ricos. Mucho más ricos de lo que se imaginaban. Inmensamente ricos. Él, Sholto, poseía un tesoro, al que llamaba el tesoro de Agra. Era un tesoro verdadero, un tesoro robado, compuesto de diamantes, esmeraldas, rubíes, perlas, monedas de oro, diademas, collares, y toda clase de joyas encerradas en un cofre con placas de hierro y remachado con clavos. Como prueba abrió el cajón de la mesilla de noche y sacó de él un collar de grandes perlas, irisadas como las plumas de una tórtola. Procedían del tesoro. Tenía la firme intención de enviar esas perlas a la huérfana del capitán Morstan. Thaddeus, sin pensar en preguntar por qué, dijo espontáneamente:

—Confíemelas a mí, padre; yo se las enviaré.

—No, no, ¡todavía no! —escupió el encamado metiendo el collar en su cama—. No se le enviarán más que si muero. Puedo curarme. Otras personas más enfermas que yo se han restablecido.

En el cielo estaba escrito que el mayor Sholto se portaría mal hasta su último aliento. A Thaddeus eso le entristecía. Imposible poder reconciliarse con ese infame moribundo, tal como lo había esperado. Le disgustaba enormemente la actitud de su padre, que abusaba de su debilidad como había abusado de su fuerza, compadeciéndose a sí mismo, haciéndose su propio panegírico con sus despreciables lagrimeos: siempre habéis sido honesto, siempre servicial. La rectitud hecha hombre. La devoción personificada. Durante toda su vida se había sacrificado por la reina, por el país y por su familia. Por más que buscara, no se veían más que virtudes. Bueno, sí, al menos un defecto, lo reconocía de buena fe. Era la hora de la lucidez. ¿Qué

defecto? La avaricia. ¡Pues claro!, hay que mirar las cosas como son. Había amado demasiado el dinero, habría hecho lo que fuera para aumentar su fortuna. Eso no estaba muy bien, lo reconocía. Pero por lo demás, irreprochable. Buen padre, buen marido, buen soldado. Entonces, un último pequeño placer, por favor. No tocar el tesoro antes de haberme cerrado los ojos. Además, tampoco lo encontraríamos. No diría dónde lo había puesto más que cuando sintiera que el final se acercaba. Ni él mismo lo había tocado nunca, excepto las perlas. El tesoro estaba intacto. No le faltaba ni un topacio, ni un rubí. Antes de su enfermedad, cuando el cofre no estaba todavía en un lugar insospechado, iba de vez en cuando a abrirlo secretamente para contemplarlo. Esta masa reluciente de oro y de piedras le proporcionaba una alegría que no podía compararse a ninguna otra. Era más bello que el honor, más bello que la victoria, más bello que la vida. Estaba en éxtasis, como un *amateur* ante el cuadro de un maestro. ¡Bueno, claro!, existía la pequeña Morstan, la pobre pequeña Morstan, que pasaba las de Caín desde hacía cuatro años. ¡Oh!, no la había olvidado. Incluso pensaba muy a menudo en ella, y no sin remordimientos. Pero extraer aunque sólo fuera un pequeño rubí o un pequeño zafiro del tesoro y mandárselo para que pudiera salir adelante era algo superior a sus fuerzas. Habría sido un sacrilegio, un acto de vandalismo, como cortar un trozo de tela de una pintura de Leonardo da Vinci. ¿Por qué se preocupaba tanto de la pequeña Morstan, que no le era nada? Porque la mitad del tesoro de Agra le pertenecía, en calidad de heredera del capitán Morstan. La manera en que esta fortuna había llegado a los bolsillos de los dos, oscuros oficiales del ejército de la India, era una verdadera novela, pero no se sentía con fuerzas para contarla. De hecho, no tenía importancia. Lo esencial era que el tesoro había dejado la India, había atravesado el mar, estaba allí, en el cofre con clavos y planchas de hierro, bien escondido en algún lugar de Pondichery Lodge.

Durante este relato, yo no podía evitar pensar de vez en cuando que el mayor Sholto charlaba mucho para ser un moribundo. Pero quizá había que considerar que una parte de ese parloteo era obra del gusto arabesco que caracterizaba a Thaddeus. A mí me importaba muy poco el tesoro de Agra. A pesar de su precisa descripción y de las seis perlas que había recibido, me parecía algo irreal; en todo caso no se acomodaba a la línea general de mi vida. Estaba convencida de que nunca vería un penique de él, era casi como una revelación, y me era indiferente. Sólo me interesaba lo que le había ocurrido a mi padre. ¡Por fin aparecía! Mi corazón latió más fuerte. Thaddeus depositó el tubo de su narguile en una bandeja de plata. Holmes descruzó sus piernas delgadas. Watson me lanzó una mirada ansiosa. En la cama, sobre sus cuatro almohadas, el mayor Sholto pidió que le dieran su último cigarro. Lo encendió, le dio una chupada y tosió durante un minuto con unos horribles ronquidos de bronquios que le devolvieron un poco el color. Había llegado el momento de revelar cómo había muerto Morstan.

Desde la tarde de su llegada a Londres, mi padre había corrido a Norwood, a fin de recoger su parte del tesoro de Agra, que Sholto había escoltado el año anterior. Un

detalle que me enterneció y que lo describía muy bien: ¡Había llevado una maleta vacía, con la intención de llenarla de joyas y oro, y volver después a Londres con ese cargamento, como si se hubiera tratado simplemente de camisas y calcetines! El *khitmutgar* Lal Chowder lo introdujo en la sala de guardias haciendo diferentes contorsiones que expresaban respeto y entusiasmo, haciendo el saludo militar, exigiendo que le dejara llevar la maleta vacía del *sahib*, dando vueltas a su alrededor como un lagarto. Mi padre le preguntó quiénes eran esos dos patibularios que le habían abierto la verja. Lal Chowder se rió mucho y declaró que el capitán seguía siendo tan bromista como siempre, ¡eso sí que era divertido! ¡Como conejos que van a degollar! ¡Nunca había oído decir algo más cómico! En cuanto a él, a esos conejos los detestaba.

—Cabezas infames —dijo él—. Infames cabezas de conejo. Mi capitán lo había visto enseguida. ¡Bravo, capitán *Sabih*! El mayor, estará aquí en un minuto, va a estar encantado de volver a ver a su camarada capitán. Eso, hay que decir, es un buen día. Y ahora, mi capitán mira. ¿Mi capitán no ve nada? Está allí el cofre. El mayor y yo lo hemos bajado hace un momento. ¡Es pesado! ¡Oh! ¡Pesa mucho!

Efectivamente, el cofre de pirata estaba colocado delante de la chimenea como un regalo de Navidad.

—¡Va a estar contento mi capitán! Está bien tener el tesoro aquí, en Pondichery, ¿no?

—¡Vete a ver si estoy fuera! —gritó el mayor Sholto al hacer su entrada, rojo como un queso de Holanda, con sus ojos de langosta excepcionalmente opacos.

—Sí, sí, *sahib* —dijo el *khitmutgar* apresuradamente—. Lal Chowder va a mirar si el *sahib* está fuera. Y, si no encuentra *sahib*, es igual, lo busca igual. Muy humorístico, ¿no?

—Estoy contento de verle, Morstan —dijo Sholto—. ¿Un jerez? ¿Un cigarro?

Aún no había pasado un cuarto de hora cuando los dos lanzaban chillidos de cólera, cada uno acusando al otro de querer timarle en el reparto. Parece ser que mi padre, que estaba arrellanado en una butaca Luis XVI, se levantó y dijo:

—Esta disputa es absurda. Sus argumentos no valen nada. Abramos el cofre y hagamos dos montones del mismo valor. Es mi última palabra.

El litigio estaba en eso. Se había decidido entre los dos hombres que Sholto transportaría el tesoro, pero que Morstan conservaría la llave, y que procederían juntos al inventario de su fortuna. Sholto sostenía que había corrido muchos más riesgos que mi padre al encargarse del cofre, que era la parte más complicada, que podía atraer la atención de la aduana, y en consecuencia él tenía derecho a una parte más importante. Los dos tercios, por ejemplo. Esta pretensión puso a mi padre fuera de sí. Veía en ello una flagrante falta de honestidad, una estafa. No se había previsto nada por el estilo. Él habría traído el cofre igual que lo había hecho Sholto: era éste el que había insistido en hacerlo, porque se iba de la India un año antes y porque tenía una graduación más alta que le facilitaría las cosas en caso de que le revisaran el

equipaje y tuviera que hacer su número jactándose de su graduación. Eventualidad poco probable, pues la administración acostumbraba a cerrar los ojos ante los pequeños recuerdos y chucherías exóticas que los bravos militares traían de sus campañas. Así, mi padre se había levantado de su butaca, y yo sentía mis manos muy frías. Iba a morir, lo sabía. Sacó del bolsillo izquierdo de su casaca una gran llave de hierro labrada, la soltó enseguida y cayó al suelo ruidosamente sobre las baldosas de la sala de Guardias. Lanzó un sonido estertóreo, cambió de color, se llevó la mano al costado y se desplomó. Por desgracia, estaba encima de una de las dos pieles de tigre, que se deslizó con su caída. Su rostro se cubrió de sangre al instante. El mayor Sholto se inclinó sobre él y constató que ya no respiraba.

Aunque tenía más o menos la misma sensibilidad que un rinoceronte, se quedó aterrado. Por supuesto, no era porque su amigo estuviera muerto. Había visto muertos a docenas, desfigurados, con el vientre abierto, moviéndose todavía, descompuestos; pero un muerto en su casa, en su salón, era un sucio negocio. Se arriesgaba, si venía la policía, a que lo acusaran de haberle asesinado. Sin hablar del tesoro, cuya procedencia tendría que explicar, lo cual no le interesaba en absoluto, ya que sería confiscado; una perspectiva insostenible. Afortunadamente mi padre, aturdido, descuidado, con un aire de conspirador exagerado, le había confiado que nadie en el mundo sabía que él había venido a Norwood. ¡Pobre Morstan!, pensó el mayor con compasión, ¡siempre da las armas al enemigo para que lo mate! Se inclinó por segunda vez para recoger la gran llave que se había caído de la mano de mi padre. Cuando se levantó, vio a Lal Chowder en el marco de la puerta.

—¡Caracoles! —murmuró el *khitmutgar*—. Primero, hay que cerrar la puerta con dos vueltas, clic, clac. Después, soy fiel al *sahib* porque el *sahib* me protege contra todo. Soy el hombre del *sahib*. Me haría fusilar por el *sahib* si el *sahib* lo pidiese. Bueno. El mayó me dijo que buscara al mayó fuera. Yo, me quedo en la puerta y escucho. Oigo la discusión. Oigo bum. El *sahib* ha matado al capitán. ¿Por qué? No lo sé, pero está bien porque el mayó lo hace. Morstan era el enemigo del mayó. Para mí, Lal Chowder, *khitmutgar* del mayó, Morstan es un perro. Entonces yo ayudo a mi *sahib* a llevarse al perro Morstan. ¡Hop! Ya está. El *sahib* está tranquilo. Tiene el tesoro todo para él. ¿Es mejor así, no?

El mayor dudó en decir la verdad a su *khitmutgar*, que supiera que no había en modo alguno matado a mi padre, que se trataba de un accidente, pero después renunció a ello. No sólo porque el *khitmutgar* no le habría creído, sino también porque se habría sentido herido por esa falta de confianza hacia él, que acababa de demostrar una tal prueba de lealtad feudal. El mayor lo comprendió en un segundo. No era tan burdo como sugería su apariencia. Observó al *khitmutgar* con sus ojos de langosta: ese hombre estaba unido a él por lazos de servidumbre incompresibles en el siglo XIX en Occidente. Nunca le traicionaría.

Lal Chowder cavó un agujero en el fondo del parque. Ayudado por el mayor Sholto, que resoplaba como una locomotora y se paraba cada dos minutos para volver

a encender su cigarro, arrastró el cuerpo de mi padre. Al día siguiente el jardinero recibió la orden de colocar un macizo de agératos encima del lugar. ¡Con qué comediantes me había visto yo! Me sentía a la vez impresionada y llena de estupor. Apenas cuarenta y ocho horas después de esta tragedia, yo había ido a Pondichery Lodge y no había tenido ni la más mínima sospecha. No había visto más que los ojos de langosta del mayor y la figura de lagarto de Lal Chowder. ¡Ah, me habían engañado bien, esos dos! Me ahogaba la furia ante la idea de que habían tratado a mi padre de perro, que lo habían enterrado como a un perro. ¡Qué cosa más horrible todo eso! Y Thaddeus no nos dispensaba de ningún detalle. Oí cómo Watson se agitaba en su silla.

—Ya es suficiente —dijo—. No es necesario contar esas infamias a la señorita Morstan. Mírela: está a punto de desmayarse.

Querido doctor Watson, lo habría abrazado por la opinión tan buena que tenía de mí. ¡Por desgracia, el desfallecimiento no es mi fuerte! Toda mi vida he envidiado a las débiles heroínas de novelas a quienes les da un desmayo ante un mínimo pretexto, y he esperado en vano alguna emoción que me procurara una debilidad tan favorecedora. Es poco probable que conozca alguna vez la embriaguez de entreabrir un párpado, de decir con un murmullo «¿Qué me ha pasado?», mientras se afanan a mi alrededor, me golpean las manos, me acercan sales a la nariz. Las peores sacudidas, las pruebas más duras no me hacen nada: me quedo despierta como una liebre, con el corazón deshaciéndose contra las costillas, con la razón al acecho. En esos trances mis labios temblaban, quizá también mis brazos, estaba blanca y fría, pero lo que es desmayarse, no hay nada que hacer. Un pensamiento furioso me ocupaba la mente y me oprimía el corazón: la del contraste entre la vida tan alegre, tan aristocrática de mi padre y la de esta muerte oscura, el cráneo hundido, en la sangre y la crápula. Porque el relato de Thaddeus tenía un algo crapuloso que me horrorizaba, y a causa de esto, el tesoro de Agra me inspiraba más repulsión que codicia. Mi padre vivo era para mí un tesoro mucho más precioso que esas piedras. Mi imaginación me lo representaba en esa grotesca sala de guardias con las vidrieras prerrafaelistas, atiborrada de muebles y de relojes de pared, que debían de darle asco, a él que sólo le gustaban el lujo y las cosas bellas. Una de las pieles de tigre del salón de Thaddeus era quizá la que había resbalado bajo sus pies. Me desesperaba saber que la última imagen que se había llevado fuera la del rostro azul, con ojos apagados y malvados, y la expresión repulsiva del mayor Sholto. ¡Decir que yo estaba allí, yo, al día siguiente, en el lugar mismo en que este acto abominable había ocurrido, que había caminado sobre la baldosa que él había salpicado con su sangre, que había hablado con el hombre que asistió a su muerte y con el hombre que lo enterró, y que no había sospechado nada! ¿Cómo se va uno a desmayar cuando se encuentra agitado por tales pensamientos?

—Perdón —dijo Thaddeus a Watson—. ¡Lo siento! ¡Lo siento de verdad! Soy muy impulsivo cuando hablo. Pero soy como usted: juzgo esos episodios como algo

espantoso. No comprendo cómo mi padre, que era, a pesar de todo lo que se le pueda reprochar, un soldado y un caballero, pudo llegar a eso.

—Watson, está usted exagerando —dijo Holmes—. El señor Sholto cuenta las cosas admirablemente. Déjele proseguir el relato a su manera. En lo que concierne a la señorita Morstan, estése tranquilo: ella soporta todo eso mejor que usted. Tiene usted un encantador concepto de las mujeres, que le honra, pero me temo que es erróneo. Conocí en el 77 a una joven a la que se le hubiera podido dar el buen Dios sin confesión. Tenía una belleza celestial, los cabellos de oro, era un ángel que había bajado a la tierra. Si levantábamos la voz, ella nos miraba con ojos de cierva acorralada. Su piel era tan fina, tan nacarada, que se podía seguir el trayecto de las venas en su muñeca. Tan pronto como se la veía, uno se enamoraba, sentía el deseo de protegerla. Se llamaba Annabel Thompson. La colgaron por haber envenenado a seis personas con arsénico, entre ellas a su madre y a su hermano. Podría citarle igualmente a Emilienne Madureau, juzgada en Toulouse en el 83, que había hecho que su amante matara a su marido, y después éste fue asesinado por otro amante llamado «el vampiro de Cincinatti»...

—Holmes, es usted monstruoso —dijo Watson con una especie de indignación divertida o, si se prefiere, de admiración burlona que debía de ser más o menos una especie de acuerdo entre ellos dos—. Es usted una máquina, un autómatas, un diccionario del crimen. ¿Cómo se atreve a comparar a esos marimachos con la señorita Morstan? ¿Se da usted cuenta de hasta qué punto es eso indecente?

—Yo no comparo nada, mi querido Watson —respondió Holmes—. Lo único que quiero demostrarle es que las mujeres son unas criaturas tan sólidas como los hombres, sino más, según las ocasiones.

—¡Lo sé muy bien, bien lo sabe Dios! —suspiró Watson—. De algo me sirve ser médico. ¡Bueno, por lo menos tenga compasión de la señorita Morstan!

Esta querrela ridícula me refrescó como un vaso de agua. El tono didáctico del señor Holmes, y el doctor Watson convirtiendo el asunto en comedia, me sacaron de mis negras ideas. Eran dos hombres normales que se peleaban medio en serio, medio en broma, era la realidad, era la vida. Mi palidez desapareció, la sangre y el calor volvieron a mis manos. Mi corazón se calmó. Tuve casi ganas de sonreír.

—Continúe, señor —dije a Thaddeus—. Ya he oído lo que podía ser más duro para mí. Lo que sigue apenas me concierne.

## CAPÍTULO TERCERO

*Crustáceo expirando en caldo corto*  
*Tebaida en los suburbios*  
*La heredera más rica de Inglaterra*  
*Una ligera deshonestidad es garantía de buena moral*  
*Caída definitiva de la casa Usher*  
*La espada de Tristán*

¡Qué error! Lo que seguía me concernía bastante. Thaddeus exigía que yo tuviese mi parte del tesoro de Agra, y tenía que ponerme al corriente de todo. Habíamos dejado al mayor Sholto vacilando encima de sus cuatro almohadas. Parece ser que su último cigarro no le había proporcionado la satisfacción con la que contaba: después de haberle dado tres o cuatro chupadas, lo dejó encima del mármol de la mesilla de noche, donde se apagó y se enfrió, añadiendo su pestilencia a la de la habitación. Su confesión le había agotado. Bajó los párpados violeta sobre sus ojos de crustáceo, que expiraban en una especie de caldo corto. Tenía la respiración desordenada a causa de la muerte que se le agarraba a la garganta y de su viejo catarro que le obstruía los pulmones. Con una voz cansada, casi imperceptible, pidió que le dejaran dormir. Mañana estaría mejor, habría recuperado fuerzas. Indicaría a su querido Bartholomew y a su querido Thaddeus el lugar en el que había escondido el cofre. ¡Una noche más, mis queridos señores herederos! Bartholomew estaba a un lado de la cama, Thaddeus al otro. El mayor les tendió a cada uno una mano delgada y blanda sembrada de esas manchas marrones que se llaman en francés «flores de cementerio». Pero de repente esas dos viejas garras les apretaron tan fuerte que notaron los huesos de los dedos. El mayor había vuelto a abrir los ojos. En su rostro se veía el espanto; boquiabierto, se acurrucó en su cama como un perro atemorizado.

—¡Cácenlo! —dijo gorgoteando—. ¡Mátenlo!

Thaddeus y Bartholomew se volvieron hacia la ventana. Fuera la noche era negra. Esculpida por la luz amarilla de la habitación, vieron una cabeza calva y barbuda, con la nariz aplastada contra el cristal. El mayor los retenía con la fuerza de un cadáver. Necesitaron más de un minuto para separarse de él. Cuando pudieron precipitarse hacia ella, la cabeza calva había desaparecido. El mayor se tapaba los ojos con los dos brazos y con una voz lastimera suplicaba que no le abandonaran, que se quedaran a su lado, que lo cuidaran, que sobre todo no dejaran entrar a nadie. Atiborrado de láudano, abrumado por el cloral, se durmió al cabo de una media hora, todavía balbuceado que a la mañana siguiente revelaría dónde estaba el escondrijo del tesoro.

Esta sesión fúnebre y dramática había matado al pobre Thaddeus. Cuando su padre roncaba de forma más o menos regular, se volvió a su habitación y se deslizó

entre las sábanas. Se despertó hacia las nueve de la mañana, consciente de una presencia a su lado. Su hermano Bartholomew, completamente vestido, con la boca apretada y el ceño fruncido estaba a los pies de la cama.

—El viejo matalote la ha diñado —dijo con un tono amargo.

Thaddeus, en su ingenuidad, no comprendió enseguida que esas palabras significaban que el mayor Sholto estaba muerto. Al darse cuenta, se sorprendió vivamente por lo grosero de tales palabras. Reprochó a Bartholomew que hablara así de su padre, sobre todo él, que era sin duda la única persona a la que el mayor había querido. ¿Cómo se había muerto? Durante el sueño, ahogado por su bronquitis crónica. Ese era el diagnóstico del médico. ¿Ah? ¿El médico estaba allí? Thaddeus comprendió por fin lo que había pasado mientras él dormía ingenuamente: Bartholomew se había levantado al alba y se había ido a la cabecera del mayor, con el fin de ser el primero en saber dónde estaba el tesoro, correr en su busca y retirar las mejores piezas. Thaddeus supo después que su hermano había ordenado a los criados que no le despertasen. Esta infamia, aunque no le extrañaba ni lo más mínimo viniendo de parte de un sujeto como Bartholomew, le entristeció. Le había agradado la idea de que su hermano ya no era el gamberro que tanto le había fastidiado antes, que se había vuelto mejor con el tiempo. ¡Vana esperanza! El pequeño bruto se había convertido en un ladrón.

Existe algo cómico en los contratiempos de un hombre que planea todos los detalles para realizar una mala acción y que no lo consigue. Esta ironía del destino de la que Bartholomew había sido víctima, divirtió a Thaddeus. Por lo menos él había dormido bien, mientras que su hermano tenía la tez del color de la cera, los ojos y las ojeras rojos de insomne. Para acabar con el mayor Sholto, tuvieron que enterrarlo con extrema celeridad, dado que se descomponía a ojos vistas, como si estuviera muerto desde hacía un mes o dos. Había esparcido en la villa de Norwood un olor tal que fue necesario que viniera el servicio municipal de desinfección.

Thaddeus quería que me buscaran, que me encontraran y se me previniera de que heredaba una fortuna. Como muestra de ello, sugirió que se me ofreciera el collar de perlas que había sido recuperado, no sin trabajos, ya que el mayor lo apretaba fuertemente con su mano crispada por la rigidez cadavérica. Visiblemente, este objeto era de gran valor. Bartholomew, que poseía la codicia de su padre, se negaba a separarse de él, tanto por codicia como por superstición: el collar era la única prueba de que el tesoro existía; debía quedarse en la casa; sería como una especie de imán que daría con el escondite. Idea estúpida que Thaddeus combatió con fuerza, pero de la que Bartholomew no desistió. Añadió a ello un argumento bastante pertinente, a saber, que si exhibían las perlas de golpe, eso levantaría sospechas y provocaría complicaciones sin cuento. No ignoraba que la pequeña Morstan había venido a Pondichery Lodge dos días después de la muerte de su padre. ¿Qué pasaría si la invitaban a Norwood? Ella no era idiota. No necesitaría más de dos minutos para deducir que el mayor Sholto había asesinado al capitán Morstan con la intención de

librarse de él. Iría inmediatamente a la policía. ¿Deseaba eso Thaddeus? En resumen, después de tres semanas de discusión, Thaddeus consiguió que, hasta que hubieran desenterrado el tesoro, me enviarían anónimamente una perla cada año. De esta forma yo no saldría enteramente perjudicada, y si tenía necesidad de ello para vivir podía vender la perla que valía por lo menos doscientas libras. Con esas doscientas libras se puede aguantar un año o incluso más.

Saber que alguien al que no conocemos nos quiere hacer bien y que ha batallado con fuerza para conseguirlo es conmovedor. La gran cabeza reluciente de Thaddeus, su boca rosada que chupaba el embudo del narguile como la de un bebé mamando en el pecho de su nodriza, sus bonitos ojos negros y húmedos, hasta sus sonrisas y sus tics, me causaron una ternura tal que una vez más sentí cómo las lágrimas humedecían mis ojos, pero eran unas lágrimas agradables y dulces, parecidas a las que provocan los bellos cuadros o la bella música. La bondad y la belleza son dos hermanas. Al menos yo las concibo así, pues me suscitan los mismos efectos.

—Gracias, señor —balbucí intentando reflejar en mi expresión la gratitud que sentía por ese buen muchacho—. Gracias por haber mostrado tanta generosidad por una persona que no le era nada. Me sentiría muy hornada si usted aceptara que yo fuera su amiga.

—¡Ah, señorita! —respondió Thaddeus al tiempo que su cráneo enrojecía—, no hablemos más de ello. Era lo mínimo que se podía hacer. Entre nosotros, mi hermano es un tramposo. ¡No lo repita! Me horrorizan los avariciosos. Los avaros son gente de mal gusto, es decir, gente sin alma. Hay que tener alma para tener gusto. Es el francés Vauvenargues quien lo dice. Bonita fórmula. Y muy cierta. Arruinar a una joven es el colmo del mal gusto. No, no, no me dé las gracias. Verdaderamente no he hecho nada extraordinario.

A continuación nos contó cómo Bartholomew y él habían buscado el tesoro, registrando la casa, removiendo el parque, cortando los árboles, escarbando los cimientos de la villa, secando los pozos. La diosa Kali fue la primera víctima del saqueo. La abandonaron en el suelo sin preocuparse por su eventual rencor. El macizo de agératos fue el único lugar al que no se atrevieron a volver. El carácter de Bartholomew, ordinariamente difícil, se agrió por completo. Se volvió sombrío, exasperado, monomaniaco, con continuos arrebatos y puntillosas mezquindades. Al cabo de cinco meses Thaddeus estaba harto de esa existencia, que le disgustaba en todos sus aspectos. El tesoro le habría encantado si no hubiera más que ir a buscarlo al desván y transportarlo al salón. No valía cinco meses de trabajo agotador en compañía de un energúmeno enloquecido por la avaricia. Él tenía una naturaleza de artista, como ya sabemos. El dinero, la riqueza, le eran indiferentes, ya que los artistas están por encima de esas preocupaciones. ¿Qué necesitaba para ser feliz? Una ermita, algunos cuadros de maestros, jarrones chinos, alfombras bonitas, tapices de seda, algunos de esos muebles franceses del siglo XVIII que los hermanos Goncourt habían puesto de moda, media docena de criados. Gracias a su herencia podía

permitirse ese modesto ambiente y esa vida conforme a sus gustos. ¿Por qué privarse de ello? ¡Adiós, tesoro! ¡Adiós, Bartholomew! Había hecho sus maletas, llevándose con él a Williams y al pequeño *khitmutgar* de ojos de terciopelo con el que se sentía particularmente unido. Aquí, en este suburbio, lejos de la horrible civilización industrial del siglo XIX, pasaba días deliciosos. Había hecho que le instalaran un órgano en el primer piso, en el que tocaba la música que él mismo componía. Se había construido también una biblioteca bastante bonita. Ni así se gastaba la totalidad de su dinero. Al cabo del año le quedaban unos cientos de guineas para comprarse un dibujo de Guide, una edición original de Bacon, un piano de marquetería que había pertenecido a Wagner, o un objeto chino escapado del saqueo del Palacio de Verano.

Bartholomew buscó el tesoro durante seis años. Como toda la gente víctima de una idea fija, se olvidaba de todo lo que no estaba relacionado con su obsesión. Sus cabellos se habían vuelto grises. Se vestía de cualquier manera. Desde el alba, erraba despeinado y perdido por la casa y por el parque, golpeando las paredes con la esperanza de que una de ellas sonaría a hueco algún día, clavando en la tierra una y mil veces una vara de hierro y cavando febrilmente en cuanto notaba resistencia. Desde su residencia de los suburbios, donde permanecía tan tranquilo, Thaddeus observaba esta ridícula cacería salvaje haciendo reflexiones filosóficas de las que sacaba como conclusión que él era sensato y Bartholomew un imbécil. Si había tenido motivo para quejarse de él en el pasado, ahora estaba bien vengado, y vengado sin haberle levantado ni un dedo, vengado como está el enemigo cuando se crea su propia desgracia. La historia del cofre, que había acabado por conocerse, era la fábula de Norwood. Se hacían apuestas en los bares. La apuesta por el tesoro había bajado de ocho a uno.

—Presumo que su hermano por fin ha puesto la mano en el cofre —dijo Holmes—. Y usted desea que la señorita Morstan esté presente a la hora del reparto.

Exactamente. Thaddeus se había enterado de la noticia la víspera, no por Bartholomew, que habría esperado una o dos semanas antes de decidirse a comunicárselo, sino por Williams, que lo había sabido por McMurdo. Los dos boxeadores retirados mantenían su amistad vaciando frecuentemente pintas de cerveza en un tugurio en el que se habían creado su ambiente. McMurdo, que había participado en el descubrimiento, contó los detalles, que voy a intentar recordar. Después de seis años de obtusa testarudez, el patrón había tenido un destello de genio. Midió la altura de cada piso, después la altura total de la casa, y constató una diferencia de tres o cuatro pies. Esta diferencia le produjo una agitación extrema. Empezó a temblar, a gritar órdenes incoherentes y corrió a coger un pico en la caseta de utensilios del jardinero. McMurdo transportó una escalera doble a la sala. «¡Más rápido!, ¡más rápido!», decía Bartholomew pateando detrás de él en la escalera y empujándolo con el pico. Se subió él mismo a la escalera y derribó el techo, sin preocuparse por los escombros que le caían encima de la cabeza. ¡Por fin! El cofre estaba allí, colocado encima de dos potros, emparedado como un viejo cadáver.

Bartholomew se encontraba en un estado de locura tal, en un sofoco de alegría tal que su prudencia había volado. Necesitaba confiárselo a alguien, al primero que llegara. El primero en llegar fue McMurdo, quien contó a Williams que el señor Sholto había cantado y bailado y que eso era algo muy sorprendente. Después se calmó, abrió el cofre y, como su padre, sumergió sus brazos en las joyas.

—¡Hay por lo menos quinientas mil libras! —gritó—. Es fantástico. Es una locura. ¿Se da usted cuenta, McMurdo? No hay que dejar esto aquí. ¡Hay que llevarlo enseguida a una caja fuerte del banco!

—Y bien —dijo el doctor Watson con voz lúgubre, dirigiéndose a mí—, la felicito, señorita. Indiscutiblemente usted tiene derecho a la mitad del tesoro. Y eso hace doscientas cincuenta mil libras. Va a ser la heredera más rica de Inglaterra.

¡Querido doctor Watson! Su amable rostro, incapaz de disimular, expresaba una historia de amor que complacía infinitamente. Leía en él esto, como en un libro abierto: «La he amado desde que la he visto. Creo que no le era indiferente. Como era tan pobre como yo, esperaba que podría casarme con usted. Ahora que es rica, es imposible. Incluso si usted lo deseara, no lo consentiría, por un honor elemental. Debería alegrarme de esta fortuna que le cae del cielo. Perdóneme si no lo consigo, pues eso significa que voy a ser muy desdichado».

—Gracias, señor —le dije intentando reflejar en mi expresión tanta amistad y dulzura como pude—, pero el dinero no me interesa. Muchas otras cosas me parecen mucho más deseables. Nunca he creído por completo en ese tesoro. Además, ¿de dónde viene? ¿Cómo ha caído en las manos del mayor Sholto y de mi padre? Conocemos muy bien a las personas a las que hemos querido mucho. Yo he querido mucho a mi padre, y sé que su destino no era el de tener doscientas cincuenta mil libras. El tesoro de Agra me da miedo. Ha matado a mi padre. El mayor Sholto no ha conseguido apenas disfrutarlo. El hermano del señor Thaddeus Sholto ha perdido seis años de vida por su culpa. La señora Forrester intenta decir que yo no tengo instinto. Y, sin embargo, noto algo maléfico en esos diamantes, en esas monedas, en ese cofre. No tengo ganas de acercarme a él.

Me quedé un poco sorprendida al oírme decir eso, en lo que no había pensado dos minutos antes, y que sólo lo decía para consolar al doctor Watson. Me pareció como si una verdad misteriosa, que no estaba en mi cabeza, sino sabe Dios en qué rincón oscuro de mí, saliera por mi boca. Me acordaba de una reflexión de Butler a propósito de ciertos toques que un pintor aplica sobre su lienzo: eran según él tan poco razonables como los ladridos de un perro que intenta atraer la atención de algo que no sabe exactamente qué es. Whistler se había reído entre dientes y había replicado que él no se sentía en modo alguno un perro cuando pintaba, sino al contrario, muy humano y en ciertas ocasiones sobrehumano. Yo también me había reído, por contagio, pero más tarde, cuando lo volvía a pensar, había juzgado que el comentario de Butler era muy justo, muy profundo, a pesar de su rareza. ¿Era yo en ese momento un perro que ladraba y, si se me permitía aventurar esta imagen, que le ladraba a la

muerte? Algunas horas más tarde, supe que yo había sido ese perro.

—La señora Forrester es una mujer con mucho sentido común —dijo Holmes respetuosamente—. Si opina que a usted le falta instinto, debe de estar ciertamente basada en observaciones y deducciones serias. Además, he notado que a menudo y en materia de instinto las mujeres son muy inferiores a los hombres. En particular las mujeres celosas, que siempre se equivocan sobre sus verdaderos rivales. *A priori* no veo nada maléfico en un cofre que contenga joyas y monedas. En cuanto al destino, señorita, no creo en él. El destino es como lo hace cada uno. ¿Se fía usted de la evaluación de su hermano? —añadió dirigiéndose a Thaddeus.

—¡Oh, sí! —respondió éste—. Bartholomew tiene una vista de lince para este tipo de cosas. Si dice quinientas mil libras, son quinientas mil libras.

El pobre Watson tenía una cara tan triste que yo habría matado a esos dos charlatanes. Yo, que siempre tengo ideas flotantes, que estoy insegura de todo, estaba segura de una cosa: de que había encontrado a mi tesoro, que medía cinco pies y seis pulgadas, con un sombrero *cronstadt*, un gran bastón, que arrastraba su pierna, y que yo habría rechazado las minas del rey Salomón sin preocupaciones si hubiera tenido que elegir entre las minas y él.

—Y bien —dijo Thaddeus—, ahora que sabe todo, vayamos a Norwood. No me desagrada que seamos cuatro para esta expedición.

Emolió el tubo de su narguile y dio unas palmadas. El pequeño *khitmutgar* entró, llevando en los brazos una pelliza de astracán que parecía pesar seis libras por lo menos, y con la que Thaddeus se arropó. Después se colocó en la cabeza una gorra de piel de conejo cuyos bordes se bajaban sobre las orejas. Este equipamiento era tan inesperado en esta estación que quizá me asombré demasiado. Con muchos tics y sonrisas, Thaddeus me explicó que su frágil salud le obligaba a ir abrigado como una cebolla. En la época más calurosa del verano no salía sin llevar al menos dos jerseys, una buena bufanda y guantes forrados. Y esta tarde con mayor motivo, después de un día tan húmedo.

El *coupé* esperaba delante de la puerta de la casa. El aire de la noche había disipado los vapores de cerveza y ginebra que habitaban la cabeza de Williams. Éste había cambiado los caballos. Para ser un cenobita, el señor Thaddeus poseía una cuadra bastante bien provista.

—A Pondichery Lodge, por favor, Williams —dijo.

—Como si ya estuviéramos allí, patrón —respondió con buen humor el cochero-boxeador.

—Me gusta este hombre —nos confió Thaddeus, una vez acomodados en el *coupé*, él y yo en el asiento, Holmes y Watson en el trasportín—. Por supuesto, tiene sus defectos. Es un cochero execrable, es muy sorprendente que aún no haya atropellado a nadie. Tiene un acento *cockney* inadmisibile. Nunca he podido impedirle que se ataviara con esos ridículos trajes a cuadros, que son, según me han dicho, el *summum* de la elegancia de Whitechapel. Mantiene unas relaciones con las criadas

cuya naturaleza prefiero ignorar. Prácticamente no sabe hacer nada de modo conveniente. Es borracho. Pero para mí posee una cualidad inestimable: es alegre. Siempre tiene alguna frase graciosa, incluso cuando está borracho como una cuba.

—Supongo que le roba a usted —dijo Holmes.

—Es verdad —admitió Thaddeus—. Pero poco. No tiene mayores consecuencias. Cierro los ojos. Creo que dejarse robar por los sirvientes es algo excelente. Eso les une a uno. Consideran que lo que birlan es una prima que más o menos se les debe; y además del negocio, tienen el placer de hacer algo prohibido. Me he dado cuenta de que nunca roban más allá de un cierto límite y que este límite es bastante estrecho. Ser robado forma parte de mi pequeño lujo. Una de las razones por las que el siglo XIX industrial en el que tenemos la desgracia de vivir es tan abyecto, es porque la moral ha invadido todo. Los ricos se han vuelto duros y los pobres odiosos. En el siglo XVIII los pobres sabían que podían robar a los ricos lo poco que les faltaba, los ricos sabían que les cogían una migaja de su superfluo y todo el mundo vivía feliz. El buen entendimiento, la devoción, la amistad, el respeto mutuo reinaban entre las diferentes clases de la sociedad. Y finalmente, gracias a este derecho tácito del más débil sobre el más fuerte, la gente era más honesta que ahora.

—De todas formas había algunos bandidos famosos —objetó Holmes—. Cartouche, Mandrin, Nivet, por ejemplo, que no se contentaban con sisar pequeñas cosas, y que mataban sin ningún reparo.

—Yo no le hablo de los bandidos de los caminos —contestó Thaddeus—, sino del conjunto de la población. Insisto en que hay más probidad en una sociedad en la que esté permitido que cada uno tenga un razonable margen de deshonestidad que en una sociedad rígida como la nuestra, en la que se hace de la propiedad una divinidad contra la que el más ligero atentado es un sacrilegio penado por los tribunales.

Yo habría deseado que esta divertida conversación hubiera durado todo el tiempo del viaje, y sobre todo que tomara parte en ella el doctor Watson. Pero no había forma de sacarlo de su esplín. Estaba todo tieso en su trasportín, con su bastón entre las piernas, con el pequeño sombrero *cronstadt* saltando en sus rodillas, con los ojos apesadumbradamente bajos. Ofrecía la imagen de un hombre que ya no tiene gusto por nada. Yo me sentía tan triste como feliz. Thaddeus, volviéndose a acordar de que era médico, interrumpió sus consideraciones sociológicas y le mortificó casi durante una hora haciéndole preguntas sobre todo tipo de síntomas muy inquietantes que sentía. El doctor Watson le desesperaba al demostrarle que no tenía absolutamente nada y afirmando que era un enfermo imaginario. Thaddeus sacó de su pelliza un estuche de cuero, lleno de frascos variados, que era su botiquín de campo, sin el que jamás salía aunque sólo fuera para recorrer media milla. Watson tuvo que examinar los frascos uno a uno, leer sus etiquetas, aspirar su olor.

—Mi querido señor —le dijo—, ninguna de estas mezclas puede hacerle daño. Tómeselas si eso le gusta, no veo en ello ningún inconveniente.

—Según usted, doctor —dijo Thaddeus en un tono picado—, son remedios de

charlatán.

—Bueno —dijo el doctor Watson—, si a usted le conviene llamarlo así, yo no le llevaré la contraria.

—Doctor —contestó Thaddeus volviendo a su tono de hombre de mundo y a su humor—, ya que usted me da un consejo, permítame que yo también le dé otro a usted. Se equivoca al decir a los enfermos que están bien, incluso si es verdad. Primero, porque no se lo creen; en segundo lugar porque piensan que usted es un mal médico y finalmente no vuelven más a consultarle. Si usted se dirige a todos los pacientes como a mí, nunca tendrá clientela.

Íbamos deprisa, pero ya no era el galope desordenado de antes. Williams se preocupaba por sus caballos, en la medida en que era capaz de preocuparse por algo. Se había levantado la niebla. La noche era menos opaca. En el cielo, la luna en cuarto creciente iluminaba los nubarrones a los que empujaba lentamente un viento del oeste bastante suave. Yo me asaba de calor en mi abrigo de nutria. ¡Cómo estaría Thaddeus con su pelliza de astracán y con su gorro de piel de conejo! Me parece, al recordarlo, que el viaje se me pasó como un relámpago, que apenas habíamos salido y ya habíamos llegado. Me habría quedado durante horas en el *coupé*, con mis rodillas rozando las de Watson en cada bache, percibiendo de vez en cuando, con la ayuda de una luz, su pobre rostro taciturno. Yo estaba todo lo mal que se puede estar, agitada, incómoda por el perfume que despedía Thaddeus, pero contenta. Llegamos a Norwood hacia las once. Williams abrió la puerta del coche. Se respiraba un agradable olor a tierra mojada y a hojarasca. Estábamos delante de la verja que había atravesado diez años antes. Thaddeus descolgó una de las linternas del coche y se acercó gritando:

—¡Soy yo, McMurdo! ¡Abra!

McMurdo apareció en la claridad de la linterna y reconocí al hombre que me había llamado niñata en otra ocasión.

—¿Quién es toda esa gente? —dijo—. No les abro. No tengo orden. Usted, de acuerdo, pero ellos no.

—¡Cómo! —exclamó Thaddeus—. He prevenido al señor Bartholomew de que vendría esta tarde con amigos.

—Yo no tengo orden —repitió McMurdo—. No conozco más que la consigna. El patrón me dice que no deje entrar a nadie. Usted, señor Thaddeus, puede entrar, pero esos señores y señoras, se quedarán fuera.

—¡Mira entonces a la señorita! —gritó Williams—. ¿No te recuerda nada?

McMurdo me miró bien, y estuvo de acuerdo en que mi cara, en efecto, le sonaba de algo. Williams se acercó a la verja. Le explicó a su camarada que un hombre inteligente no debía nunca obedecer las órdenes con los ojos cerrados, sino interpretarlas. Se ofreció como garantía de todo nuestro grupo. McMurdo objetó que a él eso le tenía sin cuidado, ya que si había jaleo sería él y no otro el que se vería en un aprieto. Williams juró que no habría ningún jaleo. Además tenía unas ganas

enormes de beber una pinta de cerveza y contaba con que la señora Berstone se la sirviera.

Este último argumento era el bueno. McMurdo abrió el candado refunfuñando, desenroscó la cadena que rodeaba la verja y abrió el portal que chirrió prolongadamente en la noche. Nos metimos en la alameda. La linterna temblaba en la mano de Thaddeus. El espectáculo del jardín, en lo que pude darme cuenta, era desolador: árboles arrancados, el césped aplastado como los campos después del paso de un carro. Por todas partes había agujeros y montículos de tierra. La diosa Kali yacía en el suelo, decapitada. Durante un instante la linterna de Thaddeus la iluminó. Esta cabeza despegada del cuerpo y dejada sobre la grava parecía tener una sonrisa todavía más temible que cuando la estatua estaba sobre su pedestal. La villa, negra sobre el cielo malva, su gran tejado, sus grandes aguilones, sus líneas faltas de gracia, nunca había evocado tanto la casa Usher.

He guardado un extraño y confuso recuerdo de esa noche en Norwood. Guardo alguna imágenes, algunos sentimientos. Al llegar a la escalinata de la villa volvía a encontrar, como un paisaje o un olor, exactamente la misma impresión que había sentido diez años antes en el camino de la estación después de mi visita al mayor Sholto: la de una presencia diabólica. De nuevo el diablo estaba allí. De nuevo era víctima de una rebelión irreprimible, era un caballo que da coces en su establo. Pero —y eso era lo más extraño— sentía que no estaría allí mucho tiempo, que se le había acabado Pondichery Lodge, que dentro de poco íbamos a asistir a su última misa negra. Después de esto se iría, habiendo cogido todo lo que tenía que coger. Estaba tan obsesionada con la comparación con la casa Usher que esperaba ver la villa agrietarse y sepultarse.

Mi segunda imagen es la de una vieja vestida de negro, apareciendo en la puerta, preguntando quién venía y, después de haber reconocido a Thaddeus, precipitándose a sus brazos. Thaddeus seguía sujetando la linterna, que iluminaba los cabellos blancos de la anciana. McMurdo nos había seguido, medio por desconfianza, medio por curiosidad. Ante esa escena, decía que, si algo había ocurrido, no era por su culpa, que no se había movido de la verja desde hacía horas. Supe a continuación que la señora que lloraba en los hombros de Thaddeus era la señora Berstone, gobernanta del mayor Sholto primero, y de Bartholomew después, que era con la que Williams contaba para que le ofreciera un vaso de cerveza. Desde la mañana Bartholomew se había encerrado en su habitación. No había aparecido en todo el día. Era algo tan poco habitual en él que la señora Berstone, cuya preocupación había aumentado con las horas, se temía una desgracia.

Yo estaba tan agitada que hice algo cuya audacia me sorprende todavía hoy: el doctor Watson cerca de mí, a mi derecha, tan bueno, tan amigable, tan tranquilizador, que mi mano cogió la suya. ¿Era un gesto de amor? Ni siquiera eso. Me aferraba a él como me habría aferrado a mi padre. Todo a mi alrededor era hostil; tenía miedo en la noche. Desde que mi pequeña mano estuvo en esa gran mano, me envolvió la paz.

Una vez más era una niña. Aceptaba no comprender nada, pues un señor muy fuerte y con mucha calma me conducía a través de las tinieblas y comprendía por dos. Toda clase de ondas imperceptibles me revelaron la dicha del doctor Watson, que no era en absoluto la dicha de un padre en compañía de su hijita, pero eso no me molestaba; al contrario, pensaba que era algo milagroso tener un padre de mi misma edad o casi, y que no moriría antes que yo. Él no decía nada. Apenas se atrevía a mover los dedos. ¿Cómo olvidar unos momentos así? ¿Cómo poder darse cuenta de otra cosa mientras duraban?

No sé cómo nos encontramos los siete en el segundo piso. Todavía puedo oír la voz aguda de la señora Berstone gritando detrás de una puerta cerrada: «¿Le pasa algo, señor Bartholomew?» y la no menos aguda de Thaddeus: «¿Qué pasa, Bart? ¿Por qué te has encerrado? ¡Soy yo, soy Thad! ¡Abre!». Yo apretaba la mano de Watson, que no había soltado, que ni por un imperio habría soltado. Veo a Holmes, a Williams y a McMurdo empujar la puerta que cede con un gran crujido, con la cerradura arrancada, con el pestillo colgando. Observo que Thaddeus todavía lleva su gorro de piel de conejo y que su cuello de astracán no está desabotonado. La señora Berstone sostenía una lámpara de petróleo.

—No mire —me dijo dulcemente Watson—. No es una cosa para usted.

Evidentemente nada me corría tanta prisa como mirar. Un hombre estaba caído sobre un sofá, con los ojos desorbitados, la boca abierta, todo blanco, con las piernas rígidas. Me fijé en sus cabellos grises, enmarañados como un estropajo metálico. Necesité treinta segundos para comprender que estaba viendo a Bartholomew Sholto, y que estaba realmente muerto.

—¡El cofre! ¡El cofre! ¡El tesoro! ¡Ha desaparecido! —gritó una voz histérica—. ¡Lo han robado!

El gorro de conejo vacila y desaparece. Thaddeus, en el suelo, tiene una crisis de nervios.

—Yo me piro —dijo McMurdo largándose escaleras abajo—. Para que me acusen de haber armado el lío...

A pesar de lo siniestro de la situación, me invadió una alegría: ¡no hay tesoro! El diablo se lo ha llevado. Yo no sería la heredera más rica del Reino Unido. ¡Qué alivio! El doctor Watson podrá casarse conmigo si lo desea. Y lo desea, lo sé. Le atraigo tanto como él me atrae a mí. Las mujeres no nos equivocamos en eso. El gorro de conejo vuelve a aparecer. Oigo la voz de Thaddeus disculpándose por habernos dado ese espectáculo:

—No sé lo que me ha pasado. Soy imperdonable. No tiene ningún sentido. Son los nervios. Ya se lo decía yo, doctor. Los nervios, nada más. Es físico. Y ver a mi hermano muerto... Yo no lo quería, él no me quería, pero de todas formas esto impresiona. ¿Cree usted ahora, doctor, que soy un enfermo grave?

Holmes está atareado con el muerto, con una gran lupa en la mano. Llama a Watson. Tiene una conversación con él. Watson saca algo de la sien del

desafortunado Bartholomew y se lo pasa a Holmes, que lo envuelve en su pañuelo. Segundo conciliábulo. Watson vuelve hacia mí.

—Ya ha tenido bastantes emociones por hoy, señorita —dijo—. Holmes piensa que debería llevarla a casa de la señora Forrester. Si el señor Sholto lo permite, utilizaremos su coche.

—Por supuesto, por supuesto —dijo Thaddeus—. Todo lo que usted quiera. Williams, acompañe al señor y a la señorita.

—Ahora mismo patrón, vamos —dijo Williams, visiblemente encantado de irse de ese lugar maldito.

Me acuerdo de ese tercer viaje como si hubiera sido ayer. El doctor Watson, intimidado por estar frente a frente conmigo en un lugar cerrado, se había sentado todo lo lejos posible en el asiento, tieso como un palo, y había puesto su sombrero entre nosotros dos. Ese pequeño *cronstadt* gris me pareció el equivalente a la espada de Tristán en el siglo XIX. Esta comparación, en lugar de divertirme, me desoló. Tristán ama a Isolda, pero se niega a tocarla para no traicionar a su rey, y coloca la espada entre los dos. Watson había colocado su sombrero entre él y yo porque creía que yo iba a heredar la mitad del tesoro de Agra.

Es cierto que había tenido mi parte de emociones por un día. El aire distante y afectado de Watson me hacía daño al corazón. Yo era particularmente vulnerable. Todos esos Sholto, vivos y muertos, esa horrible casa, me habían hecho volver violentamente a la época de mis más duras pruebas. «¡Dios mío! ¡Qué tontos son los hombres!», como canta Hortensia Schneider. Este, con su heroísmo y su manía de la caballerosidad, era igual que los otros. ¿Qué le impedía ser gentil? Tenía necesidad de que fuera amable conmigo. No necesitaba a un caballero de la Edad Media. De nuevo me sentía muy pequeña, helada, muy perdida. ¡Y él prefería demostrarme su honor! ¡Qué grotesco! Yo hice lo mejor que podía hacer, y además no lo hice expresamente: empecé a llorar. También yo, como Thaddeus, aunque de forma más discreta, tuve mi pequeña crisis de nervios. Mis lágrimas se deslizaban sobre mi abrigo de nutria y dejaban unas huellas planas sobre la piel. De inmediato, Watson se animó.

—Señorita —oí entre mis sollozos—, cálmese. Es demasiado triste verla llorar. Me hace daño. Yo sólo deseo una cosa: que no lllore jamás, que esté siempre alegre, siempre feliz. Y usted tiene todo lo que se necesita para estar contenta: ¡vamos a ver! ¡Piense en esa fortuna que va a tener!

—Pero me importa un comino ser rica —respondí sollozando—. ¡No quiero saber nada de ese sucio tesoro! ¡Me horroriza!

—Señorita —dijo Watson—, usted hará lo que le plazca con su dinero. Déselo al Ejército de Salvación si tiene ganas de hacerlo, no voy a ser yo el que se lo impida, todo lo contrario, se lo juro. Pero Holmes y yo haremos todo lo que esté en nuestras manos para que usted entre en su posesión. Y ahora, se lo ruego, deje de llorar, por consideración hacia mí...

Había dicho: «Por consideración hacia mí». Esas palabras mágicas me consolaron

al instante. Me di cuenta de que había vuelto a coger mi mano. Le dirigí una sonrisa que venía de lo más hondo de mi alma, o quizá de mi cuerpo, no lo sé muy bien. Me sonrió también, por fin. El coche se paró. La cabeza de Williams apareció en la puerta.

—Si el señor y la señora hacen el favor de ser tan amables —dijo—. Los señores han podido darse cuenta de que no he ido demasiado deprisa —añadió con un pícaro guiño de ojo—. Normalmente deberíamos haber llegado hace un cuarto de hora. Eso bien vale un chelín, ¿no es verdad, gobernador? Lo beberé a su salud. A la señorita no le iría mal arreglarse un poco, está toda despeinada.

El doctor Watson se puso rojo de furia hasta las orejas. Le respondió con un tono de amenaza:

—Sabe, Williams, que usted no es el único hombre en Londres que ha sido boxeador. Yo podría demostrárselo. Espéreme aquí. Tengo todavía una cosa que hacer. Tendrá su propina cuando hayamos vuelto a Norwood.

—Perdón, discúlpeme, gobernador —dijo Williams irónicamente—. No he querido ofenderle.

Curiosamente, estas groseras alusiones no me sorprendieron, pero pude ver el momento en que Watson iba a pelearse con el cochero. Lo cogí por el brazo y le supliqué que me acompañara para presentarle a la señora Forrester y a sus amigos. Deseaba esto como una recompensa, como una golosina. Quería mostrar mi felicidad y ser envidiada por mi felicidad. Las diez ventanas del primer piso estaban iluminadas a *giorno*. Desde abajo se oía un rumor de conversaciones y de risas. En la fachada del hotel, cuatro antorchas de gas iluminaban la calle, en la que se veían varios coches colocados en fila y cuyos cocheros y criados charlaban entre sí. Williams volvió a subir a su asiento, aparcó al final de la fila y, como individuo sociable que era, se dio prisa en entablar conocimiento con sus compadres.

## CAPÍTULO CUARTO

*Presentación de Bizet a Rossini*  
*El retrato de Carlos I por Van Dyck*  
*Watson es un artista*  
*Verlaine y Mallarmé*  
*El Keepsake de la señora Forrester*

Al entrar en el salón, de la señora Forrester corrió hacia nosotros con esa espontaneidad natural, o que había llegado a ser natural después de tantos años, y que era uno de sus rasgos más amables. Me abrazó y dijo a mi caballero: «¿El doctor Watson, supongo?». Estaban los contertulios habituales en nuestras veladas: Butler, Whistler, lord Asquith, la duquesa de Portsmouth, una docena de personas más y los dos poetas franceses, a los que Wilde escuchaba con una reverencia que yo nunca había visto en él, sobre todo a uno de los dos, que tenía el cráneo calvo y abollado como Sócrates, y unos grandes zapatos con tachuelas muy inadecuados entre los esarpines de charol. Eran las dos de la mañana. La señora Forrester había retenido a toda la gente pues, según sus propias palabras, se le agriaba la sangre por mí y no quería quedarse sola esperándome. Había contado un poco mi historia. Wilde dejó a su Sócrates y vino también a abrazarme. Me pareció que se interesaba vivamente por el doctor Watson. Esto me agradó mucho, ya que la aprobación de Wilde era para mí algo así como la de un tío. La verdad es que yo había llevado al doctor Watson al salón de la señora Forrester para probarlo, para hacerle pasar un examen, que estaba segura que aprobaría. Había en él tanta sencillez que no me imaginaba que pudiera sentirse desplazado en cualquier sociedad que fuese, comprendida ésta, tan particular, tan exigente, tan difícil de entender, que se reunía en casa de mi señora. Constaté con encanto que no me había equivocado al depositar en él mi confianza. En medio de esos desconocidos, él estaba perfecto, ni familiar ni petrificado, sin timidez y sin impertinencia.

—Ese joven tiene muy buena voz —me confió la duquesa de Portsmouth más tarde, cuando ya se había ido—. Se nota inmediatamente que no ha nacido en Earl's Court. En mi opinión, debe ser hijo de pastor.

¡Hijo de pastor! No lo había pensado, pero era muy posible, después de todo. Eso explicaba sus excelentes modales y su «buena voz», es decir, el acento distinguido. Miraba con admiración a la duquesa de Portsmouth, a la que nunca habría imaginado dotada de tal perspicacia. Esta opinión me llenó de placer. Una buena voz es el cumplido supremo. Para esas cosas, la duquesa de Portsmouth tenía sin lugar a dudas el oído de los grandes músicos. ¡Yo había presentado el joven Bizet al viejo Rossini, y el veredicto había sido favorable!

Me atrevo a decir que, durante el cuarto de hora que el doctor Watson estuvo en el salón de la señora Forrester, se comportó muy por encima de lo que yo esperaba. Conquistó a todos los invitados, y sin darse cuenta de ello, por si fuera poco, sólo con ser él mismo, sólo con dejar que su encantadora e ingenua naturaleza se expresara. La señora Forrester le preguntó por Sherlock Holmes, al que ella no había visto después del asunto del cofrecillo de Fabergé. El doctor Watson le contó que compartía el apartamento de Baker Street con este hombre extraordinario que cada día le sorprendía más por sus facultades: las deducciones se encadenaban tan rápidamente en su cabeza que se podría pensar que estaba provisto de una visión doble. Él, Watson, perdía el tiempo corriendo detrás de ese intelecto de fuego.

—Debe escribir un libro sobre ese personaje —dijo Wilde—, en el que describa una de sus pesquisas. No hay detectives en la literatura, aparte del Dupín de Poe, que no es muy fuerte, y el Lecoq de Gaboriau, que verdaderamente tiene un mal estilo.

—A fe mía, señor, quizá me encuentre pretencioso —dijo Watson—. Figúrese que justamente he hecho lo que usted dice.

—¿Cómo? —exclamó Wilde—, ¿ha escrito usted una novela policíaca?

—Una novela policíaca, eso es exactamente. ¡Qué buena fórmula! No lo había pensado. Sherlock Holmes es como usted, señor: considera que Dupín y Lecoq no son más que esbozos, aprendices, que el lector adivina el enigma mucho antes que ellos. Cree que con un buen detective debe producirse el efecto contrario. El detective, mediante el juego de la deducción, debe comprender todo antes que los demás, como un matemático que resuelve un problema muy complicado con sólo leer el enunciado.

—¿Y es eso lo que usted ha reproducido en su novela? —exclamó Wilde con entusiasmo.

—¡Desgraciadamente! —dijo Watson con un suspiro—. Me temo no haberlo conseguido. El señor Holmes había resuelto como un virtuoso un asunto muy curioso y completamente incomprensible, cuyo móvil era una oscura venganza de mormones. Me entretuve en hacer un relato sobre el caso. Creía que con una veintena de páginas era suficiente. En absoluto. Necesité mis buenas ciento cincuenta páginas. ¿Cómo explicarlo? Tenía la impresión de que el relato se agrandaba bajo mi pluma. Lo que yo pensaba que me ocuparía un párrafo me ocupaba un capítulo entero. Cada línea me sorprendía: me venían unas ideas, unas sensaciones en las que no había pensado un instante antes. Estaba contento como nunca lo había estado. Imagínese que incluso he descrito América y Utah, donde nunca he puesto los pies. Una vez acabado mi relato, se lo di al señor Holmes para que lo leyera. Ingenuamente, esperaba sus cumplidos. Sherlock Holmes me devolvió mi manuscrito diciéndome que la deducción era una ciencia exacta, que yo había fabricado una obra romántica, y que era tan ridículo como introducir una intriga amorosa en la quinta proposición de Euclides. Según él, tendría que haber suprimido todas las peripecias, todos los caracteres. Lo único que merecía ser mencionado era el razonamiento analítico por el

que se sucedían los efectos a las causas.

—¡Habría sido bueno! —exclamó Wilde partiéndose de risa—. Mi querido señor, yo se lo digo y no me equivoco: es usted un artista. Tiene suerte: el destino le ha colocado al lado de un héroe de novela que, gracias a Dios, no entiende nada de literatura. Está usted en la situación ideal del pintor delante de una naturaleza muerta. Whistler, de quien seguramente habrá visto algunos pequeños garabatos en las exposiciones de la Sociedad Real, le diría que cuando reproduce una cafetera, no le enseña su lienzo a la cafetera para que juzgue si se le parece. La verdadera cafetera no está encima de la mesa, ni sobre un paño arrugado, ni al lado de una taza o de un cuchillo. Está en el lienzo de Whistler, cuando tiene talento, algo que no le ocurre todos los días. Entonces, escúcheme querido doctor o querido poeta, como prefiera, escuche bien: se produce un fenómeno muy cautivador, poco observado hasta nuestros días: la cafetera que está encima de la mesa comienza misteriosamente a parecerse a la cafetera del lienzo. Y todas las cafeteras hacen lo mismo. Antes de Whistler, la cafetera no sabía quién era, pero llega Whistler y revela la cafetera a ella misma. ¿Qué era la estación de Saint-Lazare antes de existir Monet? Algo negro, hierros, humo. Nada. Monet pinta esa nada en un lienzo y, de repente, la estación de Saint-Lazare se convierte en esa cosa preciosa, sublime, eterna, que es la estación de Saint-Lazare. Después de Monet la estación de Saint-Lazare mantiene la comparación con el Rialto (que no era nada, tampoco, antes de Guardi). La señorita Morstan, aquí presente, ha comenzado a parecerse a un dibujo que Whistler ha hecho de ella, justamente al lado de esa ventana. Le llevó apenas unos meses. Había en el croquis de Whistler una especie de seriedad, de ternura, que no estaban ni en el rostro ni en el alma del modelo en aquellos momentos, y que poco a poco han ido entrando en ella, mediante la virtud del croquis, evidentemente. Siempre he pensado que sería mejor darles la Cruz Victoria a los soldados antes de la batalla que después. Sobre todo a los cobardes. Pondrían empeño en merecer su condecoración. El artista es lo contrario de un general: otorga la condecoración antes. Y mediante esto, gana todas las batallas. La naturaleza se siente halagada por su confianza. Lo recompensa metamorfoseándose según sus deseos, o su filosofía, o su mirada. Los santos trabajan de la misma forma. Empiezan perdonando a los hombres, pero perdonándoles todo, a primera vista, sin dudarlos, sin pedirles que se arrepientan. Es la única manera de hacer hombres buenos con los malos. La prodigiosa bondad de los santos crea el mundo a su imagen, como la prodigiosa bondad de los artistas. ¿Me sigue, señor Watson?

—Lo sigue muy bien —respondí con un cierto tono rápido que complació mucho, pues era el mismo tono de la mujer que responde en lugar de su marido—. Esta tarde me dijo que el buen Dios leía las novelas por encima de los hombros de los escritores.

—¡Ah! ¡Bravo! —exclamó Wilde—. ¡Qué bonito es eso! ¡Me habría gustado haberlo encontrado yo mismo!

—Lo habrá encontrado mañana, Oscar, no se preocupe. A menudo he tenido la

encantadora sorpresa de oírle repetir como si fuera suya alguna tontería que yo había dicho el día anterior —dijo Whistler con su pequeño acento americano, su risita y su maliciosa ironía que me impedían que sintiera por él toda la simpatía que habría deseado.

—¡Pobre James! —exclamó Wilde riéndose con su ruidosa risa mundana—. El genio degüella a todo el que pilla. Ya verá como la posteridad me atribuye todas las bromas que se hayan hecho en Londres durante la segunda mitad del siglo XIX, comprendidas las suyas. ¿Y quién se sentirá más defraudado por haber tenido tanto ingenio para nada? El ilustre James A. Whistler, del que sólo quedará la pintura, tan elogiada, hay que decirlo todo, por catorce versos de Mallarmé, y en los que se vislumbran sombreros en la calle, faldas flotantes, pinceladas sin motivo aparente, y que parecen haber sido compuestos por Degas.

De vez en cuando miraba a Watson para asegurarme de que esas reflexiones y esas bromas, que a mí me habrían parecido herméticas y casi ofensivas si las hubiera oído por primera vez, no le desconcertaban. Me enorgullecí de él tanto como podía desearlo. Él escuchaba a Wilde como un hombre que, después de haber buscado durante mucho tiempo, y haber acabado por pensar que no existía, encuentra un alma hecha como la suya, que ha recorrido los mismos caminos, que se le ha adelantado, que le muestra sus descubrimientos.

—Yo no he constatado nunca que modificase la naturaleza. Al contrario. Intento reflejarla lo más realmente posible. Sólo esto me produce placer.

—¡Pero esto es deslumbrante! —dijo Wilde—. Usted es un artista hasta la punta de las uñas, querido doctor.

—Todo lo que usted ha dicho es magnífico, pero no se me puede aplicar a mí. Yo no soy un artista.

—Usted posee la ilusión típica del artista, que consiste en mentir como un condenado creyendo firmemente decir la verdad. Entiendo que su Sherlock Holmes se haya indignado con su manuscrito: no se ha reconocido en ningún momento. El señor Holmes, detective, investigando sobre una venganza de mormones, ve los acontecimientos en su discontinuidad, en su desarrollo anárquico. Los pone en orden por medio de un razonamiento analítico, es decir, un razonamiento de sabio o, si usted prefiere, de burgués, pero usted ha hecho de la misma aventura algo sintético y dramático, pues escribir una historia es transformar un trozo de tiempo en un trozo de eternidad. Y añado que el pintor, siempre, sin excepción, en todos los casos, es inconmensurablemente más interesante que la naturaleza muerta. La naturaleza muerta posa. El pintor trabaja. Chardin, por ejemplo. Con una pipa de arcilla, un pincel y una carpeta, pinta todo el siglo XVIII, toda la Francia seria y bella de la época de Luis XV, todo un mundo, toda una civilización. ¿Y cómo? Con una pincelada, con una sombra. El siglo XVIII se parece a las naturalezas muertas de Chardin. Él lo ha moldeado, solo en su rincón, en su pequeño taller burgués, al lado de su burguesía de gruesas mejillas y anteojos. Ha sido más fuerte que la Gran Catalina, más fuerte que

el Gran Federico, más fuerte que la emperatriz María Teresa, que todos ellos juntos. Quiero leer su manuscrito. Iré a buscarlo mañana a las tres a su casa.

—No puedo decir que Holmes sea precisamente una naturaleza muerta —dijo sonriendo Watson—. A veces me parece un concentrado de vida. Me agoto corriendo detrás de él.

—Doctor, no haga el tonto —dijo Wilde—. Las naturalezas muertas no paran ni un momento, ya se sabe. Chardin acababa extenuado por la noche, después de haber corrido durante todo el día detrás de sus pinceles y de sus mendrugos de pan. Se metía en la cama y se dormía como un jornalero. Si Chardin no le agrada, tomemos a Van Dyck, fijémonos en el exquisito cuadro que representa a Carlos I, con su caballo, su paje y el mar de fondo. He tenido dos grandes pesares en mi vida: la muerte de Lucien de Rubempré en *Esplendores y Miserias*, y la ejecución de Carlos I por el atroz Cromwell; estos dos pesares se convierten en uno, pues no me imagino a Lucien de Rubempré más que bajo los encantadores rasgos del pobre Carlos Stuart pintado por Van Dyck. Es la belleza y la maldad personificadas. Incluso el caballo es lascivo, ¿no se ha dado cuenta? Bueno, tomemos a Van Dyck: yo no estoy enamorado del verdadero Carlos I, político mediocre que, a fuerza de ceder, acabó por ser suprimido por sus enemigos; yo estoy enamorado del personaje completamente ficticio creado por Van Dyck. Van Dyck tiene razón frente a la verdad, frente a la historia, frente a todo. Carlos I, que no ha parado de agitarse durante cuarenta y nueve años, es su naturaleza muerta. Algunas personas tienen suerte y otras mala pata. El emperador Napoleón III, del que la señora Forrester, que le ha conocido, le dirá que era un hombre adorable (es su expresión cuando habla de él), y un soberano mucho más inteligente que Carlos I, merecía haberse encontrado con Van Dyck. ¡Puñetas!, tropieza con el padre Hugo, que instala su caballete en las rocas de Guernesey y durante dieciocho años lo pinta como un monstruo. Resultado: Napoleón III es un monstruo. La historia es un perrito fiel. Cuando aparece un hombre de talento, ella pasa por el aro si él se lo pide.

—¡Quiere hacer el favor de callarse! —dice la señora Forrester—. Es usted un monstruo. Una palabra más y me pongo a llorar. ¡Estaría bonito, delante de dos poetas franceses! Ese Hugo era un hombre horrible, un hombre loco que hacía girar las mesas. El doctor Watson se impacienta. Déjenle que se vaya en lugar de marearlo con sus palabrerías estéticas. Si he comprendido bien, el señor Holmes le ha encomendado una misión.

El doctor Watson no se impacientaba en absoluto. Creo que su amigo y mi tesoro se le habían ido de la cabeza por completo. Las explicaciones de Wilde le cautivaban mucho más que las de Holmes. Si por él fuera, se habría quedado toda la noche con nosotros. También él, de vez en cuando me dirigía su mirada, en la que me daba las gracias por haberlo puesto en presencia de este hombre, de este hermano mayor que lo tomaba de la mano y lo paseaba por dentro de su propia alma. Holmes sólo lo paseaba por lugares siniestros, apestando a sangre y a crimen, en medio de las más

bajas podredumbres.

Nuestros ojos se cruzaban de vez en cuando, este espionaje mutuo era encantador. Yo estaba trastornada. Wilde, sin saberlo, por su sola intuición, me descubría a un Watson que no me había imaginado: a un artista inconsciente de su talento, encostrado en su agujero de Baker Street, viviendo con un individuo absorbido por sí mismo, insensible a todo lo demás, al que admiraba como si fuera un prodigio de la naturaleza porque no tenía otro modelo, y del que hacía un retrato tan suntuoso, tan loco como el de Carlos I por Van Dyck.

—¡Madre mía! —dijo mirando su reloj—, tiene usted razón: tengo que irme. Si ustedes me lo permiten, y si la señora Forrester me lo permite, volveré pronto para tenerles al corriente de los acontecimientos. El señor Holmes cuenta con tenerlo todo solucionado en veinticuatro horas.

Estaba tan seguro del éxito de su gran hombre que su tristeza, que había volado gracias a Wilde, se le vino encima de nuevo. Yo apretaba su mano al decirle adiós, para que comprendiera que yo no había cambiado, y que no cambiaría, pero esto no produjo más que una pobre sonrisa en sus labios. Levanté la cortina para ver cómo subía al coche. No hacía ni doce horas que le conocía y la vida sin él ya me parecía insípida.

Apenas me había preocupado por los dos poetas franceses que eran la curiosidad de la velada, pero completamente desconocidos para mí. Wilde me aconsejó burlonamente que fuera a hablar con ellos, como cuando se visita Hampton Court o Versalles, para que pudiera tener recuerdos y poder contárselos a mis nietos dentro de cincuenta años. Eran dos monumentos de la poesía, dos genios formidables, de la talla de Hugo y de Baudelaire.

—¿Son de la Academia Francesa, como Francois Coppée o Sully Prudhomme? —le pregunté.

—No lo creo —dijo—. No tienen ese estilo. Según lo que he podido comprender, la Academia Francesa es una especie de club, como el Traveller's, o más exactamente la Cámara de los Lores. Barbey d'Aurevilly dice que son un puñado de viejos imbéciles y que es increíble que una figura de la talla de Víctor Hugo haya conseguido echar raíces allí. Mallarmé no es un roble. Es más bien un cerezo del Japón; y Verlaine una buganvilla, diría yo.

¡Una buganvilla! Agucé el oído. Me había dado cuenta de que con Wilde, cuanto más absurda parecía la comparación, más posibilidades había de que fuera justa. Su doble visión de poesía se manifestaba así. Verlaine se parecía a un viejo tronco de olivo, a cualquier raíz atormentada y terrosa. Era tan ridículo asociarlo con un árbol gracioso cubierto de bonitas flores malva, que por eso mismo tenía que ser verdad. Mallarmé era mucho más amable, de rasgos finos, mirada dulce, gestos elegantes, una bonita barba gris platino acabada en punta. Se aproximaron a nuestro grupo, uno sujetando al otro, pues Verlaine cojeaba. El espíritu de las mujeres funciona de una forma verdaderamente sorprendente: esta cojera me hizo quererlo; me recordaba la

del doctor Watson, aunque era más pronunciada. Tenía el aire estúpido de los borrachos que han bebido la gota de más que les lleva a un mundo de ensueño. Arrastraba sus grandes zapatos de tachuelas sobre la alfombra de Aubusson. Con el celo de una señorita de compañía, me temía en todo momento que la iba a destrozar, mucho más inquieta que mi señora, pues ella no se preocupaba ni lo más mínimo. Al ver a esos dos personajes tan opuestos, que avanzaban, a pesar de la borrachera, con majestad, o más exactamente con un paso que tenía un algo histórico, pensé en el pasaje de las *Memorias de ultratumba*, en el que Chateaubriand dice de Talleyrand y de Fouché cuando entran en casa de Luis XVIII, que representan al vicio apoyándose en el crimen. Aquí, el vicio no era nada repulsivo, y sobre lo que se apoyaba era sobre la gentileza. Toda clase de libertinajes habían hundido y abultado el rostro de Verlaine, pero no habían conseguido convertirlo en repulsivo. La poesía seguía estando allí, más poderosa que el mal, iluminando de espiritualidad los mofletes de calmuco y su barba sucia. Mallarmé parecía debilucho como un alma que ya no tiene a su alrededor un cuerpo hecho de músculos, pelo, grasa, piel, para mantenerla caliente, como un alma desnuda toscamente escondida por un traje. Entregó a la señora Forrester su *keepsake*, en el que ella le había rogado que escribiera algo.

—He aquí, señora, la disculpa por el silencio demasiado largo de Verlaine y mío, así como por nuestro confinamiento en un rincón de esta sala rothschildiana e imperial. Sobre su lienzo multicolor hemos puesto nuestra pequeña pincelada, tomándonos el tiempo necesario para curvar el trazo hasta su precisión irrefutable. Por lo menos yo. En cuanto a Verlaine, la poesía brota de sus dedos como de los dedos de Júpiter salían destellos magnéticos, o como de los dedos de Mozart brotaba la música.

—¡La madre que me parió! —dijo Verlaine con una voz adormecida—, aún tengo resaca. ¡Una puta absenta! Con una cuchara y un terrón de azúcar. Eso es lo que le hace falta a la cabrona de la poesía. Todo lo demás es literatura.

—Señora —dijo Mallarmé con una sonrisa de solidaridad angelical—, no haga mucho caso de esas palabras tan poco apropiadas al lugar en el que suenan. Los dioses se expresan así en privado.

—¿De verdad? —dijo la duquesa de Portsmouth—. No me extraña nada. Siempre he pensado que el Olimpo era un lugar horrible, en el que se comía cebollas crudas.

—¿Me permite que lea la estrofa de Verlaine? —dijo Mallarmé, con su forma amanerada y complaciente—. Escuchen, es de un pitorreo encantador, con un ritmo impar de nueve sílabas, que es su característica:

*De las bellas manos de Cecilia  
He recibido, yo poeta mediocre,  
Cerveza y después ratafia,  
Potaje de tortuga y carne.  
No está bien para un Alboche*

*Viva la reina Victoria*  
*¡En su casa se da la gran bamboche!*

—Excelente —dijo Wilde—. Muy adecuado. Es horroroso escribir cosas en los libros de oro. No conozco ningún ejercicio literario más difícil. Las señoras se ponen pesadas con eso. Parece ser que a los taberneros también les ha dado por eso. En verso, aún puede pasar. Y usted, Stéphane —añadió sonriendo a Mallarmé, cuyo nombre yo conocí así—, ¿qué ha extraído de su pobre cerebro?

—El tema me ha interesado —dijo Mallarmé con una gran seriedad—. Creía que podría arreglármelas con un cuarteto. Pero, dada la riqueza de la materia, me he visto obligado a añadir un dístico.

—Divagamos —dijo Verlaine—. Trabajamos en la épica. Volvemos a Milton, a Marlowe. Es el aire pueblerino.

Mallarmé, con una voz enfática y cantante, declamó:

*El barco, el tren*  
*No me llevan bastante aprisa*  
*Al lado de la señora Forrester*  
*Cuando por fortuna me invita.*

—El dístico es más delicado, quizá, y casi incongruente, si no comprometedor:

*¿Diría yo todo lo que hay*

*En mi corazón por Cecilia?*

## CAPÍTULO QUINTO

*Humano, sinónimo de innoble*

*Doce mil acres en Yorkshire y un castillo de Iñigo Jones al estilo de Palladio*

*¡Qué bonita era Francia al gran sol del 2 de Diciembre!*

*Pigott dormida*

La señora Forrester, después de sus fiestas, cuando se había metido en la cama y había despedido a su doncella, me llamaba a su lado y durante un buen rato comentábamos la velada. Nos divertíamos mucho en estas sesiones, pues las dos teníamos una vista aguda y una lengua bien suelta. Pero era casi el alba, yo bostezaba como una gata, me caía de sueño. Las peripecias de la jornada me habían agitado lo suyo. Esperaba que por una vez nos saltaríamos el ritual. ¡Vana ilusión! La señora Forrester, como siempre a esa hora, estaba en plena animación. Me exigía un gran relato de mi expedición, lo cual me despertó, naturalmente. Thaddeus Sholto le encantó. Pertenecía al tipo de personas originales que a ella le gustaban, por lo menos a dosis homeopáticas. Para ella esos pequeños personajes, a condición de que no haya más que uno o dos, hacen cantar a una velada, como un color hace cantar a un cuadro. La hice reír al describirle a Sherlock Holmes, su loden, su gran lupa, su porte de perro de caza y de pastor protestante. Ella lo reconocía por completo. La conversación estuvo a punto de caer en la melancolía. Yo estaba sentada en mi silla de lectora, a los pies de la cama. La señora Forrester veía claramente mis ojos y la sonrisa que no podía retener cuando hablaba del doctor Watson, lo que hacía más a menudo de lo necesario por el placer de pronunciar su nombre.

—No me equivocaba esta tarde —suspiró—. Está enamorada del doctor Watson, y él lo está de usted, eso salta a la vista. Yo estaba medio tranquila, por lo del tesoro. Es mucho menos frecuente atrapar un tesoro que un marido. Ahora, es casi seguro que va a tener uno u otro, o ambos, y que vamos a separarnos. ¡En fin! Esto tenía que llegar, con lo bonita que es usted. Me siento muy triste de perderla, por una honorable razón: porque la quiero; y por una razón egoísta: porque tendré que buscar una sustitua y esa preocupación me mata antes de tiempo. Me entiendo muy bien con usted. ¿Con qué idiota me voy a encontrar? ¡Sólo Dios lo sabe! Mary querida, he sido odiosa todo el día: he hecho votos para que su Watson estuviese casado y que el señor Holmes no encontrase su tesoro. Perdóneme.

Estas palabras eran encantadoras y conmovedoras. Debería haber abrazado a la señora Forrester y darle las gracias por estimarme tanto. ¡Pero desgraciadamente mi falta de instinto me jugó una vez más una mala pasada! Estaba tan feliz con la confirmación de esta mujer avisada de que el doctor Watson estaba enamorado de mí que la suficiencia y la vanidad me invadieron. Respondí tontamente que su despecho

era algo muy humano.

—¡Gracias! —respondió ella con aspereza—. Cada vez que alguien hace una mezquindad, decimos que es humana. Humano es sinónimo de innoble. ¿Qué cosa tan cruel he hecho yo para que me diga algo tan horrible? Si para usted nunca he sido humana, me siento desconsolada. Procuraré ser mejor en el futuro.

Me eché a reír y ella hizo lo mismo. Por muy humana que fuese, iba a demostrarme que en el fondo era una buena persona al hablarme del doctor Watson, pues sólo ese tema me interesaba. Y bien, ¡Dios mío!, era perfecto: alto, guapo, con un rostro despejado, un porte como el de los Cent Guardies; incluso su cojera era elegante. No era necesario observarlo durante mucho tiempo para estar convencida de que esta apariencia recubría una bella alma sencilla y franca. ¿Le faltaba quizá espíritu crítico? Ser el admirador, el seguidor, el turiferario, el historiógrafo de un individuo como Sherlock Holmes —muy estimable a fin de cuentas y seguramente muy fuerte en su campo— no denotaba un profundo discernimiento. Sin embargo, para dictaminar sobre esto, había que esperar a que Oscar hubiese leído el libro que el doctor había escrito. Todo dependía de eso. O el doctor Watson era un buen chico sin malicia, lo cual haría de él un gentil marido, o era un hombre de talento, que supondría un marido menos gentil pero más atractivo. Si de todos modos me iba a casar, me merecía algo mejor que un memo. Yo no tenía madera de mujer de un médico de barrio que en cada comida me agobiara como un antiguo combatiente con sus campañas con el señor Holmes. Atención: hay dos clases de tonterías: las tonterías locas y las tonterías razonables. Las segundas son mucho más onerosas que las primeras. Ella, Cecilia, a lo largo de su vida había hecho cien mil locuras, que no solamente no habían tenido ninguna consecuencia, sino que además le habían proporcionado intensos placeres. Por el contrario, las tres o cuatro tonterías razonables a las que se había limitado, ya fuera porque le habían empujado a hacerlo gente seria, o porque se había dicho a sí misma que de vez en cuando había que ser seria, invariablemente habían acabado en catástrofe. Por ejemplo, su matrimonio con el señor Forrester.

Era la primera vez que oía mencionar a ese personaje del que había acabado por creer que era algo mítico. Entonces, ¿existía o había existido! ¡Qué sorpresa! ¡Era necesario que la señora Forrester estuviera agitada para que lo evocara, pues hasta este momento nunca me lo había mencionado! Se había casado con él en 1842 por dos motivos que le parecían maravillosamente razonables: le quería y era rico. Debería haber desconfiado, sobre todo porque sus padres empujaban el carro tanto como podían, y los padres son infalibles cuando se trata de hacer desgraciados a sus hijos. El dinero del joven les deslumbraba. Tenía una tercera virtud: era huérfano. La pequeña Cecilia estaba segura de haber descubierto el fénix, el mirlo blanco, la felicidad eterna. La fortuna del señor Forrester no era una de esas fortunas en forma de castillos de naipes que se vienen abajo con el menor estremecimiento de la Bolsa, como se han visto tantos en el siglo XIX, sino unas buenas y grandes rentas de

terrateniendo de doce mil acres en Yorkshire, alrededor de un palacio construido por Iñigo Jones al estilo de Palladio. Pero el joven Forrester era un juerguista estúpido, muy aficionado a las cortesanas y a la caza de montería. ¿Por qué sólo nos damos cuenta de esas cosas cuando es demasiado tarde, es decir, cuando ya se ha pasado por la iglesia? Era guapo como lord Byron, distinguido como el caballero d'Orsay. Pero con todo eso, un bobo. Tres semanas después de la boda, Cecilia no podía aguantarlo más. No se murió hasta 1851, de una forma tan imbécil como había vivido: se cayó de un caballo durante una cacería de zorros en Surrey, ese deporte del que Wilde ha dado una definición tan divertida y tan simpática: «Lo incalificable persiguiendo a lo incomible». Bueno, Cecilia, con su espléndido Forrester, había perdido nueve años de su vida. Gracias a Dios eran años de juventud, y por ello no muy importantes, pero al fin y al cabo nueve años de aburrimiento se hacen largos.

—Ahí tiene, Mary querida, adonde llevan las tonterías razonables. Y de todas las tonterías razonables el amor es la peor.

—¿Qué ha sido del castillo al estilo de Palladio?, —le pregunté—. Debía de ser algo magnífico.

—Un poco recargado —dijo la señora Forrester—. Se lo vendí a los Churchill, que lo codiciaban desde hacía cincuenta años. Todo lo que me recordaba a mi marido me aburría a muerte. He pasado vacaciones horribles en ese palacio de Yorkshire. Hacía un frío de perros, incluso en pleno verano. Una vez en posesión del envidiable y delicioso título de viuda, volé a París, en donde las viudas, pensaba yo, son más estimadas que en Londres. De hecho, no me equivocaba, aunque en todas partes las viudas ocupen su lugar, y sean tan buscadas como las solteras. ¡No se puede imaginar lo seductor que era el Príncipe-presidente en 1851! Guapo, misterioso, lejano, un verdadero héroe romántico. Es muy sencillo: toda Francia estaba loca por él. Actualmente no se dicen esas cosas, o no se atreven a decirlas. Pero las he visto, he sido testigo. Durante veinte años Francia había estado casada con ese pollo que era el duque de Orleans, que se paseaba por la calle con un paraguas, y que había huido como un viejo cobarde ante la ridícula revolución de 1848, que se habría podido detener perfectamente en una mañana, y en la que incluso los que la hacían creían tan poco que se quedaron boquiabiertos al darse cuenta de que había tenido éxito. Ve usted, Mary querida, una de las razones por las que estoy tan enamorada de Francia, es porque mi historia, en pequeño, reproduce la suya. En 1851, las dos estábamos viudas, y encantadas de estarlo. Y llegaba el príncipe encantador para seducirnos. ¡Ah! ¡Sí que era un hombre aquél! Mantenía al país y a las mujeres con una fortaleza de hierro. ¿Cómo no subyugarse? Hoy, los franceses arman toda una historia con su república; la moda es escupir sobre el imperio. Yo desafié a sus Sadi Carnot, a sus *Ferry*, a sus Rouviers a que hagan un plebiscito y arrastren consigo casi la totalidad de los votos como hizo el Príncipe-presidente. Ni Francia ni las mujeres pueden enamorarse de esas gentes que tienen aspecto de barberos o de criados, y muchos de ellos no son ni con mucho tan distinguidos como Jenkins. Es cierto que existe el

general Boulanger, que ha visto usted aquí, y en el que yo he creído por un momento. Pero es como de mantequilla. Uno no se da cuenta enseguida a causa de su bella voz de mando. Tiene la nariz blandengue, la mirada blandengue, la barba blandengue. Además está aquejado por dos taras que no perdonan: está loco por una pobre mujer que escupe los pulmones por la boca como la Dama de las Camelias, y se llama Boulanger<sup>[3]</sup>. Con un nombre así, no se puede llegar a nada. No le veo un destino muy brillante, si usted quiere mi opinión. Jamás tendrá la osadía de empujar al Estado y de aquí a tres o cuatro años, cuando su dulcinea expire en su última hemoptisis, es capaz de morir de pena. ¡Qué bonita era Francia al gran sol del dos de diciembre! ¡Qué joven era Francia! ¡Qué joven era yo! Nunca se volverá a ver eso. En fin, nunca lo volveré a ver. ¡Madre mía, qué tarde es! Vaya a acostarse, querida. Duerma mucho para no tener cara de acelga, y sobre todo para dejar a las cosas el tiempo necesario para que se arreglen. Se arreglan especialmente bien cuando se duerme. Es algo que nunca sabemos cuan importante es.

¿A qué extremos no es capaz de llevar la curiosidad? Eran las cinco cuando entraba en mi habitación. ¿A quién me encontré, esperándome bajo el angustioso pretexto, supuse yo, de peinarme para la noche? A la señorita Pigott. Por suerte, se había dormido en el sofá. Me cuidé bien de no despertarla. Me deslicé silenciosamente en mi cama. Apagué la lamparilla. Pigott roncaba dulcemente. Yo tenía la cabeza en revolución. Imposible conciliar el sueño. No podría decir si me vino o no. Me parece que no pegué ojo en toda la noche y, sin embargo, tenía continuamente pequeños sueños inspirados en las peripecias de la jornada o en recuerdos más lejanos, por ejemplo, la habitación del Hotel Langham, la cara de la tía Maggy, las vacaciones en Cornualles en casa de los Saint-Clair. Era un estado raro. Quería soñar con el doctor Watson, lo deseaba muy conscientemente, ponía en ello todo mi espíritu, y muy a pesar mío, no lo conseguía. En su lugar se presentaba la cabeza de Kali con su siniestra sonrisa, o Thaddeus con sus tics, o incluso el rostro exorbitante del muerto de Pondichery Lodge. Todo eso acabó hacia las once de la mañana. No había oído marcharse a Pigott. Creía que tendría una cabeza que daría espanto y que me caería de fatiga. De ninguna manera.

## TERCERA PARTE

# CAPÍTULO PRIMERO

*Horrible impaciencia*  
*El uniforme del genio Watson, autor de La Ilíada*  
*Sancho, autor de El Quijote*  
*¡Se llamaba Jeremy!*  
*Gustave debería haberse casado*  
*Es necesario navegar, no es necesario vivir*

Existen dos tipos de impaciencia. Uno de ellos consiste en hacer el trabajo deprisa y corriendo, hacerlo de cualquier manera para conseguir un placer dos minutos antes. Es la impaciencia de la juventud, de la energía. La señora McLamuir nos prevenía contra esto, y nos repetía una máxima que había leído de uno de esos oscuros moralistas que tanto gustan a las institutrices: «Los impacientes siempre llegan tarde». Comparándola con ésta, que es casi tan grave como morderse las uñas, la otra impaciencia es un cáncer, una neurosis. Yo había sido víctima de ella cuando buscaba a mi pobre padre, completamente sola en Londres. Nos invade una especie de pena desordenada. Nuestro destino está en juego y no podemos hacer nada. Querríamos estar en todas partes menos en la que estamos. Desearíamos correr, actuar, discutir, persuadir. Pero el mundo está sordo. El mundo es inaccesible. Nos encontramos atados al silencio y a la impotencia. Somos como un prisionero en una mazmorra.

Hacia las tres de la tarde, yo comenzaba a sentirme presa de esta abominación. Sentía una vaga debilidad en los codos y en las rodillas, oía latir mi corazón. De vez en cuando me miraba en un espejo, gesto característico de los abandonados y de los ociosos, como si quisieran verificar que seguían existiendo. Veía una cabeza pálida, unos ojos inquietos. Diez años antes me había inspeccionado del mismo modo, en el pequeño espejo del Hotel Langham encima del tocador, que me enviaba la misma imagen fantasmagórica. Reflexionaba. ¿Qué motivos tenía yo para caer en un estado así? ¿El tesoro? Me importaba bien poco el tesoro, y además, estaba segura de que no vería ni su color. Entonces, ¿era el amor? El doctor Watson me amaba, y, sin tesoro, él era mío. ¡Desdichadamente, corría detrás de ese tesoro ilusorio con la obstinación de los hombres que cumplen con su deber! ¡Y decir que era yo la que había puesto en marcha todo este absurdo! ¿A qué peligros no se estaría exponiendo por mí en esos mismos momentos? Había habido ya un muerto. ¿Cuántos criminales dispuestos a cualquier cosa para conservar su botín no se enfrentarían a él? También a él le matarían, era seguro. Le matarían porque yo le amaba. Le matarían porque, después de la muerte de mi padre, era el único hombre con el que, a pesar de no habernos dicho nada, me sentía en la intimidad del corazón. ¡Ah! ¡Poder detenerlo en esta estúpida búsqueda a la que se había lanzado por mi cara bonita! ¡Arrojarme entre él y

la muerte!

Subía y bajaba las escaleras sin ningún motivo. Me parece que me crucé diez veces con Pigott en lugares en los que ella no tenía nada que hacer, dirigiéndome comprometedoras sonrisas y moviendo la cabeza. Me habló. Le contesté. Imposible recordar ni una sola palabra de ese coloquio. No me acuerdo mucho del resto de las cosas que hice, sólo que fui dos o tres veces a la biblioteca. Cogía un libro, dejaba deslizarse mis ojos sobre las líneas impresas, volvía a colocar cuidadosamente el libro en su estantería. Contemplaba las columnitas de caoba con canales y capiteles corintios que separaban los estantes. Me acuerdo de que me quedé un momento delante de la colección del *Spectator* de Addison a la que, según la costumbre de los encuadernadores del siglo XVIII, le faltaba en el lomo una letra o dos del título de la obra o del nombre del autor, con lo que quedaba: *Spectat d'Addiso*. Eso se grabó en mi retina. A continuación pasé revista al *Complete Anger*, al *Pilgrim's Progress* y a la *Historia de la decadencia y caída del Imperio Romano* de Gibbon. Después esos vejestorios me aburririeron. Me fui a los escritores modernos, había allí bellas y hábiles encuadernaciones como las que se hacen hoy, con gladiolos repujados en cuero. Acariciaba el *Rarahu* de Loti, *El Príncipe feliz* de Wilde, *El egoísta* de Meredith, como cuando era niña y acariciaba las palomas en su pajarera y suspiraba por cosas fútiles.

A las cinco, la señora Forrester hizo enganchar los caballos. Iba a tomar el té a no sé dónde y me preguntó con su manera educada y maliciosa si deseaba acompañarla. Notaba que yo estaba casi fuera de mí. Me propuso que acabáramos el día en el teatro. Era inútil que me quedara en casa errando como un alma en pena. Eso no adelantaría ni un paso mis asuntos.

—¿Y si viene el doctor Watson? —dije con ansiedad—. No estaré aquí.

—Se llevará un chasco —respondió ella—. Todavía la amaré más. Pero no vendrá. Anoche se la comía con los ojos. Si fuera un francés o un italiano, es decir, un hombre normal, se podría esperar que el amor fuera más fuerte que la prudencia. Desgraciadamente, es inglés. No lo volverá a ver nunca. Créame, cariño, no piense más en él. Sea marquesa como todo el mundo. No es fácil, pero como dicen en París: No hemos venido al mundo para divertirnos.

—¡Ah! —dije yo con tristeza—. No estoy para bromas. Tengo un miedo horrible a que le hieran o le asesinen. Y eso será culpa mía. Sólo pido que esté sano y salvo.

—¡Pobrecita! —dijo la señora Forrester acariciándome la mejilla—. No le pasará nada: está con el señor Holmes, que es nativo de escorpión, y que en consecuencia tiene una buena estrella. Venga.

—No, señora. Permítame quedarme. Si hay noticias, es aquí donde llegarán primero.

—Como usted guste, cariño. Es un bonito papel el de la esposa de un pescador de Cornualles que espera en la playa en una noche de tempestad la llegada del barco de sardinas. Me odiaría a mí misma si la privase de ello.

Cuando volvió de su té, la señora Forrester me encontró exactamente como me había dejado, lo cual le alegró. ¿Son tan cómicas las manifestaciones de amor? Sí, sin duda, como las de la locura. Los enamorados provocan las mismas burlas que los locos. Además, nos comportamos de la misma manera tanto unos como otros, utilizando una especie de juego condescendiente. Ya que yo no me quería mover, ya que me agarraba a la casa como una ostra a su roca, la señora Forrester había enviado a un sirviente con invitaciones a algunas personas para un ponche a las once de la noche. De esta forma yo tendría un poco de distracción, dijo ella con un aire de indiferencia socarrona que me engañó tan bien que le respondí que sería mejor, por una vez, que yo no apareciera.

—¡Vamos, vamos! —dijo ella—. Nada de caprichos. Estése preparada a las diez y media. Le garantizo que mi velada le gustará. Además, vendrá Oscar. Seguramente habrá tenido tiempo de echar una ojeada a la novela de su querido Watson. Le dirá si tiene talento. ¿Lo seguirá queriendo tanto si no lo tiene?

Estaba tan nerviosa que ante esta última frase estallé en sollozos. La posibilidad de que Watson no poseyera talento me pareció una cosa absolutamente desesperante. Desde que sabía que había escrito un libro, estaba segura de que era un hombre de talento. El talento completaba su retrato; le era tan consustancial como su cojera, como su elegancia, como su tierna sonrisa, como sus grandes manos, como su modestia y hasta su sombrero *cronstadt*. El doctor Watson era un hombre de talento justamente porque no tenía aspecto de serlo. Eso es. En la asociación Watson-Holmes, es Holmes el que tenía el comportamiento de hombre de talento: era brusco, intimidante, desconcertante, extraño, opaco. Sin embargo, en el doctor Watson había algo más: era sencillo, como dicen las buenas personas, humilde y alegre, sin desprecio por nadie, transparente. ¿No era algo singular que yo me hubiera refugiado bajo sus alas con una confianza de niña? Tenía veintisiete años, que no es la edad de una cría, y él no tenía muchos más, lo cual tampoco es la edad de un padre. Una fuerza misteriosa que emanaba de él me había envuelto, y había notado perfectamente que era de otro estilo que la de un hombre que solamente hubiera tenido carácter. Me empeñaba en explicarle todo eso a la señora Forrester, resoplando, sonándome, suplicando que me perdonara por esta demostración incoherente.

—Sí, sí —dijo ella alegremente—. Después de todo, quizá tenga usted razón. La gente de talento se presenta raras veces con el uniforme reglamentario. Y cuando lo poseen, nadie se da cuenta de ello. Por ejemplo, Beethoven. Bien sabe Dios que ése tenía el uniforme: frente sublime, ojos pesados, nariz grande, cuellos raídos, no le faltaba ni un botón en las polainas, como decía el pobre mariscal Lebouef. Resultado, se mudó treinta y dos veces porque los vecinos se quejaban del ruido que hacía con su piano. Merimée, al que he conocido muy bien, no tenía en absoluto el uniforme. Era un hombre perfecto, con un buen tono supremo, y por si fuera poco, senador. Se le podría haber tomado por un hombre de círculos, si no fuera porque de vez en cuando tenía una sonrisa inquietante. ¿Tiene su Watson una sonrisa inquietante? Eso

sería algo interesante de saber.

—No lo creo —dije yo intentando poner un poco de humor en mi voz.

—¡Bah!, eso no prueba nada. Nada prueba nada en la altitud en que usted nos obliga a seguirla, Mary querida. Tiene los ojos hinchados y la nariz roja. No es bonito. Si yo no fuera una mujer con talento, a mi estilo, le diría que se lavara la cara con agua fría. Este tipo de consejos queda muy bien en la boca de una persona mayor que se dirige a una señorita. Da la impresión de ser alguien que conoce la vida. Realmente, me he dado cuenta de que el agua fría, como la mayor parte de las cosas desagradables, no sirve de nada. El rojo de su nariz desaparecerá por sí solo en cinco minutos, y los ojos se deshincharán al mismo tiempo. Venga a jugar una partida de rami. Nos queda media hora antes de cenar.

He dicho que una de las tristezas de mi vida es no ser apta al desvanecimiento. Otra es el tener buen apetito. Me gustaría tanto tener un cuerpo frágil, que reflejara mi alma, que dejara de funcionar en cualquier momento. Eso sería bastante normal, con lo menuda que soy. En absoluto. Poseo una salud desesperante. Llorar me da hambre. Inquietarme me da hambre. Todo me da hambre. Y lo que aún es peor: comer me consuela, comer me vuelve el corazón a su sitio. La cena, aunque fue como de ordinario, me pareció excepcionalmente succulenta. Me puse a comer como un ogro. Había truchas ahumadas, paté caliente de buey y riñones. Repetí de todo, lo cual agradó a Jenkins, para el que la bulimia era un signo de salud moral. El cocinero nos había preparado un postre francés que se llama «isla flotante» o «huevos a la nieve». Para acabar, Jenkins me sirvió a la fuerza un trozo de stilton y medio vaso de oporto. ¡Sólo me faltaba el cigarro! ¡En esta ocasión sí que me habría sido útil un barreño de agua fría para mojarme la cara! La impaciencia había volado. Ya no oía latir mi corazón. Estaba roja, pesada, adormecida. La señorita Fitzherbert, con un gesto eternamente gracioso, colocaba una rosa azulada en un cestillo azulado suspendido en su brazo izquierdo. Yo me destrozaba las rodillas con el pie de la mesa. La señora Forrester parloteaba a lo lejos. Me parece que me preguntaba algo sobre Thaddeus Sholto. Creí comprender que me decía que vendría dentro de un momento, lo cual me sorprendió. La velada que se entreveía, pensaba ella, me agradaría. ¡Ah!, ¿de verdad? Gracias, señora.

—¿De verdad? ¡Gracias, señora! —repitió riéndose—. Vaya a arreglarse, querida mía. Son las nueve y media. En el estado en que se encuentra, necesitará por lo menos dos horas.

En todo caso, necesité una buena media hora para recobrar el ánimo. Pigott me ayudó pasándome un guante de baño por la cara, haciéndome que respirase agua de colonia, y sobre todo hablándome del doctor Watson. Los criados, a quienes no les hacemos ese tipo de confianzas, están al corriente de todo. El Servicio de Inteligencia debería reclutar a sus agentes entre ellos. Yo había visto a Watson el día anterior por primera vez en mi vida y la señorita Pigott sabía que era, como decía ella, mi enamorado. Entre ellos se discutían las posibilidades de que yo pudiera

casarme. Debería haber puesto a esta chica en su sitio; confieso que no me he sentido con fuerzas para hacerlo. Oír las dos sílabas que formaban el nombre de Watson me causaba tanto placer que con tal de que durase me habría dejado pisotear. A través de esta familiaridad, que yo no habría tolerado por ninguna otra persona, podía ver lo fuerte que era lo que estaba experimentando, y me daba cuenta de a qué degradación podía hacer descender el amor. A Piggot no se le escapaba mi debilidad, se aprovechaba de ello con astucia, es decir, que para deslizar sus preguntas, las mezclaba con calurosos testimonios de la obra maestra que haría de mí dentro de un momento, pues Watson iba a venir, estaba todo ordenado como en un pentagrama, y yo tenía que estar deslumbrante para darle el golpe de gracia. «Pero, cálese, Piggott», le decía yo con una dejadez tal que ella entendía: continúe, y la pillina no se hacía rogar. Ciertamente esas cuestiones no tenían mayor importancia: quería saber el color de los ojos de mi enamorado, si era guapo, lo que hacía en la vida, etcétera, pero el caso es que me hacía preguntas y yo se las respondía. Yo estaba encantada y avergonzada, me daba la impresión de ser una portera hablando con otra portera. Piggott me hacía un daño enorme al apretarme el corsé sobre mi pobre estómago repleto de huevos a la nieve. Las ballenas se clavaban en mis riñones y debajo de los omóplatos. Daba gritos de dolor. Mi verdugo me sometía a ese tópico propio de las doncellas: que hay que sufrir para ser bella.

¿Estaba bella cuando volví al salón? Irresistible, si creía a Piggott, que me había elegido minuciosamente un vestido negro y púrpura de Fortuny, colores poco decorosos para una chica joven, pero innegablemente muy elegantes, sobre todo cuando se es rubia y blanca como yo. Me había colocado detrás de la cabeza unas pequeñas plumas de avestruz que hacían como un fruncido o un abanico. Casi no podía respirar, pero no se podía negar que había logrado fabricarme un talle de avispa. Si me hubiera doblado, me habría roto en dos pedazos.

¡Qué aparición!, exclamó Wilde, que estaba sentado, o más bien medio acostado, con las piernas cruzadas, en el canapé circular bajo la sombra de la jardinera.

Ya no me sentía pesada ni adormilada. Eché una mirada de lince al paquete de hojas manuscritas que estaban a su lado. Evidentemente se trataba del libro de Watson. Wilde lo golpeó. ¿Qué iba a decir? El corazón me dio un vuelco supersticioso. De repente, me encontré en un estado extraño. Del veredicto de Wilde dependía, no el amor, pero sí la calidad de este amor, y también lo que sería mi vida. ¿Amaría a un hombre mediocre, como casi todas las mujeres, lo cual les era suficiente para ser felices, al menos durante un cierto tiempo, o amaría a un hombre superior, a un artista? Tenía completa confianza en la opinión literaria de Wilde. Y la estaba esperando como el oráculo de la sibila. Poco faltó para que levantara los dos dedos detrás de la espalda, como las campesinas italianas, para conjurar la mala suerte. Adoptaba un aire de indiferencia que me costaba un gran esfuerzo. La señora Forrester vino en mi ayuda.

—Y bien, Oscar —dijo ella—, haga un poco de juez. ¿Es buena la novela del

querido señor Watson? Acaba de llegar —añadió para que yo me enterase—. Acabamos justo de saludarnos. Ha dejado el manuscrito en el canapé como un carbonero que descarga su canasto.

—¡No, no! —exclamó Wilde—. En absoluto de esa manera. Como un buscador de oro que deposita el saco de pepitas en el mostrador de un banquero.

—Entonces, ¿está bien? —dije yo con despreocupación.

—¡Asombroso! —dijo Wilde—. Fui a buscar el manuscrito a las tres. Cometí la imprudencia de mirar el principio en el cabriolé. Después de esto ya no pude detenerme. Pasé todo el día leyéndolo. Nunca he leído nada tan apasionante, excepto a los nueve años *Las niñas modelo*, de la condesa de Segur, que me gustó tanto que aprendí francés sólo para poder leerlo en el texto original. Pero esto no se parece a *Las niñas modelo*. No se parece en nada. Es completamente nuevo. Miré: me ha hecho pensar en *La Ilíada*.

—Pero *La Ilíada* es muy aburrida ¿no? —dijo la señora Forrester.

—No tanto —dijo Wilde—. Tiene cosas bonitas; todos los entendidos lo dirán. Me pregunto qué aspecto debía tener Homero. Según mi opinión, no es posible que fuera un viejo alelado y sucio como nos lo presentan siempre, que andaba de un lado a otro a través del Peloponeso con un perro ciego y una mandolina. Más bien me lo imagino bajo los rasgos de Héctor o del delicioso Patroclo. ¡Falso! Vi a Homero ayer por la noche. Es un joven bien educado que cojea. Homero, de una disputa entre los dos bandos de porqueros por causa de una maritornes, elabora *La Ilíada*. Watson, de una pequeña historia desenmarañada por un detective, extrae un poema. El poema de la venganza que se come fría, de la sangre en el suelo, de los malos castigados, y sobre todo el poema de la inteligencia soberana, que percibe la verdad bajo las apariencias. ¿Sabía usted que el pequeño Watson, con un solo libro, ha hecho dos cosas extraordinarias? Ha creado un estilo y ha inventado un héroe. Cien escritores famosos no han podido lograrlo. Él lo ha logrado al primer golpe. Aunque no escribiera nada más, ya estaría salvado. Tendrá multitud de imitadores. Poe es el Giotto de la novela policíaca; Gaboriau el Cimabue; él es el Miguel Ángel.

—Homero y Miguel Ángel —dije yo, con el corazón saltando bajo mi corsé—, ¡no se anda usted con chiquitas!

—Oscar se ha olvidado de Hipócrates —dijo la señora Forrester—. El doctor Watson es todo un hombre. ¡Qué feliz será su mujer! Le proporcionará lectura y le recetará pociones si se resfría. Sin contar con que, si sus novelas son tan buenas como ésa, se las arrancarán de las manos y se convertirá en Rothschild, además de lo otro.

—Usted sabe, naturalmente —continuó Wilde—, que nada es más desagradable para un escritor que caer sobre un libro que no ha escrito él mismo. De una página a otra, me estaba esperando que el doctor Watson se rompiera la cara. Esperaba la típica bobería, la idea prestada, la escena convenida, los desastres de expresión. A pesar de todo, creo que tenía más miedo que deseo, prueba de que soy más bien un buen chico. Al final de mi lectura suspiré de alivio. Estaba encantado de que el doctor

Watson no se hubiera roto la cara. Todo era verdadero, lleno de tacto. ¡Vaya un personaje su Holmes! Usted que lo conoce, Cecilia, ¿se trata realmente de un superhombre? ¿Es Aquiles? ¿Es Vautrin? ¿Es Oberon? ¿Es Melmoth?

—Creo que me habría dado cuenta —dijo Cecilia.

—¡Bah! Tampoco es seguro. No siempre se ven esas cosas. Y usted, Mary, ¿que piensa de eso?

Describí mis impresiones intentando no ser injusta, a pesar de la poca simpatía que me inspiraba Holmes.

—Sí, sí —dijo Wilde—. Es tal como me lo imaginaba. Un pedante, un técnico, un tipo de ideas fijas. Decididamente su Watson es asombroso. Lo ha transfigurado. Ha hecho de él un personaje colosal que ve lo invisible, que conoce lo que no se puede conocer, que lleva el mundo en su cerebro. Y para que eso sea todavía más bello, se pegó a su lado como Sancho Panza. Holmes galopa sobre Rocinante hacia los combates épicos y el doctor Watson trota sobre su burro haciendo como si no comprendiese nada de ese loco sublime. Entre paréntesis, eso arroja una sagrada luz crítica sobre *Don Quijote*: es Sancho el que lo ha escrito. Me lo imaginaba desde hace mucho tiempo. Los grandes escritores se complacen en representarse a sí mismos bajos rasgos ridículos. Eso les proporciona un gran placer. Hay en ello una idiosincrasia literaria. Por lo que he podido observar, los pintores y los músicos escapan a ella. Miren el *Eusebius y Florestan* de Shumann y los miles de autorretratos de la historia de la pintura. Rembrandt es el único que ha dado un aspecto atolondrado. Por eso es incomprensible. ¡Sucios holandeses que han dejado a este hombre morir de miseria! No se lo perdonaré nunca. Detesto aún más a los holandeses que Baudelaire a los belgas.

—¡Vaya! —dijo la señora Forrester—. Y, sin embargo, son buena gente y hacen un excelente chocolate.

—Exacto —dijo Wilde—. Nada es completamente blanco ni completamente negro. Y, sin embargo, ¿conoce usted algo más aburrido que los pólders y los molinos de viento? Las palabras siempre significan más de lo que dicen. Por algo ese lugar pertenece a lo que se llaman los Países Bajos. Llamo burgués a todo lo que es bajo, decía el gran Gustavo. Holanda es burguesa desde hace mucho más tiempo que el resto de Europa. A Rembrandt lo mataron los burgueses, lo cual no es algo que me pueda sorprender.

Yo conocía la conversación de Wilde que atrapaba las ideas al hablar. Generalmente eso me deslumbraba y me habría quedado escuchándole durante horas. Me habría pasado la vida siguiéndole a los extraños lugares a donde su imaginación le llevaba. Sus hallazgos le proporcionaban una alegría que era compartida. Arield nos cogía de la mano, nos volvíamos ligeros como él, recorríamos el mundo a la velocidad de la luz, descubríamos la otra cara de las cosas. Pero, en este caso, yo no me preocupaba en absoluto de la pintura holandesa del siglo XVIII. Buscaba un medio de volver a llevarlo al único tema que me importaba.

Afortunadamente, su espíritu, que con una palabra volaba a cien leguas, volvía a su origen con la misma velocidad.

—Algunas personas tienen realmente suerte —dijo en el momento en que yo abría la boca—. Confieso que envidio a Holmes. Tiene un apellido magnífico.

—¿Usted cree? —dijo la señora Forrester—. No me había llamado la atención.

—¡Magnífico! —replicó Wilde—. Cuando pienso que yo tengo un nombre tan tonto como Oscar, como un perro o como un mono, y que él se llama Sherlock. ¡Ah, no! ¡No es justo! ¡Sherlock Wilde! ¡Qué bonito sería!

—¿Sherlock? —exclamó la señora Forrester—. No fue con ese nombre con el que se me presentó hace diez años.

—¿Qué? —exclamó Wilde—. ¿No se llama Sherlock Holmes?

—En absoluto —dijo la señora Forrester—. Tiene un nombre de lo más corriente. George o James. Algo así. Espere, no... Quizá Herbert. A no ser que fuera Jeremy.

—Intente recordarlo, Cecilia, ¡se lo suplico! Es un punto esencial.

—Es Jeremy, ahora me acuerdo. Sí, sí. Me había fijado que tenía un nombre bíblico. Jeremy Holmes.

—¡Bravo por eso! —exclamó Wilde, estallando en su risa entrecortada de caballero, interrumpida por rebuznos de júbilo—. Watson es todavía más inaudito de lo que yo pensaba. ¡Lo ha rebautizado! ¡Qué jeta! Le ha dejado su apellido, pero le ha cambiado el nombre. ¡Fabuloso! Cualquiera puede cambiar de apellido. Cualquiera puede coger un seudónimo. Eso no afecta a la personalidad. Es como ponerse una máscara. Pero cambiar el nombre, ¡alto ahí!, es cambiar el alma. Un tipo que se llama Jeremy no tiene el mismo carácter que un tipo que se llama Sherlock. ¡Sherlock! ¡Qué maravilla! ¿Adonde habrá ido a buscar eso? Un nombre así ya es toda una descripción. Hace un ruido de pasador que se cierra. No hay más que un hombre flaco y secreto que se llame así. ¡Qué razón tengo al decir que la naturaleza imita al arte! Holmes ya no se llamará más Jeremy. Se acabó. Jeremy era un nombre casual, elegido por unos padres sin imaginación para un bebé que se parecía a todos los bebés humanos. Aparece Watson, declara que ese nombre es un error y encuentra el bueno. ¡Hosanna! Watson es el verdadero padre de Holmes, ya que el artista es, un padre. El artista es Adán, padre del género humano, al que Dios manda que dé nombre a los animales y que nunca se equivoca; dice león delante de un león, y no conejo o pulga; dice gacela delante de una gacela, y no elefante o comadreja; dice Sherlock delante de Sherlock y no Jeremy o Herbert. De aquí a un año o dos, Holmes grabará Sherlock en sus tarjetas de visita, me apuesto lo que sea. Va a empezar a parecerse al personaje descrito por Watson, en lo que por otra parte tendrá razón, ya que un héroe de novela es más interesante que un héroe real. Seguramente, Watson va a escribir un montón de otros libros sobre él, y Holmes cada vez se parecerá más a su retrato. Watson coge a Jeremy Holmes, policía, y fabrica Sherlock Holmes, divino. ¡Qué curioso será poder volver a ver a Holmes dentro de veinte años! Será la criatura de Watson por completo. Cada vez más flaco, cada vez más maniático, cada vez más

pretencioso. No se atreverá a cambiar de gorra jamás, tocará el violín como un zíngaro, continuará inyectándose cocaína, incluso si ya se le ha pasado la afición. Mientras era Jeremy tenía un margen: podía enamorarse, dejar de fumar, jugar al *whist*, lanzarse a coleccionar sellos, inscribirse en la sociedad de ornitología. En el fondo esas potencialidades debían gustarle. La vida no es dulce cuando es incierta, cuando no se sabe demasiado bien lo que se es, cuando se tiene la vaga esperanza de sorprenderse a uno mismo un día u otro con algo que no se nos parece. Ahora que es Sherlock, se encuentra ligado a su carácter, encerrado en su destino. ¿No tiemblan ustedes, señoras, al pensar en ese pobre Holmes que vivía tranquilamente con sus pipas, su gran nariz, su jeringa, su lupa, su violín malo, su gorra, su panoplia de pequeño químico, su nombre idiota que sus padres le habían puesto en recuerdo de un abuelo idiota, y que se encuentra con ese vampiro de Watson con el que, nótenlo bien, se equivoca de medio a medio, que lo toma por un buen chico, un ingenuo al que se puede asombrar a cada instante? ¡Qué cosa más terrorífica son los artistas! Watson aterriza en la vida del pobre Holmes. Lo toca con su varita mágica, y Holmes pierde instantáneamente su viejo yo confortable, provisional, un poco fofo como todos los «yo» humanos, al que se había acostumbrado. Holmes se ha metamorfoseado, se convierte en cuadro, en estatua, en mármol, está completo, *ne varietur*, como en el día de su muerte.

—Ese Watson es un monstruo —dijo la señora Forrester—. ¡Y tiene el aspecto de ser normal! ¡Bah! —añadió mirándome—, se vive muy bien con los monstruos. A decir verdad, no he conocido más que ese tipo de gente desde hace treinta y cinco años. Me aburriría con la gente normal. Realmente, he olvidado por completo cómo son. Estoy muy contenta de todo lo que nos dice del señor Watson, querido Oscar. Será un marido encantador. ¿Verdad, Mary querida?

—¿Qué? ¿Qué dice usted? —exclamó Wilde—. ¿Un marido? ¿La señorita iba con esas intenciones? ¡Pues claro! Está tan claro como el agua. ¡Ah, las mujeres, las mujeres! Un buen día un joven pasa y, ¡hop!, lo atrapa de golpe. ¡No! ¡Qué digo no! Ese no, Mary. Déjelo. Es un artista. No le cargue un hogar a la espalda. No sea la causa de su desgracia. Necesita treinta años de tranquilidad.

—Bueno, ¿y qué? —respondió la señora Forrester—. Mary se los proporcionará tan bien como el celibato. Oscar, usted que es tan inteligente, ¿cómo se atreve a presentarnos esa vieja imbecilidad del matrimonio como causa de la muerte del artista? Mire, le voy a contar una historia que demuestra exactamente lo contrario. Usted sabe que yo he conocido muy bien al que usted llama el gran Gustave. Lo he visto veinte veces en casa de la princesa Mathilde, en donde se hacía el guapetón como ningún otro. Tengo bastantes cartas suyas, muy divertidas, llenas de bromas, como decía él, y en mi opinión con un estilo muy superior al de las novelas. Incluso he ido a su casa a Croisset, en donde pasé una semana. Allí vivía con su madre, que no era una persona especialmente extraordinaria, pero era discreta y llevaba bien la casa. Gustave no se ocupaba de nada. Vivía como en un hotel, trabajando, vagueando,

leyendo hasta las cinco de la madrugada, levantándose a las doce del mediodía. La pobre señora Flaubert muere. Él tenía una sobrina, Carolina, a la que también he conocido. Era una niña cursi, una niña mimada a la cual él adoraba y por la que habría hecho todas las locuras posibles. Ella se enamora de un tal Commanville, al que yo no habría confiado mi monedero ni un minuto, tal era su aspecto de incapacidad. Ese Commanville se lanza a los negocios. Como era previsible, en tres o cuatro años se arruina. Tenía un pasivo atroz. Era la ruina, el deshonor, los acreedores gritaban como ratas; paso por alto los detalles que no tienen nada de original. En resumen, ¿a quién van a pedir los dos o trescientos mil francos necesarios para no ir a la cárcel o largarse a Bélgica? Al tío Gustave, naturalmente. ¿Y qué hace el tío Gustave? Se los da, el idiota. Era todo lo que tenía. No puede soportar la pena de su niñita adorada —la llamaba así—. Se desprende de todo por esa cursilona y el imbécil de su marido. Sus últimos años fueron siniestros. No estaba exactamente en la miseria, pero sí en la extrema escasez, lo cual casi es peor. Pues bien, Oscar, sostengo que el pobre Flaubert ha vivido así, de un modo ejemplar, el drama del celibato de los artistas. Si hubiera estado casado, su mujer, por muy tonta que fuese (y le señalo de paso que Mary no es tonta en absoluto, que incluso es muy avispada), su mujer, estaba diciendo, le habría impedido que se arruinara por una sobrina y un sobrino que se burlaban de él, que lo tomaban por la gallina de los huevos de oro. Para un artista, es horrible ser pobre, tener que regatear, privarse de todo, tener que pensar siempre en problemas de dinero. Eso le impide trabajar. Creo que si Flaubert hubiera tenido una esposa, ésta lo hubiera protegido contra esas preocupaciones, y al mismo tiempo estaría protegiendo su obra.

—¡Blasfemo sofisma! —dijo Wilde—. Un artista no solamente tiene su obra, también tiene su vida. También su vida es una obra de arte. La ruina de Flaubert por culpa de una pareja de cretinos es algo bello, ¿no? Es grandioso. Hasta su ruina, Flaubert es un hombre de letras como todos los demás. Y además se arruina, y Flaubert se convierte en Edipo, Príamo, Ricardo II, el rey Lear. La mujer no comprende nada de eso. La mujer quiere la felicidad del otro. Entonces ella se interpone entre el hombre y la tragedia. Y la tragedia es el culmen de la vida. Subo a los cielos, dice el artista. Vas a coger un resfriado, dice la esposa, siéntate en tu despacho y estemos en paz. A veces, por la noche, me levanto espantado: soy demasiado feliz, Cecilia. Todo me sale bien. Todo me saldrá bien. Me moriría si no tuviera más que talento. La sangre del macho cabrío nunca me habría salpicado, y a mi vida le habría faltado algo. Querría tocar el fondo de la abyección, el fondo del horror. No es garabateando novelas y comedias de salón como yo tomo mi camino.

—Oscar, es usted un pesado —dijo la señora Forrester suspirando—. Pesado y presuntuoso. Nunca hay que decir que se es feliz. Toque madera. Y quédese sentado en su despacho. Es más difícil que subir al cielo. Si quiere tragedias, lea el *Morning Chronicle*, las encontrará en todas las páginas. La tragedia es algo de lo más corriente, de lo más vulgar. Polly arroja una taza de vitriolo a la cabeza de Sarah

porque le había robado al guapo de Sam, es una tragedia. Vivir trágicamente es una característica de los imbéciles. La vida es trágica. Yo me la imagino como un túnel largo, muy estrecho y muy oscuro, atravesado de cuchillos de punta. Todo lo que tenemos que hacer es evitar los cuchillos. La mayoría de la gente llega ensangrentada y andrajosa al final del túnel, pero algunas personas prudentes logran salir sin un rasguño. Eso en cuanto a la tragedia. Por lo que respecta a sus ideas de que la vida debe ser una obra de arte, me han exasperado siempre. Lo encuentro absolutamente estúpido, sobre todo viniendo de un artista. No se puede ser todo el mundo a la vez, Príamo y Homero; Ricardo II y Shakespeare. El primero en llegar es Ricardo II: con un poco de mala suerte y de estupidez ya es suficiente. El primero en llegar no es Shakespeare. Cuando hay una obra que realizar, ¿qué importancia tiene cómo se viva? Que yo, que nunca he trabajado con mis manos tuviera ese romanticismo de modistilla, sería comprensible, ¡pero usted, un escritor, un poeta! Se burlaba de mi *keepsake* ayer por la noche. Si se hubiera tomado la molestia de hojearlo, habría leído en él una frase asombrosa. Mary, pásame mi *keepsake*, por favor. Allí, encima del velador. Gracias. Mire, Oscar. Mire y medite: «Es necesario navegar, no es necesario vivir». Firmado: Pompeyo. El gran Pompeyo, muerto en el año cuarenta y ocho antes de Cristo. ¿Sabe quién la ha escrito? El emperador, con su propia mano. Qué adorable escritura, ¿no es verdad? La citaba a menudo. Creo que, secretamente, había hecho de ella su lema. En mi opinión, debería ser el lema de todo artista. ¿Por qué diablos se empeña tanto en vivir, Oscar, cuando le queda tanto por navegar? ¿Para que un alumno de Oxford escriba una pintoresca biografía sobre usted? Ni Homero ni Shakespeare tienen biografía. Creo que es el colmo de la distinción. Ojalá, mi buen Oscar, tampoco usted la tenga. Una biografía significa una serie de tribulaciones que, en el mejor de los casos, le hacen a uno perder su tiempo, y en el peor le destrozan.

Resulta divertido observar a un hombre que tiene una objeción para cada palabra que su interlocutor pronuncia y que se ve obligado a callarse porque el otro no le cede la palabra. Wilde se retorció en el canapé, abrió la boca, levantaba el dedo como un escolar, inflaba sus grandes mejillas, se pellizcaba sus gruesos labios. La irritación y la alegría pasaban como golpes de viento contrarios sobre su gran rostro regordete. ¡Pobre Wilde! En el momento en que se levantaba como un gato para saltar sobre la señora Forrester y degollarla definitivamente, se oyó un murmullo en el vestíbulo. Jenkins abrió la puerta del salón de par en par. Entraron dos testigos especiales, llevando con esfuerzo un cofre de hierro oxidado cubierto de clavos de cabeza cuadrada y de cinceladuras. Lo depositaron en la alfombra. Detrás de ellos estaban el doctor Watson y Thaddeus Sholto. Jenkins gritó sus nombres con el estilo de los ujieres de Buckingham Palace.

## CAPÍTULO SEGUNDO

*Los caballeros del clavel verde*  
*Tres pulgadas más y sería hombre muerto*  
*Dos garzas frente a frente*  
*El bastón del profesor Moriarty*

Thaddeus se encontraba como atado en su pelliza de astracán. En su rollizo brazo sostenía el gorro de conejo, como si fuera un animalito, un perro de salón al que se quiere proteger contra la maldad del mundo. Lo defendía con disimulo, volviéndose cada vez que Jenkins intentaba quitárselo, pero no pudo conservarlo durante mucho tiempo, como tampoco la pelliza, pues la señora Forrester, que era friolera, hacía reinar en la casa un calor de invernadero. Yo me sentía muy enternecida, ya que el doctor Watson se había puesto en mi honor su mejor traje: un chaqué negro con forro de seda, una corbata gris de nudo ancho, una camisa con cuello amplio, un pañuelo en el bolsillo, una camelia en el ojal y un pantalón a rayas, pero este bello atuendo era una ropa de tarde perfectamente desplazada a medianoche. Se esforzaba por estar contento, por conseguir entusiasmarse, pero no lo lograba. Yo tampoco lo conseguía. La llegada del cofre, los policías jadeando bajo su peso, me había helado. El placer que acababa de experimentar escuchando a Wilde había desaparecido. Era evidente que por lo pesada que era, esa horrible caja debía de estar repleta de riquezas. Y eso significaba que el doctor Watson iba a decirme adiós en unos minutos. El único hombre que en veintisiete años me había gustado, el único cuya imagen, misteriosamente, había recubierto en mi corazón la de mi padre, se apresuraba a salir de mi vida. Sólo habría pasado un día y medio y, con el sincero deseo de hacerme bien, no me habría deparado más que mal. Preveía que en los treinta años que me separaban de la vejez, no tendría el tiempo suficiente para echar de menos ese rostro honesto, esas grandes manos, ese calor, esa dulzura, suponiendo que no me muriese antes de pena.

Wilde, apenas divisó al doctor Watson, corrió hacia él con esa espontaneidad, esa vivacidad que no extrañan más que a los nuevos ricos. Uno de los aspectos encantadores de Wilde era la imposibilidad de guardarse para sí una buena noticia, tenía que anunciársela lo antes posible a la persona interesada, como si fuera un bello regalo que no podía retener ni un minuto. Desde el final del salón gritó al doctor Watson que su novela era extraordinaria, más que extraordinaria, archiextraordinaria, que estaba muy contento de haber leído un texto tan extraordinario, que su autor tenía de qué estar orgulloso, y que hablarían de ello enseguida, que entrarían en detalles, dado que en materia de literatura solamente las críticas de detalles son útiles. ¡Sí que tenía que estar preocupado el doctor Watson! Esta acogida, que habría elevado de

felicidad a cualquier principiante, no consiguió arrancarle más que una pobre sonrisa distraída.

En todo caso, una persona no estaba melancólica: era Thaddeus Sholto. Estaba ebrio de esnobismo. Esto se traducía en una agitación, una risa contenida, una multiplicación de tics, unas reverencias inmotivadas, unas sonrisas de fotografía. No acababa de creerse que había sido recibido en una noble morada de Mayfair, que se encontraba en un salón tan suntuoso, debidamente invitado por una dama del gran mundo, en compañía de un hombre de letras famoso. La felicidad le desconcertaba hasta el punto de que después de haber besado la mano de la anfitriona, besó la mía, que era la de una doncella y una joven. Seguramente los santos no muestran un embelesamiento mayor cuando entran en el paraíso. Yo temía que esas demostraciones pudieran no resultarle muy divertidas a Wilde, pues, por muy amable que fuera, en ocasiones podía demostrar algo de ferocidad. Espiaba la aparición de la ironía en sus labios para volar a ayudar a Thaddeus, que a mis ojos era una persona sagrada, pero contra toda esperanza, la ironía no apareció. ¿Se encontraba todavía bajo el impacto de la lectura del manuscrito del doctor Watson que, porque le había gustado, le había penetrado de bondad por una noche? Tuve la extraña impresión de que las monerías de Thaddeus, lejos de irritarle, le inspiraban una especie de divertida indulgencia, como si entre ellos hubiera habido una complicidad o un lazo de familia. Un detalle todavía más curioso: cuando lo presentaron a Wilde, Thaddeus cambió de actitud. Se volvió como si fuera un palomo que infla el buche. Los dos hombres se miraron fijamente, casi pensativamente, como las personas que se vuelven a ver después de una separación, o como conspiradores que comparten un secreto. Incluso se dieron la mano como los franceses o los americanos, y me pareció que sus manos permanecieron unidas un segundo más de lo que habría sido necesario. Después Thaddeus exclamó que este encuentro le encantaba, que él era un gran admirador de Wilde, y que había leído cosas exquisitas suyas. Sin duda alguna, ésta era una tarde señalada. «Cosas exquisitas», «tarde señalada»... Miré de nuevo por el rabillo del ojo a Wilde, quien no dejaba de poner mala cara a ese tipo de clichés, y no lo disimulaba a pesar de conservar su expresión amistosa. Me sentí dichosa: él había descubierto el buen corazón bajo la envoltura desconcertante. Esta perspicacia no me extraña en él. Le agradecí que no hubiera dejado en ridículo a un hombre que, en mi opinión, se había comportado como poca gente era capaz de hacerlo. De todas formas, exageraba un poco en amabilidad: Thaddeus, con una multitud de circunloquios acentuados por guiños de ojos, con temblequeos de las manos, con sonrisas de chimpancé, solicitó del ilustre poeta que visitara un día de esos su humilde ermita, con el fin de que le escribiera dedicatorias en los volúmenes de sus obras, que tenía en la biblioteca y, al mismo tiempo, enseñarle algunas curiosidades, entre otras un cuadro del maestro Gérôme singularmente sugestivo. Yo me esperaba uno de esos rechazos a la vez graciosos y cortantes con los que Wilde se quitaba de encima a los pelmas. ¿Es posible imaginar que, por el contrario, aceptó y anotó cuidadosamente en su agenda

la dirección de Thaddeus?

—Es delicioso, divinamente decadente y de fin de siglo, ese clavel verde en su solapa —dijo Thaddeus—. ¡Dios mío, qué sutil toque de color ácido! Había oído hablar de esos claveles verdes, así como de cierta sociedad de los caballeros del clavel verde, pero creía, perdone mi rusticidad, que se trataba de habladurías, de murmuraciones, de cuentos de hadas para personas mayores...

—Pues bien, no es así —dijo Wilde—. Tenga —añadió, sacándose la flor de su solapa y clavándola en la de Thaddeus—. Yo le hago caballero del clavel verde.

—¡Qué honor, qué alegría! —exclamó Thaddeus haciendo carantoñas—. Pero perdonadme la gran libertad, señor: ¿no se acompaña con un beso el solemne acto?

—¡A mis brazos caballero Sholto! —dijo Wilde riéndose y sin tener ningún reparo en posar sus labios sobre el cráneo calvo de Thaddeus.

Decir que yo estaba boquiabierta es poco. Esta escena extravagante me hizo caer en el estupor y en el desprecio. ¿A qué venía este interés repentino por Thaddeus? Si alguien se merecía que un gran hombre como Wilde le distinguiera haciéndole entrar en afectuosas bufonerías, ése era el doctor Watson. Si el ser nombrado caballero del clavel verde comportaba tanta gloria, ¿no era al doctor Watson a quien correspondía esa distinción? Pero, aparentemente, el doctor Watson ya no existía. El gnomo de Pondichery Lodge, con su cabezota y sus pavoneos de palomo, se había apoderado de todo el espacio. Me volví hacia la señora Forrester pensando que compartiría mi asombro. Pero no lo compartía. Más bien parecía burlona. Me rodeó los hombros con su brazo y dijo a Wilde que era una pena que el marqués de Custine no fuera ya de este mundo, pues habría sido por lo menos comendador del clavel verde.

—¡Gran Maestro de la Orden! —exclamó Wilde—. ¡Gran Maestro! ¡Ah! ¡Custine! He ahí a alguien que ha hecho de su vida una obra de arte, y que ha sufrido por ello...

—Con dos o trescientos mil francos de renta, se sufre bastante cómodamente —dijo la señora Forrester—. Eso también contribuye al éxito de la obra de arte.

—*Madame*, permítame que le exprese mi admiración —dijo Thaddeus—. ¡Qué gran anfitriona es usted! ¡Qué grandeza de espíritu!

Transmito textualmente esas palabras, de las que no comprendí ni gota y que, todavía ahora que las escribo, son chino para mí. Thaddeus pidió a Wilde que le dijera dónde se podían encontrar los famosos claveles. Sólo un florista en Londres los vendía, en Jeremy Street. Thaddeus aseguró que al día siguiente a más tardar compraría una caja entera. Tantas molestias por una cosa tan fútil tenía algo de irreal. Pero yo formulaba ardientes ruegos para que esta absurda conversación durara mucho, mucho tiempo. Pero, por desgracia, la realidad era la de la sala. Aquellos bravos policías, acostumbrados a no extrañarse de nada, o intimidados por el esplendor del salón, consideraban a la señora Forrester y a sus invitados por impasibilidad. Sólo a dos personas nos importaba la apertura del cofre: a Thaddeus y a mí. Mejor si él prefería, por razones misteriosas, charlar con Wilde. Cada minuto

que pasaba era un minuto de felicidad o de esperanza perdida. Yo era pobre todavía. Nada estaba decidido. Creo que Watson compartía ese sentimiento. Tampoco él parecía tener prisa en que contemplase mi parte del tesoro. Nos cambiamos miradas desoladas por encima de ese abominable cofre que nos separaba como los barrotes de una prisión, como un precipicio, como un océano. ¡Qué tontería es la sociedad y sus prejuicios!

Las cinceladuras del cofre, en cuanto el óxido permitía distinguirlo, eran tan numerosas que ni una pulgada estaba libre de ellas. La profusión es la característica del arte hindú, cuya mezcolanza siempre me ha disgustado un poco. Había danzarinas con dedos retorcidos, divinidades de seis brazos, cabezas sonrientes, flores, cazadores disparando con el arco, animales, todo esto enmarañado, entrecruzado en un laberinto de dibujos. El largo cuerpo estilizado de un tigre se deslizaba sobre las paredes laterales y mordía de una forma extraña el extremo de su cola encima de la cerradura. Esta formaba una placa ancha como las dos manos sobre la que había grabada una figura de Buda sentado, acoplada al cofre con tal exactitud que se habría podido decir que no era más que uno de sus ensamblajes. Unas sentencias con esas formas hindúes planas y haciendo bucles, que casi había aprendido a descifrar durante mi infancia en Calcuta, atravesaban las figurillas expresando, me imagino, pequeñas tonterías sobre la moral, medio herméticas, medio alegóricas que los hindúes aprecian tanto.

—¡Qué cofre más curioso! —dije con una voz lúgubre.

—¿Verdad que sí? —respondió Watson en el mismo tono—. Es un trabajo del siglo XVIII. De Benarés, diría yo.

No habíamos hablado muy alto, pero fue suficiente para atraer la atención de Thaddeus, que se volvió hacia nosotros y declaró que, quizá, si la honorable compañía no veía ningún inconveniente, podríamos mirar lo que encerraba esa hucha. La habían recuperado hacía una hora, nos contó, después de una persecución peligrosa, pero novelesca sobre el Támesis, en una chalupa de vapor llamada *La Aurora* que volaba como el viento. Sherlock Holmes había llevado muy inteligentemente todo el asunto, acompañado de una bestia grande y arrogante de Scotland Yard llamada Jones, que desde el principio había hecho tontería tras tontería y que, a fuerza de fracasos, había acabado siendo flexible como un guante. El cofre era testigo. El tal Jones había aceptado, aunque era algo muy irregular, que el doctor Watson y Thaddeus lo llevaran a casa de la señora Forrester y que se abriera delante de la señorita Morstan. Era una sorpresa que ofrecían a la señorita Morstan; se la tenía bien merecida, la pobre. Holmes, como un verdadero caballero, había exigido que ella fuera la primera en ver el resplandeciente montón de diamantes y de monedas de oro cuya mitad iba a hacer de ella el más rico partido de Londres y, con la otra mitad, permitiría a Thaddeus adquirir algunos Meissonnier y algunos Bouguereau para embellecer su Tebaida.

¿Estaba yo excepcionalmente receptiva o Thaddeus narraba con arte, a pesar de sus preciosismos, sus fiorituras retóricas y sus digresiones? Veía como si estuvieran

allí, el Támesis, los depósitos, el East End y sus casas de ladrillos escamosos, la noche, las grandes chalupas negras amarradas, las linternas de acetileno de la motora de la policía, la popa de *La Aurora* que se acercaba. Distinguía una extraña pareja en el puente de *La Aurora*, compuesta por un horrible monstruo de cuatro pies de altura y un hombre barbudo y atlético con una pata de palo. En la motora de la policía, Holmes gritaba a los mecánicos que atizaran las calderas, que quemaran el barco si era necesario. Entregaba un revólver al doctor Watson, y yo me estremecía: si el doctor Watson tenía necesidad de un revólver, eso quería decir que el peligro rondaba a su alrededor. La noche era clara. Podía ver las orillas del río: el Pool, los depósitos West India, Deptford Reach, la isla de los Perros. En Greenwich, *La Aurora* ya no estaba más que a cien yardas. En Blackwall, sólo la separaban ochenta. En el puente de *La Aurora*, el hombre barbudo agitaba los brazos de una forma extraña, como si arrojara lastre al agua. La persecución acabó entre Plumstead y Barking Level. De pie, el barbudo, manteniéndose con dificultad sobre su pata de palo, levantaba los dos puños lanzando injurias. Los dos faros de acetileno de la motora de la policía lo enfocaban de lleno. A su lado, el pequeño monstruo se llevaba a la boca un pedazo de madera, como si fuera a tocar la flauta. «¡Cuidado!», grita Holmes, dando un empujón en la espalda al doctor Watson y disparando. El pequeño monstruo se desploma como un saco. «Mire, allí», dijo Holmes al doctor Watson señalándole el entablado de la escotilla. «Sólo tres pulgadas más y sería usted hombre muerto». Este cliché de novela de aventuras, en vez de hacerme reír, me llenó de espanto, realmente la muerte había rozado al doctor Watson en forma de una astilla envenenada que el pequeño monstruo había lanzado con la ayuda de su cerbatana. Me vino a la mente el gesto de Watson cuando sacaba algo de la sien de Bartholomew Sholto. Durante un segundo me imaginé a Watson rígido, lívido, los ojos vueltos, su bello rostro transformado en cabeza de Medusa. Cualquiera otra persona en mi lugar, ante esta evocación, se habría desmayado. Pero el amor, menos que ninguna otra cosa, no toma en mí esa forma poética. El miedo retrospectivo que había sentido al escuchar a Thaddeus me había encendido de furia, tanto como una madre que se entera de que su hijo ha estado a punto de morir por una tontería. Necesité mucho control de mí misma para no propinar a Watson un buen par de bofetadas.

—¿Vamos a ver por fin ese tesoro? —dijo la señora Forrester—. ¿Dónde está la llave?

No hay llave. El hombre barbudo, al verse atrapado, la había arrojado al Támesis. Se lo dijo a Holmes con insolencia, añadiendo que después de haber sido despojado de su parte del tesoro por esta canalla gente honesta, lo mínimo que podían hacer era trabajar un poco. El doctor Watson sugirió que forzaran la cerradura con el atizador de cobre de la chimenea. Uno de los agentes se puso a hacerlo, sin poder evitar el estropear el delicado Buda.

—El señor Moriarty —anunció Jenkins con voz chillona, al tiempo que abría la puerta del salón—. El señor Sherlock Holmes.

Nuestras cuatro cabezas, inclinadas sobre el cofre, se levantaron. ¡Qué diversión más apasionante! Todavía me procuraba algunos segundos de remisión. Creo que lancé un pequeño suspiro. Me volví con interés para ver a los recién llegados. Hay que admitir que era algo como para suscitar la curiosidad. No había olvidado la historia del cofrecillo de Fabergé ni el papel que, según parece, había jugado el profesor Moriarty en esa historia. ¿Quién tenía razón, Holmes que pretendía que era un genio del crimen o la señora Forrester que lo consideraba un pesado? ¿Era en realidad lo uno y lo otro, lo cual habría podido perfectamente ser factible? ¡Qué coincidencia que los dos enemigos llegaran a la vez, se encuadraran a la puerta del salón y fueran anunciados conjuntamente por Jenkins!

—¡Aquí están sus invitados para el ponche de las once! —cuchicheé al oído de mi señora—. ¡Por eso ponía usted tanto empeño en que yo viniera! ¿Quién más tiene que venir todavía?

—Cariño —murmuró con una ligera risa—, para una vez que doy una velada que se sale un poco de lo ordinario, ¡no me va a buscar las cosquillas!

Se fue volando hasta donde estaban Holmes y el profesor Moriarty, los dos de pie, cara a cara, como dos garzas, igual de altos y de delgados, pero Holmes tenía un porte severo, mientras que el otro hacía como si tuviera prisa. Era un hombre guapo a pesar de todo, a pesar de la curva de su barriga. Tenía una frente despejada, anteojos, unas manos largas de las que seguramente se sentía orgulloso, pues las movía con lentitud, como para exponerlas a la admiración del público, y una sonrisa mundana acompañada de una mirada escudriñadora que yo había aprendido a reconocer a lo largo de seis años. Holmes se contentó con inclinar la cabeza: el profesor Moriarty tomó la mano de la señora Forrester entre las suyas y la besó apasionadamente. A continuación soltó una parrafada hiperbólica a propósito de la emoción que experimentaba al encontrarse en el salón más distinguido de Londres. ¡Qué etapa en su vida! Al recibir la tarjeta de la señora Forrester hacía un rato, no podía creerlo. Lo que anhelaba desde hacía quince años, el culmen de su carrera, y con lo que ayer mismo no se atrevía a soñar, le llegaba de repente. Sorpresas así podían matarlo. ¡Qué pena tener tantas obligaciones y en particular esta noche! Como era imposible anular las otras invitaciones en el último momento, había tenido que hacer acrobacias para poder venir un cuarto de hora entre una cena en casa de los Chamberlain y un cotillón con la princesa de Gales. Sentía enormemente tener que hacer esta visita relámpago.

—Adopte mi fórmula —le dijo Wilde—. Me sirvo de ella por lo menos tres veces por semana: «El señor Wilde no podrá disfrutar de su compañía a causa de un compromiso ulterior».

—¡Ah, ah! ¡Muy divertido! —exclamó el profesor—. Me temo que una insolencia de este estilo esté por encima de mis posibilidades: no me volverían a invitar en ningún sitio.

Hablaba con una pizca de acento que consistía en apoyar las palabras sobre la primera sílaba y alargar las eras un poco más de lo necesario. Aunque tenía la

educación y las maneras de un caballero, habría jurado, que no era inglés. Había algo imperceptiblemente antojadizo y exagerado en él, tanto en el lenguaje como en la manera de vestir, que no era de nuestro país. Venía de Europa Central, de Rumania o de Bohemia.

—Señor Holmes —dijo, graciosamente, la señora Forrester—, estoy encantada de volver a verle. Gracias por lo que ha hecho por mi querida Mary, que ha sido extraordinario según he podido saber. Pero no me extraña en usted. Es usted el Napoleón de la policía.

El rostro de Holmes se iluminó. Creo que a este hombre desconcertante, a pesar de sus pretensiones, le importunaban sinceramente las alabanzas; no las aceptaba más que de una persona en este mundo, de mi señora. Estimaba mucho más su aprobación que la de sus iguales, más que el renombre, más que la gloria. La trataba casi como un enamorado, diría yo. Pero la modestia que mostraba era tan grande que se impuso al placer, a no ser que esta modestia lo alimentara, ¿quién puede conocer los sentimientos de estas naturalezas secretas? Respondió que se había limitado a un pequeño trabajo de análisis, de deducción y de investigación completamente elemental.

—El señor aquí presente —dijo, dirigiendo una mirada extraña en la que había a la vez odio y complicidad al profesor Moriarty—, el señor aquí presente, en circunstancias similares, seguramente habría llegado a la solución en la mitad de tiempo que yo.

—Ignoro de qué se trata, pero estoy seguro de que no —dijo el profesor con su sonrisa estereotipada y mirando a otro lado—. Yo no soy un Napoleón de la policía, como dice tan encantadoramente nuestra bella amiga. Soy sólo un pobre matemático, un sabio distraído y siempre en la luna.

—Señor profesor, perdóneme si le contradigo —dijo Holmes—. No se es un pobre sabio siempre en la luna cuando se escribe como usted lo ha hecho, a los veinte años, un tratado sobre el binomio de Newton, que ha tenido resonancia en toda Europa y que le valió a su autor una cátedra de matemáticas en Oxford.

El profesor Moriarty soltó una risotada muy británica y dio las gracias a Sherlock Holmes por estar tan al corriente de sus pequeños trabajos. Holmes le respondió, bajando los ojos, que todo lo que concernía a una personalidad tan importante le interesaba.

—¿Qué más le interesa? —dijo el profesor, cuyos ojos, por una vez, permanecieron durante un rato fijos en su interlocutor.

La cerradura del cofre con la que desde hacía un momento luchaban los agentes, emitió un estallido seco. El doctor Watson soltó una exclamación. Por muchos años que viva, nunca olvidaré ese grito. Era la expresión misma de la liberación. Era el grito del marinero de Cristóbal Colón cuando vio tierra. Supe inmediatamente que el cofre estaba vacío. Y también supe que nunca lo había dudado, pues conocemos nuestro destino como conocemos nuestro cuerpo, vagamente, confusamente, pero sin

error. En el destino que se había asignado había un lugar para la felicidad, pero no para la riqueza. Nadie me lo había dicho ni había tenido una revelación sobrenatural. Lo sabía, eso es todo, como sabía que nunca sufriría migraña, ni reumatismo, ni enfermedades pulmonares, ni del estómago.

Todos se dirigieron hacia los agentes. Efectivamente el cofre no contenía nada. Era tan pesado porque su blindaje de hierro tenía un espesor de una pulgada. Oí exclamaciones. Thaddeus repetía cómicamente, como si fuera un personaje de Moliere: «¡Mis Bouguereaux! ¡Mis Paul Delaroche! ¡Mis Helleu! ¡Mis Boldini!». Holmes le decía al doctor Watson que por fin «comprendía el por qué de los gestos de Jonathan Small: el lastre que arrojaba al Támesis no era otra cosa que los diamantes y los rublos del cofre». La señora Forrester me abrazaba y me decía: «Pobrecita mía». Wilde, que adivinaba perfectamente mi alivio, me dirigió una bonita sonrisa, una verdadera sonrisa de amigo de confianza, que no juzga, que dice solamente: «Después de todo, si eso te alegra, yo me alegro contigo». El profesor Moriarty, apartado del grupo, mostraba tal indiferencia que resultaba de mala educación. Sacó del bolsillo de su chaleco con florecillas bordadas un reloj extraplano de oro blanco, lo miró durante un buen rato, como si el hecho de leer la hora en una esfera fuera un trabajo que movilizara todas sus facultades intelectuales. Me acerqué a Watson, que tenía un rostro resplandeciente. Todas las miradas se dirigieron hacia mí. Había que romper el encanto. Me di cuenta que debía hacer una declaración.

—Y bien —dije con una ligereza de muy buen tono—, el tesoro se ha perdido.

Me contuve para no añadir: ¡Que continúe la fiesta! Mi corazón bailaba. Tenía ganas de reír. Sin embargo, me contuve: habría parecido algo forzada. Hay que acoger con una gravedad razonable la pérdida de doscientas cincuenta mil libras esterlinas, si no queremos ser censurados de afectación. El murmullo y las exclamaciones comenzaron de nuevo.

—¡Gracias, Dios mío! —murmuró Watson a mi oído.

—¿Por qué dice eso? —le pregunté con una sonrisa maliciosa.

—Porque está de nuevo a mi alcance —susurró aprisionando mi pequeño puño helado en su gran mano suave—. Porque la amo y por fin puedo decírselo. Porque ese tesoro, esa riqueza era un muro entre usted y yo. Porque el muro se ha derrumbado.

—¡Lo que faltaba, señor! —le respondí riéndome en voz baja—, ¡lo que faltaba, dar gracias al Señor por haberme arruinado!

—Perdón —dijo—. Soy un egoísta. ¡Pero si supiera lo que me ha pesado ese tesoro! Tengo la impresión de salir de la noche. Por supuesto —añadió con tristeza—, ¡yo no valgo doscientas cincuenta mil libras!

—¡Mentiroso! —susurré—. Usted vale mucho más. Y lo sabe muy bien. Yo también digo: ¡gracias, Dios mío!

—Querida *madame* —dijo el profesor Moriarty dirigiéndose a la señora Forrester—; le ruego me disculpe, como sus encantadores amigos, pero no hay que hacer esperar a la princesa de Gales, que es una persona real. Me voy. Gracias por

esta invitación deliciosa que me ha permitido encontrar al señor Wilde, que sabe todo sobre todo, y al señor Holmes, que sabe todo sobre mí. Es importante que nos volvamos a ver, señor Holmes. Si le falta una pequeña información sobre mis modestos trabajos, estaría hencantado de prporrrcionársela.

—Gracias —dijo Holmes—, creo que mi *dossier* está completo. Pero sin duda nuestros caminos se volverán a encontrar.

—¿Crree usted? —dijo el profesor Moriarty con su sonrisa estereotipada—. Apante de la divina señora Forrester, no tenemos relaciones comunes.

—¿Crree usted? —repitió Holmes imitando con insolencia el acento de su interlocutor.

El profesor Moriarty mostró una ofuscación tal que me esperaba que saliera de su boca la célebre frase de la reina, que ha helado a tantos bromistas: *We are not amused*, pero esta actitud no duró más de unos segundos. La sonrisa volvió. Holmes bajó los párpados rojos. La señora Forrester tocó la campanilla. Una de las cualidades más extrañas de Jenkins consistía en adivinar, según la manera de sonar de la campanilla accionada por el cordón de tapicería, lo que se esperaba de él. Su oído no le engañaba prácticamente nunca. Apareció, trayendo la chistera, los guantes, la capa y el bastón del profesor Moriarty. Ignoro por qué este bastón atrajo mi atención. Tenía en el puño una cabeza de gato de oro rematada por una corona condal. Mentalmente me hice la reflexión de que no debía ser muy cómodo sujetarlo, a causa de los florones puntiagudos. No era la única a quien intrigaba este instrumento. Holmes entreabrió un párpado y le dirigió una mirada penetrante aunque breve.

Una vez que la gran puerta se cerró tras el profesor Moriarty y nos sentimos entre amigos, me rodearon, me compadecieron. La señora Forrester dijo que la fiesta que me había preparado finalmente no había tenido mucho éxito. Pero yo ya estaba cansada de contenerme. Tenía demasiadas ganas de reírme, demasiadas ganas de mostrar mi alegría para resistir más tiempo.

—Se lo ruego —dije—, no estén más tristes que yo. No hay mal que por bien no venga —añadí con una tierna sonrisa que su destinatario entendió muy bien—. Cuando estaba en el pensionado de Edimburgo, me habían repetido tantas veces que el dinero no hace la felicidad que había acabado por convencerme de que no se puede ser a la vez rica y feliz.

—Lo que está diciendo es una solemne tontería, querida Mary —dijo la señora Forrester—. Se dará usted cuenta cuando tenga mi edad. Tendrían que encerrar a Maggy McLamuir por corrupción de menores.

—¡Ah, *madame*! —respondí—, déjeme ser estúpida, ¡es tan agradable! Usted tiene todo. Usted ha tenido todo. Pero usted es una excepción. La mayoría de la gente tiene que elegir; creo que casi siempre eligen lo que es malo para ellos. ¡Qué suerte cuando el destino o la Providencia elige en lugar de uno! Lo que nunca hay que hacer es rebelarse. No tengo dinero. Voy a tener la felicidad. Salgo ganando. Perdón, señor Holmes. Lo que estoy contando no es muy agradable para usted, después de lo que se

ha esforzado para encontrar mi tesoro. Sé muy bien que debería tener una expresión de catástrofe. Pero es más fuerte que yo, no puedo hacerlo de otro modo.

Era un buen hombre, Sherlock Holmes. Mi exuberancia no le molestaba en absoluto. Al contrario, me englobaba con el doctor Watson, al que dirigía todas sus confesiones disfrazadas, con la misma mirada irónica y benévola. Enseguida me confirmó que no era tanto su orgullo lo que ponía en el buen resultado o en el provecho de una investigación como en el descubrimiento de la verdad, y que gracias a esto, una vez que lo había conseguido, tenía el sentimiento de haber restablecido el orden del mundo que esta injusticia había alterado durante un momento. Se sentía recompensado ampliamente cuando se le daba la oportunidad de ejercer sus facultades de deducción, por las que llegaba en abstracto del efecto a la causa, del crimen al móvil y finalmente al criminal. Nunca dejaba ningún jeroglífico sin descifrar y raras veces volvía de su caza con el morral vacío. En este caso yo había dado en el clavo: mi asunto, en el plano policial, era el equivalente al teorema de Fermat que nadie había podido demostrar.

## CAPÍTULO TERCERO

*Un viejo gamo*

*Los condes Morathy expulsados de Hungría junto con Kossuth*

*Encuentro de un chacal y de una hiena*

*Asesinato en Oxford*

*Los misterios de Londres*

*La revolución de los Cipayos*

*Los monos del fuerte de Agra*

—¡Ese Moriarty me ha matado! —suspiró la señora Forrester, que como mujer de mucho tacto interrumpía a la gente en el momento en que comenzaba a ponerse pesada—. Me he acordado de que usted me había hablado de él en otras ocasiones. Usted decía que era un monstruo y yo que era un pesado. No me puedo creer que ese viejo verde haya tenido que ver con el robo de mi Fabergé. En todo caso, ha hecho carrera desde hace diez años. ¡Hasta asistir a los cotillones de la princesa de Gales! ¡Por favor! ¿Se puede ser un monstruo cuando se es un pesado?

—Por supuesto —dijo Wilde—. Se ha calumniado mucho al bien en estos últimos años. Le aseguro que el mal ya no es lo divertido que era antes.

Según Holmes, al convocar la señora Forrester al profesor Moriarty esa noche a su casa, había tenido una de esas intuiciones que tanto le habían impresionado después de su primer encuentro. La intuición —explicó con el tono dogmático que empleaba conscientemente— era tan importante como la deducción. Porque, a fin de cuentas, reflexionemos: ¿por qué invitar a Moriarty? A primera vista era completamente ajeno al tesoro de Agra. La señora Forrester apenas le conocía. Y mira por donde esta mujer ingeniosa —esas fueron las propias palabras de este hombre que en general era bastante avaro para los cumplidos—, mira por donde esta ingeniosa mujer, que tenía suficientes razones para mantener distante a un individuo de esta clase, había sentido el impulso de mandarle una invitación. Él, Holmes, ante algo tan admirable se quedaba boquiabierto.

—¡Bah! —dijo la señora Forrester—, siempre se me ocurren ideas descabelladas. Según usted, ¿el talento estaría en llevarlas a cabo?

—¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! ¡Exactamente! —exclamó Wilde—. Excelente definición. ¿Qué acento tiene su discípulo de Thomas de Quincey? Se parece al acento de Hertfordshire. Pero Moriarty no es un nombre de esa región...

Esta observación alegró a Holmes, quien en silencio se rió irónicamente. El profesor era de origen húngaro, dijo, y en realidad se llamaba Morathy. Su padre, el conde Morathy, propietario de un gran dominio en la *puszta*, era uno de esos aristócratas liberales y patriotas que pueden convertirse en uno de los más peligrosos

revolucionarios, al ser más intransigente que los obreros para hacerse perdonar su origen social. Era amigo de Kossuth, al que conocía desde su infancia, y quien había seguido en sus diversas fortunas, votando con él por la independencia de Hungría, organizando la armada nacional, proclamando la caída de los Habsburgo y acabando en el exilio, evidentemente, después de la expedición del mariscal de campo Windischgrät en 1849. El pobre Moriarty fue a parar a Londres junto con su gran amigo Kossuth y su familia, arruinado, pues el gobierno austríaco había confiscado sus castillos, su *puszta* y sus campesinos. Su hijo, que se convirtió después en el profesor Moriarty, era entonces un adolescente. Las tragedias por las que había pasado, la súbita miseria en la que se veía después de haber conocido una opulencia feudal, le llenaban de amargas ideas de revancha, no contra el emperador Francisco José sino contra el mundo en general y contra los hombres. En Hungría, en su *puszta* vivía como un joven príncipe, rodeado de preceptores franceses y de una multitud de criados. Esta existencia le iba muy bien; le permitía realizar las pequeñas crueldades que se le pasaban por la cabeza, pues era propenso a la perversidad. Este carácter, que tenía un algo de poético y de oscuro, se acompañaba de una forma extraña por un don especial para las matemáticas. Una de las cosas que más le entristecieron cuando se encontró en medio de las dificultades, en una ciudad extranjera, fue el verse privado de preceptores capaces de empujarlo en esta asignatura. Ninguna amistad le unía a su padre, al que consideraba un ingenuo idealista y a quien despreciaba por haber sido vencido. Las ideas liberales y de emancipación que les habían llevado de un palacio húngaro a un entresuelo de Bermondsey le indignaban. El espectáculo lamentable de los refugiados políticos que Londres acogió en gran número en aquella época hacía todavía más firme su sentimiento de que nada es más fútil que las revoluciones, las aspiraciones generosas de la izquierda, el patriotismo, el amor al pueblo. Tenía diecisiete años, edad en la que uno se fabrica una filosofía para toda la vida. La suya era de lo más pragmático. Se enunciaba más o menos de esta manera: la sociedad es una enorme máquina de vapor construida por un ingeniero demente. Si intentamos cambiarla radicalmente nos machacamos o quedamos lisiados. Más vale estudiar su mecanismo a fin de poder accionar las palancas en nuestro propio provecho. El mundo es de los egoístas, de los individualistas, de los rapaces, de los cínicos que lo hacen trabajar para ellos y no de los imbéciles del estilo de Kossuth y de papaíto, que trabajan para él.

—Pero, dígame —exclamó la señora Forrester—, ¿su Moriarty o Morathy no es tan tonto! Creo que está empezando a caerme simpático. ¿Cómo ese joven tan brillante se ha convertido en un viejo gamo?

Era una larga historia. Sherlock Holmes se sentía tan orgulloso de haberla reconstruido y tan adulado al poder exponerla ante un auditorio elegido que ni siquiera preguntó si deseábamos escucharla. En el fondo, esos relatos que hacía después de sus investigaciones eran su verdadera recompensa. Encontraba en ello la misma recompensa que un sabio al comunicar su último descubrimiento ante la

Academia de las Ciencias. Así pues, habíamos dejado al joven Morathy en un entresuelo mísero en Bermondsey donde devoraba las novelas de Balzac, muy de moda en 1850, sobre todo en Europa Central. Se tomaba por un Vautrin. Un Vautrin joven y guapo, escapado de la cárcel austro-húngara, uno de los mejor dotados para el álgebra, la geometría y el cálculo integral, atiborrado de orgullo y de energía. Su desprecio hacia su padre aumentaba cada día. Ese cuarentón malparado le había repetido demasiadas veces que había que «comprender su tiempo», es decir, ¡odiar el triunfo de las ideas nuevas, poner toda su esperanza en un porvenir radiante, acompañar a la historia en su marcha irreversible! Resultado, las nuevas ideas habían sido barridas por todos lados y sus sostenedores masacrados o encarcelados, la Historia se había vuelto sobre sus pasos y el porvenir se anunciaba mucho peor que el pasado, por lo menos para los patriotas húngaros. ¿Cuál de los dos Morathy comprendía mejor su tiempo? ¿El viejo que, como los emigrados franceses de antaño no habían olvidado ni aprendido nada, o el joven que fríamente había aprendido la lección de una catástrofe de la que no era responsable? Pero no todo consistía en comprender su tiempo: había que comprender también el lugar en el que se encontraban. El joven Morathy se dio cuenta enseguida de que en Inglaterra, al contrario de Francia, no se siente ninguna curiosidad por los extranjeros, especialmente por los extranjeros sin un duro, por muy condes del Imperio que fuesen. Cambió Morathy por Moriarty, lo cual consternó a su familia, pero a él le importaba un bledo. Esas gentes le daban asco. Su pobreza heroica, su madre que ya no se cuidaba las manos y a la que le blanqueaba el cabello, sus hermanas que se hacían la cama ellas mismas, su padre que pasaba el tiempo entre la biblioteca del Museo Británico y las estériles conversaciones entre los rescatados de Budapest o de Viena; todo eso le inspiraba una indignación que se convertía en odio. Sólo deseaba una cosa: marcharse, abandonarles en su miseria, no volver a verles nunca más. Eran la imagen de la mala suerte y de la desgracia. Le exasperaba hasta su buen humor. La situación en que se encontraban y a la que les había llevado su ligereza, no era como para reír.

Al no poder recibir ya más clases de matemáticas, las daba él y ganó un poco de dinero que se cuidó bien de no llevar a su casa. Su distinción de joven noble gustó a las madres de los malos alumnos, quienes lo recomendaron entre sus amistades sin preocuparse de si era o no buen pedagogo. Al cabo de cuatro meses tenía suficiente dinero para atravesar el Támesis. Dijo adiós para siempre a Bermondsey y a los desafortunados Morathy, que lloraban al pensar en las duras pruebas que le esperaban. Alquiló una habitacioncilla miserable, perfumada con excrementos de caballo al estar encima de un establo, en la que se ahogaba en verano y se helaba en invierno, pero que estaba situada en una callejuela de Knightsbridge. Lo primero que hizo fue encargarse de tarjetas de visita mencionando esa dirección lisonjera. Estaba seguro de que al dejar a sus desastrosos padres se había alejado de la desgracia, y que todo le iba a sonreír. Y en efecto, todo le sonrió. Las tarjetas de visita le

proporcionaron unas relaciones de alto copete. En su casa estudiaba matemáticas hasta el amanecer con la obstinación de un artista pobre que no piensa más que en su obra y en su gloria. De este esfuerzo nació el tratado sobre el binomio de Newton que le sacó de la oscuridad.

Durante seis meses le divirtió ser profesor en Oxford, después su insatisfacción crónica volvió de nuevo. En los planes de su vida el éxito no era más que una etapa. Además, aquel éxito no era divertido: se lo había merecido demasiado. ¿A qué le llevaba? A otras obras importantes, a un renombre de prestigio dentro de los círculos universitarios. Moriarty soñaba con gangas, con milagros. Quería dinero y poder. Y no lo obtendría gastando toda su energía con las raíces cuadradas. Eso no se encuentra en el Trinity, en Balliol o en el Queen's College, por muy lince que se sea. Entonces, ¿dónde? En la política, evidentemente. ¡Por desgracia, ese campo le estaba vedado a causa de su origen extranjero! Los negocios, la especulación, el comercio era algo que no agradaba a su naturaleza aristocrática. Sólo quedaba el crimen. El crimen es una sociedad secreta en la que no se entra fácilmente. Hay que encontrar la puerta y después realizar sus pruebas, es decir, mostrarse más feroz, más insensible que los demás para poder acceder al crimen superior, en el que uno no se ensucia las manos, en el que se da órdenes a los ejecutores como si se fuera un rey.

—¡Porras! —dijo Wilde—. Buscar el reino del crimen en Oxford, en donde no hay más que buena gente y viejos respetables, ¡vaya salud que hay que tener!

Y, sin embargo, fue en Oxford donde todo empezó. Como el profesor Moriarty no podía ir al crimen, el crimen vino a él, ya que lo que se desea llega siempre: la fuerza del pensamiento lo atrae. El crimen se presentó un sábado bajo la forma de un militar llamado Sebastian Moran, en cuyo rostro el profesor leyó toda clase de vicios que le advirtieron que ese visitante le había sido enviado por su buena estrella. Moran parecía un tigre, tenía los bigotes erizados y duros, los ojos amarillos, la cara aplastada; casi desprendía olor a fiera. Su mirada era a la vez penetrante y falsa, una mezcla de lo más encantadora. Holmes había recogido una gran cantidad de detalles sobre él, de los cuales ni siquiera uno estaba a su favor. Había sido deshonrosamente expulsado del ejército de la India por la sempiterna razón de ese tipo de deshonor: siendo el encargado de la caja del regimiento, había jugado dinero y lo había perdido. En un duelo a pistola había derribado a su adversario al disparar un instante antes de la señal. Durante las operaciones se dedicaba a extrañas crueldades con la población indígena, amigos o enemigos. Había robado, matado, prosperado, amparado en la honestidad de sus camaradas, atribuyéndose sus buenas acciones cuando estaban muertos y ya no podían reivindicarlas. Poseía la habilidad de pasar por un cabeza loca cuando en realidad era prudente, por un pródigo siendo un ave rapaz, por un alegre compañero más vivo que malo cuando era todo cálculo y todo tinieblas. Después de la desafortunada historia de la caja del regimiento, se volvió a la madre patria. El desenfreno es más caro en Londres que en Bombay. La expresión «peso de los vicios» es muy justa. Los vicios llevan al hombre al fondo de la sociedad como si

fuera una piedra en el fondo del agua. Moran, corriendo sin tregua detrás de unas cuantas guineas, no tardó en liarse con personas capaces de procurarle dinero rápidamente. De conocido en conocido, de usureros a encubridores, conoció a los principales bandidos, ladrones, rufianes y asesinos de la capital. Su compañía le agradaba y poco a poco se convirtió en su consejero oculto. Se paseaba por el Soho y por los desfiladeros del East End como si estuviera en su casa. Cuando lo expulsaron del ejército era capitán. Se nombró a sí mismo coronel, considerando con humor que ganaba al mes el sueldo de las personas de esta graduación.

Moran tenía un sobrino que estudiaba en Oxford. Los peores canallas tienen sus debilidades. Moran quería a este sobrino, al que de vez en cuando enviaba algunos cheques procedentes de algún robo o asesinato. De vez en cuando le hacía alguna visita. El sobrino le presentó al digno profesor Moriarty con la ingenuidad de un cordero que presenta una hiena a un chacal. Los dos carniceros se juzgaron al primer vistazo. Moriarty, con una intuición inmediata, supo que por fin el destino le tendía el trampolín que tanto deseaba. Moran, que era un experto en fieras, al ser él mismo una de ellas, se maravilló al contemplar a otra, en toda su belleza, en el último lugar que habría podido imaginar que existiera. La especie de las fieras es rara. Estas dos, después de haber enviado al sobrino a sus estudios, conversaron durante varias horas. Al parecer Moran pidió a Moriarty, para probarlo, que llevara a cabo un acto peligroso e irremediable. Moriarty le atravesó con una mirada que hizo temblar al criminal. «Pase esta noche en Oxford —le dijo—. Mañana por la mañana sabrá usted lo que yo he hecho». Al día siguiente por la mañana, cuando estaba desayunando, Moran supo que el *proctor* del colegio en el que enseñaba el profesor Moriarty había sido apuñalado en su cama. Era un hombre amable y bonachón que no tenía enemigos. Las puñaladas eran sin duda obra de un loco. Pero no encontraron al loco, y el asesinato quedó sin explicación. Por muy duro que fuera Moran, este asesinato gratuito le produjo espanto: él no se habría atrevido a cometerlo. Un famoso profesor de matemáticas degollando a un hombre como si estuviera pasando un examen fue algo que al coronel Moran le pareció de una perversidad única y formidable. Pensó que había encontrado al nuevo Macbeth. O aún mejor: a un Macbeth soltero, capaz de actuar fríamente, en solitario, hasta el final de las intenciones más terribles, sin riesgo de que las alucinaciones de una esposa histérica pudieran hacerle vacilar. Dos años más tarde, el profesor Moriarty se fue de Oxford. A los treinta años vivía en un magnífico hotel de Park Lane. Moran, para quien la noción de lealtad era algo desconocido, se había subyugado a él hasta el punto de someterse dócilmente a sus órdenes. Lo había introducido a sus relaciones, a las que Moriarty se impuso con el convencimiento de que, con sólo verlo, los rateros y los asesinos se darían cuenta de que todavía era peor que ellos y que si quería podría llegar mucho más lejos y tener la audacia que ellos no tenían. Había en esto, subrayó Holmes, un fenómeno político. Los hombres ponen a un tirano en el poder porque se dan cuenta de que no tiene conciencia y que, en consecuencia, su fuerza no tiene límites. Por esa misma razón el

hampa de Londres llevó al profesor Moriarty al poder, porque reconocían en él la inhumanidad absoluta que crea los grandes jefes: El coronel Moran había encontrado a su general. De hecho, Moriarty era ya un gran jefe, un unificador, un federalista. Hasta su llegada los malhechores ingleses eran unos artesanos, trabajando cada uno para sí, sin un plan conjunto. Él los proyectó a la era industrial, por el simple hecho de que los conocía a todos, los dirigía, les imponía su voluntad, aunque casi nunca los veía directamente. Moran transmitía sus órdenes y le servía de jefe de estado mayor. En cuestión de pocos años se creó un ejército clandestino, extremadamente potente, que manejaba a su antojo y cuyos soldados eran también espías. No se cometía ninguna fechoría en Londres o en la zona de varios condados de sus alrededores de la que él no estuviera informado, si es que no era su instigador, y de cuya ganancia no recibiera de forma invariable el veinte por ciento. Lo módico de este impuesto era uno de sus rasgos de genio. De esta manera su dominio no suponía una carga pesada. ¿Qué representaba un veinte por ciento del botín para un ladrón? Para Moriarty, el veinte por ciento de los miles de robos, era una fortuna fabulosa.

Esperaba que Holmes nos revelara cómo había conseguido informarse tan bien sobre esta epopeya subterránea. Esto habría encajado perfectamente en su estilo: después de haber descrito un carácter o esbozado una aventura, no se resistía a la vanidad de exponer al detalle el trabajo de observación y de análisis por el que había conseguido ensamblar los elementos. En este caso, esto no habría sido algo inútil, dado que su historia se parecía más a una novela por entregas que a la vida real. Que un profesor de Oxford se convirtiera en el empresario de la crápula británica era algo difícil de creer.

—Querido señor Holmes —dijo la señora Forrester—, está usted contándonos «los misterios de Londres». No falta más que la jovencita expoliada por el degenerado.

—¿Está segura, *madame*? —respondió Holmes con la flema de quien tiene todas las cartas en su mano.

—A fe mía —dijo la señora Forrester—, no la he visto entrar en escena.

—Y, sin embargo, está. A su lado. Mirándome con ojos de incredulidad. Se llama Mary Morstan.

—¡Pues claro! —exclamó Wilde—. Tenía que haberme dado cuenta. Esta tarde la naturaleza se divierte imitando a Eugène Sue. ¡Pobrecita pequeña flor de Mary! El doctor Watson es tan atlético como el bello Rodolfo. A pesar de todo, me parece un poco joven para ser su padre.

¡Qué presentimientos de la verdad tienen los artistas! Desde el día anterior yo no cesaba de asimilar la persona del doctor Watson con la de mi padre, de mezclar la ternura hacia uno, que no había disminuido desde hacía diez años, con mi amor hacia el otro. Me quedé petrificada.

Holmes, que también practicaba su estilo de adivinación, o que quizá había leído en nuestros rostros la sorpresa causada por su revelación, nos rogó que le

disculpásemos si no entraba en los detalles de la investigación que le había permitido descubrir la verdadera personalidad del profesor Moriarty. No porque careciera de interés, al contrario, sino porque sería largo de contar. Había consagrado doce años a descubrirlo. Cada vez que sus deducciones, sus pesquisas o las confesiones de un criminal le conducían al profesor Moriarty, había tenido la impresión de que se acercaba a un brasero o a un trozo de radio que emitían rayos mortales. Unas veces era un coche que lo habría aplastado si no se hubiera arrojado al rincón de una puerta, otras era una viga que se desprendía de un edificio en construcción, un grupo de gamberros armados con cuchillos que le atacaban por la noche, una bala disparada por un extraño fusil silencioso, obra de un ingeniero alemán ciego llamado Von Herder que trabajaba bajo pedido de Moriarty. Por el contrario, en cuanto se alejaba o fingía alejarse del venerable profesor Moriarty, el peligro disminuía.

Moriarty no sólo era temible sino que también era invulnerable. Veinte veces Holmes lo había delatado a Scotland Yard. Desgraciadamente, nunca existían pruebas contra él, nunca, ni el más mínimo indicio. Estaba acorazado por abogados como estaba acorazado por asesinos. La única cosa sospechosa de su vida era la opulencia en la que nadaba. Pero ¿se pueden pedir cuentas de su fortuna a la gente? Incluso si se decidieran a hacerlo, Moriarty, también en eso estaña a salvo: tenía certificados de la administración imperial de Viena como si los Moriarty hubieran sido indemnizados de sus pérdidas después de una amnistía.

Todo eso, dijo Holmes, no era más que una especie de «resumen de los capítulos precedentes» que se había tomado la libertad de contarnos para que no ignorásemos nada del enemigo. Se había dado prisa en llegar al tesoro de Agra y al papel que el profesor Moriarty había desempeñado en este embrollo. Confesó que en un principio no había sospechado de él, o mejor aún, que no veía de qué forma había entrado en el tablero, como decía la señora Forrester. Sin embargo, era poco probable que el profesor que, como si fuera un astrónomo seguía a través del telescopio de su observatorio de Park Lane las más lejanas constelaciones del crimen, no hubiera detectado el astro enorme que constituían las quinientas mil libras de oro y joyas encerradas en el cofre de los Sholto. De hecho, conocía la existencia del tesoro desde hacía cuatro años. Lo sabía incluso de los propios labios de su verdadero propietario, el hombre cuyo nombre había pronunciado hacía un momento: Jonathan Small.

—¿Cómo? —exclamó Thaddeus—, ¿ese tesoro no nos pertenece?

—Me temo que sea necesario utilizar el pasado, mi querido señor —dijo Holmes—. Sólo le pertenecía un sexto del tesoro. El resto les correspondía a los señores Jonathan Small, Mahomet Singh, Abdullah Khan y Dost Akbar. De todas formas, era una buena tajada. Más de ochenta mil libras por persona. Puede ser que su señor padre quisiera quedarse con todo y no se hubiera comportado en este asunto como se podría esperar de un caballero.

El pobre Thaddeus, que sabía a qué atenerse en lo que se refería al autor de sus días, y que después de haber defendido palmo a palmo su indefendible memoria

estaba próximo a la capitulación, bajó la cabeza con tanta tristeza que me dio pena y le apreté la mano. Este gesto familiar, que rayaba la desfachatez y que sólo me había permitido con el doctor Watson para demostrarle mi fe, me pareció sin consecuencias, como si Thaddeus, en vez de ser un individuo del sexo masculino, al que no conocía la antevíspera, fuera una señorita; como si fuéramos niñas, compañeras de colegio y una intentara consolar a la otra ante un profesor demasiado severo. Por lo menos ése era el sentimiento que yo tuve, y estoy segura de que Thaddeus sintió lo mismo.

El tal Jonathan Small, según Holmes, que hacía un momento había recogido sus confesiones, no era un mal bicho. Además, a mal tiempo ponía buena cara, lo cual era muy simpático. «No tan buen corazón como la señorita Morstan», señaló Holmes dirigiéndome una mirada irónica; no había llegado a dar gracias al Cielo por haberle librado de su molesta fortuna, pero en fin, para un muchacho que arroja al agua quinientas mil libras, había demostrado un fatalismo y una jovialidad que eran la marca de un filósofo. A Holmes le gustaban los filósofos, especie rara, sobre todo en los ambientes que frecuentaba a causa de su profesión. Según él, el filósofo es un hombre que cuando es necesario tiene la fuerza para elevarse por encima de sus pasiones, y que cualquiera que sea el tipo de locuras a que se lance, nunca se aleja tanto de la prudencia como para no poder volverse de los caminos errados, en lugar de consumirse en furias o lamentaciones. Así era Jonathan Small, a pesar de su vida incoherente y miserable; en esto, Holmes lo juzgaba muy superior al profesor Moriarty, en quien la avidez y la pasión por dominar se arraigaban por completo, sin dejarle la más mínima perspectiva sobre sí mismo, ni sobre el mundo, y que no era más que un payaso, una marioneta agitándose en las tinieblas.

Small, como la mayoría de los hombres, se había lanzado a la existencia con la cabeza baja. A los dieciocho años, después de una pelea, se alistó al 3º de los Buffs con destino a la India. Una vez allí, como un imbécil que es, se baña en el Ganges, en el que le esperaba un cocodrilo para comerle la pierna. Apenas era soldado, y ya le habían dado de baja, con una pata de palo. ¿Por qué estas vidas pueden acabar bien o mal? Es el misterio del destino o de la suerte. Otros Jonathan Small, sin ser más malos que éste, ni menos maltratados, no se bañan en el Ganges, y les toca el gordo en la lotería. En realidad, a él también le toca, pero pagó caro el décimo.

En 1857 se había formalizado, según parece. Nada mejor que una pata de palo para calmar la sangre. Era contraamaestre, y buen contraamaestre, en una plantación de índigo. Estalla la revolución de los Cipayos. Arrasan la plantación. Matan a todo el mundo excepto a Small, el de la pata de palo, que consigue salvarse. El país estaba lleno de insurrectos que masacraban e incendiaban a diestro y siniestro con la bendición de Nana Sahib. Small llega a Agra, en donde se encontraba el 3º de fusileros de Bengala, un puñado de Sikhs, medio escuadrón de caballería y una batería de artillería de campaña. Se enrola con los voluntarios civiles. Agra, a cien millas al oeste de Lucknow y aproximadamente a la misma distancia al norte de Cawnpore, era el corazón de la insurrección. Tenía el aspecto desordenado e inquieto

de las ciudades que tardan en ser tomadas y en las que los traidores están en primera fila, sabiendo que será a ellos a quienes se recurrirá para tratar con el futuro jefe.

Yo conocía Agra, pues la había visitado durante la infancia con mi padre, unos meses después de la muerte de mi madre. Mi padre quería que hiciéramos una especie de peregrinaje al famoso Taj Mahal. Pensaba que la contemplación de ese monumento, erigido por el emperador Jahan en memoria de su joven esposa adorada y desaparecida, nos haría bien. Creo que sentía alguna afinidad con el infortunado Jahan, fiel a una muerta, únicamente ocupado en su amor y en su pena. Él, mi padre, si el destino le hubiera colocado en un trono, habría pensado por lo menos que dejar a la posteridad una maravilla le daría más gloria que hacer la guerra y empalar a los ladrones. He visto pocas cosas tan bellas como el Taj Mahal, todo blanco sobre el cielo azul, resplandeciente por los cabujones incrustados en el mármol, con sus cúpulas y sus laminas surgiendo del verde. Recordaba muy bien también la ciudad con sus grandes contrastes, cosa habitual en la India, pasando de la limpieza extrema a la mugre más negra, llena de bellos palacios del siglo XVII jalonados por callejuelas; caminos sin salida; rincones frecuentados por vacas y pequeños ladronzuelos. Imposible defenderla si los rebeldes llegaban. La población no ayudaba. El peligro los enloquecía como la tormenta enloquece a los animales. Obstruían las calles y llegaban hasta los jardines del Taj Mahal, que arrasaban con sus pisadas.

Afortunadamente Agra estaba protegida por el Yamura, río bastante largo que desemboca en el Ganges, y por una inmensa y vieja fortaleza de arenisca roja, casi en desuso, con las murallas derrumbadas en algunas partes, ciudad muerta al lado de la viva, a la vez templo y ciudadela, atravesada por la vegetación que había invadido las salas magníficas construidas en la época de Akbar. Los árboles agujereaban los techos y empujaban los muros; el musgo y las plantas trepadoras cubrían las estatuas. Enjambres de monos habían tomado posesión al mismo tiempo que la naturaleza de ese trabajo de hombres y lo habían elegido como domicilio. Era un lugar que cotorreaba y susurraba como un trozo de jungla. ¡Qué lección de poesía y metafísica! Pero no era tiempo ni de poesía ni de metafísica. La pequeña guarnición inglesa de Agra, tras haberse replegado en el fuerte, se había amparado en la parte que estaba en buen estado y se dispuso a resistir con bravura a un eventual asalto.

Una noche, Small estaba de guardia sobre una muralla, por encima de un portillo, en compañía de dos Sikhs patibularios, de barba negra y con turbante, que no respondían cuando les hablaba y que lo miraban con ojos extraños. Caía una pequeña lluvia siniestra. Más allá del río Yamura los rebeldes, atiborrados de opio vociferaban y golpeaban los tambores. Los dos Punjabees mostraban una especie de indecisión, de duda que inquietaba a Small. Había corrido bastante mundo para saber que los asesinos tienen ese aspecto cuando albergan alguna mala idea en la cabeza. Pasaron dos horas. Uno de los Sikhs se levanta. Small empuña su fusil. El Sikh le dice que no tenga miedo, que solamente quiere proponerle un negocio. Entonces le contó la historia de un pequeño rajá de las provincias del norte, muy rico, y que como muchos

de los potentados de aquella época en la que se ignoraba todavía que los ingleses o los insurrectos ganarían, intentaba jugar a los dos bandos, es decir, tomaba las precauciones necesarias para encontrarse en el campo de los vencedores sin perder demasiadas plumas. Había encargado a un hombre de confianza que transportara a Agra un cofre que contenía la mitad de su tesoro. De lo que se trataba era de matar al hombre de confianza y apropiarse del tesoro, acto eminentemente moral, pues el rajá era un perro de doble cara, y sin peligro, pues nadie conocía la existencia del criado que se hacía pasar por un comerciante. Small preguntó al Sikh cómo conocía él la historia. Por su hermano de leche, dijo el otro, que viajaba en compañía de un buen hombre y que había preparado la emboscada. Tenían que llegar a las tres de la mañana a la puerta de la fortaleza que estaba justo detrás de ellos. «Si estás con nosotros, Sahib —dijo el Sikh—, jura el secreto por los huesos de tu padre, por el honor de tu madre y la Cruz de tu fe. Tendrás un cuarto del tesoro». Matar a un hombre es una decisión dura de tomar para un muchacho honesto que hasta entonces sólo tenía que reprocharse pequeñas tonterías. Ahora era Small el que mostraba el aspecto indeciso y oscuro de los asesinos. En ese momento se oyó un ruido en el portillo, después una voz que decía algo en dialecto. «Es mi hermano de leche —murmuró el Sikh—. ¿Juras, Sahib?». Había que decidirse. Small juró. Descendieron. Los dos Sikhs abrieron la puerta. Un personaje rechoncho y con miedo se escabulló, después un asno con el lomo doblado bajo el peso de un cofre envuelto en una lona, y finalmente un gigante con una barba que le llegaba hasta la mitad del pecho. Después siguió una escena confusa e innoble al resplandor de una linterna sorda. El personajillo comenzó a hablar ahogándose: se llamaba Achmet y había atravesado el Rajputana en medio de cien peligros para refugiarse junto a los ingleses que eran sus amigos. «¡Tu protección, Sahib!», exclamó al ver a Small, al que se le partió el corazón. Los Sikhs se agitaron, su rostro se inundó de sangre, lanzó un grito y corrió hacia Small, que le arrojó su fusil en las piernas. Inmediatamente el hermano de leche se lanzó sobre él y le clavó su puñal tres veces en el costado. Los dos Sikhs eran Mahomet Singh y Abdullah Khan, el hermano de leche era Dost Akbar.

Con antelación los asesinos habían preparado escondrijos en los lugares más apartados y más arruinados de la ciudadela. No fue fácil transportar el cofre y el cadáver. Treinta años después, Small todavía sudaba al recordarlo. El cuerpo del pequeño Achmet estaba a punto de caerse continuamente a causa de su vientre, que se balanceaba como un paquete de gelatina. Los monos, espantados por esta fúnebre procesión y por los claroscuros de la linterna, ejecutaban un frenético *ballet* aéreo acompañado de gritos estridentes. Las ramas golpeaban los rostros de los cuatro miserables. Los escorpiones y los ciempiés huían bajo sus pasos. Llegaron a una gran sala con las paredes llenas de estatuas que representaban mujeres con el vientre abombado, hombres en posturas piadosas u obscenas, esclavos desnudos, Budas sonriendo con benevolencia, toda una población iluminada por el resplandor amarillo de las ratas de cueva, que parecía que el diablo hubiese congregado allí para que

asistieran al entierro del pobre Achmet por sus asesinos. Llevaron el cofre a otra sala y lo abrieron gracias a la llave que estaba atada a una de las asas por una cinta de seda. Contenía ciento tres diamantes, ochenta y cuatro esmeraldas, ciento treinta y siete rubíes, doscientos diez zafiros, ágatas, ónices, turquesas, trescientas perlas, de las que doce, especialmente voluminosas, estaban engarzadas en una diadema, y cuarenta mil rupias de oro en cartuchos de papel.

—¡Dios mío! —suspiró Thaddeus—. ¡Y todo eso se ha esfumado! Es para tener el corazón trastornado.

—¿Y qué fue del asno? —preguntó Wilde—. Espero que esos canallas no lo matasen también. ¡Pobrecito!

—Imagino que sí —dijo Holmes—. En general, la suerte de los asnos no es muy buena en la India, ya sabe usted.

Small y los hindúes metieron el cofre en un nicho de la pared y lo recubrieron con ladrillos. Después hicieron unos juramentos horribles para que ninguno de ellos actuara a espaldas de los otros y para que el tesoro fuera repartido equitativamente cuando vinieran tiempos mejores. Por otro lado, estos tiempos empezaban a nacer. El gran terror no dura mucho tiempo con los ingleses. Su orgullo les hace recuperar pronto su sangre fría. El general Wilson se apoderó de Delhi, luego *sir* Colin Campbell descongestionó Lucknow; tras estos acontecimientos, la revolución de los Cipayos se vino abajo. Una columna volante a las órdenes del coronel Greathed llegó hasta Agra. Small y sus cómplices veían el momento en que podían ir a buscar sus joyas y sus rupias. Habían conseguido cinturones de seguridad con bolsillos y maletas de doble fondo. ¿Por qué el exceso de previsión es siempre fatal? El destino es como un niño de Bohemia, como el amor en la bella ópera de Bizet. Tan pronto como alguien aparenta creer en su fidelidad, se apresura a traicionarla. Las maletas y los cinturones eran, si se me permite decirlo, el relámpago que precede a la tormenta, y los asesinos no lo oyeron. Los cuatro fueron detenidos. Su crimen había tenido un testigo. Éste, hombre prudente, esperó a que se restableciera el orden para denunciarlos a la autoridad que de nuevo ostentase el poder. Ninguno de ellos reveló la existencia del cofre. Small tenía mucho más mérito al ser europeo, y en consecuencia, a pesar de su rusticidad, alimentado de lógica, su espíritu se rebelaba ante la idea de que pudieran pensar que había participado en un asesinato sin razón, por el único placer de matar, como un demente o un salvaje. El tribunal le consideraba con un estupor incrédulo que le molestaba todavía más que los interrogatorios. Veinte veces estuvo a punto de ceder. Veinte veces se retuvo. Lo condenaron a trabajos forzados perpetuos y lo mandaron junto con los otros tres a la penitenciaría de las Andamán.

## CAPÍTULO CUARTO

*La prisión de las Andamán  
Adonde llevan los abusos del poker  
Pacto ignominioso entre dos honorables militares y un asesino  
Cuadro de la verdad saliendo de su pozo  
Lord Arthur Savile, su mujer y su sobrino  
Su exterminio*

El señor Holmes, después del abordaje de *La Aurora*, había interrogado con detalle a Small. No teniendo prisa por nada, no teniendo ningún objetivo, invadido por la placidez fatalista que sigue a las grandes derrotas, había respondido con gusto. Narrar su propia vida compensa el haber fracasado. Describió sus años de prisión, sus sueños de evasión ante el océano Indico que se extendía por todas partes a cientos de millas, la ironía cruel de verse sumergido en la peor de las miserias cuando en algún lugar del mundo poseía las riquezas de un nabab. Los condenados eran sobre todo indígenas. Había pocos blancos, que como los otros eran vigilados por soldados Pathans, encantados de tratar a los ingleses como a parias. Small, debido a su pata de palo y a su buena conducta gozaba de un régimen de favor. Le asignaron una chabola en Hope Town, pueblo situado en una ladera del monte Harriet en la isla de Blair, lugar lúgubre e insano, rodeado por una jungla habitada por pequeños seres negros que lanzaban dardos envenenados con sus cerbatanas. Los presos, cocidos por un sol de plomo, devorados por los mosquitos, trastornados por las fiebres, trabajaban diez horas al día arrancando piedras, construyendo terraplenes, cavando trincheras y arreglando las plantaciones. Small estaba encargado de distribuir los medicamentos, con lo que se convirtió un poco en médico.

Fue en las Andamán donde su camino se cruzó con el de mi padre y el del mayor Sholto. Como todos los oficiales británicos, se aburrían a morir y jugaban a las cartas desde la mañana a la noche con los administradores civiles, que les ganaban todo lo que querían. Una noche, Small, que regresaba de la enfermería a su chabola cojeando sobre su pata de palo, vio dos siluetas a unos veinte o treinta pasos delante de él. Se para y escucha. Una de las voces tenía un acento sepulcral, la otra parecía más bien despreocupada. Small, que tiene el oído agudo de los prisioneros o de la gente medio ociosa, reconoce enseguida a mi padre y al mayor Sholto. Discuten de sus pérdidas. El mayor decía que estaba «arruinado», que había firmado trescientas guineas por deudas y que no tenía ni un céntimo para pagarlas, que estaba deshonorado, que ya no le quedaba más que saltarse los sesos. Papá le respondía con el tono ligero que a mí tanto me gustaba, le daba palmadas amistosas en la espalda. También él había perdido hasta la camisa, pero ¿qué importaba? Estaban en una temporada de mala suerte, eso

era todo. Un día u otro se acabaría por fuerza. No hay que desesperarse, y además en cada instante puede caer una ganga del cielo. ¡Querido papá! Reconocía bien su estilo en esto. ¡Siempre buscando la paloma que anunciara el fin del diluvio, como Noé en su arca! ¡Siempre lleno de fe en la bondad de la suerte, nunca desmoralizado! ¿Cómo ese carácter luminoso había podido asociarse con un hombre opaco y pesado como el mayor Sholto? Los hombres no intuyen al diablo como las mujeres. ¡Quizá tengan menos afinidad con él!

Small, a veinte pasos, invisible en la oscuridad, nota cómo el corazón le palpita. Entra en su chabola, reflexiona durante cuarenta y ocho horas y se dice que su suerte ha llegado. Se las arregla para encontrar a Sholto y le habla del tesoro que duerme en una vieja fortaleza del lado del Nepal. Sholto se pone lívido y lanza dardos con sus ojos de langosta. Un preso abordando a un oficial británico, ¡habráse visto! Sin embargo Small se da cuenta de que el pez ha picado. Se muestra pequeñito, humilde, y le explica que el tesoro no le pertenece a nadie, ya que era de un rajá desposeído de sus bienes, traidor a Inglaterra, un amigo de Nana Sahib, del que nunca más se oiría hablar. Sholto pierde la lividez, Small piensa, «¡uf!». Se le ocurre una idea admirable: tiene la intención de revelar la existencia del tesoro a la autoridad correspondiente y por eso se ha permitido abordar al mayor; sabe la enormidad de esta diligencia. Pero ¿a quién confiárselo?, ¿a quién podía pedir consejo aquí, en este universo de brutos? Sólo un caballero es capaz de comprender que un hombre, por muy culpable que haya sido, pueda sentir remordimientos y desear redimirse ofreciendo el fruto de su crimen a Su Majestad. ¡Canastos!, se trata de mucho dinero. «¿Cuánto?», le preguntó el mayor con una indiferencia tan marcada que Small se contuvo para no estallar en carcajadas. Había ganado la partida. ¡Atención!, debía cuidar bien sus propios intereses. Hay que poner al mayor en la parrilla. Qué escena tan bonita: ¡un demonio tentando a otro demonio!

Confieso que Holmes lo contaba muy bien. Estábamos pendientes de sus labios. Small con un aire de ingenuidad responde a su vez: ¿a quién dirigirse para confesarlo? ¿Cree el mayor que esta buena voluntad, este regalo formidable que se apresura a ofrecer al ministro de Finanzas le puede redimir de su condena? Después de esto, el relato lastimero: el pobre Small se ha enmendado de todo su pasado. De hecho ya no le queda mucho tiempo: el clima, las privaciones y las fiebres lo han destrozado. ¡Ah! ¡Huir de esta humedad, de este sol asesino! Le gustaría acabar sus días en la madre patria, en un rincón perdido, en las Highlands, por ejemplo, donde hace un tiempo tan agradablemente frío. El mayor se impacienta. Le importa un rábano la salud y estado de ánimo de Small, quien se dice a sí mismo que ha llegado el momento de asestar el golpe. Lo asesta. «¿Qué?», exclama el mayor. «¿Medio millón de libras? ¿Está usted seguro de esta cifra?». Small le enseña el inventario del cofre. Una especie de ensueño cruza los ojos de langosta. Small juega sobre seguro. «Entonces, mi mayor, ¿qué hago? ¿A quién pido audiencia?». «No hay que precipitarse mi querido Small; no le corre tanta prisa. Mire, ¡aquí estoy yo, mi

querido Small!». «Sí, sí, mi mayor. Tengo prisa. Ya no aguanto más. Tengo que confesar todo». Los ojos de langosta desaparecen púdicamente bajo sus párpados. «Y bien, aquí estoy yo, mi querido Small. Dígame todo a mí». «¡Ah!, gracias, mi mayor, pero no quiero hacerle perder su tiempo. ¿De verdad no le va a fastidiar mi pequeña historia? Sabe usted, nunca se lo he contado a nadie. Será usted el primero». Small entra en detalles: los Sikh, el portillo, Achmet, la lluvia, los juramentos de los cuatro bandidos. El mayor Sholto enciende un cigarro, tose, carraspea. Al final, silencio. Reparición de los ojos de langosta. «Es un asunto importante», dijo el mayor pensativo. «Le volveré a ver dentro de veinticuatro horas. Hasta entonces ni una palabra a nadie». Small, para saber hasta qué punto le interesa el asunto, le pide un cigarro. El otro se lo da.

El mayor entra en su cuartel y bebe a sorbos tres vasos de coñac y se fuma dos Trichinopoly meditando. Aquí lo tenemos convertido en confidente de un asesino y dispuesto a compartir el producto de un crimen. Por mucho que se tenga una cara roja, ojos de langosta, se esconda el carácter bajo un catarro crónico, no por eso puede uno dejar de estar espantado de vez en cuando. Por otro lado hay que considerar el tesoro, que es fabuloso. Cometer una irregularidad por medio millón de libras es algo muy distinto a cometerla por unos cuantos chelines. Es la misma diferencia de matar a un hombre o matar cien mil. En el primer caso uno es un miserable, en el segundo un generalísimo. Dicho de otra forma, la moral varía según se tenga una finalidad grande o pequeña. De todas maneras, el mayor Sholto no tenía alma de generalísimo. Necesitaba a alguien que le ayudara a dar el paso. ¿Quién? El único hombre en el que confiaba era mi padre. Llama a su puerta y lo pone al corriente de todo. Yo temblaba ante la idea de que mi pobre padre, que era el honor y la probidad en persona, pero que no era muy fuerte ante la tentación, se dejara deslumbrar como su camarada. Todo lo contrario, a medida que Sholto hablaba, le recorría el estupor y la indignación. ¿Cómo se atrevía a proponerle un asunto de ese tipo? Aliarse con un asesino que había sido juzgado por los tribunales británicos, reconocido culpable y condenado a cadena perpetua; exponerse a sabe Dios qué chantajes al aceptar dinero de ese patibulario, era algo que no tenía sentido común. «¡Vamos, Sholto, ánimo, amigo mío! Trescientas guineas de deudas no es como para ahogarse en un vaso de agua. En todo caso, eso no vale la deshonra. Además ¿no me había dicho que tenía un tío que le había nombrado su heredero universal?». «Sí, por supuesto, tenía un tío así, pero ya sabe usted cómo son los tíos, Morstan, ¿no? Raza tan contrariante como sea posible imaginar. Nunca mueren cuando a uno le vendría bien. Éste era tan viejo como Herodes, enfermo y todo. Cualquier hombre razonable, en su lugar, la habría palmado ya más de diez veces. Él no. El moribundo eterno. Exasperante. Está usted equivocado, Morstan, no debería exaltarse tanto. Ese Small es una basura, de acuerdo. Pero miremos las cosas de frente. Seamos realistas. Hay que ser realistas en la vida. El pasado es el pasado. El pobre Achmet está muerto. Nada lo puede resucitar. El tesoro ya no pertenece a nadie. No hay más que agacharse

y recogerlo. Es una tontería dejar pasar una oportunidad». «¿Y Small?», objetó mi padre. «¿Qué quiere a cambio? No nos va a dar cien mil libras por nuestra cara bonita. Va a pedirnos algo incompatible con el honor de un oficial. No, no, Sholto, créame, no sueñe más con eso». Se ablanda, piensa el mayor. «¡Ya lo tengo!». Le daba miedo enfrentarse solo al tesoro. El asunto era demasiado gordo. Necesitaba un compañero, por lo menos para el comienzo de la aventura. Después ya reflexionaría. Es verdad que mi padre se ablandaba. A una distancia de doce o trece años yo lo sentía y sufría. La idea fatal de ser rico se había apoderado de él, si no habría cortado por lo sano. Pero discutía. Por desgracia, en dialéctica, el mayor era mucho más fuerte que él. Mi padre estaba perdido. Lo veía avanzar irremediabilmente hacia algo malo. Sobre todo porque el mayor había tenido una inspiración diabólica: había empezado a hablar de mí, de su hijita, de su Mary, a la que adoraba, en la que pensaba día y noche, que se entristecía por no poder mirarla aún más y cuyo futuro le preocupaba sin cesar. «Admita, amigo mío, que entre sus gustos por el lujo y el *poker* no es usted un padre muy serio que digamos, ¿eh! ¿Qué me dice? Imaginemos que le cambian mañana de destino. Que lo envían a Afganistán. Le alcanza una bala de forma estúpida: ¡pluf! Adiós Morstan. Bueno. Muy bien. Muy elegante. De acuerdo. Morstan caído en el campo del honor. La Cruz Victoria póstuma. Ve usted, no escatimo nada. Pero la cría, ¿eh?, ¿dígame? ¿Qué sería de ella? Huérfana. Acabada. Ni un penique. ¡No le quedarían más que los ojos para llorar!». Cambio de decorado: el mayor evoca los rublos y las esmeraldas de Small, las esparce. El oro tintinea, las piedras relucen. Se acaban los suplicios. Mary está fuera de riesgo. Nunca más será pobre, lo cual es la obsesión de Morstan. Se podría, por ejemplo, darle un capital de veinte o treinta mil libras, ponerlo a su nombre inalienable. De esta forma no dependería nunca de un puñado de criados. Eso merece por lo menos unos minutos de reflexión, ¿no? Yo estaba desesperada porque sabía muy bien adonde llevarían los minutos de reflexión. Papá, para sí mismo, jamás habría cometido la más mínima deshonestidad. Por mí era capaz de las peores locuras y las hacía cuando yo no estaba allí para volverle la cabeza a su sitio.

La noche siguiente dos hombres con una linterna despertaron a Small. La presencia de mi padre en la chabola sorprendió al preso y le gustó. Había descubierto en el mayor un canalla que ignoraba o despreciaba el código de honor de los bandidos profesionales y que era capaz de jugarle una mala pasada. Los hombres honrados, según él, se dividían en dos categorías: los que no tienen escrúpulos en engañar a un bandido y los que son honestos con todo el mundo, bandidos incluidos. El mayor pertenecía a la primera categoría; mi padre a la segunda. Su aspecto arrogante y de disgusto, su mal humor, eran la garantía de su actitud, si conseguían convencerlo. Después de la escena de seducción del mayor, mi padre tuvo que pasar por la del preso. Era demasiado para alguien que ya estaba medio convencido. Se estableció inmediatamente un acuerdo táctico entre el pillo en camiseta y el pillo en chaqueta. Había que presentar una comedia. Lo hicieron. Sholto echó un bello discurso a Small

para demostrar que había estudiado el asunto a fondo: el tesoro pertenecía al que lo había encontrado, a Small, por lo tanto tenía derecho a disponer de él como más le gustase. La Corona no tenía nada que ver en ese asunto. Small escuchó, hizo algunos remilgos, protestó de su arrepentimiento y finalmente se dejó convencer. Con esas monerías, que no eran inútiles, abusaron de mi padre completamente: el cinismo le habría hecho huir. Llegaron a lo concreto, es decir, a las condiciones. En la situación en que Small se encontraba sólo podía pedir una cosa: que le ayudaran a «ganar su libertad». Esta fue su expresión. Nadie mejor que los canallas para servirse de este eufemismo. Un tesoro robado se convirtió por obra de magia en un tesoro encontrado y la evasión de cuatro criminales de derecho común en una aspiración a la libertad. Small no se dissociaba de sus cómplices. O los sacaban a todos de la prisión o no había nada que hacer. A su manera era tan honesto que exigía una segunda entrevista en la que estuvieran presentes Mahomet Singh, Abdullah Khan y Dost Akbar. Se negaba a que se tomara ninguna decisión a sus espaldas. Esta delicadeza le pareció de lo más descabellada al mayor Sholto. ¿Es preciso preocuparse por los negros? ¿Por qué Small no jugaba su parte tranquilamente y dejaba a esos tres que se murieran tranquilamente en la isla de Blair? Su actitud era incomprensible. «Yo la comprendo», dijo mi padre. Éstas fueron las dos únicas palabras que pronunció en la chabola, pero estaban llenas de sentido. Nadie se equivocó al juzgarlas. Sellaron el pacto.

En la segunda entrevista, en la que figuraban los tres Sikhs a los que, en la noche, sólo se les podían ver los ojos de lechuza, se decidió y se organizó todo. Small había preparado dos planos del fuerte de Agra, uno para el mayor y otro para mi padre. Sholto conseguiría un permiso, cogería el barco de los suministros e iría a reconocer el lugar. Cuando hubiese verificado que el cofre continuaba allí, alquilaría una pequeña lancha bien equipada para el viaje y la enviaría a navegar por las costas de la isla de Rutland. Los cuatro presos se reunirían con él durante la noche en una piragua. Zarparía inmediatamente. Después de esto Sholto regresaría a su unidad. Entonces sería el turno del capitán Morstan para pedir un permiso con el fin de reunirse con los fugitivos en Agra, donde se procedería al reparto del tesoro. Se acordó que la quinta parte fuera para los dos oficiales. Todo eso acabó con unos juramentos solemnes que me dieron asco. ¡Mi padre, mi propio padre comprometiéndose con unos asesinos! ¡Y por dinero! ¡Qué pena!

Estaba tan desesperada que no me atrevía a levantar la cabeza. ¿Qué pensaría la señora Forrester, Wilde y sobre todo el doctor Watson? Yo sabía lo que había empujado a papá. Era por mi amor mucho más que por su debilidad por lo que se había deshonrado. No había sacado ni el más mínimo provecho de este asunto e incluso había encontrado la muerte, pero a pesar de todo no se libraba del deshonor. Finalmente, me decidí a echar una mirada avergonzada hacia el doctor Watson esperando encontrar en él un rostro hostil o por lo menos cerrado. Lo había juzgado mal. No era uno de esos burgueses con prejuicios, uno de esos fariseos orgullosos

como hay tantos en Inglaterra, que no perdonan nada, que nos maldicen por las faltas que no hemos cometido y que le agobian a uno mismo más que a nadie. Sentía que yo sufría y sufría él también. Me miró con ojos ansiosos y con una sonrisa medio de compasión, medio de ternura.

—Ya sabe que nada le ata a mí —murmuré.

—Mary, mi querida Mary —respondió bajito—, larguémonos a Gretna Green y casémonos mañana. Si alguien puede comprender a su padre, ése alguien soy yo. Haría cualquier cosa para que fuera usted rica y feliz, incluso vender mi alma al diablo. Desgraciadamente ningún diablo me ha propuesto que se la venda.

—Perdóneme señor Sholto —dijo Holmes—. Me temo que el relato de Small no corresponda exactamente con el que usted nos contó anoche, con toda su buena fe, me apresuro a subrayarlo. Su padre, después de haber constatado que efectivamente el cofre estaba allí, donde se le había indicado y que contenía una fortuna, se fue a Calcuta, no para alquilar un barco, sino para licenciarse del ejército. Como la buena suerte nunca llega sola, su señor tío escogió ese momento para morir. No existía ni la más mínima razón para que su padre volviera a aburrirse a las islas Andamán. Se hizo con el cofre y se lo llevó a Inglaterra. Para decir las cosas crudamente, robó a todo el mundo. El acuerdo entre él y el capitán Morstan, según el cual era más prudente que su padre custodiara el tesoro, no es más que una amable fantasía. Nunca ha habido un acuerdo de ese tipo, pues el mayor no volvió a dar señales de vida a ninguno de ellos. Incluso si el capitán Morstan dejó su vida en Pondichery Lodge fue para reprochar al mayor Sholto su traición, para hacerle restituir la parte del tesoro que no le correspondía y para defender los derechos de los cuatro presos. De ahí la violencia del altercado, que evidentemente no habría llegado a tal paroxismo si no se tratase de una cuestión de porcentajes.

—¡Holmes, es usted un bruto! —dijo Watson con vivacidad—. Realmente un bruto. Sólo usted puede hablar de esta manera de un padre delante de su hijo. Cuando expone sus razonamientos o sus detalles, ya no ve a nadie.

Thaddeus tenía la cabeza baja, sus pequeñas manos blancas sobre su cráneo rojo. Se incorporó y nos ofreció un festival de tics que no hizo reír a nadie.

—Estas acusaciones son muy graves —dijo—. Se da usted cuenta, verdad, señor Holmes, de que está poniendo la palabra de un asesino contra la de un oficial, y que da la razón a la del asesino. Me gustaría que retirase lo que acaba de decir.

—Lo retiro con mucho gusto, querido señor —dijo Holmes—, y le pido perdón por haber cedido al vértigo de la lógica. Es una de mis debilidades.

—Debilidad disculpable, se lo aseguro —dijo Wilde a Thaddeus—. El señor Holmes es como todas las personas que han visto a la Verdad completamente desnuda sentada sobre el brocal de su pozo: se empeñan en informar a todo el mundo. La Verdad produce un efecto horrible en los desdichados que tienen la desgracia de contemplarla: los vuelve charlatanes. Mire al señor Holmes. En general es más bien callado, más bien taciturno. Pero se pasa el tiempo buscando los pozos en los que

vive la Verdad. Esos pozos son muy difíciles de encontrar. Para desenterrar uno hay que tomarse un trabajo inimaginable, caminar hasta el agotamiento, desandar cien veces el camino, ponerse a cuatro patas, estudiar el terreno con una lupa. Cuando llega, está hecho polvo. Y el trabajo no ha acabado. Todavía hay que desnudar a la Verdad, que está recubierta como una cebolla, hay que quitarle uno a uno sus refajos, sus velos, sus cintas, sus chambras, sus cinturones de franela, sus treinta pares de calcetines, sus cuatro corsés superpuestos. Cuando se ha conseguido hacer todo esto y aparece en su traje de Eva, ¿qué es lo que se ve? Un monstruo, calvo, desdentado, fofo, con los pechos colgando, el vientre balanceándose, los ojos legañosos, que apesta y os cubre de basura. ¡Y entonces, escuche bien! En lugar de echar a correr tapándose la nariz, se queda allí, fascinado, maravillado, encantado, encadenado, se alimenta con este horror, nada en el mundo le parece más encantador y más deseable. El hombre que busca la verdad, y que para su propia desgracia la encuentra es un leproso orgulloso de su lepra que toca marchas triunfales con su matraca. Por supuesto, todo el mundo le arroja piedras.

—¡Bonito desarrollo! —dijo Holmes pellizcándose la boca—. Sin embargo me permito señalar que no toco la matraca sino el violín, y más bien antes de haber encontrado la verdad que después. El doctor Watson puede confirmarle que con mi instrumento cultivo el estilo melancólico y no el estilo triunfal. Volviendo al tema que nos ocupa —añadió sarcásticamente, como un hombre humillado que domina—, en algunos casos suelo conceder más importancia a la palabra de un ladrón que a la de un caballero. Estoy equivocado, naturalmente. Le prometo, señor Sholto, que no volveré a hablar de su padre. Todos los que estamos aquí sentimos demasiada simpatía hacia usted para herirle inútilmente.

La historia de Small, prosiguió con la misma ironía, demostraba muy bien que se trataba de un obsesionado, de un maníaco. El destino quiso que descubriera a un pequeño isleño de las Andamán que estaba enfermo y que se había escondido en el bosque para morir. Lo curó. El salvaje, que se llamaba Tonga, se unió a él eternamente, como un animal al que se le ha hecho algo bueno. Además de su taparrabos, de la cerbatana con que lanzaba astillas envenenadas, la pintura con la que se embadurnaba la frente y las mejillas, poseía una barca de corteza de árbol. Después de once días a la deriva en el mar, Small y su compañero fueron recogidos por un carguero que transportaba peregrinos malayos de Singapur y de Jiddah. Los viajeros de ese tipo de barcos son gente discreta, ya sea porque se encuentran verdaderamente absortos en sus ejercicios piadosos o porque están en una situación en la que no me interesa ser curioso. Tres o cuatro años más tarde, después de mil penalidades, los fugitivos desembarcaron en Londres. Entre ese momento y el que Small había sido condenado, habían transcurrido veinticinco años. ¡Un cuarto de siglo! Se le había caído el pelo, su barba se había vuelto gris, su piel había tomado un tono ocre que ya nunca se le iría; pero la miseria, las contrariedades, los trabajos, la cólera, le habían hecho conservar una salud y un vigor de hombre joven. Ese filósofo

(Holmes *dixit*) había olvidado la forma en que él mismo había puesto las manos en el tesoro de Agra. El tesoro le pertenecía legítimamente. Se lo había ganado por sus desgracias. El mayor Sholto se lo había robado. Cuando lo pensaba se moría de rabia: él y sus compañeros eran víctimas de una injusticia grandísima. Soñaba con venganzas espantosas y novelescas. Se dio cuenta enseguida de que no era fácil en absoluto. La casa de Norwood estaba protegida como un fuerte por dos exboxeadores, por el *khimutgar* Lal Chowder y por los otros criados. Todo lo que pudo hacer, dos o tres veces, con la ayuda de la noche, fue penetrar en el interior del jardín y pegar su cabeza contra la ventana de la habitación del mayor, que acabó, como ya sabemos, por morir de espanto. Para subsistir exhibía en las calles a su pequeño monstruo Tonga, que comía carne cruda y ejecutaba danzas guerreras.

Ya no conocía a nadie en Inglaterra. Su impotencia ante la inmoralidad triunfante a veces le hacía sublevarse de odio y soñaba con abrir la garganta al mayor Sholto a navajazos, y otras veces le arrojaba en la desesperación y la mínima cosa le habría hecho suicidarse. Tonga era algo precioso en esos momentos difíciles: se acostaba a sus pies y le miraba como un perro. Entonces Small, viendo que por lo menos existía una criatura que le quería, se animaba de nuevo. Describía al monstruo durante largo tiempo cuáles serían los castigos que aplicarían al inmundo Sholto cuando lo hubieran capturado; el monstruo no entendía ni jota, pero lo aprobaba con movimientos de cabeza y con grandes sonrisas de caníbal.

Small tenía la impresión, salvo en raras ocasiones, de que la mala suerte, durante toda su vida, había soplado sobre él como un viento contrario, llevándolo siempre hacia parajes desolados o trágicos. Pero de repente el viento cambió de dirección. Un día que había llevado a Tonga a dar su paseo por Hyde Park, divisó, más allá del círculo de los curiosos, a un caballero cuyo rostro le recordaba algo del pasado. Era un oficial de los Buff, su regimiento durante el poco tiempo que había sido soldado. El nombre del oficial acudió a su memoria: teniente Moran. Pensó: estoy salvado. ¿Por qué pensó eso? Misterio de intuición. Small, durante el curso de su existencia salvaje, quizá también por su intimidad con el primitivo, había adquirido el olfato de los animales. Por la tarde empezó a buscar en un anuario en el que leyó con gran entusiasmo que Moran, Sebastian, capitán disponible, vivía en Conduit Street y pertenecía al Club Angloindio en Tankerville y al Círculo de Bagatelle. «¡Joder!», dijo a Tonga, «es un señor». ¿Cómo acercarse a él? ¿Esperándolo en sus clubs? Era arriesgado, podía durar mucho tiempo. ¿Presentándose en su casa? Los sirvientes pondrían en la puerta a ese mendigo y a su enano. Sin embargo, a pesar de veinticinco años de pesimismo, Small sentía algo feliz que se movía en el fondo de sí mismo. Estaba casi seguro de que sus penas se habían acabado.

Necesitó dos semanas para abordar a Moran, pero la prisión le había enseñado a ser paciente. Se había establecido en Conduit Street y vigilaba. Por fin Moran pasó cerca de él. Murmuró: «Mis respetos, mi capitán». Moran se paró en seco y fijó en él sus ojos de tigre. ¿Quién podía llamarle «mi capitán» más que uno de sus antiguos

soldados? Los bandidos le daban el título de coronel. «¿Tu nombre?», le dijo. «Small, 3º de Buffs». «¿Es a ti a quien le comió una pierna un cocodrilo?». «Sí mi capitán». «Di: mi coronel. Ya no tengo la edad de un capitán. ¿Qué es lo que quieres? ¿Dinero? Arréglatelas. No hay más que trabajar. ¿Eres espabilado? Si lo eres podré ocuparme de ti». «Mi coronel», dijo Small, «no pido nada. Tengo quinientas mil libras en oro y joyas». «¿Qué comedia es esa? Vamos a mi casa. Pero dejarás a tu sapo fuera. Debe estar lleno de pulgas. Apesta como un carnero. Ten cuidado si me haces perder mi tiempo».

Small conversó durante dos horas con el coronel Moran, que le exigió hasta los más mínimos detalles después del episodio del baño en el Ganges y le pidió una minuciosa descripción del tesoro de Agra. La personalidad y las habilidades de Tonga le interesaban hasta el punto que le ofreció diez guineas por alquilarlo durante un día, y otras diez guineas que le daría después que el salvaje hubiera realizado el pequeño trabajo que le encomendara. Small se veía dividido entre dos sentimientos: la alegría de haber encontrado por fin al que sería para él como una especie de protector, y el horror de saber que ese protector tenía necesidad de la cerbatana de un indígena de las islas Andamán para suprimir a uno de sus conciudadanos, pues sólo podía tratarse de eso a pesar de que nada había dicho. No se alquilan por veinte guineas los servicios de un pequeño monstruo que como mucho puede ganar una libra al mes, solamente por el placer de enseñárselo a sus amigos. El desdichado preso estaba a punto de pensar una vez más, a pesar de creer en su astucia, que se había metido en un engranaje funesto y que su unión con el coronel podría llevarlo mucho más lejos de lo que habría deseado. Ante la confesión de estas negociaciones, el oído de Holmes se aguzó: explicaban, por fin, la misteriosa muerte de lord Savile, ocurrida hacía cuatro años.

—¡No me diga que al pobre Arthur lo ha matado esa odiosa criatura! —exclamó la señora Forrester—. ¡Era tan amable, tan bien educado, tan tonto! Yo lo quería mucho. Estaba casado con una mujer horrible a la que no se le ha vuelto a ver el pelo, gracias a Dios. ¿No estará ella también muerta?

—Exactamente, *madame* —dijo Holmes—. Seis meses después de su marido, legando toda su fortuna al profesor Moriarty, lo cual me había parecido ya entonces un poco sospechoso. Gracias a Small he reconstruido el asunto. Lord Savile, como seguramente recuerdan ustedes, cayó al suelo al bajar de su coche delante de su casa de Grosvenor Square. El cochero y el criado se precipitaron a levantarlo, pero volvieron atrás horrorizados: su sombrero había rodado por el suelo, los pelos de la cabeza estaban de punta, su rostro crispado y haciendo muecas, sus ojos desorbitados. En la autopsia descubrieron en la base del cuello una larga espina negra recubierta de un alcaloide vegetal muy potente cuyos efectos, comparables a los de la estricnina, provocan una especie de tétanos inmediato. Se analizó el veneno. Mi amigo el inspector Lestrade, de Scotland Yard, vino a consultarme. Yo había publicado recientemente un modesto opúsculo en el que daba nombre a doscientas cuarenta y

siete sustancias tóxicas. No fue difícil identificar la que había causado la muerte de lord Savile: procedía de las junglas que invaden ciertas islas del golfo de Bengala. Esto no hizo más que hacer todavía más incomprensible el enigma. Lord Savile en su vida se había ido de Londres, excepto durante algunas vacaciones de invierno al mediodía francés. Nada le unía a la India, por muy remoto que fuera. Según la trayectoria de la espina envenenada, parecía como si hubiera sido proyectada desde un tragaluz de la casa de Savile, a ras del suelo. Mis sospechas recaían sobre todo en *lady* Savile. La pareja se llevaba muy mal: decían que ella tenía un amante. Vigilé la casa durante unos días, unas veces disfrazado de cobrador de banco, otras de marinero e incluso de vieja señorita. Mis trabajos se vieron recompensados: una noche, vi entrar a un recadero que no me resultaba desconocido. Era un antiguo preso llamado Dougherty. ¿Qué mensaje podía llevar un personaje de este calibre a esta noble morada, y a quién? Tenía la sartén por el mango. Al día siguiente estaba seguro de que el amante de *lady* Savile no podía ser más que el profesor Moriarty. Todo se aclaraba, pero no había pruebas. Seis meses después *lady* Savile estaba de vacaciones en Suiza. Se alojaba en el Hotel de los Ingleses, en el pueblo de Meiringen. Una mañana, siguiendo el consejo del hotelero, un tal Peter Steiler, se va de excursión para admirar los saltos de agua de Reichenbach. Nunca más se la volvió a ver viva. Un joven suizo decía que había visto cerca de los saltos a un hombre con bigotes tiesos y con ojos de tigre, pero es algo que nadie ha confirmado. Encontraron el cuerpo de la desgraciada horriblemente destrozado por las rocas. Había caído desde una altura de más de cincuenta metros. Se concluyó que había sido un accidente. El profesor Moriarty heredó la casa de Grosvenor Square, que ha vendido; tierras y veinte mil libras de renta, sin hablar de la famosa colección de esmaltes del siglo xvi de los Savile.

—Qué nombre más bonito el de lord Arthur Savile —dijo Wilde—. Si ya no quedan más Savile, daré este apellido a un héroe de novela.

—No —dijo Holmes—. Ya no quedan más Savile. Lo sé porque estoy buscando posibles herederos colaterales, que habrían podido declarar la nulidad del testamento de *lady* Savile. El único Savile era un sobrino de lord Arthur, joven con mucho futuro, según parece, pero que murió tres meses más tarde en Francia. Es fácil imaginar que esta muerte tan propicia a los intereses del profesor Moriarty me intrigara y que iniciara una investigación. Había tenido lugar en Niza. Fui allí. Me enteré de que el joven Savile frecuentaba el casino de Montecarlo, en donde jugaba, con bastante prudencia al parecer, unas veces al bacará y otras a la ruleta. Una noche, en una mesa de bacará pierde más de lo normal y con una regularidad que le hace sospechar. Se dedica a observar al banquero. De repente se da cuenta de que el banquero hace trampa, y además con bastante descaró. Lo mira con severidad y le dice, en plena partida: «Creo, señor, que debería usted ceder la banca a su vecino». El banquero palidece y le dice al joven Savile: «Le espero dentro de cinco minutos en el malecón, señor». He conseguido esos detalles por los crupiers del casino, que no se

han perdido ni una secuencia de la escena y que me han descrito al banquero lo suficientemente bien para que yo supiese de quién se trataba: regordete, bigote de punta, ojos de bestia. Era un inglés. Lo conocían con el nombre de *sir* Archibald Mortimer. Al día siguiente, a las seis de la mañana, en un prado a unas cuantas millas al oeste de Niza, *sir* Archibald cortaba la cabeza al pobre Savile con un sable de caballería, arma que él había elegido haciéndose el ofendido, y que manejaba perfectamente, como un verdadero militar, según las palabras del marqués de la Pigeonnière, del señor Gaspard Lathume, de los fabricantes de acero del Norte, del barón Joseph de Rothschild y del señor Machegrain del banco Machegrain, de Villepion, y de Lichtenberger, que reconocían haber sido los testigos de una emboscada más que de un encuentro entre personas de honor. *Sir* Archibald se fue directo hacia el pequeño Savile, el cual se dijo: «Estoy perdido». Los ojos de *sir* Archibald estaban fijos y atentos como los de un felino dispuesto a saltar sobre una presa. Los sables de vez en cuando atrapaban los rayos de la salida del sol. El pequeño Savile, después de haberse defendido muy bien, casi perdió su sangre fría. La gran talla de su adversario le exasperaba como un número que no quiere salir de la ruleta y sobre el que finalmente se han arriesgado todas las fichas. Ya no se preocupaba por cubrirse. Agarró el sable con las dos manos y se lanzó sobre el coronel para herirlo a muerte y dejar que se muriera. Pero el coronel fue más rápido: con un terrible remolino con el que habrían disfrutado los expertos en el arte de matar, abrió oblicuamente el cráneo al pequeño Savile. Con esos dos horribles golpes se terminó el combate al noveno minuto. Después de esto, tan fríamente y tan tranquilamente como si en lugar de haber suprimido a un hombre, viniera de recoger violetas, *sir* Archibald limpia su sable en la hierba, se pone su chaqueta, dice adiós y se monta en su *coupé*. La policía francesa, a la que no divertía que los ingleses vinieran a matarse en su territorio, sólo tenía una preocupación: acallar el asunto. Buscó tranquilamente al tal Mortimer, que tuvo todo el tiempo necesario para escapar.

Holmes nos reveló que, cuando el coronel Moran propuso que Tonga y su cerbatana eliminaran a lord Arthur, el profesor Moriarty se mostró reticente. Como persona de experiencia, desconfiaba de las cosas demasiado sutiles. En el crimen pasa lo mismo que en las otras actividades humanas: las innovaciones son a menudo peligrosas. Más vale acogerse a la tradición, a los clichés. La policía, según el profesor Moriarty, estaba compuesta por gente de mentalidad sencilla que apenas conocían más de una o dos docenas de esquemas. Cuando un policía tiene que resolver un enigma, busca inmediatamente puntos de referencia en uno de los esquemas: crimen crapuloso, crimen de loco, crimen de maleante, crimen pasional, crimen político y así sucesivamente. En otras palabras, aborda el misterio con una idea preconcebida, después intenta torcer la realidad hasta que coincida con su suposición. En general, lo que sucede es que a quien se cuelga es a un imbécil extraño al asunto, mientras que el culpable se larga al paraíso. Como este sistema

siempre ha sido satisfactorio, el profesor Moriarty no veía ninguna razón para cambiarlo. ¿Por qué movilizar a un salvaje que lanzara proyectiles envenenados con lo cómodo que era que un malhechor anónimo al que nunca encontrarían apuñalara a Lord Savile en la calle? La policía, ante un crimen que se sale de lo ordinario está dispuesta a abandonar sus esquemas y puede llegar a ser peligrosa. Había una diferencia de personalidad entre Moriarty y Moran. El primero era un ambicioso frío, sin fantasía; el otro un hombre que se aburría y que a veces realizaba acciones extrañas para distraerse. Que alguien fuera expedido *ad patres* por Tonga, era algo que al coronel le divertía. Insistió. Moriarty cedió para darle ese gusto y como finalmente la empresa había salido bien, aceptó que se le utilizara todavía una o dos veces más. Esto fue ya una imprudencia. Además Tonga no poseía una provisión inagotable de espinas. Me habría gustado que Holmes nos contara en qué circunstancias el pequeño monstruo la había palmado, pero seguramente pensó que eso no tenía relación con lo que nos interesaba.

## CAPÍTULO QUINTO

*El bastón era un fusil  
Un personaje de El Murciélago  
La jugada del cigarro  
Por qué Small no estaba ya muerto  
Sir Rufus Levy se desploma en los escalones del Stock Exchange  
Los estragos del garrotillo*

Una de las reglas del profesor Moriarty consistía en tener el menor número posible de encuentros con los individuos que trabajaban para él, tanto por seguridad como por política. El hampa de Londres sabía que tenía un gran patrón misterioso, una especie de rey subterráneo, y eso adulaba el gusto por lo novelesco, tan fuerte en los bandidos. Todo pasaba a través del coronel Moran, que no se los presentaba al profesor más que cuando se trataba, según su expresión, de «un golpe gordo», que necesitaba un subsidio especial y sobre todo para que no hubiera malentendidos, más tarde, cuando el golfo tuviera que pagar su diezmo. Estos encuentros, evidentemente, no tenían lugar en el bonito hotel de Park Lane sino en una barraca de Stepney que había alquilado con ese fin. El profesor, cuando iba allí, se ponía una indumentaria que tenía a la vez algo de Europa Central y de los artistas: un gran abrigo negro con galones de seda que le llegaba hasta el tobillo, una bufanda de casi dos metros enroscada alrededor del mentón, un sombrero de anchas alas bajadas hasta los ojos, guantes blancos adornados con tres tiras oscuras, y ese extraño bastón que yo había visto cuando Jenkins se lo había dado y sin el cual jamás se desplazaba, según parece. Su voz apenas se oía, ya que hablaba poco y muy bajo. Ese murmullo, que obligaba a sus interlocutores a aguzar el oído, le proporcionaba una ventaja más sobre ellos. Para Holmes esta mascarada era extremadamente ridícula, pero había que admitir que era eficaz y testimoniaba un profundo conocimiento del corazón humano. La característica principal de los bandidos es ser crédulos e impresionables como los niños o los soldados. Este insólito personaje se les imponía aún más con su extravagancia, lo cual no habría sucedido si fuera vestido como ellos o incluso de manera elegante. Necesitaban un uniforme para convencerse de que estaban en presencia de su soberano. La vestimenta de Moriarty era famosa en los bajos fondos de Londres, donde lo evocaban con el respeto burlón que acompaña los antojos de los hombres importantes.

—¿Qué tiene, pues, de tan particular el bastón del profesor Moriarty? —dije—. Yo también, he notado algo hace un momento.

—¡Ah! ¡Ah! —dijo Holmes riéndose bajito—. ¡Señorita Morstan, tiene los ojos para algo! Ese bastón es en realidad un fusil, señorita. Uno de los famosos fusiles de

viento fabricados por el ingeniero Von Herder. ¿Ha observado también el puño del bastón, que tiene una corona condeal con seis florones?

—Sí —respondí—. Incluso he pensado que el profesor debe hacerse daño en la mano cuando se apoya en él.

—¡Bravo, señorita, bravo! Pero hay que llegar un poco más lejos. Uno de los florones abre automáticamente el extremo del bastón cuando se acciona. Tiene un pequeño rubí. Los cinco restantes, coronados de pequeños zafiros, son cinco gatillos. El bastón de nuestro querido profesor es un fusil automático de cinco disparos que puede lanzar las balas a un cuarto de milla.

—¡Inconcebible! —exclamó la señora Forrester—. ¡Venir armado a mi casa! ¡Vaya desfachatez! Estoy segura de que su Moriarty no utiliza nunca su aparato. No lo lleva más que para hacerse el interesante. Un fusil en mi casa, un fusil en casa de la princesa de Gales, ¡por favor!

—Por supuesto, señora, lo que acaba usted de decir no es falso —dijo Watson—. Perdón si apporto mi granito de arena, mi querido Holmes —añadió volviéndose hacia éste, que no parecía encantado de que sacaran conclusiones en su lugar y lo demostraba moviendo los hombros con impaciencia (lo cual no me parecía precisamente muy amable)—, perdón, pero me ha hablado tanto del profesor Moriarty que me da la impresión de conocerlo desde siempre. Me ha sorprendido una cosa hace un momento cuando entró en el salón. Yo lo veía por primera vez. No me esperaba en absoluto ver a un hombre así. Según lo que usted me había contado, me imaginaba a un hombre severo, austero, inquietante, poco locuaz... en fin, ya se puede imaginar. Esperaba a un Torquemada. Pero ¿quién se presenta? Un personaje de *El Murciélago*. No era Torquemada, era el marqués Renard. Dice usted que el profesor Moriarty es ambicioso, frío, ávido, sin poesía, sin fantasía. Permítame que por una vez no esté completamente de acuerdo con usted. Tiene su poesía, como cualquier otro, pero no es una poesía de aquí. Es una poesía de Viena, compuesta por crema batida de Demel, estribillos del Prater, flautas campestres, operetas, equívocos; en resumen, algo que nosotros, los ingleses, somos incapaces de comprender, o incluso de percibir. Creo que el bastón forma parte del baile de disfraces que se da el profesor Moriarty desde hace veinte años.

—¡Extraordinario! —exclamó Wilde mirando con admiración al doctor Watson—. ¡Un personaje de *El Murciélago*! ¡Eso es exactamente! ¡Ti-ta-ti, ta-ti, ti-ta-ta...! Vaya ojo, señor Wolfgang Amadeus Watson, vaya oído.

—A no ser —prosiguió Watson—, que ese bastón le haga al profesor volver a su adolescencia, cuando subía la *puszta* acompañado por su perro, llevando sobre el hombro izquierdo un verdadero fusil de dos disparos con el que mataba perdices. No conozco nada de la *puszta*, pero imagino que es un terreno llano y que se extiende hasta perderse de vista. Tener catorce o quince años, estar completamente solo en esa inmensidad con un perro que mueve las orejas, los bolsillos llenos de cartuchos, el morral repleto con bocadillos y una botella de tokay que le golpea los muslos, es algo

que debe proporcionar una felicidad inolvidable. Era el señorito. Estaba armado. Los campesinos sin armas saludaban humildemente a ese bello joven que era su señor, que en todas partes se sentía en su casa, que incluso tenía derecho a disparar sobre sus pollos y sus gallinas si a su fantasía se le antojaba. Hoy, se pasea por las calles de Londres con un bastón-fusil fabricado por el ingeniero Von Herder, y pensando que, si lo deseara, le sería tan fácil matar a un controlador de ómnibus en su plataforma picando los billetes, a un policía, a un guarda de jardín, a una lavandera distribuyendo la ropa, como matar en otros tiempos a los perdigones que, en la *puszta*, volaban en bandadas a ras del suelo. Hay gente para la que un arma es un amigo, que forma parte de su personalidad, por la que siente la misma afección que por su pipa o por su caballo, por un amigo o por un camarada. Aprendí esto en la India cuando era médico militar. Estaba curando a un oficial que tenía una crisis de paludismo. Siempre guardaba su revólver cargado debajo de la almohada, lo cual era absurdo, ya que la enfermería estaba instalada en una zona pacífica desde hacía varios meses. Le pregunté si temía algún peligro. Lo puse en un apuro. Insistí. Finalmente me confesó que jamás se separaba de su arma, que cuando no la tenía al alcance de la mano se sentía como amputado de algo, y que por eso no se vestía de civil durante sus permisos. ¿No creen ustedes que el profesor Moriarty presenta signos análogos? Ciertamente, hay en ello una pequeña vesania de tendencia mórbida.

—Es igual —dijo la señora Forrester—, su Moriarty es un viejo gamo. No me harán cambiar de opinión. Soy experta en viejos gamos. Los he visto a montones en París bajo el Imperio. ¿A que no saben en quién me hace pensar? En el mariscal Bazaine, que iba detrás de las faldas como él en los salones, aunque a éste no se le puede acusar de matar a nadie.

Resultaba cómico observar a Holmes durante este intercambio de opiniones. Tenía la cara resignada de una persona mayor que escucha a los bambinos y espera a que hayan acabado con sus tonterías para tomar de nuevo la palabra. Yo, por el contrario, estaba encantada. La forma en que se llevaba el agua a su molino, me había molestado. Estaba en ascuas. Me habría gustado que Watson interrumpiera a menudo, que diera su opinión, que mostrara su espíritu tan vivo y original a la señora Forrester y a Wilde. Y mira por donde lo había hecho, a su manera, a su tiempo y perfectamente. Me juraba a mí misma *in petto* que nunca lo influenciaría, que nunca le daría mi opinión como tantas esposas que, por su impaciencia, por su acaloramiento, arrastran a sus maridos a torpes acciones. Los hombres poseen una intuición mucho más justa que nosotras. Lo que tomamos por blandenguería, y que nos exaspera, no es más que prudencia. Estoy convencida de que harían muchas menos tonterías si no estuviéramos detrás de ellos aguijoneándolos, picándoles su orgullo, exhortándolos, agriándolos. Pero volvamos al relato de Holmes.

Al profesor Moriarty, durante toda su carrera, nunca se le había sometido a un golpe tan fuerte como el que Small le aportaba. Después del asesinato de lord Arthur Savile, el coronel Moran organizó una entrevista en la casa de Stepney, a donde el

profesor fue con su uniforme habitual, lo cual fue un pequeño error por su parte. Small, en lugar de sentirse intimidado por el abrigo con galones de seda, por la bufanda y por el gran sombrero, se quedó estupefacto. Había corrido demasiado mundo para que le quedara el más mínimo rastro novelesco en la cabeza. Pensó: «¡Vaya payaso!». El acento del profesor le inspiró confianza. ¿Por qué un acento extranjero tranquiliza siempre en las transacciones deshonestas? Quizá porque sugiere que el vicio no tiene patria, que el crimen constituye una gran sociedad secreta internacional. Además, las pretensiones del profesor le parecieron de lo más razonables. ¿El veinte por ciento del tesoro? ¡Choquemos esos cinco! A cambio, ese hombre tan galante le proporcionaría los hombres necesarios para encontrarlo. ¿Dónde podía estar sino en Pondichery Lodge, espacio circunscrito, y por tanto fácil de explorar? Nos volveríamos a ver una vez que hubiéramos descubierto el cofre para estudiar la forma de llevárnoslo y para organizar la salida de Small hacia Brasil. Este plan gustó al preso por lo serio que parecía. Tenía la impresión de estar hablando con empresarios, de hacer un contrato, casi de firmar una póliza de seguro. Él, que hasta entonces no había tratado más que con crápulas de poca monta, como sus cómplices en el asesinato de Achmet, o con un bribón como el mayor Sholto, por fin se asociaba con gente práctica, con gente de negocios sin pasiones. ¿Terminaban aquí sus penalidades? A pesar de su pesimismo, se propuso esperarlo. No porque confiara ni lo más mínimo en Moriarty y Moran quienes, como Sholto, no dudarían en robarle si pudieran, pero ya no estaba en la prisión, y eso hacía cambiar mucho las cosas. Estaba libre, se encontraban en el mismo lugar, de forma que podía cuidar cotidianamente sus propios intereses. El haber escapado a tantos peligros lo había vuelto orgulloso: estaba seguro de haberse convertido a la vez en una persona invulnerable y muy astuta. Para demostrárselo a sí mismo experimentó con sus socios lo que él llamaba «la jugada del cigarro», es decir, les pedía algo que no necesitaba inmediatamente, como en otra ocasión le había pedido al mayor Sholto un cigarro. Se encontraba en Londres desde hacía dos años y medio. Estaba harto de tener que emplear recursos extremos, de tanta miseria, de pasar noches en el dormitorioapestoso del Ejército de Salvación con Tonga acurrucado contra él como un perro. ¿Tendrían algún inconveniente esos señores en pasarle una pequeña pensión? Digamos tres libras al mes. ¿Qué podía significar eso para ellos? Pronto se lo devolvería multiplicado por cien. Como bajaba los ojos hipócritamente, no pudo ver la mirada que intercambiaron sus dos socios comanditarios. Nadie mejor que los ricos para ir economizando con ridiculeces. Estos, por principio, regatearon. Se llegó al acuerdo de dos libras y diez chelines.

Pensaron que acabarían enseguida con Small. Pero les salió el tiro por la culata. Pondichery Lodge estaba mejor guardada de lo que se imaginaban. McMurdo hacía rondas durante toda la noche. Los criados estaban siempre alerta. Bartholomew Sholto, como los lobos, dormía con un ojo abierto y otro cerrado. Hicieron más altos los muros del parque y les pusieron por encima trozos de cristales de botella. La

ridícula villa de Norwood se había convertido en un fortín, en un reducto, en una especie de islote en estado de sitio permanente en medio de la pacífica Inglaterra. Ni siquiera faltaban los fusiles para acoger a los posibles asaltantes: había tres bien engrasados en el armero. Los exploradores del coronel Moran no tardaron en darse cuenta de que se necesitaban muchas precauciones y mucho tiempo para introducirse en este lugar tan bien defendido. Se necesitaron cuatro años. Small se felicitaba de haberles hecho la jugada del cigarro a sus dos protectores. Esta prueba de fuerza, que él sólo había intentado por honor, resultaba ser a fin de cuentas muy útil. Sin el dinero mensual que un crío le traía puntualmente, la existencia no habría sido todos los días de color de rosa. Gracias a ello podía ir tirando con su salvaje en un cuchitril de Poplar que daba a una ribera fangosa del Támesis en la que se oían los chillidos de las gaviotas.

La paciencia es una virtud de pobres. Con los años que había estado en prisión, Small creía que ya estaba totalmente exento de esa virtud. Los cuatro años de espera suplementaria que le imponía el destino le parecieron tan largos como si hubiera sido un muchacho joven. Los vivió hora a hora, minuto a minuto, en el aburrimiento, en la impotencia, en la pereza y en la mugre. Cada invierno, Tonga se ponía enfermo y escupía sangre. Lo curaban. Por lo menos eso le servía de distracción.

A veces Small, como estaba demasiado ocioso, se iba a dar una vuelta a Norwood para verificar que allí todo continuaba en orden, que Sholto todavía no había desenterrado el cofre, que los hombres de Moran no se lo habían llevado a espaldas suyas. Sólo Dios sabe lo que esperaba ver. Ni siquiera él mismo lo sabía. Se comportaba respecto al tesoro como el enamorado por una belleza inaccesible y que obtiene un poco de placer al contemplar los lugares en los que ella vive creyendo supersticiosamente que, mientras nada cambie en el paisaje, ningún pisaverde la habrá seducido. Esas expediciones estériles no le proporcionaban calma alguna. Más bien encendían sus inquietudes. ¿Por qué no pasaba nada? Era sospechoso. ¿Se le iba a escapar una vez más su tesoro, bien porque no lo encontraban o porque el hombre de los galones de seda y el coronel se lo apropiasen? Después de todo, ¿qué se lo impedía? Pero esta vez no se dejaría engañar. Haría una emboscada en Conduit Street y el coronel recibiría su navajazo en el vientre. Por fin, un día, fue convocado a la barraca de Stepney. «El lunes pasado, para ser exactos», precisó Holmes.

—Espere —dijo Wilde—. ¡El lunes es un día importante!

—¿De verdad? —preguntó Holmes levantando las cejas, para demostrar que desaprobaba que le interrumpieran, pero Wilde tenía demasiada energía para que alguien le hiciera callarse con sólo levantar las cejas. Además desde hacía un buen rato no había dicho nada y yo constaté por las diferentes muestras de impaciencia que ese mutismo le era algo duro de soportar. No estaba acostumbrado, en una reunión, a que fuera otra persona la que llevara el hilo de la conversación.

—Si le he seguido bien —continuó Wilde—, y le he seguido bien, fue también el lunes cuando el pobre señor Bartholomew Sholto descubrió el escondite del tesoro.

Hay algo sensacional, de folletín, que solamente la realidad puede producir. ¿No le sorprende? Durante cuatro años el señor Sholto por su lado y los ladrones por el suyo buscan el tesoro. Y mira por donde lo van a encontrar el mismo día, casi a la misma hora, como dos sabios que trabajan en el mismo problema, que nunca se han visto y que llegan a la vez a la solución por caminos diferentes. Muy a menudo me han sorprendido ese tipo de coincidencias. Es como si la casualidad, después de deambular durante largo tiempo, de languidecer, se divirtiera de repente zarandeando todo, preparando atropellos.

—Exacto —dijo Holmes—. Yo también me he dado cuenta de eso. ¿Qué deduce usted de ello?

—Querido señor —dijo Wilde—, mi oficio no consiste en sacar deducciones, sino en colocar los acontecimientos rojos al lado de los acontecimientos verdes para hacer un bello cuadro.

—Es un poco lo que hace usted también, Holmes —dijo Watson—. La diferencia entre sus cuadros y los de Wilde es que los de usted comportan una conclusión o una moralidad.

—¡Pero los míos también, señor Watson! —exclamó el señor Wilde—. Lo que pasa es que no salta a la vista, eso es todo.

—Es tarde —dijo Holmes un poco enervado—. Permítanme que acabe.

Así pues, Small se va a Stepney cojeando. En las estrechas calles del East End se pone a darle vueltas a la cabeza pensando en desgracias y en venganzas. Se pregunta qué contratiempo le espera. El tigre y el artista se han hartado. Van a anunciarle que renuncian al negocio, que ya les ha costado bastante caro, que suprimen las dos libras y diez chelines mensuales. El jefe estaba en la puerta de la barraca. Moriarty y Moran habían llegado y Small los veía de espaldas, hablando a media voz. Se dieron la vuelta. «¡Ya está!», dijo Moran. «¿Qué?», balbuceó Small, que no se atrevía a interpretar esas palabras encantadoras. «¿Qué pasa?». ¡Ah! ¡Qué bonita sonrisa, qué bella, qué encantadora sonrisa se dibujó en el hocico del coronel! Small estalló en una carcajada. Se había descargado de un peso que le oprimía el corazón desde hacía cuatro años. Casi se reprochó a sí mismo de haber dudado de unos camaradas tan leales. Moran describió con suficiente complacencia y detalles, para tranquilizarle completamente, las hazañas que había tenido que llevar a cabo para entrar en Pondichery Lodge una docena de veces en cuatro años y encontrar finalmente el escondite. Éste no se podía divisar más que subiéndose al tejado. Sólo se podía llegar allí por un tragaluz. Moran era un militar, un hombre de decisión. Una vez reconocido el terreno y localizado el objetivo, pasaría inmediatamente a la acción. Todo iría sobre ruedas. Habían construido una máquina parecida a un tobogán para atravesar el muro. McMurdo se quedaría retenido en la verja por un falso borracho que había estado trabajando durante catorce meses para ganarse su benevolencia. Habían comprado al mayordomo de un hotel hindú, llamado Lal Rao, el cual, dicho sea de paso y para que conste, había costado un ojo de la cara, pero era un dinero bien

invertido, dado que se comprometía a dar la tarde libre a la mitad de los criados y a adormecer a la otra mitad con una decocción de plantas de su país cuyo secreto sólo él poseía. Fuera esperaba un coche en el que cargarían el cofre y en el que se meterían Small y Tonga.

—Ya conocen lo que sigue. Es lo que vivimos ayer la señorita Morstan, el señor Thaddeus Sholto, el señor Watson y yo. Por una coincidencia que encantará al señor Wilde, llegamos al mismo tiempo que los bandidos. Acababan de marcharse cuando nosotros entramos en la habitación del señor Bartholomew Sholto. Por un cuarto de hora no los atrapamos. Me resultó muy fácil reconstruir las diferentes fases de la operación, es decir, la subida al tejado, la captura del cofre con la ayuda de una cuerda, su traslado hasta la carretilla, el tobogán. Bastaba con inclinarse: las huellas eran testigo de todo e incluso podían delatar el número de asaltantes. Conté cuatro, además de Small y de Tonga, cuya presencia estaba señalada por todas partes por los piececitos del uno y por la pata de palo del otro.

—Perdone que le interrumpa, Holmes —dijo Watson—. En su relato hay algo inverosímil.

—¡Bravo, mi querido Watson! —exclamó Holmes—. Esperaba que se diera usted cuenta. También a mí me ha intrigado mucho.

—¿Qué encuentra usted de inverosímil? —le pregunté—. Por el contrario, todo me parece de una lógica aplastante.

—No, no —dijo Watson—. Ahí hay algo que falla. ¿Por qué estaban allí Small y el salvaje? Lógicamente tendrían que estar muertos desde hacía mucho tiempo.

—Buen razonamiento, Watson. Me siento orgulloso de usted —dijo Holmes con ese pequeño tono de superioridad de pedagogo que me fastidiaba tanto, sobre todo cuando se dirigía a alguien que valía tanto.

Moriarty y Moran, al poseer todas las informaciones deseables sobre el tesoro, no tenían en efecto razón alguna por la que conservar al presidiario que se las había proporcionado, así como a su compañero. ¿Por qué se iban a contentar con el veinte por ciento de una fortuna si podían tenerla toda con sólo suprimir a dos individuos sin importancia? Desgraciadamente a este respecto me veo reducido a simples conjeturas. Imagino que se salvaron gracias a la cerbatana de Tonga. Esta cerbatana, a pesar de su aspecto exótico, podía resultar útil en esta ocasión, y de hecho lo fue. Acuérdense de la muerte inexplicable de *sir* Rufus Levy, el banquero, que se desplomó hace seis meses en los escalones del Stock Exchange. Curiosamente esta muerte le era muy favorable al asociado de *sir* Rufus, el señor Gordon McAlistair, que de este modo se convertía en propietario de la mayor parte de las acciones del banco. Cuatro meses más tarde, el profesor Moriarty abrió en el banco McAlistair una cuenta en la que un misterioso deudor ingresó la cantidad de cuatro mil libras. Tuve ante mis ojos toda la trama de los documentos. La transferencia había tenido lugar mediante una simple operación interna de la entidad bancaria. Se darán ustedes cuenta de que entre la muerte de *sir* Rufus Levy y la captura del tesoro de Agra sólo

pasaron seis meses. Sin duda fueron seis meses de tregua para Small y Tonga. Es probable que, si no hubiera ocurrido nada, los habrían degollado a los dos en su cuchitril de Poplar, y que la policía habría llegado a la conclusión de que se trataba de un arreglo de cuentas, como hacen ordinariamente cuando les es imposible encontrar una explicación a un crimen cometido en los bajos fondos de la sociedad. Tengo pruebas de que la intención de Moriarty y Moran no era la de respetar sus acuerdos. Su plan era el siguiente: embarcar a Small, a Tonga y el cofre en la chalupa *La Aurora*, que pertenecía a uno de sus hombres llamado Mordecai Smith, quien los conduciría a Gravesend, en donde les esperaba un carguero que enarbolaba bandera brasileña, el *Esmeralda*, con destino a Río de Janeiro. Allí era donde el coronel tenía que cobrar el veinte por ciento del profesor; o sea, si el tesoro realmente valía quinientas mil libras, un lote de joyas equivalente a cien mil libras. En realidad, tan pronto como Small y el salvaje hubieran embarcado en el *Esmeralda*, habrían sido apaleados y degollados, no por los honestos marineros que se habían quedado en tierra, sino por unos cuantos asesinos a sueldo de Moriarty que los habrían sustituido temporalmente. Moran había alquilado el *Esmeralda* a su capitán, el señor Cipriano Oliveira, que no podía negarle nada. Este Oliveira, muy contento de ganarse cincuenta guineas por quedarse encerrado durante media hora en su cabina con una botella de cachaza, ponía una sola condición a su discreción: no saber nada de lo que pasaba a bordo durante ese tiempo. Una vez muertos Small y Tonga, los arrojarían al estuario, con una cadena de ancla como lastre. Small, al no pertenecer al hampa, era un desconocido y no traería ningún problema si lo mataban y si se apropiaban de la totalidad de su botín. Esta traición dejaría intacto el crédito de Moriarty y Moran, ya que evidentemente ellos no se habrían arriesgado a realizar una fantasía de este calibre con un bandido londinense conocido, catalogado y cuya desaparición habría arruinado su reputación.

Holmes admitió que todo esto llevaba consigo muchas complicaciones y tramas extrañas. Pero en fin, las cosas habían ocurrido así. A Bartholomew, en cuatro años, no se le había ocurrido ni una sola vez subir al tejado y contar el número de tragaluces, si no se habría dado cuenta de que había uno más de los que existían contando los de la buhardilla y los de las habitaciones situadas debajo del desván de la casa. Eso le habría proporcionado la clave del misterio. Prueba, dijo Holmes, de que ese honorable caballero no tenía un espíritu matemático: no se resuelve un problema empíricamente, haciendo un montón de sumas y restas y esperando encontrar la solución exacta por casualidad; se resuelve con la reflexión y con la deducción. Bartholomew había registrado Pondichery Lodge y cavado el parque empíricamente; si hubiera meditado durante dos días sobre los datos del problema, habría elaborado un plan de búsqueda que sin duda alguna le habría conducido al escondite mucho más rápido y con esfuerzos mucho menores.

Holmes dijo que todavía nos debía una explicación. En el hampa londinense no faltan ladronzuelos pequeños subalimentados y raquíticos, que se cuelan en lugares

estrechos como ratones a través de las ratoneras. ¿Por qué eligieron a Tonga para entrar por el tragaluz y atar una cuerda alrededor del cofre para arrastrarlo fuera si existían en Whitechapel diez críos capaces de encargarse de ese trabajo con mucha más habilidad, y que sobre todo serían de mucha más confianza?

Además, contaban con uno de esos jóvenes miserables, dispuestos a chuparle la sangre a su madre por unos cuantos chelines. Cuando fueron a buscarlo, lo encontraron ardiendo en fiebre sobre su colchón. Tenía el garrotillo. Sus padres lo curaban haciéndole beber ginebra. Empezaron a buscar a un sustituto, pero también éste se moría de sofoco y su padre decía filosóficamente que de esa enfermedad o se moría o se quedaría tonto. El tercer granuja no corría el riesgo de quedarse tonto, pues estaba ya muerto cuando los hombres de Moran se presentaron en la buhardilla que compartía con su familia, la cual lo había empujado hasta el descansillo para tener más espacio. La epidemia de garrotillo atemorizó a los reclutadores de Moran. Quedaba Tonga. Lo introdujeron por el tragaluz provisto de una cuerda gruesa. ¿Qué ocurrió entonces? Vio el agujero que Bartholomew Sholto había hecho aquella tarde en el techo. Sus instintos oscuros de salvaje o de cazador le impulsaron a mirar lo que había detrás del agujero. Dio dos pasos y vio una habitación en la que un hombre echado en un sofá se desperezaba frotándose los ojos, quizá se había despertado a causa de los ligeros ruidos que habían hecho los ladrones. En menos de un segundo había llevado la cerbatana a la boca y el hombre cayó de nuevo en el sofá, completamente tieso, con los ojos saliéndose de las órbitas, y los pelos de punta; este espectáculo tenía el don de volver loco de contento a Tonga, que al contemplarlo se ponía a bailar y cantaba una especie de melopea victoriosa. «¡Pues mira qué bien», dijo Small comprendiendo inmediatamente lo que había ocurrido, «sólo nos faltaba eso! ¡Ven aquí inmediatamente bicho sucio!». Cuando estaban en *La Aurora* propinó al salvaje una feroz paliza con el cinturón; el otro la recibió lanzando unos gemidos, como si fuera un perro que acaba de orinar en la alfombra. Small, al ver que la motora de la policía se acercaba, se le ocurrió la idea de *desperato*: arrojó las joyas y el oro apuñados por debajo de la borda, a una distancia de cinco millas. Durante el abordaje, Holmes había disparado contra Tonga en el momento en que lanzaba su última espina envenenada en dirección al doctor Watson.

Al pensar que el único hombre por el que yo profesaba un verdadero amor en este mundo podría ser un cadáver tieso a causa del tétanos, me sentí morir por un momento. Estaba aquí sólo porque un hombre flaco y antipático lo había empujado dándole un golpe en la espalda.

—Permítame que le bese —dije a Holmes, el cual pareció infinitamente sorprendido.

Me tendió con repugnancia su mejilla hueca, contra la que presioné la mía. Era áspera y picaba.

—¡Nunca he cobrado unos honorarios tan agradables! —dijo con un humor enfático—. Gracias, señorita. Avíseme la próxima vez que pierda un tesoro. Intentaré

estar más alegre que hoy.

## CAPÍTULO SEXTO

*¿Es un genio el pequeño Marcel?  
El palacio Morathy a dos pasos del Hofburg  
¡Cita a Verlaine!  
Arthur Gordon Doyle  
Presentación de John a tía Maggy  
Fin de mis memorias*

Como pasa siempre después de un largo relato, todo el mundo comenzó a hablar. La señora Forrester no se acababa de creer que el profesor Moriarty fuera el personaje perverso descrito por Sherlock Holmes. Yo estaba tan estupefacta como ella. No había visto al profesor más que en sus remilgos de hombre de mundo. Me resultaba imposible imaginar a ese fantoche de los salones como un Napoleón del crimen. Para mí, un jefe de una banda, y de una talla así, es un individuo tenebroso y solitario, una especie de búho nocturno o, para usar una comparación más precisa, de águila dentro de su espacio en el aire. La potencia oculta, la impresión de libertad sin límites que proporciona el hecho de haberse arrogado el derecho de vida y de muerte sobre sus semejantes, es algo que debe convertir en insulsos los placeres que normalmente atraen a la gente corriente.

—Pueden contarme todo lo que quieran —dijo la señora Forrester—, ese Moriarty es un esnob. Y en eso no me equivoco. Existen dos categorías de gente para las que tengo un ojo de lince: los esnobs y los judíos. Miren, por ejemplo, un día en París me presentaron al hombre más elegante, más aristócrata que pueda existir. Era miembro del Jockey. Un príncipe. Antes de que me dijeran su nombre, ya sabía que era esnob y judío, que no se llamaba ni Albufera ni Gramont-Caderousse sino Fould o Péreire. Se trataba del encantador Charles Haas, que más tarde se convirtió en uno de mis más queridos amigos y al que he visto todas las noches durante tres años. Hay que decir que el tipo de esnobismo que practicaba se acercaba a lo sublime. Moriarty comparado con él es un payaso.

—Por supuesto —dijo Wilde—. No es usted justa, Cecilia. Todo el mundo parece un payaso al lado de Charles Haas. Incluso el emperador Napoleón I.

—¡Ah! ¡Ni una palabra en contra del emperador! —exclamó la señora Forrester—. Soy como la princesa Mathilde, que decía: «Sin ese hombre, yo sería vendedora de naranjas en Ajaccio». ¡Yo, sin ese hombre, no habría conocido a su sobrino!

Wilde nos dijo que se había encontrado dos veces con Haas, pero que sobre todo había hablado mucho de él con un joven parisino de dieciséis o diecisiete años al que había conocido el año anterior en el Gran Hotel de Cabourg, y del cual sólo recuerdo el nombre, que era, me parece, Marcel. El «pequeño Marcel», como decía Wilde casi

tiernamente, evocaba a Haas de una forma curiosa, a la vez que tenía un entusiasmo de aprendiz por el maestro y una meticulosidad de entomólogo inclinado sobre un lepidóptero poco corriente. El pequeño Marcel había expuesto a Wilde una teoría sobre Haas, que le había maravillado viniendo de un adolescente; definía el esnobismo como la más violenta pasión que pueda experimentar un hombre al estar fundado en la vanidad. Sólo un escritor se había dado cuenta de ello: Saint-Simon, quien con sus *Mémoires*, había erigido un monumento al esnobismo.

—¡Desgraciadamente —suspiró Wilde—, la gran época del esnobismo se ha ido! Había conocido su edad de oro en el siglo XVII, en Versalles, en donde prosperaban centenares de Charles Haas llamados Riquet, Chamillart, La Feuillade, Villeroy, sin hablar del mismo Saint-Simon, cuya única preocupación era la de complacerse a sí mismo, complacer al rey, supremo arbitro del esnobismo, y a eso dedicaban todo su tiempo. La cuestión es la siguiente: para tener éxito en el esnobismo, como en cualquier otra cosa, no se puede hacer ninguna otra. Es un trabajo de cada instante. Si hay un gran esnob en la historia, ése es el emperador Napoleón I, ¿no es verdad? Sólo le gustaban las testas coronadas. Durante quince años les hizo la guerra para experimentar el placer, después de haberlos vencido, de invitarlos a cenar y decirles cosas desagradables. Se casó con la archiduquesa María Luisa para convertirse en el sobrino de Luis XVI. Así pues está claro que Napoleón, al lado de Charles Haas, es un niño. Perdía demasiado tiempo ganando batallas, redactando el código civil, ennobleciendo a los mariscales y cosas de ese estilo. Era un espectáculo lamentable en los salones. Todos los testigos están categóricamente de acuerdo en eso.

—¿Se acuerda usted, *madame* —dijo Holmes—, que hace diez años me había dicho que el profesor Moriarty era un esnob y yo le había respondido que esa reflexión me proporcionaba el trozo que le faltaba a mi rompecabezas?

—Es evidente —dijo Wilde—. Moriarty hace matar a la gente para ir a los cotillones de la princesa de Gales. Todo acaba con cenas de gala. No es el único caso. La cena de gala es la recompensa suprema. Los artistas dejan su vida en hacer una obra, los soldados arriesgan su vida en veinte batallas, los hombres de estado firman tratados complicados, los poetas sacan partido de su desesperanza y de su éxtasis para tener derecho a aburrirse durante dos horas entre dos viejas señoras completamente idiotas y odiosas en casa del marqués de Queensberry en donde, además, se come mal. Ese pobre Moriarty no ha tenido suerte. Si su padre no hubiera hecho el payaso con Kossuth, estaría en Viena en lugar de estar en Londres, derrochando inocentemente sus rentas en el palacio Morathy, obra maestra del rococó austríaco, a dos pases del Hofburg, cenando todas las noches en casa de los Lobkowitz, los Schwartzenberg, los Estherhazy, los Metternich, emborrachándose con la música de Franz von Suppé, encargando su retrato al joven Klimt (que quizá posea demasiado talento, por lo menos para complacer a la gente de mundo de modelo corriente, pero seamos acomodaticios, al diablo con la avaricia, concedámosle a Klimt); invitando cada año a la caza en su *puszta* al archiduque Rodolfo y a la condesa Vetsera;

resumiendo, dándose una vida de sueño o más exactamente una existencia conforme a su casta, a sus gustos, a su vocación. Entonces, ocurre que de repente, a los dieciséis años, se encuentra sumido en la miseria, trasplantado a un lugar en el que el nombre de Morathy no le suena a nadie, desenraizado, teniendo que ganarse agriamente lo que, en otras circunstancias, se le habría ofrecido gratuitamente. No hay que extrañarse de que haya elegido el camino más corto, es decir, que haya elegido el crimen y el robo para volver a encontrar las inestimables futilidades que había perdido y sin las cuales la vida no tiene incentivo. Tenía prisa, qué quieren ustedes. Y con las matemáticas no iba lo suficientemente deprisa. Creo igualmente que consideraba que no había por qué preocuparse por la sociedad, que le había privado injustamente de lo que le correspondía por derecho de nacimiento. Todos los medios eran legítimos para recuperar lo que se le había robado.

—¿Cómo puede ser la vida amorosa de un hombre como ése? —dijo la señora Forrester—. El señor Holmes nos ha dicho que era el amante de la pobre *Lady Savile*. La recuerdo muy bien. Era americana, hija del rey del cerdo en conserva o del rey de los ferrocarriles, algo así... Lord Arthur Savile se había casado con ella por su dote, naturalmente. Era fea como los siete pecados capitales. Arthur llamaba a su habitación la capilla expiatoria. El señor Moriarty no ha debido pasárselo en grande con ese dromedario. ¿Quieren mi opinión? Creo que, por otra parte, ha tenido una suerte loca, como todos los viejos gamos.

—¡Ah, *madame*! —exclamó Holmes—, siempre me sorprenderá usted. ¡Qué intuición! Efectivamente conozco tres o cuatro aventuras del profesor Moriarty que han aumentado su confusión, lo han desplumado como al mayor de los bobos, le han hecho volverse loco y lo han abandonado. Parece como si el amor fuera su punto débil. ¡Y qué amor! Es el único aspecto en el que parece que no sea un esnob. Sólo le gustan las costureras, las bailarinas de cafetucho, las pasteleras, bueno, las mujeres de la condición más baja, que lo atraen por su carita y por su frescura y que no le imitan. *Lady Savile* es una excepción. Además en este caso no se trataba de amor en modo alguno. Este *condottiero* de los tiempos modernos se dejaría pisar por una caballista de circo. Esto me hace confiar en el resultado final de la lucha que nos opone. En ese punto soy superior a él. Watson nos lo confirmará.

—¡Hum! —dijo Watson con una sonrisa maliciosa—. Yo no lo juraría. Creo recordar que en 1877 estuvo usted enamorado de la señorita Annabel Thompson, que era, según sus propias palabras «un ángel descendido a la Tierra», pero con la que no ha podido hacer su vida, ya que la colgaron por haber envenenado a seis personas con arsénico.

Holmes, tan impasible como de costumbre, enrojeció, tomó una expresión de persona contrariada, se encogió de hombros y declaró con humor que el tipo de reflexiones absurdas que el doctor Watson podía tener a veces era algo completamente loco. ¿El enamorado? ¿Qué broma de mal gusto era esa? Nunca había estado enamorado de nadie y se sentía orgulloso de ello. En este campo, su maestro,

su modelo, era el filósofo Kant, que había puesto una barricada en su corazón cuidadosamente para que nadie lo distrajera, aunque sólo fuera durante un minuto, de la fría y luminosa Razón. El amor es una emoción que entorpece el juicio. Un detective con la mente entorpecida es como un pintor ciego o un músico sordo.

—¡Bueno, bueno! —dijo el doctor Watson—. No se enfade, amigo mío. Después de todo, Beethoven compuso sus más bellos cuartetos cuando estaba sordo. Enamórese y sea el Beethoven de la policía.

—Es tardísimo, Watson —dijo Holmes con un tono seco—. ¿No cree que deberíamos irnos?

—Váyase usted primero, mi querido Holmes —replicó Watson con vivacidad—. Ha tenido una dura jornada. Debe tener necesidad de descansar. En cuanto a mí, me siento muy despierto y, si la señora me lo permite, me quedará todavía un rato más.

—Pues claro que sí, quédese —dijo la señora Forrester—. Detesto acostarme antes de las cuatro de la mañana. Mary estará muy contenta.

—Ahí está lo que yo me temía —dijo Holmes sonriendo amablemente—. «Mary estará muy contenta...». Adiós, Watson.

Y ahora me tocaba a mí ponerme roja. Me dio la impresión de que Watson también se sonrojaba.

—Hace un momento, cuando me hablaba al oído, me ha pedido la mano. Por lo menos eso es lo que he comprendido —dije—. ¿Me he equivocado, doctor Watson?

—¡No, no! —exclamó Watson—. Se la pediría a usted, se la pediría a la señora Forrester, al señor Wilde, al señor Sholto, a la tierra entera, hasta que me la concediera.

—Pobre Sherlock Holmes —suspiró la señora Forrester con un tono cómico, pero en el que creí notar una especie de melancolía—, aquí tiene un día fastidioso para usted y para mí. Yo pierdo a mi señorita de compañía y usted a su *álder ego*, a su Pílates. ¿Qué va a ser de nosotros sin nuestros confidentes? Mary tenía una virtud inestimable: escuchaba como los niños o los seguidores de tragedias. Nunca volveré a encontrar a alguien así. Y usted, ¿a quién expondrá ahora sus deducciones? ¿Quién las anotará cuidadosamente en un cuadernillo de molesquín? ¿Quién fabricará con ellas novelas? ¿Quién le seguirá en sus idas y venidas abriendo unos ojos extasiados de historiógrafo? Sólo había un Watson y una Morstan en el mundo. Nunca debimos haberlos presentado el uno al otro. Amigo presentado, amigo perdido, decía la vieja duquesa de Richelieu, y vaya si tenía razón. A los amigos hay que guardarlos como guardaba el mayor Sholto su tesoro, si no se casan, los ingratos. No veo más que dos salidas a nuestra situación: o viene usted a instalarse aquí en calidad de señorita de compañía o yo sustituyo al doctor Watson en Baker Street y entre los dos fundamos una agencia de detectives privados. Me gusta mucho la forma en que me dice usted que yo poseo intuición.

—¡Ah! —dijo con gracia Holmes—, ¡cuántas cosas grandes haríamos juntos, usted y yo! Dentro de un mes el profesor Moriarty estaría entre rejas.

—En cuanto a ese tipo —exclamó la señora Forrester—, yo me encargo de él. ¡Se acabaron las cenas de sociedad!

Holmes rogó a la señora Forrester y a las otras personas presentes que nunca hicieran uso de lo que les había revelado esa noche. El profesor Moriarty tenía ojos y oídos por todas partes. Con una palabra imprudente podríamos estar poniendo nuestra vida en peligro. Los artistas, la gente de letras poseen la ilusión de que, aparte de su obra nada tiene importancia, que ningún secreto merece ser guardado; se imaginan que al mostrarse enteramente, al poner su honor en ser transparentes, tienen derecho a mostrar todo lo de los demás, que eso es simplemente algo curioso, anecdótico, instructivo. ¡Qué milagro más peligroso! La mayoría de los hombres, y especialmente los asesinos, esconden sus sentimientos y sus actos como los campesinos esconden sus ahorros. Eso no le importa a nadie.

—¡Todo lo que está usted diciendo es la pura verdad! —exclamó Wilde—. Siempre me quedo muy sorprendido al ver el número de enemigos que tengo; yo que soy incapaz de matar una mosca. Es por culpa de mi maldita lengua. Detenga a ese Moriarty antes de que yo olvide que es peligroso hacer epigramas sobre él.

Nos sorprendió mucho que Holmes, que no tenía costumbre de repetir las cosas, fuera tan reiterativo en esta ocasión. Pero quizá, añadió misteriosamente, pronto nos veríamos libres de guardar el secreto que nos pedía. Había tejido muchos hilos en torno a la gran araña de Park Lane, que le temía menos de lo que era de suponer, pues él, Holmes, no tenía relaciones mundanas y así no corría el peligro de perjudicarlo con respecto a las únicas personas que le interesaban, o sea al *Establishment*. En cuanto a lo demás, el éxito del profesor en el crimen y su poder absoluto lo habían hecho tan engreído que ya no temía nada. Estaba aquejado de la locura de la que son víctima los déspotas. Ese Napoleón del crimen estaba tan loco como el otro Napoleón. Holmes, que había diagnosticado esta especie tan particular de demencia había fundado sobre ella un plan que me pareció, con lo poco que nos reveló de él, que estaba basado en una demencia parecida. Consistía en mostrar una maquinación que atraería a Moriarty al lugar mismo en que *lady Savile* había muerto y acabar con él como él había acabado con ella. Quizá el doctor Watson le haría el honor de contar ese combate de titanes, si sus ocupaciones de padre de familia se lo permitían.

Para John y para mí resultaba un poco violento darnos cuenta de lo que representábamos para Holmes y la señora Forrester. El uno con su frialdad y la otra con su humor nos hacían comprender su afecto mejor que si lo hicieran por medio de elegías. Creo que los dos estábamos igual de emocionados, pues dijimos más o menos en los mismos términos que aunque estuviéramos casados continuaríamos, si ellos nos lo permitían, siendo sus discípulos.

—¿Podría atreverme a esperar, también yo, ser amigo de esta pareja encantadora, y que alguna vez me proporcionarían el placer de tomar el té en mi ermita? —dijo Thaddeus Sholto con una voz chillona que no habíamos oído desde hacía mucho rato. Thaddeus Sholto, después de esta intervención carraspeó, se levantó, dio unos saltitos

y besó la mano de la señora Forrester.

¡Qué cosa más curiosa somos los seres humanos! Nunca me dejará de sorprender nuestra facilidad para olvidar. Thaddeus, que se sentía tan afectado hacía un momento por lo que habían dicho de su padre, y con razón, ya no sentía más dolor que si fuera un perro que sale del agua, se sacude y comienza a dar brincos de nuevo. Durante un buen rato nos estrechó las manos, sobre todo a Wilde, mirándolo con un aire interrogador que al otro no parecía importarle demasiado. Se ofreció para llevar a Holmes a Baker Street, ya que tenía su coche abajo. ¿He dicho ya que los dos agentes hacía ya un buen rato que se habían ido y que se habían llevado a Scotland Yard el cofre vacío?

—Comamos algo —dijo la señora Forrester después de que la gente se hubiera ido—, estoy muerta. Jenkins, súbanos paté, unos cangrejos y algo de fruta. Un poco de vino tinto no nos vendría mal. ¡Cualquiera iba a imaginarse a ese Moriarty! La idea de que mañana voy a encontrarme con ese individuo, que voy a cenar a su lado, me hiela la sangre. Holmes tenía razón. Sin duda alguna fue él quien me robó mi cofrecillo de Fabergé. ¡Qué monstruo!

Jenkins trajo una mesa, un mantel, cubiertos y copas. Cenamos en el salón. Durante dos airados días, yo había vivido en el exilio, en el crimen, en la ignominia, en el dolor, en la sorpresa; me parecía que volvía a mi patria. Y volvía como un soldado que trae un trofeo o una bandera. Había vuelto con un hombre de mi viaje al infierno. ¡Y qué hombre! Era la seducción y la inteligencia en persona. Este hombre estaba sentado a mi lado. Era mío. Lo envolvía en una mirada de posesión en la que no sé si había más ternura que orgullo. Se acababa una etapa de mi vida: aquella durante la que yo había sido un ser incompleto, la mitad de un ser. ¡Oh, milagro! La otra mitad estaba aquí. Y la había encontrado a pesar de que cuarenta y ocho horas antes habría dado por imposible que algo así pudiera suceder.

También yo me moría de hambre a pesar de la excelente cena que había tomado cinco horas antes, y a pesar del corsé en el que Pigott me había aprisionado de forma inhumana. Pero no sentía mi cuerpo, es decir, sólo sentía de él lo que es agradable: un gran calor interior mezclado con una ligereza de elfo. Tenía veintisiete años. Salía de la infancia. No sabía nada, iba a aprenderlo todo, me iba a casar por amor. De repente se me aparecieron, el rostro abotargado, los lentes y la cadena con dijes de la señora McLamuir. Debí ponerme gris, pues se apoderó de mí una tristeza inmensa. Me juré a mí misma que al día siguiente o la semana próxima, llevaría a John a Edimburgo para presentárselo. Era un deber sagrado.

—¿Le gusta Boswell? —le preguntó Wilde.

—¿Cómo no me iba a gustar? —dijo mi prometido con esa voz dulce que me hacía estremecer hasta lo más hondo de mi ser—. Lo leo constantemente, ¡me encuentro tan reflejado en él! Es ingenuo, tonto, casi humilde, diría yo; boquiabierto ante su propia imagen. Mi vivo retrato. Yo soy Boswell con una peluca. Mire, voy a decirle algo que sin duda les parecerá absurdo: lo prefiero al doctor Johnson. ¡Vaya

estilo! ¡Si yo escribiera así!

—El pequeño Marcel me dijo una cosa sorprendente, en Cabourg: una persona que quiera escribir tan bien como Voltaire debe comenzar por escribir de una forma distinta a Voltaire.

—Pero dígame —dijo la señora Forrester—, ese pequeño Marcel es un genio. ¿Está usted seguro de que no lo ha inventado?

—No. No lo he inventado. Si quiere usted conocerlo vaya a Cabourg. Está allí en julio y agosto con su abuela, a la que adora y a la que llama «su ratita». Tiene asma, el pobre. Creo que su padre es un médico bastante famoso. Volviendo a Boswell, el doctor Watson escribe tan bien como él, a mi juicio, y escribe de otra manera. Cuando haya usted cazado a este pobre hombre —prosiguió dirigiéndose a mí— dele rienda suelta de vez en cuando. Ocho días hoy, dos semanas mañana, para que pueda volver a ver a su Sherlock y anotar sus hazañas memorables así como sus famosas palabras. Yo no he inventado al pequeño Marcel, pero Boswell inventó al doctor Johnson, el cual, sin él, se habría quedado en el olvido a pesar de su Diccionario y de su *Historia de Raselas*. Del mismo modo, el doctor John Watson ha inventado a Sherlock Holmes, el cual sin él no sería más que uno de esos innumerables soldados del bien en lucha contra el mal, en las tinieblas de la sociedad. Es una invención demasiado bella para que se limite a la novela que yo he leído. Le quedan todavía diez volúmenes por escribir. Cuando se es dueño de una historia tan bella, no se la puede abandonar.

—¿Diez volúmenes? —dijo Watson—. ¿Tanto? No lo conseguiré nunca.

—Pues claro que sí. Lo conseguirá muy fácilmente. Ha creado usted un estilo. Un solo volumen no es suficiente. Para que el estilo sea suyo, para que usted sea irrefutablemente el padre y el precursor, hacen falta una docena de volúmenes. Después de esto, podrá usted componer tantos sonetos y tantas novelas históricas como le apetezca. Pero primero, acabe con la historia de Sherlock Holmes. Es su Robinson, su Gulliver.

—Señor Wilde —dijo Watson riéndose—, me temo que usted se está haciendo una idea demasiado grandiosa de mí. ¡Sabe Dios cuándo tendré tiempo de escribir otro libro! En Baker Street estaba soltero, no hacía nada, tenía todo el tiempo que quería. He escrito deprisa y corriendo este relato que tanto le ha gustado casi para matar el tiempo. Dentro de quince días seré un hombre casado. Tendré responsabilidades. Necesitaré mantener a mi mujer. Gracias a Dios tengo un oficio, soy médico. Voy a abrir un consultorio y, como se dice en nuestro gremio, hacerme una clientela.

—¡Qué calamidad son las mujeres! —suspiró Wilde, lanzándome una mirada casi con maldad—. Se les da un escritor de talento, y ellas lo convierten en un médico de barrio. Lo entierran en felicidad en Paddington o en Camden Town. ¡Qué cosa más triste!

—¡No quiero enterrar a nadie! —respondí enérgicamente, roja de rabia—. Si el

doctor Watson me necesita, estoy dispuesta a vender mis perlas. Daría todo lo que poseo para que no se viera obligado a recorrer Londres con un estetoscopio.

—Y yo le tendré dispuesta una pequeña dote, querida Mary —dijo la señora Forrester— con la que podrá usted comprarle portaplumas y tinta a este hombre de gran futuro.

—¡Gracias, gracias! —dijo Watson riéndose a carcajadas—. La medicina no me aburre en absoluto, se lo aseguro. Me horrorizaría si me ofrecieran una renta para ser exclusivamente escritor y me instalaran delante de una escribanía. Saber que se espera de mí que fabrique un libro, que para eso me han subvencionado, me petrificaría. Sería incapaz de trazar una línea. Mientras que si me gano la vida, si me organizo a mi manera, si me paseo por Londres con mi estetoscopio, querida señorita Morstan, si por la noche cuando vuelvo a casa me encuentro con la bella sonrisa sin la que el mundo no es más que lluvia y tristeza, pues bien, créame, estoy seguro de sentir ese gusanillo especial del hombre de letras. Estoy seguro también de que encontraría las dos o tres horas diarias necesarias para garabatear mis cuatro páginas. Desconfío de la comodidad excesiva, del excesivo confort. Tengo la impresión de que, para escribir, primero tengo que merecerlo con una vida sencilla, de trabajos penosos y fáciles.

—¡Verlaine! ¡Cita a Verlaine! —exclamó Wilde—. ¡Ah! Mary, no se fie demasiado de este hombre. Vivir con un artista no siempre es divertido.

Wilde pidió al doctor Watson que le dejara el manuscrito de su novela para enseñárselo a un editor. No dudaba en absoluto de que esta obra sería acogida con gritos de júbilo, y esperaba que su autor no se quedaría mucho tiempo sumergido en la medicina. ¿Le permitía una pequeña sugerencia? El nombre de Watson no le encantaba, parecía un poco burgués, de inglés medio. Según él, hacía falta algo mejor. El doctor Watson estaba tanto más de acuerdo, cuanto que, a pesar de que sus padres estuvieran muertos, le quedaban tíos, tías y primos que no habrían visto con muy buenos ojos que su nombre estuviera escrito en algo no muy decente y un poco escandaloso como es la portada de una novela. Vagamente había acariciado la idea de tomar como seudónimo Arthur Gordon Pym, por lo de Edgar Poe, que, junto con Boswell, era uno de sus autores preferidos.

—Arthur está muy bien —dijo Wilde—. Pero no siga demasiado de cerca al pobre Poe. Es un hombre que ha tenido mala suerte toda su vida. Se la contagiará. Y además «Gordon Pym» es demasiado conocido; no podrá conservarlo. ¿Qué le parece Arthur Gordon Doyle, por ejemplo? A mí me parece bastante bonito.

\* \* \*

¿Cómo podría acabar estas memorias? Necesitaría una bonita escena. Pero ¿sabría reproducirla? Sin embargo, tuvo lugar unos cuantos días después de los acontecimientos aquí relatados y unos cuantos días antes de mi boda.

John y yo estamos en Edimburgo. Paseamos por las calles. Por suerte hace muy buen tiempo. Holyrood, iluminado por un sol de finales de otoño, parece un castillo dorado. Subimos hasta el pensionado de McLamuir. La sirvienta que nos abre la puerta no me reconoce. Cree que somos una pareja joven que viene a inscribir a su hija. No la saco de su error. Nos introduce en el salón, que tiene el mismo olor que antaño y dice que va a anunciarnos a la Directora. Veinte años antes, en este salón, con mi padre, no veía ante mí más que la soledad y la noche. A partir de ahora ya nunca más estaré sola, nunca más estaré triste.

Se abre la puerta, la señora McLamuir entra como un destructor en un puerto. Conozco este aire majestuoso: es el que ella adopta para intimidar a los padres de los alumnos. De repente, su papada se estremece, sus anteojos, sostenidos por un cordón de terciopelo, se caen, una gran sonrisa de incredulidad transforma las facciones de tía Maggy. Abre los brazos y me encuentro contra su gran pecho, llorando, riendo y diciendo cosas al ritmo de mi emoción.

—¡Y ha venido a presentármelo! —insiste—. ¡Ha venido a presentármelo! ¡Qué amable, Mary, qué delicado, qué feliz me hace!

Acabo aquí mis memorias. Después, he sido feliz.

# ARCHIVOS DE BAKER STREET

Enrique Jardiel Poncela

## LA MISA NEGRA DEL BARRIO DEL SOHO

### *La paloma mensajera*

Hacía una semana que Sherlock Holmes y yo estábamos saltando a la comba en el despacho del primero, cuando el sagaz detective, que se hallaba junto al ventanal, exclamó mirando al exterior y dirigiéndose a mí:

—¡Pronto! ¡Pronto! ¡Traiga usted la manga de colar café!

Salí de la estancia con la misma velocidad que llevaría un rayo que fuese a poner un telegrama urgente, y no tardé en hallarme de vuelta y entregarle a Sherlock el extraño objeto pedido.

El detective cogió por el puño la manga de colar café, aguardó unos instantes, inmóvil y mirando al espacio, y de pronto manejó la manga cual si fuese un cazamariposas y se entró en el despacho sujetando cuidadosamente *algo* que aleteaba.

—¿Qué es eso? —inquirí—. ¿Un aeroplano?

—No —dijo el gran detective—. Una paloma mensajera. Estoy esperando su paso por aquí desde el martes. Ahora ya podemos comer tranquilos.

Y guardando la paloma en una caja, ordenó al ama de llaves que nos subiera dos *sándwichs* de un bar próximo.

### *Un aviso incomprendible*

Así que acabamos de comernos los *sándwichs*, Holmes dijo:

—¡Qué vergüenza!

—¿El qué, maestro?

—Los *sándwichs* que nos hemos tomado. Eran de carne de caballo.

Quedé asombrado.

—¿De carne de caballo? Y, ¿en qué lo ha notado usted?

—Lo he deducido —repuso con su sencillez habitual Sherlock—, porque al masticar me he encontrado un trozo de espuela.

Y sin concederle más importancia a tan elogiabile muestra de talento, se levantó, cogió la caja y sacó de ella la paloma recientemente capturada. Era un lindo ejemplar de la especie denominada *Columbus Feministoe*, y Holmes me explicó que eran las mejores, porque no obstante su carácter feminista odiaban a los machos, y con ellas no existía el peligro de que, al llevar un mensaje, se entretuvieran en el camino con ningún palomo.

Cuidadosamente, el gran detective quitó a la paloma el canutito donde iba encerrado el mensaje, lo leyó y me lo hizo leer a mí. Decía estas incomprendibles palabras:

«*Ite misa est*. 12 de abril. Old Compton. La segunda de ladrillos a mano derecha. Almirante Nelson.  
*Dick*».

—Si lo entiendo, que me muera el lunes —exclamé.

—Pues está bien claro —dijo el detective—. Es la convocatoria para asistir a una misa negra.

—¿Cómo?

—Ya recordarás que el Gobierno, enterado de que aún se celebran misas negras en Londres, me ha confiado la misión de desenmascarar a esa gentuza... La frecuencia con que de un tiempo a esta parte veía yo cruzar por el cielo palomas mensajeras, me indujo a creer que ellos se servían de ese medio de aviso. Pues bien: esta noche asistiremos a una de esas misas, gracias al mensaje.

—Pero ¿qué dice el mensaje? —objeté con pesadez de piano de cola.

—Está bien claro. *Ite misa est* significa «la misa está dicha», o, lo que es lo mismo «la misa estará dicha»; «12 de abril» es la fecha; «Old Compton» es una calle del barrio de Soho. «La segunda de ladrillos a mano derecha» es la casa donde ha de celebrarse. «Almirante Nelson» es la contraseña para entrar. Y *Dick* es la firma del que convoca la reunión.

—Pero ¿cómo ha podido comprender todo eso? —murmuré en el colmo del estupor.

—Por que se lo he oído decir ayer al vecino del principal, que no se pierde una sola misa negra —replicó el detective disponiéndose a tocar el violín.

### *Asistimos a la misa disfrazados de canallas*

Por la noche, cuando los grillos comenzaban a entonar su canción eterna, dulce y delicada como una novia provinciana el día de sus esponsales, Sherlock y yo dejamos la casita de Baker Street y nos dirigimos al barrio de Soho.

A fin de no desentonar entre los asistentes a la misa negra, ambos íbamos disfrazados de canallas.

En la escalera dimos los últimos toques a nuestros disfraces; Holmes se puso una corbata de lazo, y yo me coloqué en la nariz unos lentes de oro con cadenita.

Tres horas de camino nos fueron suficientes para personarnos en el barrio de Soho y en la casita de Old Compton Street indicada en el mensaje, y que caía justamente al lado de la sombrerería donde me habían reformado el flexible a mi llegada a Londres.

Holmes se recostó contra la puerta y se puso el traje perdido porque la puerta estaba recién pintada. En seguida, el gran detective tocó con los nudillos, con un repiqueteo insistente.

Una voz de patinador noruego se dejó oír en el interior.

—¿Quién va?

—Almirante Nelson —contestó Holmes dando la contraseña.

—*Lady Hamilton* —le replicaron detrás de la puerta. Nos quedamos turulatos.

—Eso debe ser la segunda parte de la contraseña —observé en voz baja—. Pero ¿qué habrá que responder?

—Sin duda —dijo Sherlock— habrá que dar algunos datos biográficos de la amada de Nelson. Acércate a la puerta y di todo lo que sepas de *lady Hamilton*. Un buen ayudante está en la obligación de saber Historia.

Yo me acerqué a la cerradura y murmuré emocionado:

—*Lady Hamilton*, cuyo verdadero nombre fue Emma Lyon, tuvo un bajo origen; fue criada de una posada, casó con lord Hamilton, se enamoró de Nelson y tuvo con él una hermosa y rubia niña. Nació en mil setecientos sesenta y uno y murió en mil ochocientos quince en la miseria, porque el almirante se la confió a sus compatriotas y, claro, ya iba lista...

La voz de dentro exclamó:

—Muy bien. Queda usted aprobado. Puede presentarse a nuevo examen si aspira a que le den nota.

Y la puerta se abrió. Holmes y yo entramos, temblorosos.

Después de atravesar unos pasillos oscuros, como quien atraviesa un pastel de hojaldre, nos hallamos en un vastísimo salón. Allí había hasta un centenar de damas y caballeros de la más alta aristocracia. Como eran de la alta aristocracia, les extrañó un poco que yo fuera tan bajito. Pero no dijeron nada.

Disimulados dentro de nuestros disfraces de canallas, nos preparamos a asistir a la misa negra.

Ésta comenzó al punto con una serie de ceremonias repugnantes.

Un pastor protestante y dos empleados de Aduanas situados frente a una mesa de tresillo, que hacía las veces de altar, ejecutaron juegos malabares con tres bisoñés de otros tantos miembros de la Cámara de los Comunes. Por fin a uno de ellos le falló la mano y se le cayeron al suelo los bisoñés. Entonces los otros dos individuos se arrojaron sobre él y le dieron de bofetadas. Los infieles que asistían a la misa negra rugieron de entusiasmo irreverente.

Cuando el abofeteado logró rehacerse, exclamó por tres veces:

—¡Támesis! ¡Támesis! ¡Támesis!

Y, cual si aquello fuera una orden inapelable, el desenfreno más inaudito se apoderó de la muchedumbre que llenaba el salón.

Mujeres y hombres, olvidando sus orígenes aristocráticos, se entregaron a toda clase de terribles y odiosos excesos: se daban la mano, se preguntaban por la familia, se jugaban los peniques a cara o cruz, chupaban caramelos, sacaban virutas de sus bastones, se limpiaban los dientes, se depilaban las cejas, se ponían en cuclillas y daban saltos gritando: ¡*cua, cua!*, se arrancaban los botones de los trajes, se apretaban los nudos de las corbatas; en fin, el disloque en el idioma de Shakespeare.

### *La idea genial*

A la media hora de contemplar tan infame desenfreno, mis nervios y los nervios de Holmes no podían resistir ya más.

—Ha llegado la hora de detenerlos a todos —murmuró Sherlock.

—Pero ¿cómo lo haremos? —indagué—. Son docenas de personas y nosotros no podremos con todos.

—Ya veréis como eso es un juego para mí —replicó el gran policía.

Y acto seguido sacó una *kodak* del bolsillo, tomó una fotografía del salón y dijo:

—Vámonos, nuestra misión está cumplida.

### *Final: todos presos*

A partir del día siguiente, todas las noches los periódicos de Londres publicaron una fotografía personal de cada uno de los asistentes a la misa negra, con un pie que siempre decía lo mismo:

«Se ruega a la persona aquí retratada que se presente mañana, sin falta, en Baker Street, 57, para cobrar una fuerte herencia».

Y cuando los asistentes a la misa negra iban llegando, dos guardias se apoderaban de ellos y los metían en un calabozo rectangular y lóbrego.

Mes y medio más tarde todos estaban presos.

Nadie más que el portentoso Sherlock Holmes logró ni ha logrado nunca que los delincuentes vengan a la propia casa a dejarse prender.

Y es que Sherlock Holmes es un tío hasta allá.

# LOS ASESINATOS INCONGRUENTES DEL CASTILLO DE ROCK

*Conocemos a Atanasio Camuflay*

Era el 12 de Noviembre y acababan de dar las doce en el reloj de Ralph Word, pocero en activo de Glasgow.

Claro que mister Ralph no tiene nada que ver en la presente historia; pero eso no impide que en su reloj hubieran dado las ocho.

En Londres eran las ocho y dos minutos. Holmes se entretenía en quemar en la chimenea algunos números atrasados del *Daily Telegraph* y yo me paseaba por el pasillo de su casa contando el número de rosas de té que aparecían dibujadas en el papel que cubría las paredes. En aquel momento, cuando llegué a la rosa de té número dos mil trescientos cincuenta y seis, llamaron a la puerta. Abrí tirando del pestillo, costumbre muy frecuente en Inglaterra, y un hombre con cara de apisonadora entró, pasó a la habitación de Holmes y perdió un chanclo en el pasillo.

Era Atanasio Camuflay.

Al verle llegar, Sherlock siguió en su tarea de quemar periódicos. Atanasio, algo desconcertado, quedó a su lado, en pie, y súbitamente el detective, como si conociera a aquel hombre de toda su vida, levantó el rostro y dijo:

—¿Verdad que es muy divertido quemar periódicos?

A lo que repuso Atanasio:

—Sí. Pero es más divertido embalsamar chimeneas.

—*All right!* —murmuró Holmes. Y estrechando la mano del recién venido, agregó:

—Hable usted. Es usted un hombre interesante. Escuchemos a este caballero, Harry.

Y sentados sobre una escribanía, que era la postura habitual en Sherlock y en mí, pues al fin y al cabo yo estaba a sus órdenes, nos aprestamos a escuchar a Atanasio Camuflay.

Camuflay contó lo que sigue.

*La historia espantosa que nos colocó Atanasio*

—Yo —dijo— vivo en Newspaper, y en el castillo de Rock, porque he decidido no pagar al casero. Y en el castillo, que es propiedad de lord Rock, habito gratis, gracias a que pertenezco a la servidumbre.

—¿A qué se dedica? —indagó Holmes.

—Todas las tardes corro y descorro las cortinas del salón grande.

—Adelante. Siga usted.

—En el castillo viven, además de lord Rock, su bella y delgada hija Syli: el marido, Horacio Warren; el mismo suegro, míster Richard, del mismo apellido que su hijo; su esposa, la noble dama francesa *madame* Lucille Duelos; el arquitecto Arthur Sheridan; su hija Sally; su hermano Evans; la mamá, Evelina, el doctor Edgar Brown y su hijo Peter.

—¿No hay nadie que se llame William? —preguntó Holmes—. ¡Es extraño!

—Sí; es extraño —repetí yo sin saber por qué.

—¿Extraño? ¿Por qué es extraño que no haya nadie que se llame William? —preguntó Atanasio.

—Porque casi todos los ingleses se llaman William. En fin, explique lo ocurrido —remató Holmes.

—Los habitantes del castillo se llevaban divinamente y vivían en la armonía más grande, cuando la tragedia se ha cernido sobre la finca, y desde entonces, cada noche muere misteriosamente una persona. Han fallecido ya Horacio Warren, *madame* Duelos y el doctor Brown.

—Es raro —susurró Sherlock calándose en la órbita el monóculo—. ¡Es raro! Y ¿de qué forma mueren?

—De muy diferentes maneras, caballero. Horacio Warren ha perecido asfixiado y con el manual de gimnasia en las manos; *madame* Duelos murió (en el instante en que aspiraba el perfume de unas violetas) de un estacazo en la nuca; y el doctor Brown falleció de un calambre.

—¿Dónde le dio el calambre?

—En el vestíbulo del castillo.

—Continúe usted.

—Poco me queda ya que decir. Anoche, cuando el terror nos había hecho migas, murió también el hijo del doctor Brown.

—¿De qué?

—Durante la comida, en el momento en que echaba limón en una ostra, cayó al suelo muerto. Yo he pensado si moriría de aburrimiento.

—Lo de la ostra es un dato, pero no debemos anticiparnos —dijo Holmes.

—Por eso he venido a verle a usted —aclaró Atanasio—. Porque si usted no va al castillo y evita aquel estado de cosas, los que no muramos asesinados, moriremos de espanto.

Holmes alzó la cabeza, brillantes los ojos de energía.

—Lárguese al castillo hoy mismo —le aconsejó a Atanasio— y no tardaremos en vernos allí.

—Es que yo...

Atanasio fue a decir algo, pero Sherlock Holmes, como se sabe, no era hombre que hablase más de lo justo; así es que cogió a Atanasio en brazos, le sacó a la escalera, le dejó sentado en el suelo y cerró la puerta.

Desde aquel momento dejamos de oír la voz de Camuflay.

### *Los habitantes del castillo*

Al día siguiente, Holmes y yo abandonábamos la casita de Baker Street y en un carro de mano, y disfrazados de mariposas de vivos colores, nos dirigimos al castillo de Rock, en el condado de Newspaper.

Llegamos algo fatigados y con una rueda de menos. Yo juraba por el mal estado de las carreteras, y Holmes se detenía en todas las casillas de peones camineros a ponerse inyecciones de morfina en los hombros.

Al cabo nos dimos de narices con el castillo de Rock. Entramos, sin que nos conociesen, bajo nuestros disfraces de mariposas. Dentro del castillo olía a naftalina.

Lo recorrimos de punta a punta, y Sherlock levantó catorce planos de otras tantas habitaciones y fumó dieciocho pipas para disimular.

Más tarde, ocultos detrás de unos candelabros, nos dedicamos a observar a los habitantes del castillo, que estaban reunidos en el comedor. Lord Rock, míster Richard, Arthur Sheridan, Evans y Peter eran elegantes como otras tantas portadas del *Pictorial Review*. Syli era una encantadora muchacha que hablaba arrugando un poco las manos. En cuanto a Sally y Evelina, se les notaba de lejos que sabían bailar *foxes*.

### *La lucha por la verdad*

Sucesivamente, Holmes registró las habitaciones particulares de todos. No encontramos más que polvo, porque la servidumbre era apática y disfrutaba de verdadera vagancia británica. El genial detective estaba desesperado.

—¡Nunca me ha ocurrido nada igual! Siempre he encontrado un indicio, una prueba... Cuando no he hallado un pelo, he hallado un trocito de peine, una fotografía de Claudette Colbert, una nuez; en fin, algo... ¡Y ahora, nada, nada!

Y mordía las cornucopias con frenesí.

Entre tanto, iban pasando los días, y el misterio, lejos de aclararse, se oscurecía más, pues —de un modo matemático— cada noche que pasaba moría un nuevo habitante del castillo. Además de Warren, de Lucille y del doctor, habían fallecido ya míster Richard, que apareció envenenado en la caseta del perro; Syli, que murió sin decir ¡ay!, a pesar de que la muerte sobrevino en el instante en que entonaba una romanza; Arthur Sheridan, que la diñó electrocutado cuando encendía la luz de su alcoba, y Sally, que pereció a consecuencia de la rotura de un vaso al sacar un helado a la terraza a su mamá.

La impotente rabia de Holmes había adquirido dimensiones de campo de fútbol. Iba de un lado para otro tocando el violín y bebiendo tinta. Pero la claridad no surgía en su cerebro.

En las dos noches siguientes desaparecieron del mundo de los vivos Evans, que murió mirando un armario de luna, y Evelina, que murió mirando la luna sin armario.

Al otro día falleció Peter, atragantado con un hueso de melocotón. ¡Qué arcano tan irresistible!

Yo miraba a Sherlock esperando verle enloquecer. Pero con gran sorpresa, aquella vez observé que sonreía.

—He dado con la solución del misterio —me dijo lacónicamente—. Ya no quedaba más que un habitante del castillo vivo: lord Rock. Si esta noche no muere también, es indudable que él es el asesino.

La idea era tan genial, que me temblaron las piernas de impaciencia.

### *La solución*

Pero a la siguiente mañana lord Rock apareció igualmente muerto en su cuarto.

—Ya no hay duda, Harry —me dijo Sherlock al descubrir el hecho—. El asesino soy yo.

Y se detuvo a sí mismo, entregándose a la policía.

Fue el último éxito logrado por el maravilloso detective. Pero hay que convenir en que le llevaron demasiado lejos sus deducciones.

Porque fue a parar al presidio de Norfolk, que está donde Cromwell dio las tres voces.

# Notas

[1] Muffin: bollo redondo, plano y ligero que se come tostado y con mantequilla. <<

[2] Con lo Cual Queda Demostrado. <<

[3] Panadero <<